

NAPOLEON
EXPLICADO POR SI MISMO



I

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A.
MADRID





1168496
DR
2068



BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

A. Roldán -
1931

1871

N A P O L E Ó N

EXPLICADO POR SÍ MISMO

MEMORIAL DE SANTA ELENA

POR EL:

CONDE DE LAS CASES

Versión castellana.

TOMO I



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

2068

M C M X X

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1878

M A D R I D

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pío Baroja de Gernika
3483

EL MEMORIAL DE SANTA ELENA

LA primera voz que con resonancia europea se levantó en defensa de Napoleón caído, fué la del Conde de Las Cases, que le acompañó durante muchos meses en la isla de Santa Elena, donde sufría cautiverio. Publicado por vez primera en 1822-1823, recién muerto el Emperador, dió a conocer, como hasta entonces nadie le había visto, al hombre, oculto a los ojos de las muchedumbres por la grandeza misma de sus hechos y hazañas. Sus recuerdos íntimos y personales, sus ambiciones, sus proyectos, sus ideas políticas, militares, sociales, literarias, todo aparece en el *Memorial de Santa Elena*, cuidadosamente anotado, día por día, al hilo de las conversaciones que sostenía con él o presenciaba el fidelísimo Las Cases. Son las palabras mismas de Napoleón, la integridad de su pensamiento, lo que él se esfuerza por recoger. Y no tienen esas palabras de un hombre caído, que fué casi omnipotente, carácter de confesión de yerros, de vanagloria o de alegato, sino, más seria y sencilla-

mente, el de explicación. A la luz de este *Memo-rial de Santa Elena* se declara el genio de Napoleón y se ve adonde habían de llevar a un hombre de sus prendas las condiciones mismas de su carácter.

Emmanuel-Augustin-Dieudonné, conde de Las Cases, nació en el castillo familiar cercano a Revel (Haute Garonne), en 1766. Era, como lo hace ver su apellido, ligeramente afrancesado, de ascendencia española; a su familia perteneció fray Bartolomé de las Casas. Siguió la carrera militar y entró en la marina de guerra, en la que hizo la guerra de España. Emigrado al estallar la Revolución, fué primeramente legitimista; pero aceptó después el nuevo orden establecido, con un cambio de ideas que se dió en muchos hombres significados de su tiempo. Vivió, al principio, oscuramente, como antes en Inglaterra, manteniéndose con el producto de algunas lecciones; pero cuando los ingleses se presentaron frente a Amberes, acudió voluntario al ejército defensor. Allí, mientras pertenecía al Estado Mayor de Bernadotte, pudo conocer Napoleón sus altas cualidades. Le dió un puesto en el Consejo de Estado, y le nombró primero chambelán y después conde del Imperio, encargándole de diferentes misiones políticas y financieras. Retirado nuevamente a Inglaterra cuando la primera caída de Napoleón, Las Cases volvió a Francia

al saber que el Emperador había pisado de nuevo suelo francés, para no dejar ya nunca, voluntariamente, al que había elegido por señor y rey. Después de Waterlloo, se le encomendaron las negociaciones encaminadas a conseguir el traslado de Napoleón a los Estados Unidos; pero adonde le llevó la saña enemiga fué a Santa Elena, como prisionero. Entre los franceses a quienes se consintió que le acompañaran, cuatro no más, estaba Las Cases. De lo ocurrido en la isla, su *Memorial* da cuenta detallada. Luego, por diferencias con el gobernador inglés, sir Hudson Lowe, fué separado de Napoleón y hubo de sufrir prisión y extrañamiento en el cabo de Buena Esperanza, desde donde consiguió pasar a Inglaterra y luego a Alemania y a Bélgica. Pero no pudo volver a Francia hasta después de la muerte de Napoleón, ocurrida el 5 de Mayo de 1821. Al año siguiente publicó el *Memorial de Santa Elena*, que obtuvo un éxito rápido; dícese que, contando las ediciones sucesivas, produjo a su autor unos dos millones de francos. Inmediatamente se tradujo a los principales idiomas europeos.

Del conde de Las Cases hay también un *Atlas historique*, publicado en 1802 con el seudónimo de *Lesage*, y unas *Memorias*, aparecidas en 1819, que le acarrearón dificultades y procesos. Murió Las Cases en 1842.

PRÓLOGO

Un cúmulo de circunstancias extrañas me puso durante diez meses junto al hombre más extraordinario que conocieron los siglos. Movidó por la admiración, le seguí en su desgracia, sin conocerle; pero en cuanto le hube tratado, el afecto me unió para siempre a su persona.

Lleno está el universo entero de su gloria, hazañas y monumentos; pero nadie conoce los verdaderos matices de su carácter, sus cualidades privadas y las inclinaciones naturales de su corazón bondadoso; este es el gran vacío que me propuse llenar, y para salir airoso en mi empeño, el azar me llevó a un puesto único tal vez en la historia.

He recopilado y escrito día por día cuanto he oído decir, cuanto he visto hacer a Napoleón durante el tiempo que pasó a su lado; y es indudable que en muchas conversaciones a las que estuve presente, hablaba su alma sola, se escuchaba al hombre, no al guerrero ni al emperador: así, que no habrá dejado de retratarse él mismo como en un espejo, sea cualquiera el aspecto en que se le mire. Libre ya cada cual para estudiar su carácter, si cae en un error, no ha de ser por falta de materiales.

Passy, 20 de Diciembre de 1822.

EL CONDE DE LAS CASES.

INTRODUCCIÓN

Me he propuesto escribir diariamente cuanto ha dicho y hecho el Emperador Napoleón durante el periodo de tiempo que le he acompañado; pero antes de comenzar, permítaseme un preámbulo que creo no será inútil.

Nunca me he dedicado a una lectura histórica sin haber querido previamente conocer a fondo el carácter del autor, su situación en el mundo, sus relaciones políticas y domésticas; en una palabra, los grandes acontecimientos de su vida. He creído que sólo con semejantes datos podría encontrarse la clave de sus escritos y la medida cierta de la confianza que merece. Penetrado de estas verdades, voy a presentar a mis lectores las mismas cualidades que yo he exigido de los otros. Antes de empezar mi narración, daré una idea sucinta de todo lo que me concierne.

Cuando estalló la revolución tenía poco más de veintiún años, y acababan de nombrarme teniente de navío, que correspondía al grado de oficial superior en un regimiento de línea; mi familia tenía entrada en la corte; y si bien mi fortuna no era muy pingüe, mi nombre, mi rango en el mundo y la perspectiva de mi carrera, según el espíritu y los cálculos de aquel tiempo, debían hacerme esperar un casamiento cual podría desearlo. Entonces empezaron nuestras conmociones políticas.

Uno de los vicios principales de nuestro sistema de admisión al servicio era el de privarnos de los beneficios de una educación fuerte y perfeccionada. Emancipados de nuestras escuelas a la edad de catorce años, desde aquel instante abandonados a nosotros mismos, y en cierto modo arrojados a un inmenso vacío, ¿en dónde hubiéramos podido tomar la más ligera idea de la organización social, del derecho público y de las obligaciones cívicas?

Por estas razones, conducido por ilustres preocupaciones, más bien que por deberes bien reflexionados, y sobre todo arrebatado por una inclinación natural a las resoluciones generosas, fui de los primeros a correr en pos de nuestros príncipes para salvar, según decían, al monarca de los excesos de la revolución y defender nuestros derechos hereditarios, que no podíamos aun abandonar sin oprobio. Según el sistema bajo el cual nos habían educado, era necesario tener una cabeza muy bien constituida o un espíritu muy débil para resistir al torrente.

Muy luego la emigración se hizo general. La Europa conocía demasiado esta funesta medida, cuya sandez política y error nacional no puede en el día hallar excusa sino en la falta de luces y en la rigidez de corazón de casi todos los que la emprendieron.

Derrotados en nuestras fronteras, licenciados, disueltos por los extranjeros, desechados y proscriptos por las leyes de la patria, un gran número de los nuestros pasaron a Inglaterra, que no tardó en arrojarlos en las playas de Quiberón. Bastante feliz por no haber sido del número de los que desembarcaron, a mi regreso pude reflexionar sobre la horrorosa situación de combatir la patria bajo los estandartes extranjeros; y desde aquel instante mis ideas, mis principios y mis proyectos titubearon, se alteraron o cambiaron.

Desesperando de los acontecimientos, abandonando el mundo y mi esfera natural, me entregué al estudio; y, bajo un nombre supuesto, empecé de nuevo mi educación, procurando cooperar a la ajena.

Sin embargo, al cabo de algunos años, el tratado de Amiens y la amnistía del primer cónsul nos abrieron de nuevo las puertas de la Francia. Nada poseía ya en ella, porque la ley había dispuesto de mi patrimonio; ipero es imposible olvidar el suelo natal o destruir el hechizo de respirar el aire de la patria!

Corrí, agradecí un perdón que me era tanto más caro cuanto que podía decir con orgullo que lo recibía sin tener de qué arrepentirme.

Poco tiempo después, se proclamó de nuevo la Monarquía. Entonces mi situación y mis sentimientos se encontraron en una extraña perplejidad: me hallaba soldado, castigado de una causa que triunfaba. Cada día se iban restaurando nuestras antiguas ideas; todo lo que había sido caro a nuestros principios y preocupaciones se restablecía; y con todo, la delicadeza y el honor nos imponían una especie de deber de vivir retirados.

Vanamente el nuevo Gobierno había proclamado altamente la fusión de todos los partidos; en vano su jefe había consagrado por principio de no conocer ya en Francia sino franceses; en vano varios antiguos y compañeros me ofrecían las ventajas de una nueva carrera a mi elección; no pudiendo conseguir el vencer la discordancia interior que me atormentaba, me condené obstinadamente a la abnegación y me acogi al trabajo; compuse bajo el mismo nombre supuesto una obra histórica, que restableció mi fortuna, y pasé entonces los cinco o seis años más felices de mi vida.

Sin embargo, acontecimientos sin ejemplo se sucedían

alrededor de nosotros con una rapidez inaudita; de tal naturaleza y carácter, que no era posible permanecer insensible a cualquiera que conservase en su corazón el menor vestigio de amor de lo grandioso, noble y bello.

El lustre de la patria se elevaba a una altura desconocida en la historia de ningún pueblo: se presentaba una administración sin ejemplo por su energía y sus felices resultados; un vuelo simultáneo, que inculcado repentinamente a toda especie de industria, excitaba todas las emulaciones a la vez; un ejército sin igual y sin modelo atemorizando en el exterior y creando un justo orgullo en el interior.

A cada instante nuestro país se llenaba de trofeos; un sinnúmero de monumentos proclamaban nuestras hazañas: las victorias de Austerlitz, de Jena, de Friedland, los tratados de Presbourg y Tilsit hacían de Francia la primera de todas las naciones y árbitra de los destinos universales: verdaderamente, era un honor insigne el ser francés; y con todos estos heroicos hechos, estas hazañas, todos estos prodigios eran obra de un solo hombre.

Por mi parte, cualesquiera que hubiesen sido mis preocupaciones anteriores, estaba atónito de admiración, y es sabido que de la admiración al amor no hay más que un paso.

Precisamente en aquella época el Emperador llamó a algunos individuos de las primeras familias alrededor de su trono, e hizo circular la voz entre los demás, de que consideraría como malos franceses a cuantos se obstinasen en vivir retirados. Yo no dudé ni un solo instante; ya había agotado mi juramento natural, el de mi nacimiento y el de mi educación: había sido fiel hasta el fin. Ya no se trataba de nuestros príncipes, pues ni aun sabíamos si existían. Las solemnidades de la religión, la alianza de

los reyes, la Europa entera, el esplendor de la Francia, todo, todo me enseñaba que tenia un nuevo soberano. ¡Nuestros predecesores habían resistido tanto tiempo, y a unos esfuerzos tan poderosos para unirse al primero de los Capetos! Respondi, pues, que por mi parte, feliz con este llamamiento de salir con honor de la posición delicada en que me hallaba, ofrecia libremente y de todo buen corazón al nuevo soberano todo el celo, afecto y amor que constantemente habia alimentado hacia mis antiguos señores; y la consecuencia de mi declaración fué mi admisión inmediata en la Corte.

Sin embargo, yo deseaba vivamente probar con hechos la sinceridad de mis palabras. Los ingleses invadieron Flessinga y amenazaron Amberes; corri como voluntario a la defensa de esta plaza; se evacuó Flessinga, y mi nombramiento de gentilhombre me llamó al lado del principe. A este empleo honorífico yo deseaba juntar alguna ocupación útil; pedi y obtuve ser miembro del Consejo de Estado. Entonces se sucedieron rápidamente varias misiones de confianza: se me mandó a Holanda, en el momento de su reunión, para recibir los objetos relativos a la marina; a Iliria para liquidar la deuda pública, y a la mitad del Imperio para inspeccionar los establecimientos públicos de beneficencia. En nuestras últimas desgracias he recibido las pruebas más lisonjeras de haber dejado alguna estimación en los paises que habia recorrido como hombre público.

Pero la Providencia habia fijado un término a nuestras prosperidades. La catástrofe de Moscú, las desgracias de Leipzig y el sitio de Paris son bastantemente conocidos. Yo mandaba una legión en esta última ciudad, que el 31 de Marzo se cubrió de honor con la pérdida de un crecido número de ciudadanos. En el momento de la capitu-

lación entregué el mando a mi sucesor; yo creía deber cumplir aún otros deberes cerca de la persona del príncipe, pero no pude llegar a tiempo a Fontaineblau: el Emperador abdicó, y el rey vino a reinar.

Entonces mi situación fué aún más extraordinaria que doce años antes: triunfaba al fin la causa por la cual yo había sacrificado mi fortuna, por la cual había sufrido doce años de destierro en el extranjero y seis de abnegación en el interior; triunfaba al fin, y con todo el punto de honor, y otras máximas que me impedían recoger el menor fruto.

Jamás se ha visto una situación más extraordinaria que la mía: dos revoluciones en sentido opuesto se habían realizado; la primera, me había costado mi patrimonio; la segunda, pudiera haberme costado la vida; y ninguna de las dos me proporcionaba un resultado ventajoso. El vulgo no verá en todo esto más que una desagradable tergiversación de opiniones; los intrigantes dirán que he sido dos veces chasqueado, y sólo el pequeño número comprenderá que ambas he cumplido deberes muy grandes y honrosos.

Comoquiera que sea, mis antiguos amigos, que el nuevo orden de cosas elevó a los primeros empleos, a pesar del sistema que yo había abrazado, no habiéndome retirado su afecto y amistad, me instaban para que me acercase al nuevo Gobierno; pero me fué imposible dar oídos a su buen afecto, estaba disgustado, abatido y resuelto a concluir mi vida política. ¿Debiera yo exponerme al falso juicio de los que me observaban? ¿Podía cada cual leer en el fondo de mi corazón?...

Francés hasta el fanatismo, no podía soportar la degradación nacional que diariamente presenciaba en medio de las bayonetas enemigas; traté, pues, de irme lejos para

distraerme de las desgracias de mi patria, y fui a pasar algunos meses a Inglaterra. Todo me pareció cambiado, empezando por mí mismo.

Apenas regresé, Napoleón apareció en nuestras costas. En un abrir y cerrar de ojos llegó a la capital sin combates, sin excesos, sin efusión de sangre. Me conmoví, creí ver ya borrada la mancha extranjera, y toda nuestra gloria restablecida; pero el hado lo había ordenado diferentemente.

Ya me he presentado cual soy; el lector tiene en sus manos mis cartas credenciales; una multitud de contemporáneos viven: que se presente uno para desmentirme.

DIARIO DE LA ISLA DE SANTA ELENA

*DESDE 20 DE JUNIO DE 1815 HASTA 15 DE
OCTUBRE, QUE LLEGAMOS A LA ISLA DE
SANTA ELENA*

LLEGADA DEL EMPERADOR AL ELÍSEO (1) DESPUÉS
DE LA BATALLA DE WATERLÓO.

20 de Junio.—Me avisaron que el Emperador había llegado al Elíseo, y fuí, desde luego, a ponerme a sus órdenes; allí encontré a los señores de Montalembert y Montholon, que el mismo afecto había conducido.

El Emperador acababa de perder una gran batalla: unos decían que había habido traición palpable; otros la atribuían a una desgracia inaudita. Treinta mil hombres, a las órdenes del general Grouchy, se equivocaron en la hora y camino, y como no se hallaron en el campo de batalla, el ejército, victorioso hasta las ocho, se sobrecogió repentinamente de un terror pánico.

(1) Pequeño palacio en París que fué residencia de la duquesa de Berri; hoy lo es de los presidentes de la República.

co y se dispersó en un instante. Eran *Crecy*, *Azincourt*, etcétera (1); todos temblaban, todo se creyó perdido.

ABDICACIÓN.

21.—El presidente de la asamblea, los hombres más eminentes del Estado y los amigos más íntimos del Emperador, vinieron a suplicarle que salvara la Francia abdicando. Éste, aunque no convencido, respondió con su magnanimidad acostumbrada: «¡Abdicol!».

El mismo día le presenté la Diputación de los representantes, que venía a darle gracias por el sacrificio que hacía a la causa nacional.

Algunos papeles y documentos, que circulaban desde el día antes, habían producido mucha sensación y acarreado este grande acontecimiento: decían que mediaban ciertas relaciones confidenciales entre Fouché y Metternich, en las cuales este último prometía con toda seguridad Napoleón II y la Regencia si el Emperador abdicaba. Parece que estas comunicaciones ya

(1) El texto decía: *una fuga precipitada* (UNE VÉRITABLE JOURNÉE DES ÉPERONS), con alusión a una batalla que se dió en 1513, en la cual los franceses huyeron sin batirse, o como si dijéramos, a uña de caballo. No debo pasar en silencio el motivo de esta variación.

En Santa Elena, el Emperador, que era el único que sabía que yo escribía un diario, quiso un día que le leyese algunas páginas; cuando oyó esta expresión de *fuga precipitada*, escrita inconsideradamente, exclamó con vehemencia: «¡Infeliz!, ¿qué dice usted? Borre usted al instante... una fuga precipitada... ¡qué error!... ¡qué calumnia!... ¡una fuga precipitada!» Repetía: «¡Ah, pobre ejército! ¡valientes soldados! No, nunca peleásteis con más denuedo». Y después de una breve pausa dijo con el acento del dolor: «Es cierto que entre los nuestros hubo algunas almas viles. ¡El Cielo se lo perdone!; pero la Francia, ¿recobrará jamás lo que perdió?»

eran algo antiguas, sin que Napoleón lo supiese.

Preciso es que Fouché tenga una propensión decidida para las operaciones clandestinas, porque es muy sabido que su primera caída, hace ya algunos años, dimanó de haber entablado negociaciones con Inglaterra de su *motu proprio*, sin conocimiento del Emperador. En los grandes acontecimientos siempre ha observado una conducta tortuosa. ¡Quiera Dios que estos actos oscuros y tortuosos algún día no sean funestos a la patria!

DIPUTACIÓN DE LA CÁMARA DE LOS PARES.
CAULAINCOURT.—FOUCHÉ.

22.—Se presentó la Diputación de la Cámara de los pares.

En la noche antecedente ya se había nombrado una parte del Gobierno interino; Caulaincourt y Fouché, que eran miembros de él, estaban con nosotros en el salón de servicio. Cuando les dimos el parabién, que en realidad sólo era una manifestación de nuestro gozo en el interés de la causa pública, el primero nos respondió con una exclamación de pavor; pero el segundo nos dijo con mucha ligereza: «Es muy cierto que yo no soy sospechoso».

—Si usted lo hubiese sido —repuso con precipitación el representante Boulay de la Meurthe, que se hallaba presente— puede usted estar bien persuadido que no le hubiéramos nombrado.

PRESENTAN AL EMPERADOR EL GOBIERNO INTERINO.

23.—Presenté el Gobierno interino al Emperador, quien, al despedirle, le hizo acompañar por el duque

Decrés. Los hermanos de aquél, Luciano, José y Jerónimo, vinieron a verle varias veces en el día, y se entretuvieron mucho tiempo con él.

24.—En medio de estos movimientos, todas las noches se reunía un crecido número de gente alrededor del Elíseo, cuyas aclamaciones y el vivo interés que manifestaban por el Emperador no dexaban de dar alguna inquietud a las facciones opuestas; y como la fermentación de la capital aumentaba cada momento, el Emperador tomó la resolución de ausentarse el día siguiente.

EL EMPERADOR SE ASENTA DEL ELÍSEO.

25.—Acompañé al Emperador a la Malmaison y le supliqué que me permitiera seguirle en su nueva fortuna. Mi propuesta parece que le causó admiración, pues no me conocía más que por los empleos que yo ejercía, y me dijo con alguna sorpresa:

—¿Sabe usted hasta dónde puede conducirle su oferta?

—No lo he calculado—le respondí. Aceptó mi ofrecimiento.

El día 26, a eso de las doce de la mañana, llegó el general Becker, y nos dijo con una especie de indignación, que el Gobierno interino le había dado el encargo de custodiar a Napoleón y no perderle de vista. Esta elección fué parto de un alma baja e indigna, porque Fouché no ignoraba que el general Becker tenía algún resentimiento personal contra el Emperador, y por lo mismo creyó hallar en él un corazón agriado y dispuesto a vengarse; pero se equivocó altamente, porque este digno general dió pruebas las más convin-

centes de un respeto y rendimiento que realzan sobremanera su honrado carácter.

Sin embargo, como los instantes eran muy preciosos, el Emperador, estando ya con el pie en el estribo, mandó el mismo general Becker al Gobierno interino, ofreciendo marchar al frente del ejército como simple ciudadano, prometiendo rechazar a Blucher y proseguir luego después su camino; pero como el Gobierno interino no admitió la propuesta, salimos de la Malmaison. El Emperador y una parte de su séquito tomaron el camino de Rochefort, pasando por Tours. Yo, mi hijo y los señores de Montholon, Planat y Resigny, fuimos por Orleans con los otros coches de séquito.

Llegamos a Orleans el 30 por la mañana, y a eso de las doce de la noche a Chatelherault.

CAMINO.—LLEGADA A ROCHEFORT.

1.º de Julio.—A las cuatro de la tarde pasamos por Limoges; el 2 comimos en la Rochefoucault, y a las siete llegamos a Jarnac, en donde descansamos; el maestro de postas nos detuvo toda la noche, retardando maliciosamente nuestro viaje hasta el día siguiente a las cinco de la mañana.

El 3, a las once de la mañana, que llegamos a Saintes, poco faltó para que fuésemos víctimas de una insurrección popular.

A poca distancia de Rochefort encontramos una partida de gendarmería, que las autoridades habían mandado para que nos acompañara, en cuanto supieron el lance que nos había sucedido. El 4, a las dos de la madrugada, llegamos a Rochefort; el Emperador ya es-

taba allí desde el día antes (1), y el príncipe José, que llegó la misma noche, acompañó a su hermano.

SERENIDAD DEL EMPERADOR.

5 y 7.—Durante nuestra estancia en Rochefort, el Emperador se vistió siempre de paisano; estaba alojado en la Prefectura, cuya casa estaba continuamente rodeada de una multitud de gente, que de cuando en cuando le vitoreaban; salió al balcón tres o cuatro veces. Algunos generales vinieron personalmente y otros le enviaron emisarios haciéndole varias propuestas.

Durante nuestra permanencia en Rochefort, el Emperador siguió un género de vida en todo conforme a la que hacía en Tullerías: no era más comunicativo ni recibía sino a Bertrand y Savary, de modo que nos veíamos reducidos a rumores vagos y conjeturas con respecto a todo lo que le concernía. Con todo, en medio de la agitación general, el Emperador estuvo tranquilo e impassible, se manifestó muy indiferente, y, sobre todo, poco apresurado.

Un teniente de navío de nuestra marina, que mandaba un buque mercante dinamarqués, vino a ofrecerse generosamente para salvarle. Propuso tomar su persona sola, asegurando ocultarle de modo que fuese

(1) He aquí el itinerario del Emperador:

El 29 de Junio salió, y durmió en Rambouillet.

El 30, en Tours.

El 1.º de Julio en Niort.

El 2 salió de Niort; llegó el 3 a Rochefort.

Permanece en Rochefort hasta el 8.

Se embarcó a bordo del *Belerofonte* el 15.

infructuosa toda pesquisa, y ofreció hacerse desde luego a la vela para los Estados Unidos. Sólo pidió una corta cantidad para indemnizar a los propietarios del buque de los daños que pudiesen acarrearles con motivo de su empresa. Bertrand se la concedió bajo ciertas condiciones que se estipularon en mi nombre; yo firmé este contrato en presencia del prefecto marítimo.

SE EMBARCA EL EMPERADOR.

8.—Al anochecer, el Emperador se fué a Fourras (1), acompañado de las aclamaciones del pueblo; a eso de las ocho llegó a bordo de la *Saal*, en donde pasó la noche; yo llegué mucho más tarde con madame Bertrand, que se había embarcado en distinto bote en otro paraje.

9.—Por la madrugada acompañé al Emperador, que desembarcó en la isla de Aix, visitó todas las fortificaciones y se volvió a almorzar a bordo.

PRIMERA ENTREVISTA A BORDO DEL NAVÍO « BELEROFONTE ».

10.—Por la noche del domingo al lunes, fuí con el duque de Rovigo a ver al comandante del crucero inglés, para saber si había recibido los salvoconductos que el Gobierno interino nos había prometido para ir a los Estados Unidos. Nos respondió que no; pero añadió que iba desde luego a consultar sobre ello al

(1) Pueblecillo de pescadores, situado a la orilla derecha de la desembocadura del río Charente.

almirante. Supusimos que el Emperador saldría con las fragatas con bandera parlamentaria; nos contestaron que las atacarían. Hablamos de su paso en un buque neutral; nos dijeron que todo neutral saliente sería visitado con el mayor rigor, y acaso conducido a un puerto inglés; pero al mismo tiempo nos insinuaron la idea de ir a Inglaterra, asegurándonos que no debíamos temer ningún maltrato. A las dos y media de la tarde ya estábamos de vuelta.

INCERTIDUMBRE DEL EMPERADOR SOBRE EL PARTIDO QUE DEBÍA TOMAR.

11.—Los buques ingleses tenían cerrada toda comunicación marítima exterior. El Emperador parecía estar incierto sobre el partido que debía tomar; se trataba de buques neutrales, de barcos pescadores tripulados con aspirantes de marina jóvenes; continuamente se recibían proposiciones de tierra, etc.

En resumen (1), el crucero inglés no era fuerte; había dos corbetas delante de Burdeos, para bloquear otra corbeta francesa, y al mismo tiempo daban caza a los barcos americanos que diariamente salían. En la isla de Aix teníamos dos fragatas bien armadas, la corbeta de mayor cabida, el *Vulcano*, estaba al fondo de la rada, y finalmente un brick muy grande; todos estos buques estaban bloqueados por un navío de 74 de los más pequeños de la escuadra inglesa, y una o dos malas corbetas. Es indudable que arriesgándose a sacrificar uno o dos buques hubiéramos pasado; pero el capitán comandante era un hom-

(1) Este resumen lo dictó el mismo Napoleón.

bre débil y no quiso salir; el segundo, que era un hombre enteramente decidido, se hubiera arriesgado a ello, pero es muy probable que el primero habría recibido instrucciones de Fouché, que ya no disimulaba su traición y quería entregar al Emperador. Séase lo que se fuere, como no había ninguna esperanza por el lado del mar, el Emperador decidió desembarcar en la isla de Aix.

Si este encargo se hubiere confiado al almirante Werhuel, decía el Emperador, como se le había prometido cuando salía de París, es muy probable que hubiera pasado, pues la tripulación de las dos fragatas era muy adicta y entusiasta.

La guarnición de la isla de Aix se componía de mil quinientos marinos, que formaban un bellissimo regimiento; los oficiales, sumamente indignados porque las fragatas no querían salir, propusieron armar dos barcos pescadores de quince toneladas que había en el puerto; los aspirantes de marina querían servir de marineros, pero al momento de poner en ejecución este proyecto, declararon que era muy difícil llegar a América sin tocar en algún punto de la costa de España o de Portugal.

En estas críticas circunstancias, el Emperador compuso una especie de consejo de las personas de su séquito. En él se hizo presente que ya no se podía contar con las fragatas ni con otros buques armados; que los barcos pesqueros no ofrecían ninguna probabilidad de buen éxito, pues sólo conducirían a caer en manos de los ingleses o de los aliados, y por lo mismo sólo quedaban dos partidos, a saber: el de internarse de nuevo y correr la suerte de las armas, o buscar un asilo en Inglaterra. Para seguir el primero se podía

disponer de mil quinientos hombres de marina animados del mejor celo y buena voluntad; el comandante de la isla era un antiguo oficial del ejército de Egipto enteramente adicto a Napoleón, que hubiera desembarcado en Rochefort con sus mil quinientos hombres; este pequeño cuerpo se hubiera engrosado con la guarnición de la ciudad, cuyo espíritu era excelente; se hubiera llamado la de la Rochela, compuesta de cuatro batallones de federados que nos estaban ofreciendo sus servicios, y con estas fuerzas unidas podíamos juntarnos con el general Clausel, que se mantenía firme al frente del ejército de Burdeos, o con el general Lamarque, que con el de la Vendée había hecho prodigios de valor; ambos aguardaban, o por mejor decir, deseaban a Napoleón, y con la mayor facilidad se hubiera sostenido una guerra civil en el centro de Francia. Pero París se hallaba en poder de los aliados; las Cámaras ya no existían; quinientos o seiscientos mil enemigos estaban en el interior del imperio; por consiguiente, la guerra civil no podía producir otro resultado que el de hacer perecer todos los patriotas generosos y adictos a Napoleón. Esta pérdida hubiera sido demasiado sensible e irreparable, y hubiera destruído las esperanzas de la suerte futura de Francia, sin producir más ventaja que la de poner al Emperador en estado de tratar y obtener un partido ventajoso a sus intereses. Napoleón había renunciado a la soberanía y sólo pedía un asilo tranquilo; por tan pequeño resultado le repugnaba dar motivo a que pudiesen todos sus amigos, un pretexto a los aliados para saquear todas nuestras provincias, y por decirlo en una palabra, privar al partido nacional de sus verdaderos apoyos, que tarde o tem-

prano podrán restablecer el honor e independencia de Francia. Sólo quería vivir como un hombre privado, y para ello la América era el lugar predilecto que más le convenía. Pero, en fin, la misma Inglaterra con sus leyes positivas podía también convenirle, pues según mi primera entrevista con el capitán Maitland, parecía que éste podría llevarle a Inglaterra con todo su séquito y recibir allí un trato decente. Desde luego el Emperador y su comitiva se hallaban bajo la protección de las leyes británicas, y el pueblo de este país es demasiado amante de la gloria para dejar escapar una ocasión que tan naturalmente le venía a la mano para formar uno de los más bellos rasgos de su historia. Se resolvió, pues, pasar a bordo del crucero inglés en cuanto Maitland hubiese manifestado de una manera positiva la orden de recibirnos. Se le volvió a ver y manifestó positivamente que su Gobierno le había autorizado para recibir al Emperador si quería ir a bordo del *Belerofonte*, y conducirlo a Inglaterra con toda su comitiva. Entonces el Emperador se embarcó, no en fuerza de los acontecimientos, pues ya he dicho que podía permanecer en Francia, sino porque quería vivir como un simple particular; no quería mezclarse más en los negocios públicos, y sobre todo no complicar los de Francia. Es cierto que si hubiera podido sospechar el indigno tratamiento que le preparaban, es fácil de concebir que no hubiera adoptado este partido. La carta que escribió al príncipe regente es un testimonio nada equívoco de su confianza y convicción; el capitán Maitland, a quien se comunicó oficialmente antes que el Emperador pasase a bordo, no había hecho la menor observación sobre su contenido, con cuya sola circunstancia reco-

noció y autorizó los sentimientos que en ella se expresaban.

He aquí el escrito memorable:

«Alteza real: expuesto a las facciones que dividen mi país, y a la enemistad de los primeros soberanos de Europa, he concluído mi carrera política. Cual otro Temístocles, vengo a tomar un asilo en los hogares del pueblo británico; póngome bajo la protección de sus leyes, que reclamo de vuestra Alteza real, como del más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos.»

FONDEADERO EN TORBAY.

24.—A eso de las ocho de la mañana dimos fondo en la rada de Torbay. El Emperador, que se había levantado a las seis de la madrugada, subió a la popa del *Belerofonte*: observaba el surgidero del navío, y yo no me aparté de su lado sino para informarme sobre las preguntas que hacía.

El capitán Maitland mandó al instante un correo al lord Keit, su almirante general, que se hallaba en Plymouth. El general Gourgaud, que había salido con el *Slany* para llevar la carta al príncipe regente, volvió a juntarse con nosotros pasados pocos momentos, porque se la habían hecho entregar sin permitir que desembarcase, y hasta le prohibieron toda comunicación. Esto fué un mal presagio, y el primer indicio de las muchas tribulaciones que le siguieron.

En cuanto se traslució que el Emperador se hallaba a bordo del *Belerofonte*, la rada se cubrió de embarcaciones y curiosos. El dueño de una hermosa casa de campo que estaba allí cerca le mandó un regalo de varias frutas.

FONDEADERO EN PLYMOUTH.—PARADA, ETC.

26.—Por la noche había llegado la orden para que pasásemos, desde luego, a Plymouth. Nos hicimos a la vela por la madrugada y llegamos a nuestro nuevo destino a eso de las cuatro de la tarde, diez días después de nuestra salida de Rochefort, veintisiete de la de París y treinta y cinco de la abdicación del Emperador. Desde esta última época nuestro horizonte se había oscurecido notablemente: varias lanchas armadas rodeaban constantemente nuestro navío, bien que un poco apartadas, alejando los curiosos algunas veces a fusilazos. El almirante Keith, que estaba en la rada, no vino a bordo de nuestro navío. Dos fragatas hicieron señal de marcha próxima, y nos dijeron que un correo extraordinario, llegado por la mañana, les había traído una misión lejana. Algunos de nosotros pasaron a otros buques. Todos los semblantes se manifestaban con un interés silencioso; varios rumores siniestros se habían esparcido en nuestro navío; se hablaba diversamente de varias destinaciones para nosotros, a cual más horrorosas: el encarcelamiento en la torre de Londres era la más suave, y algunos señalaban la isla de Santa Elena.

¡No, no es posible dar una idea del efecto que producían en nuestra alma tan crueles palabras! Cada vez que me acuerdo, un frío mortal me sobrecoge: era una sentencia de muerte inesperada! ¡Unos despiadados verdugos se apoderaban de mí para arrastrarme a un suplicio; me arrebatában con la mayor violencia de todo lo que me hacía la vida apreciable; tendía dolorosamente mis brazos hacia los objetos de mi cariño;

pero en vano: era forzoso perecer! ¡Esta horrorosa idea, y otras muchas a tropel, excitaron en mí una verdadera tempestad: era el desorden de un alma que desea separarse de todo lo terrestre! Esta amarga crisis cubrió mi cabeza de canas... Felizmente fué de corta duración, y mi moral salió victoriosa de la lucha; y tan victoriosa, que desde este instante me reconocí muy superior a todas las asechanzas de los hombres: conocí que en adelante ya podía desafiar la injusticia, los malos tratos y hasta los suplicios; y sobre todo, juré que desde aquel momento nadie oiría mis quejas ni mis súplicas. Pero si entre nuestros compañeros de infortunio algunos notaron mi intranquilidad en tan crueles circunstancias, les ruego que no me acusen de insensible: ellos tuvieron la felicidad de prolongar su agonía; pero la mía se agolpó en un instante.

Poco después se me presentó a la idea una de aquellas combinaciones que prueban la poca estabilidad de las cosas humanas, y tal vez forma el contraste más particular de mi vida: acordéme que veinte años antes, durante mi emigración a Inglaterra, y sin poseer nada en el mundo, no quise ir a la India con una suerte feliz y segura, porque me pareció que era muy lejos y que mi edad era demasiado avanzada para emprender semejante viaje; y al cabo de veinte años iba a abandonar mi familia, mis amigos, mi hacienda, mis más dulces afecciones, para sepultarme voluntariamente en un peñasco en medio del vasto Océano, a dos mil leguas de distancia. ¿Y por qué? *Por nada.* Pero no; ¡no es así! El afecto que me impelía era muy superior a todas las riquezas que en otro tiempo había despreciado: seguía, acompañaba al hombre que gobernó al mundo y llenará las páginas de la posteridad.

El Emperador, según su costumbre, se dejó ver en el puente; estuve algún tiempo con él en su camarote sin decirle lo que había oído, porque quería ser su consuelo y no contribuir a su tormento. Sin embargo, estos rumores habían llegado a sus oídos; pero como se había constituido a bordo del *Belerofonte*, con tanta libertad y buena fe, solicitado con ahinco por los mismos ingleses, consideraba que su carta al príncipe regente, comunicada de antemano al capitán Maitland, era una condición tácita; en fin, había obrado con tanta magnanimidad, que repelía con indignación cuantos recelos le presentasen, sin permitir que ni siquiera tuviéramos la menor duda.

EL ALMIRANTE KEITH.—LOS INGLESES SE PRECIPITAN
A LA RADA DE PLYMOUTH. *

27 y 28.—Difícilmente podrían pintarse nuestras zozobras. Los más de nosotros ya no vivíamos: la menor circunstancia que llegaba de tierra, la opinión más vulgar que se divulgase a bordo, un artículo de diario el menos auténtico, nos suministraban materia para hacer comentarios a cual más graves y nos causaban perpetuas oscilaciones de temor y esperanza; íbamos muy solícitos tras el más leve rumor, preguntábamos al primero que se presentaba, para que nos diese buenas o malas nuevas. No, la movilidad y viveza de nuestro carácter nacional no nos permite mirar las cosas con aquella resignación estoica, con aquella concentración impasible que sólo dimanar de ideas fijas y doctrinas positivas adquiridas en la infancia.

Los papeles públicos, principalmente los ministeriales, se desbocaban contra nosotros: fieles órganos de

los ministros, preparaban de antemano el golpe que iban a darnos. No es posible figurarse cuántos horrores, embustes e imprecaciones amontonaban contra nosotros; y es sabido que siempre se pega algo, aun cuando la muchedumbre tenga buenos sentimientos—por ello la gente que nos rodeaba no fueron tan atentos como en el principio, y se les notaba un cierto aire de incertidumbre.

El almirante Keith, después de habernos hecho saber muy de antemano su visita, apareció como un meteoro: era claro que temían nuestra situación, y por lo mismo evitaban hablar con nosotros. Los diarios hablaban de las medidas que iban a tomarse; pero nada que tuviese un carácter oficial, y se contradecían visiblemente en los pormenores; nos alimentábamos con la esperanza, con una incertidumbre vaga, mil veces peor que todos los resultados. De otra parte, nuestra súbita aparición en Inglaterra había producido un movimiento extraordinario. La llegada del Emperador creó una curiosidad que degeneraba en furor (los papeles públicos nos hicieron saber esta circunstancia, al paso que la condenaban): todo el pueblo inglés se precipitaba a Plymouth. Un sujeto, que en cuanto supo mi llegada salió de Londres para venir a verme, se vió precisado a pararse a poca distancia de la capital por la absoluta falta de caballos y posada en el camino. El mar estaba cubierto de lanchas alrededor de nuestro navío; supimos posteriormente que algunas de ellas se habían pagado hasta a sesenta napoleones.

DECISIÓN MINISTERIAL.—ZOZOBRAS, ETC.

29 y 30.—Durante uno o dos días corrió la voz que un oficial mayor de la Secretaría de Estado venía de

Londres para notificar personalmente al Emperador la resolución de los ministros relativa a su persona. En efecto, se presentó el caballero Bauburg, que vino a bordo con el lord Keith y entregó una orden ministerial que disponía la deportación del Emperador, limitando su acompañamiento a solas tres personas, excluyendo expresamente al duque de Rovigo y al general Lallemand, comprendidos en la lista de de los proscriptos.

Como los dos ingleses hablaban francés, no me llamaron al camarote del Emperador: éste les recibió a solas; pero luego supe que había combatido y disputado con la mayor energía la violencia que usaban con su persona: dijoles «que era huésped de Inglaterra, y no prisionero; que de su espontánea voluntad él mismo había venido a ponerse bajo la protección de las leyes inglesas; que con este acto de arbitrariedad inaudita se violaban los derechos sagrados de la hospitalidad; que nunca consentiría voluntariamente en el ultraje que se le hacía; que sólo la violencia podría disponer de su persona, etc.»

Es muy cierto que ya habíamos traslucido nuestra deportación a Santa Elena; pero el conocimiento positivo del hecho nos consternó sobremanera; con todo, el Emperador no dejó de presentarse sobre el puente con su serenidad y porte acostumbrado, para examinar la muchedumbre ansiosa de verle.

LOS GENERALES SAVARY Y LALLEMAND NO PUEDEN
ACOMPañAR AL EMPERADOR.

31.—Nuestra situación era horrorosa, nuestras penas excedían toda expresión: dejábamos de existir para

Europa, nuestra patria, nuestros amigos, nuestros placeres y nuestros hábitos; es cierto que podíamos dejar de ir con el Emperador, pero esta elección se podía comparar con la de los mártires, a quienes se proponía la opción entre el abandono de su religión y culto o la muerte.

Otra circunstancia todavía hacía nuestro tormento más acerbo, cual era la exclusión especial de los generales Savary y Lallemand, a quienes esta negativa había anonadado; sólo veían el cadalso, porque estaban firmemente persuadidos de que Inglaterra, no distinguiendo los actos políticos procedentes de una revolución de los crímenes civiles cometidos en un Estado tranquilo, les entregaría a sus enemigos para acabar en un suplicio.

EL EMPERADOR ME PREGUNTA SI LE QUIERO SEGUIR A SANTA ELENA.

1.^o de Agosto.—Diariamente aumentaba el número de las lanchas que rodeaban nuestro navío; el Emperador se dejaba ver a su hora acostumbrada, y la acogida que le daba el pueblo era cada vez más lisonjera.

Muchos éramos los que habíamos seguido al Emperador, de varios rangos y grados; pero con respecto a nosotros se puede decir que se conservaba la misma etiqueta que en Tullerías; sólo el gran mariscal (Bertrand) y el duque de Rovigo hablaban con él habitualmente: hombre había entre nosotros que desde que salimos del Elíseo no le había visto ni hablado más que lo hubiera hecho en París. Sólo a mí me llamaba cuando quería que le tradujese algunos papeles o diarios, con cuyo motivo el Emperador insensiblemente se fué

acostumbrando a mandarme llamar todas las noches a eso de las ocho, para tener un rato de conversación conmigo.

La misma noche, el 1.º de Agosto, durante nuestra conversación, después de haber hablado de varios asuntos, me preguntó si le acompañaría a Santa Elena. Con la mayor franqueza, nacida de las sensaciones que me animaban, le dije que cuando salí de París para seguirle había cerrado los ojos a toda consideración humana, y por lo mismo no veía ningún motivo para exceptuar el viaje de Santa Elena; pero que como su séquito era muy numeroso, al paso que sólo le permitían llevar consigo tres personas, y de otra parte muchos había que no aprobaban el abandono de mi familia, yo deseaba saber, tanto por los respetos de ésta, como para la tranquilidad de mi conciencia, qué podría serle útil y grato; en una palabra, deseaba que su elección recayese en mí; añadile que esta observación no tenía ninguna mira particular, pues desde nuestra salida de París le había consagrado mi vida sin restricción alguna.

En medio de esta conversación, madama Bertrand, sin que se la hubiese llamado ni haber hecho entrar recado, entró precipitadamente en el camarote del Emperador; estaba fuera de sí, gritando que no fuese a Santa Elena ni se llevase a su marido. Cuando vió la admiración, el semblante tranquilo y la respuesta fría del Emperador, salió con la misma precipitación que había entrado. Atónito el Emperador, me dijo:

—¿Entiende usted esto? ¡Esta mujer ha perdido el juicio!

Cuando oímos unos gritos descompasados y un gran movimiento entre la tripulación. El Emperador me

mandó llamar para saber el motivo de semejante tumulto, que al cabo era madama Bertrand, que al salir del aposento del Emperador quiso arrojarle al mar, y parece que le dió mucho trabajo impedirle que ejecutase semejante locura. ¡Júzguese por este lance cómo estarían nuestros corazones!

PALABRAS NOTABLES DEL EMPERADOR.

3.—Por la mañana, el duque de Rovigo me dijo que decididamente yo era uno de los elegidos para ir a Santa Elena: el Emperador, hablando con él, le había dicho que aun cuando no le permitiesen llevar más que dos personas en su compañía, contaba en que yo sería una de ellas, pues se prometía que yo le sería útil y le serviría de consuelo. Al afecto del duque de Rovigo debo el conocimiento de estas palabras del Emperador; no puedo menos de tributarle mi agradecimiento, pues si él no me las hubiera transmitido, nunca hubiera tenido esta satisfacción. El Emperador nada me dijo sobre este particular; tal era su genio, como varias veces tendré motivos de manifestarlo.

Por la noche el Emperador me hizo llamar. Después de haber hablado de varios objetos, hizo caer la conversación sobre Santa Elena, preguntándome qué cosa era aquella isla, si sería posible soportar la vida en ella, etc., etc. «Pero—añadió repentinamente—en resumen, ¿acaso es tan cierto que yo vaya allí? ¿Un hombre depende de su semejante cuando no quiere?».

Durante esta conversación nos paseábamos en su cuarto; él parecía muy tranquilo, pero conmovido y algún tanto distraído.

—Amigos—prosiguió—, algunas veces me dan ba-

rruntos de dejar a ustedes, y ciertamente que no es muy difícil; si se me exalta un poco la cabeza, pronto me escaparé, todo se acabará, y ustedes podrán reunirse tranquilamente con sus familias. Tanto más cuanto mis principios interiores no me ofrecen el menor obstáculo: yo soy uno de los que creen que las penas del otro mundo sólo se han imaginado como complemento de los insuficientes atractivos que nos ofrece. No, Dios no quisiera semejante contraste con su bondad infinita, sobre todo por un acto cual es el de que se trata, que al fin no es otra cosa que reunirse un poco antes al Supremo Criador (1).

—¿Qué alucinación es esta? —exclamé—. Los poetas y filósofos han dicho que ver el hombre luchando con el infortunio es un espectáculo digno de la Divinidad: los contratiempos y la constancia también tienen su gloria; un carácter tan grande y noble no puede abatirse al nivel de las almas vulgares, y sería indigno de un hombre que nos ha gobernado con tanta gloria, fijando la admiración y los destinos del mundo, acabar su vida como un jugador o un amante engañado.

—Convengo —dijo el Emperador— en la certeza de vuestro raciocinio; pero, ¿qué haremos en aquel desierto?

—Señor, viviremos de lo pasado, que nos suministrará materia bastante para no desperdiciar el tiempo. ¿No sentimos un placer cuando leemos la vida de César o la de Alejandro? Pues mucho más tendremos: Vuestra Majestad se leerá a sí mismo.

(1) Sin duda que el estado desesperado de Napoleón le hizo preferir estas desconcertantes palabras, que no salían de su corazón, y en extremo contradictorias con la sana moral y la conclusión de su mismo discurso.

—Pues bien —dijo—, escribiremos nuestras *Memo-
rias*. Sí, trabajaremos, porque el trabajo es la guadaña
del tiempo, y al cabo es forzoso que se cumpla el hado;
este es mi sistema (1): así pues, cúmplase el mío.

Desde este instante desapareció su tristeza, y se
puso a tratar de varios puntos totalmente ajenos a
nuestra situación.

SALIDA DE PLYMOUTH.—CRUCERO EN LA MAN-
CHA, ETC.—PROTESTA.

4.—Habiendo llegado por la noche la orden de apa-
rejar al amanecer, hicimos a la vela, no sin alguna zo-
zobra.

Sin embargo, creíamos que en este momento deci-
sivo el Emperador debía manifestar oficialmente su
oposición a semejante violencia, pero él la miró con
mucho indiferencia, sin hacer el menor caso. Con todo,

(1) He aquí un documento que la circunstancia que acabo de in-
dicar contribuye a realzar su mérito: es una orden del día, que
siendo primer cónsul dió a su guardia, contra el suicidio.

Orden del 22 floreal año X.

«El granadero Gobain ha sido víctima de un suicidio causado
por el amor; esta pérdida es tanto más sensible cuanto era un ex-
celente sujeto. De un mes a esta parte éste es el segundo crimen
de esta naturaleza que se comete.

•El primer cónsul manda que se inserte en la orden del día de la
guardia:

«Que un soldado debe saber vencer el dolor y la melancolia de
las pasiones, pues hay tanto verdadero valor en sufrir las penas del
alma con constancia, como en mantenerse firme en la muralla de
una batería. Abandonarse a las penas sin resistirlas, matarse
para evitarlas, es abandonar el campo de batalla antes de conse-
guir la victoria.»

reflexionando que era preciso dejar algún documento a nuestros amigos y al público que acreditase la causa y motivos que existían para defendernos, me animé a leerle un papel que había escrito: no le desagradó la idea, suprimió algunas frases, enmendó alguna palabra, lo firmó y lo mandó al lord Keith; he aquí su contenido:

Protesta.—«Protesto solemnemente ante Dios y los hombres contra la violencia que se me hace, contra la violación de mis derechos los más sagrados, disponiendo con la fuerza de mi persona y libertad. De mi espontánea voluntad vine a bordo del *Belerofonte*; no soy prisionero, sino huésped de Inglaterra. Vine a instancias del mismo capitán, que me dijo tener órdenes de su Gobierno para recibirme y conducirme a Inglaterra con mi séquito, si esta propuesta podía serme grata. Me presenté de buena fe para venir a ponerme bajo la protección de las leyes inglesas; en cuanto entré a bordo del *Belerofonte* pisé el suelo británico; si cuando el Gobierno comunicó sus órdenes al capitán del *Belerofonte* para que me recibiera con mi comitiva llevó la mira de tenderme un lazo, ha faltado al honor y deshonrado su pabellón.

«Si esta violencia llega a consumarse, vanamente los ingleses querrán ponderarnos su lealtad, sus leyes y su libertad: la buena fe británica acaba con la hospitalidad del *Belerofonte*.

«Apelo a la Historia: ésta dirá que un enemigo que guerreó contra el pueblo inglés durante veinte años, viéndose en el infortunio, vino a implorar un asilo bajo la protección de sus leyes, dándole con esto la prueba más grandiosa de su estimación y confianza. Pero, ¿cuál ha sido la conducta de Inglaterra en re-

compensa de tamaña magnanimidad? Fingir que tenía una mano hospitalaria a este enemigo, y cuando se hubo entregado de buena fe, inmolarle a su venganza.

Firmado: NAPOLEÓN.

>A bordo del *Belerofonte*, en el mar.>

El duque de Rovigo me ha hecho saber que el Emperador había pedido la autorización para mandarme a Londres a ver al príncipe regente, pero que se la había negado.

Al salir de Plymouth navegamos desde luego hacia el Este con viento en popa, pero luego el viento cambió, se hicieron algunas maniobras, o por mejor decir unos paseos marítimos, sin que pudiéramos entender el objeto de este nuevo suplicio.

PRUEBAS DE CONFIANZA QUE ME DIÓ EL EMPERADOR.

5.—Todo el día 5 se pasó del mismo modo. En la conversación que, según costumbre, todas las noches tenía con el Emperador, me dió éste dos grandes pruebas de confianza, que no me es lícito confiarlas al papel (1).

(1) Una de ellas ya puedo decirlo ahora. Paseandome con el Emperador a la hora acostumbrada en la galería del navío, mientras estábamos hablando de objetos indiferentes, sacó de su seno una especie de cinto que me pasó al cuello, diciéndome: «Guárdeme usted esto». Sin inquirir nada, lo puse debajo de mi chaleco. Algún tiempo después me dijo que era un collar que valía doscientos mil francos, que la reina Hortensia (mujer de Luis Bonaparte) le había hecho aceptar a su salida de la Malmaison. Estando en Santa Elena, varias veces le hablé de volverle el co-

SEPARACIÓN.—SALIDA PARA SANTA ELENA.

7.—Llegó el día de dejar el *Belerofonte*. Largo rato hacía que el Emperador estaba encerrado con el gran mariscal; nosotros estábamos en el cuarto inmediato, cuando repentinamente se abrió la puerta, y el duque

llar, sin que obtuviere la menor respuesta; habiéndole hablado nuevamente del collar cuando estábamos en Longwood, me dijo muy secamente: «¿Le incomoda a usted?» «Señor, no.» «Pues bien: guárdese usted.» Con el transcurso del tiempo, este collar, que siempre llevaba debajo de mi almilla de franela, sin dejarle nunca, llegó en cierto modo a identificarse tanto conmigo, que ni siquiera me acordaba ya de él, en términos que sólo muchos días después de mi salida de Longwood, y por pura casualidad, me acordé de él, y me dió un cierto estremecimiento... ¡Separarme del Emperador y privarle de semejante socorro! Pues, ¿cómo podré volvérselo jamás? Yo estaba preso, rodeado de centinelas y absolutamente privado de comunicación. Vanamente me rompía la cabeza; el tiempo volaba; me quedaban muy pocos días, y mi desesperación hubiera llegado al colmo si hubiese llegado el momento de marcharme con este depósito; en esta crítica situación decidí arriesgarlo todo. Por una feliz casualidad vino un inglés, a quien había hablado varias veces, y a la vista del mismo gobernador o de uno de sus más íntimos satélites, que había venido con él, le dije a escondidas: «Creo que usted tiene un buen corazón; voy a experimentarlo...; no crea vuestra merced que voy a complicar su honorabilidad...; solamente restituir un depósito a Napoleón. Si usted acepta la propuesta, mi hijo se lo guardará en la faltriquera...»

Su respuesta fué sólo retardar un poco el paso, y mi hijo, que nos seguía y estaba prevenido de antemano, metió en la faltriquera el collar de doscientos mil francos, casi a los ojos de los centinelas. Antes de salir de la isla tuve la imponderable satisfacción de saber que el collar había llegado a su destino; ¡qué dulce satisfacción es para un corazón sensible la memoria de un rasgo tan bello de parte de un enemigo, en medio de circunstancias tan críticas!

de Rovigo se arrojó a los pies del Emperador, le besó las manos y le manifestó cumplidamente el sentimiento que le oprimía. El Emperador, tranquilo e imperturbable, le abrazó con mucho afecto y se embarcó en la lancha; durante el tránsito fué saludando afablemente a los curiosos congregados allí. Como todos nuestros compañeros que se quedaron a bordo del navío lloraban amargamente, no pude menos de decir a lord Keith; con quien hablaba entonces:

—Note usted, milord, que aquí sólo lloran los que se quedan.

Llegamos al *Northumberland* entre una y dos. El Emperador se quedó en el puente hablando familiarmente con los ingleses que se acercaron a él.

Cuando íbamos a levantar anclas, un cúter, que rodeaba en torno del navío para alejar a los curiosos, echó a pique un barco lleno de gente que la fatalidad había traído de muy lejos para ser víctimas de su curiosidad; supe que dos mujeres perecieron. En fin, nos hicimos a la vela para Santa Elena trece días después de nuestra llegada a Plymouth, y cuarenta y tres de nuestra salida de París.

Los ministros ingleses habían reprobado altamente el respeto con que se había tratado al Emperador a bordo del *Belerofonte*, y por lo mismo habían dado órdenes sobre el particular; así fué que en el *Northumberland* se afectaban expresiones y modales enteramente distintos, y muy particularmente se esmeraban en cubrirse delante de él con la mayor ridiculez; se había dado una orden muy severa para que no se le diese otro tratamiento que el de *general*, ni se le hablase sino de paso. Este fué el ingenioso sesgo, el feliz parto de la diplomacia de los ministros ingleses; éste

fué el título que discurrieron para humillar al hombre que habían reconocido como primer cónsul, que muchísimas veces habían calificado con el nombre de jefe del Gobierno francés, con quien habían tratado en París como Emperador por medio del lord Lauderdale, y aun acaso firmado artículos en Chatillon. Incomodado de esto el Emperador, dijo en cierta ocasión muy enérgicamente: «Llámenme como quieran: no por esto dejaré de ser yo.» Nótese que la intención del Emperador había sido la de tomar un nombre incógnito en cuanto desembarcase en Inglaterra, cual era el de coronel *Duroc* o *Muiron*, pero ni tan siquiera se acordó de ello desde que vió que le disputaban sus verdaderos títulos.

COSTUMBRES DEL EMPERADOR A BORDO.

Del 11 al 14.—Desde el día 10, que habíamos perdido de vista la tierra, nuestro hado empezaba a cumplirse. Navegábamos para atravesar el golfo de Gascuña y doblar el cabo de Finisterre. El viento era favorable, pero débil; la estación muy cálida, y los días extremadamente monótonos. El Emperador almorzaba en su camarote sin tener hora fija; nosotros a las diez, y los ingleses a las ocho, como tienen costumbre.

Por la mañana el Emperador llamaba ya a uno, ya a otro, para conocer el diario del navío, cuántas leguas andábamos, el viento, lo que se decía, etc. Leía mucho, se vestía a eso de los cuatro de la tarde y luego salía a la sala común; jugaba al ajedrez con alguno de nosotros, y a las cinco el almirante le decía que la mesa estaba puesta.

Es muy sabido que el Emperador tenía la costumbre de estar muy poco más de un cuarto de hora en la mesa, y como allí sólo en los dos servicios se pasaba cerca de hora y media, sentía fastidio y repugnancia pero nunca lo manifestó: su semblante, sus ademanes y toda su persona conservaron siempre la misma impassibilidad. Nunca aprobó ni desprecioó este nuevo género de comida, la diferencia de manjares, ni su calidad; sus dos ayudas de cámara, que estaban detrás de su silla, le servían. En uno de los primeros días de nuestra navegación, quiso el almirante ofrecerle de todo lo que había en la mesa, pero bastó el modo de agradecerle su atención para que no la repitiera segunda vez; no obstante, siempre se esmeró en este punto, indicando a los ayudas de cámara los platos más exquisitos: éstos elegían lo que debían servirle, porque el Emperador siempre estuvo indiferente, sin mirar ni apetecer nada. Por lo común, no hablaba, y en medio de la conversación (que siempre se seguía en francés) estaba tan callado como si no la entendiera. Si alguna vez rompía el silencio, era sólo para hacer algunas preguntas científicas o técnicas, o bien para dirigir la palabra a los que casualmente el almirante convidaba a comer; y entonces, por lo común, se valía de mí para que le tradujese las preguntas que hacía.

Nadie ignora que los ingleses acostumbran estar mucho tiempo de sobremesa hablando y bebiendo. El Emperador, ya cansado de tan larga comida, no podía resistir esta costumbre, de manera que desde el primer día se levantó después del café y salió al puente; el gran mariscal y yo le seguimos. El almirante lo extrañó, y aun lo manifestó algún tanto a sus oficiales;

pero la condesa Bertrand, cuya lengua materna es la inglesa, le dijo con mucha viveza:

—No olvide usted, señor almirante, que trata con un hombre que ha sido dueño del mundo, y que los reyes solicitaban el honor de ser admitidos a su mesa.

—Es verdad—respondió el almirante.

Este oficial, que es un hombre juicioso y atento, desde aquel momento se esmeró en complacerle sobre este punto; procuró acelerar los servicios, y pedir el café antes de tiempo para el Emperador y los que le seguían. Cuando éste se levantaba de la mesa, todos se ponían en pie hasta que había salido del comedor, y después seguían bebiendo todavía más de una hora.

Después de la comida, el Emperador se paseaba en el puente con el gran mariscal y yo; esta costumbre fué diaria durante la navegación. Luego entraba en el salón, jugábamos a las veintiuna, y se retiraba ordinariamente al cabo de media hora.

NAVEGACIÓN. — UNIFORMIDAD. — OCUPACIONES. — ALGUNOS RECUERDOS TOCANTE A LA FAMILIA DE NAPOLEÓN. — SU ORIGEN. — ANÉCDOTAS.

Del 16 al 21.—Doblamos el cabo Finisterre el 16, el 18 el cabo de San Vicente, el 19 estábamos en la dirección del estrecho de Gibraltar, y los días siguientes continuamos navegando a lo largo de las costas de Africa, con dirección a la isla de Madera. Nuestra navegación no presenta ningún suceso notable; nuestras ocupaciones diarias eran uniformes, y sólo el objeto de la conversación podía ofrecer algo de nuevo.

El Emperador pasaba toda la mañana en su cuarto; como el calor era excesivo, no se vestía, y las más de

las veces apenas se cubría. Dormía poco; por la noche se levantaba muchas veces; su pasatiempo favorito era la lectura; casi todas las mañanas me mandaba llamar; yo le traducía cuanto la *Enciclopedia británica* y los demás libros que habíamos encontrado a bordo nos decían sobre la isla de Santa Elena o sobre los países inmediatos al paso de nuestra navegación. Estas lecturas nos condujeron insensiblemente al examen de mi *Atlas histórico*, que sólo vió de paso a bordo del *Belerofonte*, y aun bajo el equivocado concepto que de él tenía. Lo examinó tres o cuatro días consecutivos, y dijo que le había admirado y no podía concebir la multitud de cosas que encontraba y el orden y claridad con que se presentaban; decía que hasta entonces no había tenido la menor idea de aquella obra. Sólo examinaba los mapas geográficos, pasando por alto todos los demás; pero lo que más le agradaba y fijaba particularmente su atención, era el Mapa Mundi. Yo no me atrevía a decirle y probarle que la Geografía era, sin embargo, la parte más débil, la que presentaba menos trabajo en el fondo; que los estados generales y genealógicos eran muy superiores: los primeros porque difícilmente podrían aventajarse en su método, su simetría, claridad y uso fácil y sencillo; y los segundos porque cada uno de ellos presenta aisladamente un compendio de toda la historia del país a que corresponde, siendo a un mismo tiempo el más completo análisis y los materiales más elementales.

Preguntóme el Emperador si comunmente se echaba mano de esta obra para la educación, añadiendo que si él la hubiese conocido, la hubiere prodigado en todos los liceos y escuelas. También me preguntó por qué la había publicado con el supuesto nombre de *Lesage*.

—Publiqué en Inglaterra un bosquejo muy informe de ella —le dije— durante mi emigración, en una época en que sólo nuestro nombre pronunciado en país extranjero exponía la seguridad de nuestros parientes que permanecían en Francia; además —añadí con una especie de sonrisa— acaso contribuyeron las preocupaciones de la infancia, bien así como nuestros nobles de la Bretaña, que para no mancillar el lustre de sus abuelos dejaban la espada en la secretaría mientras que se ocupaban de sus negocios, etc.

Todos los días, al acabar de comer, el Emperador se levantaba de la mesa mucho antes que los demás; el gran mariscal y yo le seguíamos, y muchas veces yo me quedaba solo con él, porque el gran mariscal iba a acompañar a su mujer, que muy frecuentemente estaba indispuesta.

Las primeras observaciones regularmente recaían sobre el tiempo, el viento y varias otras cosas comunes a la navegación; luego el Emperador tomaba un asunto de conversación o continuaba el de la víspera o de días anteriores; y en cuanto habíamos dado diez o doce paseos de punta a punta del puente, paraba el paseo y se apoyaba en el penúltimo cañón del costado izquierdo del navío, cerca del pasamano. Los *Midshipmen* (guardias marinas), pronto notaron esta predilección habitual, que dió motivo a que aquel cañón fuese conocido por *el cañón del Emperador*.

Allí mismo el Emperador hablaba a veces horas enteras, y allí mismo oí la primera vez una gran parte de lo que voy a referir. Nótese, sin embargo, que añadido lo que supe posteriormente en las muchísimas conversaciones sin orden que he tenido con él, con la idea de reunir todo lo que supe más notable sobre este

particular. Tal vez debo decir aquí, o repetir una vez por todas, que si en este *Diario* se nota poco orden y falta de método, se debe atribuir a la cortedad del tiempo; mis contemporáneos lo esperan con impaciencia, o por mejor decir, lo desean, y mi salud, deteriorada, no me permite ningún trabajo sostenido y temo que me falte el tiempo para acabar. He aquí mi legítima excusa, mis verdaderos títulos para suplicar a mis lectores que sean indulgentes por lo que respecta al estilo de la narración y al orden de las materias; reproduzco con premura lo que hallo en mis notas, y lo publico sin ninguna presunción.

El nombre de Bonaparte se escribe indistintamente *Bonaparte* o *Buonaparte*, como es muy sabido en Italia. El padre de Napoleón escribía *Buonaparte*; el arcediano Luciano, tío de éste, que le sobrevivió y sirvió de padre a Napoleón y a todos sus hermanos, bajo el mismo techo y en la misma época, escribía *Bonaparte*. Napoleón, en su juventud, ponía en su firma *Buonaparte*, como su padre. Cuando mandaba el ejército de Italia, conservó religiosamente esta ortografía, que se acomodaba más al acento italiano; pero después, estando entre franceses, quiso afrancesarlo, y sólo firmó *Bonaparte*.

Su familia ha hecho un papel muy distinguido en Italia: ha sido poderosa en Treviso, está inscrita en el libro de oro de Bolonia y entre los patricios florentinos.

Cuando Napoleón entró en Treviso, siendo general en jefe del ejército de Italia, los principales de la ciudad salieron alegremente a recibirle y le presentaron los títulos y documentos justificativos de que su familia había hecho un papel muy importante.

En Dresde, antes de la campaña de Rusia, el Emperador Francisco dijo un día a su yerno Napoleón que su familia había tenido la soberanía de Treviso; que estaba bien cierto de ello porque se había hecho manifestar todos los documentos que lo acreditaban. Napoleón le respondió sonriéndose que nada le importaba el saberlo, pues prefería ser el *Rodolphe d'Haspburg* de su familia. Francisco daba más importancia a la cosa: decíale que era muy insignificante ser pobre habiendo sido rico, pero inapreciable el haber sido soberano, y que era preciso hacerlo saber a María Luisa, porque esto le causaría muchísimo placer.

Cuando Napoleón entró en Bolonia durante la campaña de Italia, los diputados del Senado y de la ciudad, *Marescalchi, Càprara y Aldini*, que posteriormente se han dado a conocer mucho en Francia, le presentaron con mucho júbilo su libro de oro, en el cual se hallaba el nombre y armas de su familia.

Aun hoy día en Florencia existen varias casas y edificios que atestiguan la existencia honorífica que disfrutó antiguamente la familia Bonaparte: muchas de ellas todavía conservan los escudos de sus armas.

Un corso o bolonio (*Cesari*, me parece), incomodado del modo con que el Gobierno inglés recibió la carta pacífica de Napoleón Bonaparte cuando alcanzó el consulado, publicó entonces unas noticias genealógicas que justificaban las alianzas de sus progenitores con la antigua casa de *Est, Welf* o *Guelf*, que se supone ser el tronco de los actuales reyes de Inglaterra (1).

(1) Este párrafo, a pesar de que existe en mi manuscrito, me deja algunas dudas que me dieron la idea de suprimirlo. Sin embargo, he aquí las razones que me han decidido a conservarlo. ¿Cuál es mi intento? Principalmente dejar materiales. Luego, explicando

El duque de Feltre, ministro de Francia en Toscana, sacó de la galería de Médicis, y trajo a París, un retrato de una Bonaparte casada con un príncipe de aquella familia.

Un Bonaparte estuvo encargado del tratado en que se estipuló el cambio de Liorna con Sarzana. La literatura debe a un Bonaparte una comedia de las más antiguas, titulada *La Viuda*, que se halla en la Biblioteca pública de París (1).

Cuando Napoleón marchaba contra Roma al frente del ejército de Italia y recibía las propuestas del Papa en Tolentino, uno de los negociadores enemigos notó que desde el condestable de Borbón él era el único francés que había marchado contra Roma, y añadió que lo más particular de esta circunstancia era que la historia de esta primera expedición la escribió monseñor *Nicolás Buonaparte*, pariente del jefe de la segunda. En efecto, monseñor *Nicolás Buonaparte* escribió *El saqueo de Roma por el condestable de Borbón* (2). De

de qué manera los he reunido; que los he adquirido en una simple conversación pasajera; que puedo haberlos desfigurado tomándolos al vuelo; dejando traslucir los vicios posibles y señalando el medio de corregirlos. ¿No he llenado mi objeto y cumplido con mi deber? Además, en este momento, he encargado la verificación de varios hechos, y si los resultados me llegan con tiempo, se hallarán al fin de la obra en la forma de apéndice o *fe de erratas*.

(1) Se ha verificado en la Biblioteca real, en donde existe, en efecto, este manuscrito, y aun la obra está impresa.

(2) Se ha verificado en la Biblioteca real, en donde existe, efectivamente, esta relación del saqueo de Roma, pero escrita por *Jaime Buonaparte*, y no por *Nicolás*. Jaime fué contemporáneo y testigo ocular del saqueo de Roma; su manuscrito se imprimió por primera vez en Colonia en 1756, y el volumen contiene una genealogía de los Bonapartes, que se dice ser antiquísima y de las más ilustres de la Toscana.

ahí viene, sin duda, o tal vez del Papa que he mencionado más arriba, el nombre de Nicolás que en ciertos libelos ha querido darse al Emperador en lugar de Napoleón. Esta obra se halla en todas las bibliotecas, y la precede una relación histórica de la casa de Bonaparte, impresa cuarenta o cincuenta años ha, extractada por el doctor Vacha, catedrático de la Universidad de Pisa.

El señor de Cetto, embajador de Baviera, varias veces me ha dicho que en los archivos de Munich existe una multitud de documentos italianos que acreditan el lustre de esta casa.

Napoleón, en su mayor auge, no sólo se opuso a que se ocuparan en este objeto, sino que ni aun quería que se mentara. Siendo cónsul manifestó su opinión con demasiada energía para que nadie se atreviese a renovar la especie; habiendo cierto sujeto dado a luz una genealogía, en la cual se aliaban sus ascendientes con los antiguos reyes del Norte, Napoleón hizo publicar un artículo en los diarios, ridiculizando aquella adulación, y concluyendo con decir que la nobleza del primer cónsul no tenía más antigüedad que la batalla de *Montenotte* o el 18 brumario.

Ciertamente, esta genealogía ofrece una circunstancia muy particular, cual es que el primer Bonaparte de quien trata, se dice que fué desterrado de su patria por ser *gibelino*: ¿Será tal vez el hado de la familia que en todos tiempos y épocas hayan de ser víctimas de la maligna influencia de los *gueifos*?

El editor de Colonia unas veces escribe *Buonaparte* y otras *Bonaparte*.

Este monseñor Nicolás Bonaparte, que en el texto se supone historiador, era tío de éste; además en la genealogía se habla de él como de un sabio muy distinguido y fundador de la clase de jurisprudencia en la Universidad de Pisa.

A esta familia le sucedió, como a otras muchas, que han sido víctimas de las innumerables revoluciones que desolaron las ciudades de Italia; las disensiones de Florencia motivaron que los Bonapartes se contasen en el número de los *faurusciti* (emigrados). Uno de ellos se retiró a Sarzada y luego pasó a Córcega; pero sus descendientes siempre han ido a Toscana bajo los auspicios de un pariente que había permanecido en San Miniato.

El hijo segundo de esta familia, desde tiempo inmemorial se ha llamado *Napoleón*, cuyo nombre era originario de un Napoleón de la familia de los Ursinos, muy célebre en los fastos de Italia.

Cuando Napoleón iba a Florencia, después de su expedición a Liorna, durmió en San Miniato, en casa de un cierto abate Bonaparte; hombre ya anciano, que trató con mucha magnificencia a todo el Estado Mayor. Después de haber apurado todos los antiguos recuerdos de familia, dijo al joven general que iba a enseñarle un documento interesantísimo. Napoleón creyó que iba a presentarle algún hermoso árbol genealógico con el objeto de lisonjear su vanidad; pero se llevó un gran chasco al ver una memoria, o sea panegírico en elogio de un padre *Buenaventura Bonaparte*, capuchino de Bolonia, y desde tiempo beatificado, que no había podido hacer canonizar, a causa de los gastos enormes que son indispensables para ello. El bueno del clérigo le decía: «El Papa no negará esta gracia si usted se lo pide; si es necesario pagar la suma, esto es una friolera para usted.» Napoleón se rió mucho de la sencillez del buen viejo, cuyas ideas cuadraban tan poco con las costumbres de entonces, pues ni tan siquiera sospechaba que los santos no eran muy de moda. Napoleón, creyendo hacerle un gran servi-

cio, a su llegada a Florencia le mandó el cordón de la orden de San Esteban; pero el piadoso abate hubiera preferido la justicia celeste que reclamaba, a todas las vanidades mundanas; además de que su solicitud verdaderamente era muy justa y muy fundada. Cuando el Papa vino a París para coronar al emperador Napoleón, habló de los títulos del padre Buenaventura, que seguramente, decía, desde la gloria había conducido a su pariente en la ilustre carrera que había seguido; es indudable que este santo varón le había libertado de todos los peligros en las muchísimas batallas, etc., etc. El Emperador constantemente se hizo el sordo, dejando a la voluntad personal del Papa si algo quería hacer en favor del bienaventurado Buenaventura. Posteriormente, el abate dejó sus bienes a Napoleón, que siendo Emperador hizo donación de ellos a un establecimiento público de Toscana.

Por lo demás, difícil sería con estas solas noticias genealógicas, tomadas como si dijéramos al vuelo, poder formar un conjunto que tuviese alguna regularidad, porque, según decía el Emperador riéndose, nunca había perdido el tiempo entreteniéndose a examinar sus pergaminos, que siempre los ha tenido su hermano José, a quien llamaba el *genealogista de la familia*. A propósito de esto, no debo pasar en silencio que estando en la isla de Aix, el Emperador, al momento de marcharse, le entregó un volumen, que contiene las cartas autógrafas que le habían escrito los soberanos de Europa. Varias veces manifesté al Emperador mi sentimiento de que se hubiese desprendido de un monumento histórico tan precioso (1).

(1) Después de mi regreso a Europa me he informado de este

Carlos Bonaparte, padre de Napoleón, era alto de cuerpo, hermoso, bien formado; se educó en Roma y estudió leyes en Pisa; tenía mucha viveza y energía. A la edad de veinte años, en vista de la extraordinaria consulta de Córcega, en la cual se proponía someterse a Francia, hizo un discurso que inflamó todos los ánimos: «Si para ser libre—decía—bastara la voluntad, todos los pueblos lo serían; pero desgraciadamente, la Historia nos enseña que muy pocos han llegado a obtener este beneficio, porque no han tenido el valor y energía que se necesita para conseguirlo.»

Cuando se conquistó la isla quiso acompañar a Paoli en su emigración; pero su tío, el arcediano Luciano, que ejercía una autoridad patriarcal en toda la familia, le obligó a volver a su casa.

En 1779, la nobleza de los Estados de Córcega nombró a Carlos Bonaparte diputado en París, y se llevó consigo al niño Napoleón, que tenía entonces diez años. A su paso por Florencia, por la consideración y rango que la notoriedad pública tributaba a su persona y a su nombre, originario de Toscana, el gran duque Leopoldo le dió una carta de recomendación para su hermana la reina de Francia.

En aquella época había en Córcega dos generales franceses que estaban muy divididos entre sí, y cuyas disensiones formaban dos partidos: el uno era M. de Marbeuf, hombre muy apacible y popular, y el otro,

precioso depósito, y he rogado al príncipe José que lo hiciese copiar, para asegurar más y más su existencia. Pero he sabido con el mayor sentimiento que este monumento histórico se ha extraviado, sin que se sepa dónde ha ido a parar. ¡En qué manos habrá caído! ¡Ojalá que sepan apreciar una colección tan preciosa, conservándola para la Historia!

monsieur de Narbonne Pelet, altivo y violento; este último, que era de familia más distinguida y de mayor valimiento en la corte, debía causar recelos a su rival; pero M. de Marbeuf era mucho más querido en Córcega. En medio de estas intrigas llegó a Versalles la Diputación de aquella provincia; y habiéndose consultado a Carlos Bonaparte, que era uno de los diputados, habló con tanta energía en favor de Marbeuf, que le hizo salir victorioso de la lucha. El sobrino de éste, que era arzobispo de Lyon y ministro de la provisión de beneficios, fué a dar gracias a Carlos Bonaparte; y cuando éste acompañó a su hijo a la Escuela militar de Brienne, el arzobispo le dió una recomendación especial para la familia de Brienne, que vivía en aquel pueblo la mayor parte del año; de ahí vino el interés y las relaciones de protección de los Marbeuf y los Brienne para con los hijos de Bonaparte. La murmuración se ha explayado queriendo atribuir estas relaciones de amistad a otra causa muy diversa; pero bastará la sencilla verificación de las fechas para conocer su absurdidad.

El respetable anciano M. de Marbeuf, gobernador de la isla de Córcega, vivía en Ajacio, en donde la familia de Bonaparte se reputaba como una de las más distinguidas; madama Bonaparte era la señora más hermosa y amable de la ciudad; y por consiguiente, era muy natural que el gobernador la visitase con alguna preferencia.

Carlos Bonaparte murió a los treinta y ocho años de un tumor en el estómago. En un viaje que hizo a París se alivió de su mal; pero murió en un segundo ataque que le dió en Montpellier; fué enterrado en un convento de aquella ciudad.

Durante el consulado, varias personas distinguidas de Montpellier, por el conducto de su compatriota M. Chaptal, ministro del Interior, suplicaron al primer cónsul que les permitiese erigir un monumento en memoria de su padre. Napoleón les dió las gracias por sus buenas intenciones; pero negó la solicitud: «No interrumpamos el descanso de los muertos—les dijo—, y dejemos sus cenizas en reposo. También murió mi abuelo y mi bisabuelo; si algo quisiese hacerse para honrar su memoria, ¿dónde iríamos a parar? Si mi padre hubiese muerto recientemente, sería muy justo y natural que al sentimiento de la pérdida le acompañase alguna señal patente de mi respeto filial; pero al cabo de veinte años, sería ridículo, al paso que enteramente ajeno de la causa pública; por lo mismo, no se hable de ello.»

Posteriormente, Luis Bonaparte, sin saberlo Napoleón, hizo exhumar el cadáver de su padre, y transportarlo a San-Leu, en donde le erigió un monumento.

Carlos Bonaparte, durante su vida, no había sido muy devoto, y aun compuso algunas poesías antirreligiosas; pero, según decía el Emperador, no se hallaban bastantes clérigos en Marsella para asistirle cuando llegó la hora de su muerte, en lo que fué muy diferente de su tío el arcediano Luciano, eclesiástico piadosísimo y verdadero creyente, que murió algún tiempo después en edad muy avanzada. Este digno varón, cuando estaba a los últimos vales, se incomodó sobremanera con Fesch, ya sacerdote entonces, que había acudido con su estola y sobrepelliz para asistirle en aquel amargo momento (1); rogóle que le

(1) Esto debe entenderse después de haber recibido los sacramentos y demás auxilios espirituales.

dejase morir en paz, y acabó su vida rodeado de todos sus parientes, dándoles las instrucciones de un sabio y la bendición de los patriarcas.

Muy a menudo hablaba el Emperador de este buen anciano, que había sido su segundo padre, y por largo espacio de tiempo jefe de toda la familia. Siendo arcediano de Ajacio, una de las principales dignidades de la isla, con su esmero y economía había restablecido los negocios de la familia, que los gastos y el lujo de Carlos habían notablemente atrasado. Este excelente varón disfrutaba de una gran veneración, y de una gran autoridad patriarcal entre toda la gente de la comarca; no había disputa entre la gente del campo que no se sometiese espontáneamente a su decisión, y los que entraban en su casa litigantes, siempre salían reconciliados y contentos con su bendición.

Carlos Bonaparte se había casado con Leticia Ramolino, cuya madre, siendo viuda, contrajo segundas nupcias con el señor Fesch, capitán de uno de los regimientos suizos que el Gobierno de Génova tenía regularmente en la isla. De este segundo matrimonio nació el cardenal Fesch, que por consiguiente es tío del Emperador, y hermano paterno de la madre de éste.

Esta señora ha sido una de las mujeres más hermosas de su tiempo; tal era su reputación en toda la isla: Paoli, habiendo en tiempo de su poder recibido una Embajada de Argel o Túnez, quiso dar a los berberiscos una idea de los atractivos de la isla, y a este efecto reunió todas las mujeres hermosas, entre las cuales madama Bonaparte sobresalía. Posteriormente, en un viaje que hizo a Brienne para ver a su hijo, su hermosura fué celebrada en París.

Durante la guerra de la libertad corsa, madama Bonaparte las más de las veces corrió los mismos riesgos que su marido, que había abrazado con mucho entusiasmo la causa de su patria: en varias expediciones le seguía a caballo, especialmente estando embarazada de Napoleón. Esta señora tenía un gran carácter, el espíritu fuerte, mucha elevación y arrogancia. Ha tenido trece hijos, y es muy probable que hubiera tenido muchos más, si no se hubiese quedado viuda a la edad de treinta años; y con mayor razón, porque hasta pasados cincuenta conservó la facultad física de tenerlos. De estos trece hijos sólo han vivido cinco varones y tres hembras, y todos han hecho mucho papel durante el reinado de Napoleón.

El primogénito *José*, desde su niñez le habían destinado a la carrera eclesiástica à instancia del arzobispo de Lyon, Marbeuf, que tenía la provisión de los beneficios: siguió sus estudios, pero llegado el caso de recibir las primeras órdenes, se negó absolutamente a ello. Posteriormente ha sido rey de Nápoles, y después rey de España.

Luis fué rey de Holanda, y *Jerónimo*, de Westfalia; *Elisa*, gran duquesa de Toscana; *Carolina*, reina de Nápoles, y *Paulina*, princesa Borghése; *Luciano*, a quien su segundo casamiento y un carácter opuesto a los principios de su hermano privaron indubitavelmente de un reino, ilustró su oposición arrojándose en los brazos de Napoleón a su regreso de la isla de Elba, en un momento en que no podía ni aun siquiera imaginar que los negocios de este último presentasen la menor consistencia. El Emperador decía que la juventud de Luciano había sido muy borrascosa; apenas tenía quince años, M. de Semonville se lo llevó a

Francia, y, desde luego, hizo de él un revolucionario y exaltadísimo patriota. Decía sobre esto Napoleón que entre los muchos libelos que contra él se habían publicado, se hallaban algunas cartas, cuya firma decía *Bruto Bonaparte*, y otras por este estilo, que se suponían de Luciano; pero que no se atrevía a asegurar si eran o no suyas o de otro individuo de la familia.

Después del regreso de la isla de Elba, he visto y tratado muy de cerca al príncipe Luciano; difícilmente se podrán manifestar ideas políticas más sanas y más bien cimentadas, y al mismo tiempo una voluntad más decidida y con mejores intenciones en favor de su hermano.

ISLAS CANARIAS. — PASO DEL TRÓPICO. — UN HOMBRE SE ARROJA AL MAR. — NAPOLEÓN EN BRIENNE. — PICHEGRU. — NAPOLEÓN EN LA ESCUELA MILITAR. — EN EL CUERPO DE ARTILLERÍA. — SU SOCIEDAD. — NAPOLEÓN AL PRINCIPIO DE LA REVOLUCIÓN.

Del 27 al 31. — El domingo 27 nos hallábamos al amanecer entre las islas Canarias, que atravesamos en el día, haciendo de tres a cuatro leguas a la hora, sin haber visto el famoso pico de Tenerife; circunstancia tanto más extraña, cuanto en días claros se descubre a una distancia de más de sesenta leguas. El 29 atravesamos el Trópico, y todo el día nuestro buque estuvo rodeado de peces voladores. El 31, a la una de la noche, un negro se arrojó al mar: se había emborrachado, y, temeroso del castigo que le esperaba, varias veces intentó arrojarse al agua; por último lo consiguió; pero luego pareció arrepentirse, porque

daba unos gritos extraordinarios. La lancha lo anduvo buscando largo rato sin encontrarle: a pesar de ser un buen nadador, no pudo salvarse.

El grito de «¡un hombre al agua!», a bordo de un navío, siempre causa una extraordinaria conmoción; toda la tripulación se agita, corre de un lado a otro, el rumor aumenta y el movimiento es universal. En medio de este alboroto, pasando yo desde el puente junto a la puerta del cuarto del Emperador, para ir a la sala común, un *midshipman* (guardia marina), muchacho de diez a doce años, creyendo que iba al cuarto del Emperador, cogiéndome por la casaca, me dijo con un acento interesante y lleno de ternura: «¡Ah!, señor, por Dios, no vaya usted a atemorizarle; no, no le diga usted... Dígale usted que no es nada; que no es más que un hombre al agua». ¡Excelente criatura! ¡Su corazón habló mejor que su discurso!

Voy a proseguir la narración de todo lo que he adquirido con respecto a la juventud del Emperador.

Napoleón nació el 15 de Agosto de 1769, día de la Asunción, a las doce de la mañana. Su madre, que tenía una constitución muy fuerte, tanto en lo físico como en lo moral, y que había seguido a su marido en la guerra, durante su embarazo, con motivo de la solemnidad del día quiso ir a misa; pero se vió precisada a volver precipitadamente a su casa, y sin tener ni aun lugar de llegar a su dormitorio, dió a luz un niño encima de unos tapices antiguos con grandes figurones, que acaso representarían los héroes de la fábula o de la *Iliada*: este niño fué Napoleón.

Este, durante su niñez, era revoltoso, diestro, vivo, muy avisado y había tomado un imperio absoluto sobre su hermano José; en términos, que Napoleón le

había mordido y aporreado; quejándose luego a su madre, que regañó al primogénito, sin que el pobre José ni tan siquiera hubiera tenido lugar de desplegar los labios.

Cuando Napoleón entró en la Escuela militar de Brienne, tenía diez años, poco más o menos. Su acento corso, que le hacía pronunciar su nombre *Napoleone*, dió lugar a que sus compañeros le pusieran el apodo de la *paille au nez* (paja en la nariz). En esta época se hizo una mudanza total en el carácter de Napoleón. Es falso lo que han dicho varias historias apócrifas que se han publicado de las anécdotas de su vida. En Brienne, Napoleón era apacible, sosegado, muy aplicado, y, sobre todo, en extremo sensible. Un día el maestro de clase, que era de temperamento brutal, sin consultar (decía Napoleón) las cualidades físicas y morales de los muchachos, le condenó a llevar un vestido de paño tosco y comer de rodillas a la puerta del refectorio, castigo que era una especie de deshonor en el colegio. Napoleón tenía muchísimo amor propio, una gran dosis de orgullo interior; por lo mismo, esta afrenta le hizo tal efecto, que en el mismo acto de ponerse en ejecución la penitencia le dió un vómito repentino con un violentísimo ataque de nervios. El superior, que pasó accidentalmente, le libertó del suplicio, reprendiendo al maestro por su limitado discernimiento, y el padre *Patrault*, que era su profesor de matemáticas, acudió quejándose de que sin el menor miramiento se degradara tan vilmente a su primer matemático (1).

Al entrar a la edad de pubertad, Napoleón se vol-

(1) Dictado por el mismo Napoleón.

vió taciturno, triste y melancólico; tomó tal pasión a la lectura, que degeneró en frenesí; su maestro de clase y pasante de las cuatro reglas de aritmética fué Pichegru.

«Este era hijo de un labrador del Franco Condado. Los frailes mínimos de Champaña tenían a su cargo la Escuela militar de Brienne; y como no eran ricos, estaban escasos de buenos profesores, por cuyo motivo no podían llenar cumplidamente los deberes de la enseñanza de que estaban encargados; para remediar esta falta acudieron a los mínimos de Franco Condado, quienes enviaron algunos frailes, y entre ellos el padre Patrault. A éste siguió una tía de Pichegru, que era hermana hospitalaria, para cuidar de la enfermería, llevándose consigo a su sobrino, entonces muy joven, al que se permitió seguir gratuitamente los estudios con los demás discípulos. Pichegru, dotado de mucha inteligencia, tanto se aprovechó, que en cuanto tuvo la edad suficiente fué profesor y pasante del padre Patrault, que le había enseñado las matemáticas. Quería ser fraile mínimo, limitando a esto toda su ambición y los deseos de su tía; pero el padre Patrault le disuadió de ello, diciéndole que aquel estado ya no era conforme con las ideas del siglo, y que por lo mismo debía tener pensamientos más elevados; le indujo a que entrase en el Cuerpo de Artillería, en el cual le cogió la revolución, siendo sargento. Su carrera militar es bastante conocida; él fué el conquistador de Holanda. De ahí se ve que el padre Patrault tiene la gloria de contar entre sus discípulos a los dos primeros generales de la Francia moderna.

•Posteriormente, el señor Brienne, arzobispo de Sens y cardenal de Lomenia, secularizó a este mismo

padre Patrault, y le nombró vicario general y provisor de los numerosísimos beneficios de su diócesis.

«Cuando principió la revolución, aunque las opiniones políticas del padre Patrault eran diametralmente opuestas a las de su protector, no por esto dejó de hacer cuanto pudo para salvarle, a cuyo efecto se introdujo con Danton, que vivía allí cerca; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y se cree que sirvió al cardenal a la manera de los antiguos, esto es, facilitándole un veneno, por medio del cual se dió la muerte para evitar el cadalso.

«Madama de Leoménie, sobrina del cardenal, antes que el tribunal revolucionario la condenase a muerte, recomendó al padre Patrault sus dos hijas en tierna edad. Pasada la época del terror, su tía, madama de Brienne, que había escapado de la tempestad salvando una gran parte de sus bienes, pidió las niñas al padre Patrault, que se negó durante mucho tiempo, fundado en que su madre le había encargado que formase de ellas dos labradoras. Tenía la culpable idea de ejecutar exactamente estas palabras figuradas, casándolas con dos sobrinos suyos.»

«En aquella época —decía Napoleón— yo era general del ejército del interior; fui mediador para la restitución de las dos niñas; pero si lo conseguí fué a costa de mucho trabajo, porque Patrault se resistía por todos los medios que le proporcionaban las circunstancias de aquel tiempo. Esas niñas son las dos señoras que usted ha conocido posteriormente con el nombre de madama de Marnesia, y la bella madama de Canisy, duquesa de Vicencia.»

«El padre Patrault se acogió bajo el amparo de su antiguo discípulo, y le siguió al ejército de Italia, en

donde hizo ver que era más a propósito para calcular las curvas de las máquinas de proyección, que para arrostrar sus efectos. En Montenotte, en Millesimo, en Dego, descubrió todo el miedo y cobardía de un niño, ocupando todo el tiempo que duraron las batallas, no en rezar a la manera de Moisés, sino en llorar como una mujer. El general en jefe le dejó en Milán empleado en la administración de la Hacienda pública, en donde hizo muy bien su agosto. Visitó a Napoleón cuando éste volvió de Egipto y ya no era un miserable mínimo de Champaña, sino un asentista acaudalado, poseedor de más de un millón. Dos años después se presentó de nuevo al primer cónsul en Malmaison, lleno de miseria, deshecho y andrajoso.»

—¿Qué es esto?—le dijo el cónsul.

—Las vicisitudes de la fortuna: aquí tiene usted un hombre arruinado que no tiene ni una blanca.

—Pero, ¿cómo es eso?

—¡Ah!, desgracias inauditas.

El primer cónsul quiso cerciorarse del hecho por medio de la Policía, y halló que el padre Patrault se había dedicado a un comercio usurario: este gran calculador había perdido todo su caudal en varias quiebras, prestando su dinero a crecidísimos intereses. «Ya he satisfecho mi deuda —le dijo el primer cónsul cuando se presentó otra vez—; en adelante ya no puedo hacer nada por usted, ni es posible que yo facilite dos veces el bienestar de un hombre.» Sin embargo, le asignó una pequeña pensión, suficiente para sus necesidades.

Napoleón apenas se acordaba de Pichegru; sólo tenía presente que era alto y que su cara tenía un color muy encendido. Por el contrario, parece que Pichegru

había conservado muy bien la memoria del joven Napoleón y de su carácter, porque estando en el partido realista, y habiéndole consultado sobre si se podría ganar al general en jefe del ejército de Italia, dijo: «Es tiempo perdido; le he conocido en su niñez y debe tener un carácter inflexible; puesto que ha abrazado un partido, a buen seguro que no cambiará.»

El Emperador se reía muchísimo de todos los cuentos y anécdotas con que se adorna su juventud en la multitud de papelejos que se han publicado, cuya mayor parte son apócrifos. Sin embargo, he aquí una que él mismo confiesa, con respecto a su confirmación en la escuela militar de París. El arzobispo que le confirmaba, al oír el nombre de *Napoleón*, le pareció extraño, y dijo que no conocía este santo, que no estaba en el calendario; el muchacho le respondió con mucha viveza que esto no era una razón para dudar de su existencia, puesto que hay una multitud innumerable de santos y sólo trescientos sesenta y cinco días.

Napoleón, antes del Concordato, nunca había conocido el día de su santo patrón, que realmente no existía en el calendario francés, y aun su fecha en todas partes era incierta. Por esto el Papa quiso hacerle un obsequio fijándolo en el 15 de Agosto, día del nacimiento del Emperador y de la firma del Concordato.

En 1783 (1), Napoleón fué uno de los discípulos que en el concurso que se hacía en Brienne se nombraban para ir a acabar sus estudios en la Escuela militar de París. Un inspector visitaba anualmente las doce Escuelas militares de Francia, para elegir los discípulos que le parecían más sobresalientes. Tenía este encar-

(1) Dictado por Napoleón.

go el caballero Keralio, oficial general, autor de un tratado de táctica, que había sido preceptor del rey actual de Baviera, en su niñez duque de Dos Puentes: este era un amable anciano, el más adecuado para semejante encargo; quería mucho a los muchachos, jugaba con ellos después de haberlos examinado, y luego hacía comer consigo en la mesa de los mínimos a los que más le habían gustado. Tomó un cariño particular hacia el joven Napoleón, complaciéndose en excitarle de mil maneras, y le nombró para ir a París, a pesar de que aún no tenía la edad que se requería. El joven no era muy instruído sino en las matemáticas, y los frailes le hicieron presente que sería más acertado aguardar al año siguiente, dándole tiempo de perfeccionarse en los demás estudios; pero el caballero Keralio no quiso escuchar nada, y les dijo: «Yo sé muy bien lo que hago; si me excedo de la regla establecida, a buen seguro que no me mueve a ello ninguna protección de familia, pues no conozco la de este muchacho: hágolo por él mismo, porque noto una chispa que es necesario cultivar y apreciarla.» El buen hombre murió casi inmediatamente; pero su sucesor, M. de Regnaud, que tal vez no hubiera tenido su perspicacia, ejecutó las notas del difunto y mandó a Napoleón a París.

Desde entonces todo anunciaba en él cualidades sobresalientes: un carácter decidido, meditaciones profundas y concepciones fuertes. Parece que desde su niñez sus parientes habían fundado en él todas sus esperanzas. Su padre, moribundo en Montpellier, en su delirio sólo se acordaba de Napoleón, que estaba en su Escuela; a pesar de que tenía José a su lado, continuamente le llamaba a su socorro con *su valiente espa-*

da. Posteriormente el tío Luciano, en los últimos momentos de su vida, rodeado de toda la familia, decía a José: «Tú eres el primogénito de la familia; pero aquí está tu jefe—señalando a Napoleón—; no lo olvides jamás. Esto era—decía alegremente el Emperador—una verdadera *desheredación*: la escena de Jacob y Esaú.»

Yo mismo, que he estudiado en la Escuela militar de París un año después que Napoleón, de vuelta del destierro, he tenido proporción de hablar varias veces con los profesores que ambos habíamos tenido.

M. de L'Eguille, nuestro maestro de Historia, decía, no sin alguna vanagloria, que cualquiera que se dedicase a examinar los archivos de la Escuela militar, hallaría que él había pronosticado que su discípulo haría una carrera muy brillante, exaltando en sus notas las reflexiones profundas, la sagacidad y el juicio perspicaz del joven. Me decía que muy a menudo el primer cónsul le convidaba a almorzar a la Malmaison, hablándole siempre de sus pasadas lecciones. «La que me ha dejado una impresión más duradera—le dijo un día—fué la en que se trató de la sublevación del condestable de Borbón, que usted nos la presentaba con muchísima precisión: según usted decía, su mayor crimen había sido el de hacer la guerra a su rey, que ciertamente era muy leve en aquellos tiempos en que el dominio y la soberanía estaban divididos, principalmente si se atiende a la escandalosa injusticia de que había sido víctima. Su único, grande y verdadero crimen, que usted pasaba muy ligeramente, era el de haber venido a atacar el suelo natal con el socorro de los extranjeros.»

M. Domairon, nuestro profesor de Literatura, me decía que la singularidad de las amplificaciones de Na-

poleón siempre le había sorprendido: desde entonces las había dado el pomposo nombre de *granito calentado en el cráter de un volcán*.

Sólo uno se equivocó, y este fué M. Bauer, maestro de alemán, hombre grueso y pesado. Napoleón nada adelantaba en el estudio de esta lengua, que para M. Bauer era el punto más interesante de los estudios, por lo que miraba al joven con sumo desprecio. Un día que éste no estaba en la clase, preguntó el maestro el motivo de su ausencia; y como le respondieron que en aquel momento se estaba examinando para el Cuerpo de Artillería, dijo irónicamente el sabio Bauer: «Qué, ¿acaso sabe algo?—¡Cómo!, señor: es el matemático más hábil de la Escuela.—Pues siempre he creído y he oído decir que las matemáticas no convienen sino a los tontos.—Sería muy curioso—me decía el Emperador—saber si M. Bauer ha vivido bastante para ver mis progresos y disfrutar la prueba de su buen discernimiento.»

Apenas tenía dieciocho años, cuando el abate Raynal, admirado de sus vastos conocimientos, supo apreciarlo bastante para convidarlo a sus comidas científicas. En fin, el célebre Paoli, que después de haberlo querido entrañablemente, en cuanto quiso favorecer a los ingleses lo vió repentinamente al frente de un partido contra él, acostumbraba a decir: *que este joven estaba moldeado a la antigua; que era un hombre de Plutarco*.

En 1785, Napoleón, ya admitido discípulo y oficial de Artillería, salió de la Escuela militar para entrar en el regimiento de La Fere con el grado de subteniente, y después pasó de primer teniente al regimiento de Grenoble. Al salir de la Escuela militar fué

a encontrar su regimiento en Valence; durante el primer invierno que pasó en aquella ciudad se juntó para comer con Lariboissiere, al que siendo Emperador nombró inspector general de Artillería; Sorbier, que sucedió en este título a Lariboissiere; d'Hedeouville menor, ministro plenipotenciario en Francfort; Mallet, hermano del que dirigió la cascabelada de París en 1813; otro llamado Mabile, que al volver de su emigración, el Emperador le empleó en la Administración de Correos; Rolland de Villarceau, prefecto de Nimes, y Desmazzis menor, su camarada de la Escuela militar y compañero de su juventud, a quien siendo Emperador confió el guardamuebles de la Corona.

Había en el Cuerpo varios oficiales, unos más y otros menos acomodados; Napoleón era de los primeros, pues su familia le pasaba 1.200 francos de asistencias, que eran las mayores que entonces tenían los oficiales. Sólo dos había en el regimiento que tenían coche; pero éstos eran muy ricos: Sorbier era uno de ellos, hijo de un médico de Moulins; obsequiaba a sus compañeros llevándolos a paseo, y ellos en pago se burlaban de él.

En Valence, desde luego, Napoleón fué admitido en casa de madama du Colombier, señora de cincuenta años, de un mérito muy distinguido, que tenía la mayor influencia en toda la ciudad: a las primeras visitas tomó ya tal manía por el oficial de Artillería, que lo hacía convidar a todas las funciones de la ciudad y del campo, y le introdujo en la mayor amistad con el abate Saint-Rufe, hombre rico, ya de cierta edad, que muy a menudo reunía en su casa todas las personas más distinguidas del país. Napoleón debió el fa-

vor y predilección con que le consideraba madama du Colombier a su vasta instrucción, a la facilidad, la fuerza y claridad con que se producía; esta señora muchas veces le vaticinaba una gran fortuna venidera. Cuando ella murió había comenzado la revolución, en la cual se interesaba vivamente; y dijo un día, estando ya en sus últimos momentos, que Napoleón seguramente haría en ella un gran papel si no le sucedía alguna desgracia. El Emperador siempre habla de aquella señora con el más tierno agradecimiento, y está firmemente persuadido de que las distinguidas relaciones y la situación elevada que siendo aún tan joven le proporcionó en la sociedad, pueden haber influido notablemente en la suerte de su vida.

La existencia privilegiada de Napoleón le acarreó la animosidad y envidia de sus compañeros, que veían con mucho disgusto sus ausencias repetidas, aunque por ellas no se les siguiera perjuicio bajo ningún aspecto. Por fortuna, el comandante M. d'Urtubye, anciano muy respetable, le había juzgado perfectamente, y por lo mismo no dejó de favorecerle proporcionándole todos los medios de aliar los deberes del servicio con las amenidades de la sociedad.

Napoleón se enamoró de la señorita du Colombier, que no fué insensible a su cariño: precisamente en ambos fué la primera inclinación, tal cual podía ser en tan tierna edad y con la excelente educación que habían tenido. «No es posible ser más inocente—decía el Emperador—: nos proporcionábamos algunas citas, y entre otras, todavía me acuerdo de una en lo más fuerte del verano, al amanecer; difícilmente nadie podrá creerlo: toda nuestra felicidad se reducía a comer cerezas juntos.»

Por lo demás, es falso, como ya lo había oído decir varias veces, que la madre hubiese querido casarlos y que el padre se hubiese opuesto a ello, alegando que unidos se perjudicarían recíprocamente; al paso que, según se manifestaba por su carácter, cada cual por su lado debían hacer una fortuna brillante: no es más cierta la anécdota que se cuenta sobre igual casamiento con la señorita Clary, posteriormente madama Bernadotte, y en el día la reina de Suecia.

En 1805, yendo el Emperador a hacerse coronar rey de Italia, encontró en Lyon a la señorita du Colombier, casada con M. de Bressieux, que consiguió llegar hasta su persona con las dificultades que ordinariamente rodean a los soberanos. Vióla con mucho placer, pero halló que había cambiado extraordinariamente; hizo por su marido cuanto deseó, y la colocó a ella misma de dama de honor con una hermana suya.

En aquel tiempo las señoritas Laurencin y Saint-Germain eran la delicia de Valence, y se disputaban todos los corazones; la última ha sido después madama de Montalivet, a cuyo marido ya entonces había conocido mucho el Emperador, que posteriormente le hizo ministro del Interior. «Hombre honradísimo, que creo —decía el Emperador— que siempre me ha conservado su fidelidad y buen afecto.»

A la edad de dieciocho a veinte años, el Emperador era un mozo de los más instruídos; tenía las ideas sanas y una lógica muy exacta; había leído inmensamente, hecho muy profundas meditaciones, y según él mismo dice, ha perdido mucho desde entonces. Su espíritu era vivo y rápido; sus palabras, enérgicas; en cualquier parte llamaba al instante la atención, y se granjeaba los aplausos de ambos sexos, principalmen-

te del que se prefiriere en aquella edad; efectivamente, debía agradarle por sus ideas nuevas, finas, por su raciocinio intrépido. Los hombres temían su lógica y su discusión, a que naturalmente le arrastraba el conocimiento que tenía de sus propias fuerzas.

Varios sujetos que le conocieron en su juventud le predijeron que haría una carrera extraordinaria, y ninguno ha extrañado lo que realmente ha hecho. En aquel tiempo, bajo el anónimo, ganó un premio en la Academia de Lyon, sobre la cuestión que propuso Raynal: «*¿Cuáles son los principios y las instituciones que se deben inculcar a los hombres para que sean lo más felices que es posible?*» La disertación llamó mucho la atención, además de que toda ella estaba escrita según las ideas de aquel tiempo. Principiaba preguntando qué cosa es la felicidad; y respondía que es disfrutar completamente de la manera más adecuada a nuestra organización moral y física. Un día, siendo Emperador, hablaba de esta circunstancia con M. de Talleyrand; éste, como buen cortesano, al cabo de ocho días le trajo esta famosa disertación, que había hecho desenterrar de los Archivos de la Academia de Lyon; precisamente era en invierno, el Emperador la tomó, leyó algunas páginas y arrojó al fuego esta primera producción de su juventud. «Como todo no se puede prever — decía Napoleón — M. de Talleyrand se dió tanta prisa a presentarme el papel, que ni siquiera se acordó de hacer sacar una copia.»

El príncipe de Condé dió aviso que vendría a visitar la Escuela de artillería de Auxonne; era un honor muy grande y un negocio de consideración el verse inspeccionados por aquel príncipe militar. El comandante, a pesar de la jerarquía, puso al joven Napoleón al

frente del polígono, con preferencia a otros de un rango superior; pero sucedió que la víspera todos los cañones del polígono aparecieron clavados. Napoleón era demasiado avisado, su vista era muy perpicaz para dejarse coger por este chasco de sus compañeros, o tal vez al lado del ilustre viajero.

Generalmente se cree que Napoleón en su juventud era muy taciturno y sombrío; es un error: era muy alegre y jovial. No hay nada que le cause tanto placer como el contarnos las travesuras de su Escuela de artillería; en tocando este punto, parece que en aquel momento olvida enteramente las desgracias que nos detienen aquí; tal es la influencia que ejerce en todo su sér el recuerdo de aquellos felices tiempos de su primera juventud.

En cierta ocasión, un antiguo comandante, mayor de ochenta años, bien que muy venerable, mandándoles un día hacer el ejercicio del cañón, seguía cada tiro con su lente, aseguraba que debía haber ido muy lejos del blanco, estaba inquieto, preguntaba a los que estaban a su lado si alguno había visto caer la bala; nadie la había visto, porque los muchachos cada vez que cargaban birlaban la bala. El buen anciano no era tonto; al cabo de cinco o seis tiros le dió la idea de hacer contar las balas; no hubo medio de evitarlo; descubrió la maula, encontró que el chasco era divertido; pero esto no impidió que les mandase a todos arrestados.

Otras veces tomaban de sobre ojo algunos capitanes, o querían vengarse de ellos; entonces decidían que se les desterrara de la sociedad, reduciéndoles a que ellos mismos se impusiesen una especie de arresto. Cuatro o cinco jóvenes se encargaban del negocio, y se repartían los papeles, persiguiendo continuamente

al infeliz proscrito; se hacían contradizos en cuantas casas éste frecuentaba; no podía desplegar los labios sin recibir al instante una contradicción metódica en términos decentes, pero con mucha gracia y buena lógica. Al infeliz no le quedaba otro recurso que escabullirse.

«En otra ocasión — decía Napoleón —, un compañero que estaba alojado encima de mi cuarto había tomado la estrambótica manía de tocar la trompeta; metía un ruido capaz de ensordecér e impedir toda ocupación. Un día le encontré en la escalera: «Amigo mío, usted debe cansarse mucho con la trompa.

—No, absolutamente nada.

—Muy bien; pero usted cansa a los demás.

—Lo siento mucho.

—Más valdría que usted se fuera un poco más lejos a tocar la trompa.

—En mi cuarto yo soy dueño de hacer lo que me diere la gana.

—Esto tal vez podría ponerse en duda.

—Yo no creo que nadie fuese tan atrevido.»

He aquí un duelo. Antes de permitirlo, los demás compañeros se juntaron en consejo para examinar la disputa; su decisión fué que en lo venidero el uno se iría a tocar la trompa algo más apartado, y que el otro tendría un poco más de paciencia, etc., etc.

En la campaña de 1814, el Emperador encontró su tocador de trompa en las inmediaciones de Soissons o Laon, que vivía en su hacienda y venía a comunicar algunas noticias interesantes sobre los movimientos del enemigo. El Emperador le detuvo y le nombró edecán suyo: era el coronel Bussy.

Mientras Napoleón estuvo en su regimiento de arti-

llería, en cualquier parte que se hallase, constantemente frecuentaba las sociedades y siempre con muy buen éxito. En aquel tiempo las mujeres se prendaban mucho del talento, que realmente para con ellas era el gran medio de seducción. En aquella época hizo, como él lo llama, su viaje sentimental de Valence al Montcenis y Borgoña, y poco le faltó para que lo escribiese a la manera de Sterne. Su fiel amigo Desmazzis le acompañó, pues nunca se apartaba de su lado, y ciertamente que sus narraciones sobre la vida privada de Napoleón, uniéndose con su vida política, podrían completar toda la historia de este héroe. Allí se vería que, aun cuando es tan extraordinaria en acontecimientos, no la hay más sencilla y natural en su carrera.

Las circunstancias y la reflexión han modificado muchísimo su carácter; hasta su estilo, que ahora es tan seco y lacónico, entonces era enfático y abundante. Desde que estuvo en la Asamblea legislativa, Napoleón se volvió grave, severo en su porte y poco comunicativo. La dirección del ejército de Italia concluyó de cambiarle el carácter; sus pocos años, cuando fué a tomar el mando en jefe, exigían una grandísima reserva y la mayor severidad en las costumbres. «Era necesario e indispensable—decía—conducirme así para poder mandar a hombres que tanto me aventajaban por su edad. Por ello mi conducta fué irreprochable y ejemplar, y me presenté un Caton, y tal debí parecerlo a los ojos de todos, porque era efectivamente un filósofo, un sabio.» Con este carácter se ha presentado en el teatro del mundo.

Napoleón estaba de guarnición en Valence cuando comenzó la revolución, y como en aquella época se

daba mucha importancia a hacer emigrar a los oficiales de artillería, y las opiniones de éstos estaban muy divididas, Napoleón, todo entero a las ideas del día, con el instinto de las cosas grandes y la pasión de la gloria nacional, abrazó el partido de la revolución, y su ejemplo tuvo una grande influencia en la mayor parte del regimiento. En la Asamblea constituyente fué un patriota muy exaltado, pero la Legislativa fué una nueva época para sus ideas y sus opiniones.

Hallábase en París el 21 de Junio de 1792, y fué testigo ocular en el jardín de Tullerías de las insurrecciones de los arrabales, que atravesaron y asaltaron el palacio. Apenas había seis mil hombres, y éstos no eran otra cosa que una multitud desordenada, cuyas expresiones y traje manifestaban que era todo lo que el populacho ofrece de más bajo y soez.

También fué testigo del 10 de Agosto, cuyos agresores no eran en mayor número ni más temibles.

En 1793 Napoleón se hallaba en Córcega mandando la Guardia nacional. Se batió con Paoli, al que hasta entonces había querido entrañablemente, en cuanto sospechó que este anciano había formado el proyecto de entregar la isla a los ingleses, lo que prueba cuán falso es que Napoleón ni ninguno de los suyos había ido nunca a Inglaterra, como se ha querido suponer, para ofrecer levantar un regimiento corso a su servicio.

Los ingleses y Paoli pudieron más que los patriotas de Córcega; incendiaron Ajacio, la casa de Bonaparte fué reducida a cenizas, y toda la familia se vió precisada a pasar al Continente: fué a establecerse a Marsella, desde donde Napoleón pasó a París, precisamente en el momento en que los federalistas de

aquella ciudad acababan de entregar la de Tolón a los ingleses.

ISLA DEL CABO VERDE.—EXPLICACIONES, ETC.—NAPOLEÓN EN EL SITIO DE TOLÓN.—PRINCIPIOS DE DUROC Y DE JUNOT.—DISENSIONES CON LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO Y CON AUBRY.—ANÉCDOTAS SOBRE VENDIMIARIO.—NAPOLEÓN, GENERAL DEL EJÉRCITO DE ITALIA.—PUREZA DE ADMINISTRACIÓN.—DESINTERÉS.—POR QUÉ *Petitcaporal* (PEQUEÑO CABO DE ESCUADRA).—DIFERENCIA DEL SISTEMA DEL DIRECTORIO CON EL DEL GENERAL DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

Del 1.º al 6 de Septiembre.—Por lo que nos presentaba nuestra latitud, debíamos descubrir las islas del cabo Verde en el día, pero el horizonte estaba cubierto, y por la noche no veíamos nada. Solamente la ocupación podía hacernos soportable el fastidio y la duración del viaje. Me propuse enseñar el inglés a mi hijo, y habiendo hablado con el Emperador de los progresos del chico, también quiso aprenderlo. Me rompí la cabeza para componerle un método muy sencillo, para evitarle la molestia de todo lo más minucioso. Esta ocupación anduvo perfectamente durante tres o cuatro días, pero el fastidio que le causaba este estudio era mayor que el que tratábamos de distraer; abandonamos el inglés. El Emperador me reprobó algunas veces porque no continuaba mis lecciones, y le respondía que el remedio estaba en la mano, si tenía valor para tragarlo. Por lo demás, particularmente con los ingleses, su modo de vivir, su porte y sus hábitos siempre fueron los mismos, nunca se le oyó una

queja ni un deseo, siempre impasible, siempre igual, nunca de mal humor.

El almirante, que según yo creo, a causa de nuestra reputación, antes de marchar se había propuesto observar una conducta muy severa, cada día iba tomando más interés por su prisionero. Al levantarse de la mesa venía a hacerle presente que el sereno y la humedad podían dañarle; entonces el Emperador le tomaba el brazo y prolongaba la conversación con él, cosa que el almirante estimaba en mucho y le llenaba de satisfacción. Me han asegurado que éste escribía con mucho esmero cuanto podía recoger de estas conversaciones. Si es cierto lo que un día estando a la mesa dijo el Emperador sobre la marina, nuestros recursos en el mediodía, los que él había creado ya, los que tenía ya proyectados sobre los puertos y las ensenadas del Mediterráneo, que el almirante escuchaba con aquella atención ansiosa que teme la interrupción, no hay duda que el todo formará un capítulo realmente precioso para un marino.

Pero volvamos a los pormenores que adquirí en las conversaciones diarias: he aquí los del sitio de Tolón.

En Septiembre de 1793, Napoleón Bonaparte, a la edad de veinticuatro años, era enteramente desconocido en el mundo, que algún tiempo después llenó con su nombre. Era teniente coronel y se hallaba en París recién llegado de Córcega, en donde las circunstancias políticas le habían hecho sucumbir bajo el peso de la facción de Paoli. Los ingleses acababan de apoderarse de Tolón, y como se necesitaba un oficial de artillería distinguido y hábil para dirigir las operaciones del sitio, mandaron a Napoleón. Allí lo

toma la Historia para perpetuar su memoria; allí empieza su inmortalidad.

Léanse las campañas de Italia, y se verá el plan de ataque que hizo adoptar, y el modo como lo ejecutó; se verá que fué precisamente él solo quien tomó la plaza. No hay duda que debió ser un gran triunfo; pero para apreciarlo aún más dignamente sería necesario comparar el expediente de todo el plan de ataque con el de la evacuación de la plaza: el primero es la predicción literal y el segundo su cumplimiento, palabra por palabra. Desde aquel instante la reputación del joven comandante de artillería ya no tuvo límites; el Emperador no puede acordarse sin alguna emoción, y según dice, es una de las épocas de su vida en que ha experimentado mayor satisfacción: era su primer ensayo coronado con la victoria, y es muy sabido que es el que imprime los más duraderos recuerdos. La relación de las campañas de Italia describe suficientemente los tres generales que se sucedieron durante el sitio: la crasa ignorancia de Cartaux, la brutalidad sombría de Doppet y el valor bondadoso de Dugommier; es excusado hablar de ellos aquí.

En los primeros días de la revolución no hubo más que desorden en lo material, e ignorancia en lo personal, tanto a causa de la irregularidad de los tiempos, cuanto por la rapidez y confusión que habían dictado las promociones. He aquí un bosquejo que podrá dar una idea de las cosas de aquel tiempo.

Llega Napoleón al cuartel general; se presenta al general Cartaux, hombre de bella estatura, cubierto de oro desde los pies hasta la cabeza, que le preguntó qué se le ofrecía. El joven oficial presentó con modes-

tia el oficio en que se le mandaba venir a dirigir las operaciones de la artillería bajo sus órdenes.

—Era bien inútil—dijo el buen mozo, tentándose los bigotes—; ya no necesitamos nada para apoderarnos de Tolón; con todo, venga usted en hora buena; usted participará de la gloria de quemarlo mañana, sin que le haya costado ningún trabajo.

Le convidó a cenar.

Sentáronse a la mesa unas treinta personas; sólo al general se le servía como a un príncipe; pero todas las demás se morían de hambre, cosa que, en aquel tiempo de libertad e igualdad, causó mucha sensación al recién llegado. Al amanecer salió con el general para admirar, según decía éste, las disposiciones ofensivas. En cuanto descubrieron la rada, dejaron el camino y se metieron en unos viñedos. Vió el comandante de artillería algunos cañones y tierra removida, sin poder atinar con qué objeto.

—Dupas—dijo el general, hablando a su edecán, que parecía ser el hombre de su confianza—, ¿son éstas nuestras baterías?

—Sí, mi general.

—¿Y nuestro parque?

—Ahí, a cuatro pasos.

—¿Y nuestras balas rojas?

—En esas casas inmediatas, dos compañías las están calentando desde esta mañana.

—Pero ¿cómo las traeremos aquí?

He aquí nuestros dos hombres atollados preguntando al oficial de artillería si por las reglas del arte pudiera hallarse un medio para remediar este inconveniente. Este hubiera tomado este diálogo como una burla, si los dos interlocutores no hubiesen hablado con

tanta naturalidad; pues desde el sitio donde estaba la batería hasta el punto que se intentaba batir había una distancia por lo ménos de legua y media; procuró, suavizando en cuanto era posible su desaprobación, persuadirles que antes de echar mano de bala roja podría probarse con bala fría, para asegurar el tiro. Mucho trabajo le costó el conseguirlo; y sólo consintieron porque felizmente se sirvió de la expresión técnica *Coup d'épreuve* (tiro de ensayo), que les dió golpe y los redujo a la razón. Se hizo, pues, este ensayo; pero el tiro apenas llegó a la tercera parte de la distancia. El general y Dupas empezaron a quejarse agriamente contra los marsellese y aristócratas, que indudablemente habrían adulterado la pólvora. En esta reyerta llegó el representante del pueblo, Gasparin, hombre juicioso, que había sido militar, y Napoleón, aprovechando al instante las circunstancias que le rodeaban, alzó la voz con audacia, tomó un aire grave, llamó al representante, y le requirió en nombre de la Nación para que desde luego le mandase dar la dirección absoluta de las obras; manifestó con la mayor claridad la inaudita ignorancia y estupidez de cuantos le rodeaban, y tomó inmediatamente la dirección del sitio, mandando desde aquel momento como jefe absoluto.

Cartaux era un hombre de tan limitados alcances, que no hubo medio de hacerle comprender que para tomar Tolón con más facilidad era necesario atacarlo a la salida de la rada, y como el comandante de artillería algunas veces había dicho, señalando en el mapa esta salida de la rada, que allí estaba Tolón, Cartaux sospechaba que no sería un geómetra muy hábil; y en fin, como a pesar de su resistencia, la autoridad de los representantes decidió este ataque lejano, el ge-

neral sospechaba que no hubiese alguna traición, observando muchas veces con alguna zozobra que Tolón no estaba en aquel punto.

Cartaux se empeñó un día en que el comandante de artillería había de colocar una batería a espaldas de una casa, sin dejar ninguna distancia para el retroceso de los cañones; otra vez, al llegar de su paseo por la mañana, llamó al mismo comandante para decirle que acababa de descubrir una posición desde la cual una batería de seis a doce piezas, en muy pocos días, reduciría infaliblemente Tolón: era un cerrillo desde el cual se podían batir a un tiempo tres o cuatro fuertes y varios puntos de la ciudad. El general se atolondraba porque el comandante de artillería no quería ejecutar este plan; manifestándole que si la batería dominaba todos aquellos puntos, éstos la dominaban también; que doce cañones excedían en contraposición con ciento cincuenta; que una simple sustracción fácilmente le haría conocer la desigualdad. Se llamó al comandante de ingenieros para conciliar la cuestión; y como éste al instante manifestó su opinión conforme en todo con la del comandante de artillería, dijo Cartaux que era inútil oponerse a estos Cuerpos científicos, en atención a que mutuamente se defienden. Para cortar las disputas que diariamente se suscitaban, el representante mandó que Cartaux manifestase en grande su plan de ataque al comandante de artillería, y que éste ejecutase los pormenores conformándose con las reglas del arte. He aquí el plan memorable del ilustre general:

«El general de artillería cañoneará a Tolón tres días consecutivos; pasados los cuales, atacaré la plaza en tres columnas y me apoderaré de ella.»

La Junta de ingenieros de París opinó que este plan expeditivo era más alegre que sabio, lo que contribuyó en parte para separar del mando a aquel general. Además no faltaban proyectos, porque como la toma de Tolón se había consultado a las sociedades populares, por todos lados se formaban planes.

Más de seiscientos recibió Napoleón mientras duró el sitio, y sólo el suyo ganó la plaza de Tolón, porque el representante Gasparin lo sostuvo, a pesar de todas las objeciones de la Convención; por cuyo motivo, le vivió siempre agradecido, confesando que este representante había abierto el camino de su gloriosa carrera (1).

En las varias discusiones que tuvo Cartaux con Napoleón, las más de ellas delante de su mujer, ésta, apoyando siempre al oficial de artillería, decía a su marido con la mayor candidez: «Hombre, deja hacer a este joven, que sabe mucho más que tú; nada te pide, ¿no eres tú quien da cuenta al Gobierno? Toda la gloria puedes apropiártela.»

Esta mujer era bastante discreta. Volviendo a París después del llamamiento de su marido, los jacobinos de Marsella los obsequiaron espléndidamente; y hablándose en la mesa del comandante de artillería, a quien levantaban hasta las nubes: «No hay que fiarse mucho de él —dijo aquella señora—; este joven tiene demasiado talento para ser mucho tiempo un *sans cu-*

(1) El Emperador en su testamento recuerda con reconocimiento al representante Gasparin, por la protección especial que de él había recibido.

Igual recuerdo hace del jefe de su Escuela de artillería, el general Duteil, y el general Dugommier, por el interés con que lo habían protegido.

lotte.» A lo que dijo gravemente el general: «¿Crees acaso que somos unos bestias?»

—No, yo no digo eso; pero... mira, no es de tu casta, no puedo menos de decírtelo.

Un día llegó al cuartel general, por el camino de París, un magnífico coche; tras de éste seguía otro, y otros, y otros, etc. Júzguese cuál sería la admiración y curiosidad general en aquellos tiempos de sencillez republicana; cuando un gran rey no pudiera viajar con más ostentación. Todos estos coches se habían embarcado en la capital, los más de ellos pertenecientes a la Casa real, para conducir unos sesenta militares, que se apearon con mucha pompa, preguntando por el general en jefe, a quien se presentaron con tanta importancia como unos embajadores. «Ciudadano general —dijo el que llevaba la palabra—: venimos de París; los patriotas están llenos de indignación viendo tu lentitud e inacción. Hace ya mucho tiempo que el suelo republicano está mancillado con la ocupación enemiga; la patria se estremece porque sus hijos no la han vengado; te pregunto: ¿por qué no se ha reconquistado ya Tolón?; ¿por qué no se ha incendiado ya la flota inglesa? Indignada la República por estos ultrajes, ha llamado a los valientes; nos hemos presentado y hemos aquí ardiendo de impaciencia para vengarla. Somos artilleros voluntarios de París; que se nos den cañones, y mañana marchamos contra el enemigo.» Aturdido el general con este despropósito, se dirigió al comandante de artillería, quien le dijo al oído que al día siguiente lo libertaría de aquellos *perdona vidas*. Al amanecer del día siguiente, Napoleón les condujo a la playa y puso a su disposición algunas piezas de artillería, pero como estaban enteramente descubiertos, pre-

guntaron si no habría algún abrigo o alguna punta de parapeto. Díjoseles que esto era bueno en otros tiempos, que ahora ya no es de moda; que el patriotismo ha borrado todas esas nimiedades; pero durante este coloquio, una fragata inglesa disparó una andanada; y todos mis valientes tomaron las de Villadiego. Entonces, en todo el campamento no se oía más que una voz; los unos desaparecieron y los demás se incorporaron modestamente en el tren de artillería.

En aquel tiempo todo era desorden y anarquía. Dupas, el *fac totum* del general en jefe, hombre de conocimientos sumamente escasos, quería mezclarse en todo, e incomodaba continuamente a los artilleros en los parques y baterías; para desembarazarse de él se discurrió el método festivo de ridiculizarlo; él se alborotó, y repentinamente se presentó con su confianza acostumbrada, mandando, atando y desatando: le responden mal, le tienden un lazo, cae en él como un tonto, la tempestad se aumenta, un grito universal le proclama aristócrata, le amenaza con la linterna (1); y Dupas, apretando las espuelas, desaparece como un rayo, y no se le volvió a ver más.

El comandante de artillería se hallaba en todas partes: su actividad y carácter le habían dado una influencia positiva sobre todo el ejército; cuantas veces el enemigo hizo algunas salidas, dando lugar con ellas a que los sitiadores hiciesen algún movimiento rápido e inopinado, los jefes de las columnas y destacamentos decían unánimemente: «Búsquese al comandante de artillería, pregúntesele qué es lo que debemos hacer,

(1) *Farol*, con alusión a la muerte que se daba en ellos a los supuestos aristócratas, en el primer período de la revolución.

porque él conoce el terreno mejor que ninguno de nosotros.» Y todo esto se ejecutaba sin que nadie se quejase. De otra parte, tampoco él estaba ocioso: en los combates le mataron varios caballos y un inglés le dió un bayonetazo en el muslo izquierdo, de resultas de cuya grave herida estuvo a pique de perder la pierna.

Un día, estando en una batería, murió un artillero en el momento de cargar un cañón; tomó él mismo el atacador y cargó diez o doce tiros seguidos; algunos días después todo su cuerpo apareció cubierto de sarna de muy mala calidad. Discurría quién podía habérsela pegado, cuando su ayudante Muiron descubrió que el artillero muerto estaba infectado de ella. Con el ardor de la juventud y actividad del servicio, el comandante de artillería la miró con indiferencia; haciendo sólo remedios muy suaves, el mal desapareció; pero el veneno se había internado, lo que debilitó su salud durante mucho tiempo y casi le costó la vida. De ahí viene la falta de carnes, la salud mezquina y endeble, el color pálido y enfermizo del general en jefe de los ejércitos de Italia y de Egipto. Sólo muchísimo tiempo después, en Tullerías, el facultativo Corvisart restableció enteramente su salud con abundantes vejigatorios en el pecho: entonces comenzó la robustez y gordura que se le ha conocido posteriormente.

Napoleón, de simple comandante del ejército de Tolón, hubiera podido ser general en jefe del mismo antes de acabar su sitio, porque el día del ataque del pequeño Gibraltar (1), el general Dugommier, que lo iba prolongando de día en día, todavía opinaba que debía

(1) Nombre de un fuerte de aquella plaza.

retardarse. A eso de las tres o las cuatro de la tarde, los representantes, descontentos de Dugommier, principalmente por su lentitud, mandaron llamar a Napoleón, le dijeron que querían destituir al general y le ofrecieron el mando.

El comandante de artillería lo rehusó; se fué a Dugommier, que estimaba y quería mucho, le instruyó del objeto de que se trataba, y le decidió a dar el ataque. A eso de las nueve de la noche, cuando todo el ejército estaba en marcha, precisamente en el momento de operar, las cosas mudaron de aspecto: los representantes se oponían al ataque; pero Dugommier, incitado por el comandante de artillería, sostuvo su resolución; si no hubiese salido victorioso, perdía la vida: tal era el modo de administrar justicia en aquella época.

Las notas que las secciones de París encontraron en las oficinas del Cuerpo de Artillería con respecto a Napoleón, dieron lugar a que se echara mano de él para el sitio de Tolón. Ya se ha visto que en cuanto se presentó, a pesar de sus pocos años, a pesar de su corta graduación, mandó allí absolutamente: tal es el resultado natural del ascendiente de la ciencia, la actividad y la energía sobre la ignorancia y la confusión del momento. El fué realmente quien tomó a Tolón; y con todo, apenas se lee su nombre en los partes; ya era dueño de aquella ciudad, y en el mismo ejército ni tan siquiera se sospechaba; en cuanto se apoderó del pequeño Gibraltar, que siempre había considerado como llave maestra y término de toda la empresa, dijo al anciano Dugommier, ya oprimido bajo el peso de los años y el cansancio: «Ya puede usted descansar; acabamos de apoderarnos de Tolón y mañana dormirá us-

ted dentro de la ciudad.» Cuando Dugommier vió la cosa efectivamente cumplida, cuando recapituló en su memoria que el comandante de artillería siempre le había dicho de antemano y a punto fijo todo lo que sucedería, entonces no pudo ocultar su admiración y entusiasmo, y no encontraba términos suficientes para elogiarlo como merecía. Es muy cierto, como puede verse en algunos documentos de aquel tiempo, que escribiendo a las secciones de París, dijo que tenía consigo un joven que era acreedor a una verdadera atención y aplauso, porque cualquier medida que adoptase influía notablemente en las determinaciones que debían tomarse. Habiendo pasado Dugommier al ejército de los Pirineos orientales, quiso llevar consigo al comandante de artillería, pero no lo pudo conseguir; con todo, siempre habló de él de un modo muy lisonjero; y cuando después de haberse firmado la paz con España este mismo ejército pasó a reforzar el de Italia, que no tardó mucho en tener a Napoleón por su general en jefe, al llegar éste se encontró rodeado de oficiales, que, por lo que habían oído decir de él a Dugommier, nunca se cansaban de verle y considerarle.

Por lo que respecta a Napoleón, su feliz éxito de Tolón no le causó mucha novedad; tuvo una satisfacción viva, decía él, pero sin maravillarse. No fué así el año siguiente, en Saorgio, en donde sus operaciones fueron admirables: en pocos días hizo allí lo que vanamente se intentaba hacía más de dos años. «Vindemario y aun Montenotte — decía el Emperador — no me infundieron bastante amor propio para creerme un hombre superior; sólo después de Lody me vino la idea de que acaso podría ser yo un actor decisivo en nuestra escena política: entonces nació la primera chispa de la ambi-

ción elevada.» Sin embargo, se acordaba muy bien que después de Vindemario, mandando el ejército del interior, dió ya desde entonces un plan de campaña que acababa con la pacificación en la cresta del Simmering, que poco tiempo después puso él mismo en ejecución en Leoben. Este documento acaso podría aún encontrarse en los archivos de las oficinas.

La ferocidad de aquellos tiempos es bastante conocida, y aun tomó incremento debajo de las murallas de Tolón por la reunión de más de doscientos diputados de las asociaciones populares inmediatas, que habían concurrido allí, excitando para que se tomasen las medidas más atroces. A ellos debe acusarse de los excesos bajo cuyo peso gimieron entonces todos los militares. Cuando Napoleón llegó a ser un personaje eminente, la calumnia quiso atribuirle la odiosidad de aquellas medidas sanguinarias. «Semejante justificación degradaría mi carácter—decía Napoleón.» En cuanto estuvo al frente de la artillería en Tolón, aprovechándose de la necesidad de las circunstancias para hacer entrar de nuevo al servicio un crecido número de compañeros suyos que su nacimiento u opiniones políticas en el principio habían alejado, al coronel Gassendi lo hizo colocar al frente del arsenal de Marsella. La obstinación y severidad de éste son bastante conocidas, y varias veces pusieron su vida en peligro; algunas de ellas sólo la serenidad de Napoleón pudo librarle del furor de los sediciosos.

El ascendiente que había adquirido en Tolón, en el puerto y en el arsenal, también le sirvió para salvar a algunos infelices emigrados de la familia Chabriant o Chabillant, que una tempestad había arrojado a una playa del territorio francés: se les quería condenar a

muerte, apoyándose en que la ley contra todos los emigrados que volvían a entrar en Francia era terminante; vanamente alegaban en su defensa que un accidente los había traído, y no su voluntad; que sólo pedían por gracia que se les dejase marchar; infaliblemente hubieran perecido si el comandante de artillería, prescindiendo de los riesgos a que se exponía, no se hubiese arrojado a salvarles proporcionándoles una lancha cubierta, que expidió con pretexto de objetos relativos a su departamento. En su reinado, estos mismos individuos han tenido el dulce placer de manifestarle su reconocimiento, y decirle que conservarían eternamente la preciosa orden que les había salvado la vida.

Varias veces el mismo Napoleón estuvo a pique de perder la vida a manos de aquellos verdugos revolucionarios; las innumerables diputaciones patrióticas que estaban en el campamento solicitaban el honor de dar su nombre a cada nueva batería que se construía: a una de ellas llamó Napoleón de los *Patriotas del mediodía*; fué lo bastante para que le acusasen de federalista; y si no les hubiese sido tan necesario, le hubieran preso, y, por consiguiente, perdido. Además, no hay expresiones que puedan pintar el delirio y los horrores de aquel tiempo. El Emperador nos decía, entre otras cosas, que fué testigo, durante el armamento de las costas de Marsella, de la horrorosa condenación del comerciante Uges, hombre ya de la edad de ochenta y cuatro años, sordo y casi ciego; con todo, aquellos atroces verdugos le acusaron y convencieron de conspirador, cuando su único crimen era el de poseer 18 millones de caudal. Él mismo lo indicó estando en el tribunal, y ofreció entregarlos, con tal que le dejaran

500.000 francos, de los cuales, según él mismo decía, muy poco podría disfrutar. Todo fué inútil, su cabeza cayó. *Al ver un espectáculo semejante—decía el Emperador—creí que estábamos al fin del mundo;* expresión favorita de que acostumbraba a servirse en semejantes circunstancias. Barras y Freron eran los autores de aquellas atrocidades. El Emperador, haciendo justicia a Robespierre, decía que había visto varias cartas escritas a su hermano menor, representante entonces en el ejército del mediodía, en las cuales combatía y desaprobaba altamente aquellos excesos, diciendo que deshonoraban y aniquilarían la revolución.

En el sitio de Tolón Napoleón trató amistosamente a varios sujetos, que posteriormente han hecho un gran papel. Distinguió en el tren de artillería a un oficial joven, cuya instrucción le costó un trabajo inmenso; pero después le ha pagado con usura, sirviéndole en negocios de los más importantes. Este era Duroc, que con un exterior no muy brillante estaba dotado de prendas las más sólidas y útiles: amando al Emperador por sí mismo, se sacrificaba por el bien usando el idioma de la verdad cuando era necesario. Posteriormente fué duque de Frioul y gran mariscal, en cuyo destino puso el palacio en un estado el más brillante y mejor ordenado. Cuando murió, creyó el Emperador haber tenido una pérdida irreparable, y otros muchos opinaron lo mismo; varias veces me decía que sólo Duroc había sido su íntimo amigo y único poseedor de toda su confianza.

Mientras se construía una de las primeras baterías que Napoleón dispuso contra los ingleses, en cuanto llegó a Tolón, estando en ella pidió un cabo o sargento que supiese escribir. Salió de las filas un hom-

bre y escribió lo que le dictaron en el mismo parapeto. En cuanto acabó de escribir, una bala de cañón enemiga, que vino a dar al lado suyo, le cubrió de tierra. «Perfectamente—dijo el amanuense—excusamos arenilla.» Esta salida y la frescura con que la dijo, llamó la atención de Napoleón e hizo la fortuna del sargento. Este era Junot, posteriormente duque de Abrantes, coronel de húsares, comandante en jefe de Portugal y gobernador general en Iliria, en donde dió muestras de una demencia que, a su regreso en Francia, cada día se iba aumentando, durante la cual él mismo se mutiló de una manera horrorosa, y pereció muy pronto víctima de los excesos, que habían alterado su salud y trastornádole el juicio.

Siendo Napoleón general de artillería, cuando tomó el mando de este Cuerpo en el ejército de Italia, llevó consigo aquella superioridad e influencia que tan rápidamente había adquirido en el sitio de Tolón; pero no dejó de causarle muchos disgustos e inminentes riesgos. En Niza, el representante Laporte, ante quien no quería doblar su cerviz, lo tuvo preso algunos instantes; en otra ocasión el mismo lo puso *hors la loi* (fuera de la protección de las leyes), porque no quería dejarle disponer de todos los caballos de la artillería para viajar en posta; finalmente, un decreto, que no tuvo efecto, le mandó presentarse a la barra de la Convención, porque había propuesto algunas medidas militares relativas a las fortificaciones de Marsella.

En aquel ejército de Niza o Italia entusiasmó muchísimo al representante Robespierre el joven, hombre, según decía, de cualidades muy diversas de las de su hermano, a quien dice no haber visto nunca. Este mismo Robespierre el joven, habiendo sido llamado a

París por su hermano antes del 9 termidor, hizo cuanto pudo para decidir a Napoleón a que le siguiese. «Si no hubiese resistido inflexiblemente—me decía éste—¿quién sabe hasta dónde podía conducirme aquel primer paso, y cuál hubiese sido mi suerte!»

También estaba en el ejército de Niza otro representante, hombre de muy cortos alcances; su mujer, hija de Versalles, hermosa y amable, le acompañaba en su misión, y muchas veces le dirigía. Tanto el marido como su esposa apreciaban mucho al general de artillería; estaban enteramente embobados con él; y le trataban con el mayor afecto bajo todos los aspectos, cosa que era de una grandísima importancia, decía Napoleón; porque en aquellos tiempos de desorden y anarquía, un representante del pueblo era un verdadero soberano. En la Convención, este mismo representante fué uno de los que más contribuyeron a que se echase mano de Napoleón en la crisis de vendimiario, predilección que no era más que una consecuencia natural de la grande opinión que había concebido del carácter y ciencia del general, a pesar de sus pocos años.

Nos decía el Emperador que, siendo ya soberano, vió un día la hermosa representante de Niza; pero tan cambiada, que estaba desconocida; era viuda y se hallaba en la mayor miseria. El Emperador tuvo un placer indecible en concederla cuanto deseaba; hasta sus sueños se realizaron, nos decía, y aun mucho más; a pesar de que esta mujer vivía en Versalles, nunca pudo llegar hasta su persona; cuantas cartas y memoriales le había dirigido, todos habían sido infructuosos; tan difícil es, decía el Emperador, llegar hasta la persona del soberano, aun cuando éste esté pronto a reci-

bir a cualesquier individuo. Aún fué él mismo quien casualmente habló de ella un día cazando en Versailles, y Bertier que era hijo de la misma ciudad, amigo desde la niñez, de aquella señora, que hasta entonces no sólo no se había dignado mentarla, pero ni tan siquiera hablar de sus memoriales, el día siguiente la presentó. «¿Pero cómo no se ha valido usted de nuestros antiguos conocidos del ejército de Niza para venir a hablarme?»—la dijo el Emperador—; varios de ellos son personajes importantes que me hablan diariamente.

—¡Ah, señor!, respondió ella; ya no nos conocemos desde que son grandes y yo infeliz y pobre.»

El Emperador, hablando un día conmigo sobre las cosas más minuciosas, con respecto a este antiguo conocimiento, me decía: «Entonces yo era muy joven, y no poco feliz y vano de mi buena fortuna; y por lo mismo, procuraba manifestarla mi agradecimiento en cuanto dependía de mí; usted verá hasta dónde puede llegar el abuso de la autoridad, y de cuán poca cosa pende la suerte de los hombres; pues yo no soy mejor ni peor que otro cualquiera. Un día, paseándome con ella en nuestras posiciones militares, en las inmediaciones del *Col de tende*, súbitamente me vino la idea de presentarla el espectáculo de una guerrilla, y mandé un ataque de avanzadas. Vencimos; pero es claro que no podía haber un resultado; el ataque fué sólo un capricho, y con todo, algunos hombres perdieron la vida. Posteriormente, cuantas veces aquel lance se me ha presentado a la memoria, otras tantas he tenido remordimiento de haberlo hecho.»

Como los acontecimientos de termidor dieron lugar a una variación en las secciones de la Convención, Aubry, ex capitán de artillería, se halló al fren-

te de la Comisión de la guerra; formó un nuevo cuadro del ejército, en el cual, no olvidándose de sí mismo, se nombró general de artillería, y protegió a varios antiguos compañeros suyos, en detrimento de todo el Cuerpo, que quedó enteramente reformado. Napoleón, que apenas tenía veinticinco años, fué nombrado general de infantería, con destino al ejército de la *Vendée*; con cuyo motivo dejó el ejército de Italia, y se fué a París para protestar enérgicamente contra el abuso de semejante mudanza, que no le convenía bajo ningún aspecto; pero viendo *Aubry* que estaba inflexible, irritándose en vez de acceder a sus justas reclamaciones, presentó su dimisión. En la relación de las campañas de Italia se verá que en breve le emplearon de nuevo en la sección topográfica, que se ocupaba de coordinar los movimientos de los ejércitos y formar los planes de campaña; allí le cogió el trece vendimiario.

Las reclamaciones que hizo con *Aubry* parecían una verdadera escena cómica; insistía enérgicamente porque citaba hechos en su apoyo. *Aubry* se obstinaba tenazmente porque tenía el poder en su mano. Este decía a Napoleón que todavía era muy joven, y que por lo mismo debía conceder paso a los antiguos; Napoleón replicaba que en el campo de batalla se envejece; que él venía de allí, al paso que *Aubry* nunca había visto la cara al enemigo. Yo, decía el Emperador, que de vuelta de mi emigración había vivido mucho tiempo en la calle de San Florentín y en el mismo salón donde había pasado aquella escena, la había oído contar mil y mil veces; aun cuando lo decían lenguas enemigas, no era menor el interés con que se referían todas las particularidades de la dispu-

ta, hasta señalar el paraje en que se hallaban los interlocutores.

En la relación del famoso diez de vendimiario, tan importante en los fastos de la revolución, y en la carrera de Napoleón, se verá que éste estuvo algún tiempo indeciso antes de encargarse de la defensa de la Convención. La noche que siguió a aquel famoso día, Napoleón se presentó a la Sección de los cuarenta, que estaba permanente en Tullerías; le hacían falta los morteros y municiones que se hallaban en Meudon; pero tal era la circunspección del presidente (Cambaceres), que no obstante los riesgos que en el día se habían corrido, no quiso firmar la orden; pero sí para transigir invitó que se pusiesen a disposición del general aquellos artículos.

Durante el mando de Napoleón en París, después del trece vendimiario, la escasez de víveres dió lugar á varios tumultos populares; un día que la distribución había faltado, por cuyo motivo se amotinó el pueblo a las puertas de los panaderos, pasando Napoleón con una parte de su Estado Mayor para cuidar del mantenimiento de la tranquilidad pública, una multitud de populacho, principalmente mujeres, le rodearon pidiendo a voces que se les diera pan; la muchedumbre aumenta, amenaza, y la situación cada instante es más crítica; una mujer monstruosamente gorda se hace notar por sus gestos y palabras: «Este enjambre de charreterillas—exclamó zahiriendo al grupo de oficiales—se burlan de nosotros; mientras que ellos coman y engorden, poco les importa que el pobre pueblo perezca de hambre.» Napoleón, que entonces era delgadísimo, la llama, diciéndole: «¡Hola!, tía; mírame bien, ¿quién está más gordo de los dos?» Una risa

universal calmó al pueblo, y el Estado Mayor siguió su camino.

En sus memorias de la campaña de Italia se verá de qué manera Napoleón conoció a madama Beauharnais y cómo se hizo el casamiento, que algunos escritores contemporáneos han presentado tan falsamente; apenas la conoció, empezó a visitarla todas las noches, porque su tertulia era la más amena de París. Cuando la concurrencia general se retiraba, ordinariamente se quedaban M. de Montesquieu, padre del gentilhombre; el duque de Nivernais, tan conocido por su amabilidad y talento, y algunos otros. Miraban si las puertas estaban bien cerradas, y se decían: «Hablemos de la corte antigua; paseémonos un rato por Versalles.»

Tan grande era la miseria del Tesoro y la escasez de numerario en la República, que cuando Bonaparte marchó para tomar el mando del ejército de Italia, todos sus esfuerzos y los del Directorio sólo pudieron reunir dos mil luises, que se llevó en su coche. Con esta suma se fué a conquistar la Italia y el imperio del mundo. He aquí un hecho muy curioso: debe existir una orden del día, firmada por Berthier, por la cual el general en jefe, a su llegada al cuartel general en Niza, manda distribuir entre los generales, para ayuda de costa de su entrada en campaña, la cantidad de cuatro luises a cada uno en efectivo, que realmente era una suma considerable, pues hacía ya muchísimo tiempo que casi nadie conocía el numerario. Esta sencilla orden del día describe las circunstancias de aquel tiempo con más energía y verdad que no se haría escribiendo un voluminoso tomo.

En cuanto Napoleón se presentó al ejército de Italia, desde luego se descubrió en él el hombre que la

naturaleza había creado para mandar a los otros; desde aquel instante llenó la gran escena del mundo, y causó la admiración de toda la Europa; es un meteoro que abraza el firmamento, concentra en sí todas las miradas, todos los pensamientos, y es el objeto de todas las conversaciones. Desde aquel instante todos los periódicos, todos los escritores, todos los monumentos se ocupan exclusivamente de él, y el eco de su nombre resuena en las cuatro partes del mundo (1).

Su presencia causó una verdadera revolución en las costumbres, los modales, la conducta, y el modo de producirse. Decrés me ha dicho muchísimas veces que se hallaba en Tolón cuando recibió la noticia del nombramiento de Napoleón al mando del ejército de Italia, y que lo había tratado muy familiarmente en

(1) RECAPITULACIÓN CRONOLÓGICA

| | | |
|--|------------------|-------|
| El Emperador nació en..... | 15 Agosto..... | 1769. |
| Entró en la escuela de Brienne..... | | 1773. |
| Pasó a la de París..... | | 1783. |
| Teniente de artillería..... | 18 Septiembre. | 1785. |
| Capitán..... | 6 Febrero..... | 1792. |
| Teniente coronel..... | 19 Octubre..... | 1793. |
| General de brigada..... | 6 Febrero..... | 1794. |
| General de división..... | 16 Octubre..... | 1795. |
| General en jefe del ejército del interior... | 26 Octubre..... | 1795. |
| General en jefe del ejército de Italia..... | 23 Febrero..... | 1796. |
| Primer cónsul..... | 13 Diciembre... | 1799. |
| Cónsul perpetuo..... | 2 Agosto..... | 1802. |
| Emperador..... | 18 Mayo..... | 1804. |
| Coronado en..... | 2 Diciembre..... | 1804. |
| Primera abdicación en Fontainebleau... | 11 Abril..... | 1814. |
| Tomó de nuevo el gobierno..... | 20 Marzo..... | 1815. |
| Segunda abdicación en el Eliseo..... | 21 Junio..... | 1825. |

París. «Cuando supimos —decía— que el nuevo general iba a pasar por la ciudad, ofrecí a todos mis compañeros, haciendo alarde de mis relaciones amistosas, que yo sería su intróductor. Me presenté no cabiendo en mí de gozo; se abre la puerta, voy a entrar; pero su primera mirada y el tono de la voz bastaron para detenerme; sin embargo, nada tenía de insultante; pero bastó para que desde aquel día nunca haya osado igualar la distancia que nos separaba.»

Otra señal característica del generalato de Napoleón fué la habilidad, energía y pureza de su administración, su odio constante contra toda especie de dilapidación, y el desprecio absoluto de sus propios intereses. «Volví de la campaña de Italia—nos decía un día—sin tener más que unos trescientos mil francos míos, cuando con la mayor facilidad hubiera podido tener diez o doce millones, que seguramenté nadie me hubiera disputado, porque nunca he dado cuentas ni tampoco me las han pedido. A mi regreso, ciertamente creí que me darían alguna recompensa nacional, y aun en el público se decía que iban a remunerarme con la propiedad de Chambord (1), que en cierto modo apetecía en cuanto era un testimonio de mis servicios, pero el Directorio lo eludió. Con todo, había yo mandado a Francia más de cincuenta millones para el servicio del Estado, lo que en la historia moderna es el primer ejemplo de un ejército que suministra subsidios a la patria en vez de serle gravoso.»

Cuando Napoleón trató con el duque de Módena, el comisario del Gobierno, Salicetti, con quien no ha-

(1) Hacienda que pertenecía al duque de Burdeos, hijo del duque de Berry.

bía corrido muy bien hasta entonces, fué a encontrarle en su gabinete y le dijo: «El comendador de Est, hermano del duque, está aquí con cuatro millones en oro, dentro de cuatro cajas; viene en nombre de su hermano a suplicaros que los aceptéis; yo os lo aconsejo, porque soy vuestro compatriota y conozco los negocios de vuestra familia; además que el Directorio y el Cuerpo legislativo nunca reconocerán vuestros servicios. Esto es vuestro: aceptadlo sin escrúpulo ni publicidad. La contribución del duque será menor, y celebrará haberse granjeado un protector.»

—Os lo agradezco—dijo secamente Napoleón—; no quiero por esta suma ponerme a discreción del duque de Módena; quiero ser libre.

Un administrador en jefe de aquel mismo ejército decía varias veces que había visto a Napoleón despreciar otra oferta de siete millones en oro, que le hizo el Gobierno de Venecia para precaver su destrucción. El Emperador se reía muchísimo, nos decía, de la exaltación de aquel asentista que consideraba el desprendimiento de las riquezas en su general como una acción sobrehumana, más difícil y más grande que el ganar una batalla. El Emperador se detenía con cierta complacencia en el pormenor de estos actos de desinterés, concluyendo, sin embargo, que había hecho mal y había tenido muy poca previsión; ya hubiese querido hacerse cabeza de un partido y mover los hombres, ya hubiese querido vivir entre el común de la gente como simple particular, porque al cabo, decía, le habían dejado casi miserable, y muy bien hubiera podido seguir una carrera de verdadera pobreza, cuando el último de sus generales y administradores tenía un caudal inmenso. «Pero—añadía—si mi

administrador me hubiese visto aceptar, ¿qué hubiera hecho él?; mi negativa le contenía».

«Cuando llegué al frente de los negocios como cónsul, sólo mi propio desinterés y toda mi severidad pudieron cambiar las costumbres del descómunal espectáculo de las dilapidaciones directoriales. Mucho trabajo me ha costado el llegar a vencer las malas inclinaciones de los primeros hombres del Estado, que posteriormente se han visto junto a mí estrictos y sin reproche. Varias veces me vi en la dura precisión de atemorizarles; muchas veces he dicho y repetido en mis consejos, que si encontraba una falta en mi propio hermano lo echaría sin titubear, etc.»

No ha habido hombre en el mundo que haya tenido a su disposición más riquezas que Napoleón, apropiándose menos. Hasta cuatrocientos millones en metálico reunió en los sótanos del palacio de Tullerías. Su patrimonio extraordinario ascendía hasta la suma de setecientos millones. En dotaciones para el ejército distribuyó más de quinientos millones, y lo más notable es que un hombre que derramó tan inmensas riquezas, nunca ha tenido ninguna propiedad particular. En el Museo había reunido valores inestimables, y nunca tuvo una pintura ni una sola cosa curiosa para su uso personal.

A su regreso de Italia, antes de embarcarse para la expedición de Egipto, compró la Malmaison, en cuya adquisición empleó casi todo cuanto tenía, haciéndose el acto a nombre de su mujer, de manera que sobreviviéndola, como era natural, siendo más joven que ella, podía encontrarse sin tener absolutamente nada; esto consistía, según decía él mismo, en que nunca fué propenso a la propiedad, ni aun por imaginación.

«Si acaso ahora tengo alguna cosa (1)—proseguía—esto dependerá del modo como se habrán arreglado las cosas lejanas después de mi marcha, y aun en este caso, muy poco le habrá faltado para que no tuviese absolutamente nada. Además, cada cual tiene su gusto: el mío se inclina a la fundación y no a la propiedad. La mía será la gloria y la celebridad. El *simplón*

(1) El depósito en casa de Lafitte.

Cuando el Emperador abdicó segunda vez, cierto sujeto que le tenía mucho afecto y conocía su poca previsión, quiso examinar si se habían tomado medidas para la subsistencia futura. Nadie se había acordado, y Napoleón se encontraba sin tener absolutamente nada. Para remediarlo fué preciso que cada uno cooperase por su parte, y al cabo se consiguió juntar los cuatro o cinco millones que se pusieron en depósito en casa del Sr. Lafitte.

El cuidado y esmero de sus verdaderos amigos no le fué menos útil en el momento que iba a salir de la Malmaison; alguno que desconfiaba del desorden y confusión que necesariamente debía reinar en semejante situación, quiso reconocer por sí mismo si el pequeño tesoro había llegado efectivamente a su destino. Júzguese cuál sería su admiración cuando supo que el carro en que iba se había quedado olvidado en una cochera de la Malmaison, y queriendo remediar este mal no se encontró la llave. Este acontecimiento nos hizo perder mucho tiempo y retardó nuestra partida. En esto llegó el Sr. Lafitte, y quiso dar al Emperador un recibo del dinero, pero Napoleón no le quiso, diciéndole: «Señor Lafitte, lo conozco a usted bastante; sé que usted no era partidario de mi Gobierno, pero al mismo tiempo le considero por un hombre de bien.»

Parece que el destino señaló al Sr. Lafitte para ser depositario de los monarcas desgraciados. Cuando Luis XVIII salió para Gand, también hizo depositar en su poder una suma considerable. Napoleón, a su llegada en 20 de Marzo, mandó llamar al Sr. Lafitte y le interrogó sobre el tal depósito; éste no lo negó, y como manifestó recelos de que se le hiciese algún cargo a consecuencia del interrogatorio, le dijo el Emperador: «Tranquílcese usted; este dinero era personalmente del rey, y los negocios domésticos nada tienen que ver con la política.»

para el pueblo, y el *Louvre* para los extranjeros, eran para mí más apreciables que todo patrimonio individual. Compraba diamantes para la corona, reedificaba los palacios del soberano, los alhajaba magníficamente, y muchas veces me parecía que los gastos de Josefina en sus invernaderos o su galería eran un verdadero robo que se hacía a mi jardín botánico o al museo de París, etc. etc.»

Cuando Napoleón tomó el mando del ejército de Italia, a pesar de sus pocos años, inculcó desde luego la subordinación, la confianza y el más absoluto rendimiento; subyugó al ejército con su talento, en vez de seducirlo con la popularidad, pues comunmente era muy severo y poco comunicativo. En el curso de su vida ha desechado constantemente todos los medios accesorios que pueden granjear el amor de la muchedumbre, y acaso algunas veces esta repugnancia le ha sido perjudicial. Su juventud, cuando tomó el mando, dió margen a una costumbre muy singular: después de cada batalla los soldados más antiguos se reunían en consejo y daban un nuevo grado a su general: cuando éste entraba en el campamento, los veteranos le recibían saludándole con su nuevo título. Nombráronle cabo de escuadra en Lody, sargento en Castiglione, y de ahí vino el apodo de *petit Caporal*, con que los soldados designaron siempre a Napoleón. ¡Tan cierto es que algunas veces las cosas más insignificantes ejercen una influencia muy notable en los más grandes acontecimientos! Acaso este apodo contribuyó a su prodigioso regreso en 1815, pues, perorando al primer batallón que se le opuso poco después de haber desembarcado, dijo un soldado a voces: ¡*Viva nuestro petit Caporal!* (pequeño cabo de escuadra). ¡*Nunca pelearemos contra él!*

La administración del Directorio y la del general en jefe del ejército de Italia parecían dos gobiernos enteramente distintos. En Francia, el Directorio condenaba a muerte a los emigrados; nunca en el ejército de Italia se condenó a ninguno. Cuando Napoleón sitiaba a Mantua, sabiendo el Directorio que Wumsez se hallaba dentro de aquella plaza, escribió a Napoleón encargándole tuviese presente que aquél era un emigrado; Napoleón, cuando le hizo prisionero, le trató con el respeto que merecía su honrada vejez. El Directorio, en la correspondencia con el Papa, se servía de expresiones muy indecorosas; el general del ejército de Italia le escribía con mucho respeto, sin darle otro título que el de Santísimo Padre. El Directorio quería destruir la Silla Apostólica; Napoleón la conservó. El Directorio desterraba y proscribía a los sacerdotes; Napoleón decía a sus soldados cuando encontraba alguno, que tuviesen presente que eran franceses, y, por consiguiente, hermanos suyos. El Directorio hubiera querido exterminar en todas partes hasta los vestigios de la aristocracia; Napoleón escribía a la democracia de Génova reprobando los excesos que se cometían en este particular, diciéndoles abiertamente que si querían conservar su estimación debían respetar la estatua de Doria y todas las instituciones que habían contribuido a la gloria de la nación.

TEMPESTAD. — LIBELOS CONTRA EL EMPERADOR. — EXAMEN DE ELLOS. — CONSIDERACIONES GENERALES.

Del 14 al 18. — Con poco viento y algunos intervalos de calma, el 16 tuvimos una tempestad acompañada de copiosa lluvia, que regocijó a toda la tripulación. El ca-

lor era muy moderado, pudiendo decir que, a excepción de la altura de Madera, habíamos disfrutado constantemente una temperatura muy suave; pero el agua escaseaba mucho a bordo, motivo por el cual mientras duró la lluvia se recogió cuanta se pudo, y cada marineró se dedicó a hacer su provisión de ella. El aguacero empezó en el momento en que el Emperador, al levantarse de la mesa, iba a hacer su paseo acostumbrado sobre el puente; este incidente no le detuvo; sólo pidió su famoso *redingote gris*, que los ingleses no dejaron de mirar con mucho interés.

Estos se manifestaban también muy deseosos de instruirse del carácter y disposiciones del Emperador que les habían pintado, según ellos decían, de un modo muy erróneo, pues sólo le conocían por las obras publicadas en Inglaterra, todas ellas sumamente exageradas; y como había muchas a bordo, me propuse examinarlas todas sucesivamente, para apuntar en mi *Diario* las observaciones que podía dictarme mi opinión, tanto más cuanto no era posible hallarse en situación más favorable que la mía para obtener, en caso necesario, algunas aclaraciones sobre los puntos dignos de fijar la atención.

Pero antes de comenzar esta tarea permítanseme algunas consideraciones generales, que de antemano podrán responder suficientemente a las más de las objeciones que se me puedan hacer. La calumnia y la impostura son las armas del enemigo civil o político, extraño o doméstico; el recurso del vencido, del débil, del que odia o teme; el alimento de los salones y el pasto de la plaza pública cuanto mayor es el objeto, tanto más se encarnizan contra él; y entonces la mordacidad no tiene límites: cuanto más absurdas, ridícu-

las e increíbles son estas calumnias e imposturas, tanto mayor crédito se les da repetidas de boca en boca; los triunfos y victorias, en vez de anonadarlas, las irritan más y más; se amontonan como una verdadera tempestad moral, que reventando al momento de la desgracia, precipitan la caída, la completan y dan mayor realce a la opinión. La historia no nos presenta ningún hombre tan atacado y desfigurado cual lo ha sido Napoleón; nadie ha reunido sobre sí tantos libelos absurdos, tantas atrocidades, cuentos ridículos y aserciones falsas. Esta era una cosa muy natural: Napoleón, oriundo de la clase del pueblo, para subir al supremo poder marchando al frente de una revolución, cuya civilización se debió a su ingenio, y empeñado por estas dos circunstancias en una lucha sangrienta contra el resto de Europa, en la cual sólo ha sucumbido por haberla querido terminar con demasiada precipitación, sin más apoyo que sus propias fuerzas, su ingenio y el destino de su poder, vencedor de todos sus vecinos, y en cierto modo monarca universal; *Mario* para todos los aristócratas de Europa, *Sila* para los demagogos, y *César* para los republicanos; tanto en el centro de su Imperio como en el resto del mundo, no podía menos de reunir contra sí un torbellino de pasiones.

La desesperación, la política y el furor, debieron presentarle en todos los países como un objeto de horror y espanto. No extrañemos, pues, cuanto se ha dicho contra él; antes bien, debiéramos extrañar que la calumnia se haya quedado tan corta. Mientras tuvo en sus manos el supremo poder, nunca permitió que nadie se tomase el trabajo de refutarla, diciendo: «Que el mero hecho de ocuparse de ello daría mayor peso a las inculpaciones que se quisiesen combatir; no deja-

rían de decir que cuanto se escribiese en mi defensa yo lo habría mandado y pagado; las alabanzas indiscretas de algunos que me rodeaban, varias veces me perjudicaron más que todas las injurias. Sólo los hechos debían responder a estas últimas; un bello monumento, una buena ley o un nuevo triunfo, debían anonadar millares de imposturas calumniosas, porque las declamaciones el viento se las lleva, pero las acciones son perennes.»

Esto es indudablemente cierto, por lo que respecta a la posteridad: la historia de los hombres ilustres de la antigüedad nos ha llegado desembarazada de las inculpaciones efímeras y apasionadas de sus contemporáneos; pero no sucede lo mismo durante su vida, y Napoleón ha experimentado de una manera muy atroz en 1814, hasta qué punto las declamaciones parciales pueden sofocar hasta los mismos hechos. En el momento de su caída, aquéllas se desbocaron como un torrente impetuoso que todo lo arrastra, y sólo él mismo, cuya vida es tan fecunda en prodigios, era capaz de vencer aquella prueba saliendo casi en el mismo instante lleno de gloria del seno de sus propias ruinas.

Como quiera que sea, en este grito universal, dirigido contra él en tiempo de su poder, siempre Inglaterra ocupó el primer lugar. Siempre alimentó en su seno dos grandes talleres en plena actividad, cual eran los emigrados, que todo lo apoyaban, y los ministros ingleses, que habían erigido la calumnia en sistema, habían organizado regularmente su acción y sus efectos; estipendiaban folletistas y escritores difamatorios en todos los puntos de Europa, prescribiéndoles lo que debían publicar, atando y combinando ataques, etcétera, etcétera.

Pero particularmente en Inglaterra misma, es donde el ministerio inglés multiplicaba el empleo de sus armas poderosas. Los ingleses, como más libres e ilustrados, necesitaban mayores móviles para exaltar su animosidad; siguiendo este sistema, los ministros encontraban la doble ventaja de exaltar la opinión contra el enemigo común y la de evitar que se detuviese a examinar su propia conducta, dirigiendo las quejas y la indignación pública contra el carácter y los actos de otro; poniendo a salvo, con este sistema, su carácter y actos personales, y todo examen y recriminación que hubiese podido incomodarles. De este modo, el asesinato de Paulo en Petersburgo; el de nuestro enviado en Persia; el rapto de Naper-Tandy en la ciudad libre de Hamburgo; la presa en plena paz de las dos ricas fragatas españolas; la adquisición de toda la India, Malta, y el cabo de Buena Esperanza, guardados contra la fe de los tratados; el maquiavélico rompimiento del tratado de Amiens; el injusto apresamiento de nuestros buques antes de una nueva declaración de guerra; la flota dinamarquesa, robada con una perfidia tan negra e inaudita, etc., etc., son otros tantos atentados que se han perdido en la agitación universal, que habían tenido el arte de excitar contra un extraño.

La marcha de Napoleón hasta llegar al supremo poder, es muy sencilla, natural y única en la historia: las mismas circunstancias de su elevación la alejan de toda comparación. «Yo no he usurpado la Corona—decía un día en el Consejo de Estado—: la he levantado del fango; el pueblo la ha puesto sobre mi cabeza, y por lo mismo deben respetarse sus leyes.» De esta manera Napoleón ha restablecido Francia a la socie-

dad con las demás naciones europeas, ha opuesto un término a nuestros horrores, ha resucitado nuestro carácter, y, por decirlo en una palabra, nos ha purgado de todos los males que nos había acarreado la funesta crisis de la revolución, y nos ha conservado nuestros bienes. «Subí al trono, virgen de todos los crímenes de mi posición—decía en otra circunstancia—; ¿hay muchos jefes de dinastía que puedan decir otro tanto?»

No nos presenta la Historia época ninguna en que las gracias se hayan distribuido con más igualdad, en que el mérito se haya recompensado y buscado con menos parcialidad, los fondos públicos empleados más útilmente, y las artes y ciencias hayan sido más premiadas: no, la gloria y el lustre de la patria nunca llegaron a un grado tan eminente. «Quiero—nos decía un día en el Consejo de Estado—que el título de ciudadano francés sea el más ilustre y envidiado de la tierra; que todo francés que viaje en cualquier parte de Europa, crea hallarse siempre en su casa.»

NUESTRA OCUPACIÓN DIARIA.

Del 19 al 22.—Siempre navegábamos con el mismo viento, ninguna variación en la atmósfera e igual temperatura. Nuestro viaje era sumamente monótono, pero muy suave; nuestros días largos, pero la ocupación los abreviaba. El Emperador se había ya acostumbrado a dictarme con mucha regularidad sus campañas en Italia, de las cuales habíamos ya escrito varios capítulos. Al principio manifestó poco fervor, pero mi exactitud en presentarle todas las mañanas el trabajo del día anterior, y la marcha de esta misma tarea, se la hicieron tan apreciable, que muy luego las horas

que ocupaba en esta distracción llegaron a ser para él un objeto de primera necesidad; así es que todos los días estaba yo bien seguro de que me mandaría llamar a eso de las once de la mañana; parece que él mismo aguardaba este momento con impaciencia. Yo le leía lo que él había dictado la víspera, hacía sus correcciones, y proseguía dictando: esta ocupación nos llevaba insensiblemente hasta las cuatro de la tarde; entonces llamaba a su ayuda de cámara, y pasaba luego al salón para esperar la hora de comer, jugando una partida al ajedrez o a los cientos.

Como el Emperador dicta muy aprisa, o por mejor decir casi con tanta velocidad como habla, fué preciso que me crease una especie de escritura jeroglífica; luego yo iba corriendo a dictarlo a mi hijo, teniendo la facilidad de conservar en la memoria, casi literalmente, todas las expresiones del Emperador.

Este, después de la comida, siempre entablaba la conversación sobre el dictado de la mañana, como si en ello tuviese una satisfacción recordando la ocupación y el placer que le había causado; entonces, y cuantas veces le hablaba en el día, aludiendo a mi trabajo, me daba en chanza ciertos epítetos, que a fuerza de repetirlos le eran familiares. «¡Ah, sabio Las Cases!... ¡Ilustre memorialista! ¡El Sully de Santa Elena!» Y otras expresiones semejantes. Luego varias veces añadía: «Querido amigo, estas Memorias serán tan conocidas como cuantas las han precedido: usted vivirá tanto como todos sus autores. Nadie podrá fijar su atención sobre nuestros grandes acontecimientos sin consultar los escritos de usted.» Luego, volviendo a tomar el tono de la chanza, proseguía diciendo: «dirán, en resumen: él debía saberlo bien, pues era su

consejero de Estado, su gentilhombre y su fiel compañero. Añadirán: se le debe creer, porque no miente, pues era un hombre de bien, etc., etc.» Y mil expresiones semejantes.

PASO DE LA LÍNEA.—BAUTISMO.

Del 23 al 25.—El viento de Oeste seguía constantemente sin haber variado en toda nuestra navegación, cosa verdaderamente muy extraña, que podía considerarse como una especie de fenómeno, principalmente en aquellos mares. Pero en cuanto a fenómenos, el día 23 la casualidad combinó uno mucho más extraordinario. Este día atravesamos la línea con cero de latitud, cero de longitud y cero de declinación, circunstancia que, en sólo acaso, tal vez no se renovará en un siglo; porque es necesario llegar al primer meridiano precisamente a eso de las doce del día, pasar la línea a la misma hora, llegando a aquel punto en el mismo momento que el sol.

Este fué un día de alegría extraordinaria y gran desorden en toda la tripulación: era la ceremonia que nuestros marinos llaman el bautismo, y los ingleses día de *barba extraordinaria*. Los marineros conducen en ceremonia y aparato muy burlesco a los pies de uno de ellos disfrazado de Neptuno, cuantos se hallan a bordo que todavía no han pasado la línea; les remojan la cara con alquitrán y les afeitan con una enorme navaja; la multitud de cubos de agua con que les inundan de todas partes, y las carcajadas con que toda la tripulación acompaña la huída de los pacientes, completan la iniciación de aquellos grandes misterios: no se perdona a nadie en aquella circunstancia, pues

los mismos oficiales son en cierto modo tratados con más rigor que el último de los marineros. Solamente nosotros fuimos exceptuados de las incomodidades de aquella ceremonia, por una gracia particular del almirante, que hasta entonces se había divertido espantándonos cada vez que se hablaba de ello; nos condujeron con mucha atención y respeto a los pies de la grosera deidad, que nos hizo individualmente un cumplido a su modo; a esto se limitaron nuestras pruebas.

Al Emperador se le respetó escrupulosamente durante toda esta fiesta saturnal, que por lo común nunca respeta a nadie; éste, habiendo sabido el uso y el miramiento con que se habían conducido con respecto a él, mandó distribuir cien napoleones al grotesco Neptuno y a su tropa; pero el almirante se opuso, por prudencia, tal vez, tanto como por cortesía.

EXAMEN DEL «ANTIGALICANO». — OBRAS DEL GENERAL WILSON. — PESTÍFEROS DE JAFFA. — CARACTERES DE LA CAMPAÑA DE EGIPTO. — ESPÍRITU DEL EJÉRCITO DE EGIPTO. — BERTHIER. — CHANZAS DE LOS SOLDADOS. — DROMEDIARIOS. — MUERTE DE KLEBER. — FELIPEAUX Y NAPOLEÓN: SINGULARIDADES. — LO QUE ES EL DESTINO DE LOS HOMBRES. — CAFFARELLY: SU AFECTO A NAPOLEÓN. — REPUTACIÓN DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN ORIENTE. — NAPOLEÓN DEJA A EGIPTO PARA IR A MANDAR A FRANCIA. — EXPEDICIÓN DE LOS INGLESES. — KLEBER Y DESAIX.

Del 26 al 30. — Mis ocupaciones y tareas seguían con la mayor uniformidad.

El *Antigalicano*, que fué la primera obra que leí, era un volumen de unas quinientas páginas, en el cual

se había compilado cuanto se había escrito en Inglaterra en el momento en que ésta se hallaba amenazada de la invasión de los franceses: tratábase entonces de nacionalizar este acontecimiento, excitar todos los espíritus y levantar la nación entera contra su peligrosa enemiga; por consiguiente, contiene aquel libro una colección de discursos públicos, exhortaciones, llamamientos a los ciudadanos celosos, coplas satíricas, libelos difamatorios y artículos exagerados de los diarios, derramando en abundancia odio o ridiculez sobre los franceses y su primer cónsul, cuya audacia, ingenio y poder inspiraban los mayores temores. Así es que como para el hombre sensato ninguno de aquellos escritos es digno de crédito, tampoco merece contestación.

Poco caso se hace de los libelistas, porque su carácter es el antídoto de sus asertos: no debería ser así con respecto a un historiador; sin embargo, éste se asemeja a aquéllos si, separándose de la calma e imparcialidad que debe reinar en sus escritos, se abandona a la declamación y mordacidad. Tal es la impresión que me dejaron las diversas producciones del general Wilson, que leí después del *Antigálico*. Este autor nos era tanto más perjudicial, cuanto su talento, su valor, sus innumerables y brillantes servicios le daban mayor peso a los ojos de sus conciudadanos. Añadíase una circunstancia para que sus obras fuesen conocidas a bordo del navío con más particularidad, y se nos hablase más a menudo de ellas: y es que un hijo suyo que estaba de guardia marina a bordo del mismo navío, y mi hijo, que por ser de su misma edad se juntaba casi siempre con él, tuvieron proporción para conocer la mudanza que se hizo entre aquellos jóvenes

con respecto a la opinión que de nosotros tenían. En general, todos nos querían mal: cuando el Emperador entró a bordo creían haber embarcado nada menos que una fiera capaz de devorarlos; pero muy luego la comunicación y la verdad ejercieron en ellos la misma influencia que en todo el resto de la tripulación; pero mal le supo al joven Wilson, a quien sus compañeros continuamente atormentaban, en expiación, según decían, de todos los cuentos de su padre.....

(En el manuscrito original se encuentran aquí varias páginas borradas. En el margen se daba la razón del modo que sigue.)

«En la obra de Mr. Wilson había notado muchísimos cargos, a que respondía tal vez con demasiada aspereza; pero una circunstancia reciente me los ha hecho suprimir.»

Mr. Wilson acaba de parecer de una manera ruidosa en una causa que realza el corazón de cuantos se han visto comprometidos en ella: la fuga de Lavalette. Interpelado ante un tribunal francés si en otro tiempo había publicado algunas obras, ha respondido que sí; añadiendo que había manifestado en ellas *lo que creía entonces verdadero*. Esta sola palabra dice más que todo cuanto yo había escrito, y por lo mismo me he apresurado a borrarlo; celebrando hallarme en el caso de hacer la justicia merecida al mismo Wilson, cuyas intenciones y buena fe en mi primera cólera había condenado (1).

(1) Después de mi salida de Longwood, sir Hudson Lowe, que tenía en su poder mis papeles, examinaba con mi anuencia este *Diario*. Como hallaba cosas que para él eran muy desagradables, me dijo un día: «Señor Conde, ¿qué herencia prepara usted a mis

Dejo, pues, a un lado las obras de Mr. Wilson y las varias inculpaciones que contienen; también suprimo las numerosas refutaciones que había reunido, y sólo me detendré en un solo punto, porque se halla reproducido en cien obras diversas, ha resonado en toda Europa, y se ha propagado hasta en Francia con mucho tesón: quiero decir, el atosigamiento de los apestados de Jaffa.

El hecho que voy a referir causará maravilla a cuantos ignoran cuán imprudente es creer ligeramente los rumores públicos, y en ello verán con cuánta falacia puede escribirse la Historia, pues el gran mariscal Bertrand, que se hallaba en el ejército de Egipto, bien que con un grado inferior que no admitía ningún contacto directo con el general en jefe, él mismo había creído, hasta nuestra llegada a Santa Elena, la certeza del cuento del veneno-administrado a unos

hijos!» «La culpa no es mía—le dije—; de usted depende lo contrario, y le quedaré muy agradecido si me proporciona los medios de borrarlo, como lo he hecho pocos días ha con respecto al general Wilson.»

Cuando supimos la libertad de Lavalette, tuvimos una extraordinaria alegría. Observándonos alguno que su libertador no era seguramente el mismo Wilson, que tanto había escrito contra el Emperador, dijo éste: «¿Y por qué no? ¿Qué poco conoce usted los hombres y las pasiones! ¿Quién le ha dicho a usted que éste no sea uno de aquellos espíritus ardientes y apasionados que habrá escrito lo que *entonces creía verdadero*? Además de que entonces éramos enemigos y combatientes. Ahora que estamos abatidos, está más instruido; puede verse alucinado, engañado y descontento, y quizás desearnos tanto bien, cuanto en otro tiempo nos ha querido mal.»

Tal era la sagacidad de Napoleón, o en este punto él acaso le hizo juzgar con tanta exactitud, que podría decirse que leía desde muy lejos; porque este Roberto Wilson era efectivamente el mismo escritor.

sesenta enfermos. La voz corrió en el mismo ejército, y se le dió crédito; y ¿qué podrá responderse a los que dirán: «Es muy cierto, me lo han dicho precisamente algunos oficiales que se hallaban en el mismo ejército?» Sin embargo, era falso, falsísimo. He aquí lo que he sabido de la primera fuente, del mismo Napoleón.

1.º Que, según el parte que se dió al general en jefe, los enfermos apestados no eran más que *siete*.

2.º Que fué un facultativo y no el general en jefe el que en el momento de la crisis propuso que se administrase el opio.

3.º Que no se dió opio a ninguno.

4.º Que como la retirada se hizo muy lentamente, una retaguardia se quedó tres días en Jaffa.

5.º Que cuando ésta salió del pueblo ya habían fallecido los apestados, excepto dos o tres que los ingleses debieron encontrar vivos (1).

(1) Después de mi regreso a París, habiendo tenido proporción de hablar con algunos sujetos que por su profesión debieron naturalmente ser actores en aquella escena, y cuyas declaraciones deben considerarse como oficiales y auténticas, he tenido la curiosidad de informarme muy detenidamente, y he aquí el resultado de mis indagaciones:

«Los enfermos que se hallaban bajo el cuidado inmediato del cirujano en jefe, es decir, los heridos, siguieron el movimiento del ejército, todos enteramente, montados en los caballos del Estado Mayor, incluso en el del general en jefe, quien durante mucho tiempo anduvo a pie como el resto del ejército: luego, por lo que respecta a los heridos, no queda duda alguna.

Los demás enfermos dependientes del médico en jefe, que eran unos veinte, como se hallaban en un estado enteramente desesperado, e incapaces de resistir el camino, y de otra parte como el enemigo se iba acercando, es muy cierto que Napoleón preguntó al médico en jefe si sería un acto de humanidad el darles una dosis de opio; no es menos cierto que el mismo médico le respondió que su oficio era curar y no matar; respuesta que pudiendo adap-

Mr. Wilson, en su obra, insistiendo en el error, se jacta vanagloriosamente de haber sido el primero que

tar mejor a una orden que a una consulta, ha servido tal vez de base a la malicia y a la mala fe para crear y extender la ridícula fábula que posteriormente se ha divulgado en todas partes sobre este asunto.»

Además, por todos los detalles que he recogido, he deducido los resultados incontestables siguientes:

- 1.º «Que no hubo tal orden de administrar opio a los enfermos.
- 2.º Que en aquella época, en la botica del ejército no había ni tan sólo un grano de opio.
- 3.º Que aun cuando hubiera habido opio y se hubiese dado la orden, las circunstancias del momento, y las situaciones locales, que serían muy largas de detallar, habrían imposibilitado la ejecución.»

Supuestos estos antecedentes, he aquí lo que habrá podido cooperar a sentar, y puede en cierto modo excusar, el error de los que con tanto empeño se han obstinado en sostener lo contrario:

«Algunos heridos nuestros que se habían embarcado cayeron en poder de los ingleses; como en nuestro campo faltaban enteramente los medicamentos, fué preciso sustituirlos con composiciones de árboles o vegetales indígenas, de suerte que las tisanas y otras bebidas tenían un gusto y apariencia detestable. Los prisioneros, para mayor lástima, o bien porque hubiesen traslucido algo del proyecto del opio, o sea, en fin, porque lo creyesen así por el mal gusto de los medicamentos, dijeron a los ingleses que los facultativos les habían envenenado, y que si todavía existían era milagrosamente: he aquí un cargo para el cirujano en jefe.

De otra parte, el boticario mayor del ejército, desgraciadamente era un bribón, que habiéndosele concedido cinco camellos para conducir del Cairo la cantidad de medicamentos que se juzgaban necesarios para la expedición, tuvo la infamia de sustituirlos por azúcar, café, vino y otros comestibles por su cuenta, que luego vendió con un beneficio enorme. Cuando se descubrió el fraude, la cólera del general en jefe no tenía límites, y aquel hombre ruin fué condenado a morir arcabuceado; pero todos los facultativos del ejército, tan beneméritos por su valor, como apreciados de todos por el esmero con que ejercían su ministerio, pidieron gracia al general, manifestándole el deshonor que resultaría al Cuerpo, por cuyo

publicó y propagó en Europa estas abominables atrocidades. Es de creer que sir Sydney Smith, su compatriota, le disputara este honor; tanto más, cuanto en gran parte podría reclamar justamente el de la invención; porque en su fábrica y en el sistema de corrupción que introdujo en aquel país, nacieron todos los rumores falsos que inundaron Europa, perjudicando notablemente a nuestro valiente ejército de Egipto.

Nadie ignora que la principal ocupación de sir Sydney Smith consistía en sobornar a nuestro ejército: las falsas noticias de Europa, la difamación del general en jefe, los ofrecimientos más seductores a los oficiales y soldados, todo era bueno para él; sus proclamas, conocidas de todo el mundo, son documentos públicos que lo atestiguan. Al principio causaron bastante inquietud al general francés, para que se esmerase

medio el culpado se libró del suplicio a que estaba condenado. Posteriormente, cuando los ingleses se apoderaron del Cairo, se fué con ellos y abrazó su partido; pero habiendo renovado sus latrocinios acostumbrados, le condenaron a morir ahorcado, y consiguió salvar la vida vomitando imprecaciones y mil horrores contra el general Bonaparte; diciendo que él mismo había administrado opio a los apestados de orden de aquél, y su perdón fué la recompensa de esas calumnias. Seguramente que de esta fuente salieron los primeros rumores que se esparcieron entre los que creyeron el hecho de buena fe.

Además, el tiempo ha justificado ya plenamente esta absurda calumnia, así como otras muchas que se habían amontonado sobre el mismo asunto, y con tanta rapidez, que al volver a leer mi manuscrito me ha causado extrañeza haberme molestado tanto, para combatir un aserto que en el día nadie se atrevería a sostener. Sin embargo, he querido conservar lo que entonces había escrito, como un testimonio de la impresión del momento; y si ahora he añadido nuevas explicaciones, ha sido porque me han venido a la mano, y he creído conveniente consignarlas aquí como históricas. »

en remediar el mal que podían ocasionar, por cuyo motivo prohibió toda comunicación con los ingleses, y puso en la orden del día que su almirante se había vuelto loco, epíteto que tomó crédito en el ejército, y desesperó tanto a sir Sydney Smith, que en un acceso de cólera dirigió un cartel de desafío a Napoleón. Este le hizo responder que la importancia de sus negocios le ocupaban demasiado la cabeza para poderse entretener en semejante friolera; que si fuese el gran Malborough acaso lo pensaría, pero que si el marino inglés se sentía en necesidad absoluta de tirar la espada, iba a neutralizar algunas toesas de tierra en la playa y mandarle un espadachín de su ejército, con quien el alocado almirante podría divertirse cuando le diera la gana.

Pero, ya que hablamos de Egipto, voy a reunir aquí cuanto he recogido en varias conversaciones sueltas, que tal vez podría echarse de menos en las *Memorias* de aquella campaña, que el mismo Napoleón dictó al gran mariscal.

La campaña de Italia presenta todo cuanto el ingenio y los conocimientos militares pueden producir de más brillante y positivo. Las ideas diplomáticas, el talento administrativo y las medidas legislativas, constantemente están en armonía con los prodigios de la guerra; y lo que todavía admira y completa el cuadro es el ascendiente súbito e irresistible del joven general; la anarquía de la igualdad, los celos republicanos, todo, todo desaparece ante él; hasta la ridícula soberanía del Directorio parece quedar suspensa. Este no pide cuentas al general en jefe del ejército de Italia, no le prescribe plan de campaña, ni le manda ningún sistema; antes, por el contrario, recibe de aquél rela-

ciones de victorias, conclusiones y armisticios, trastornos y ruinas de estados antiguos, creaciones de otros nuevos, etc., etc.

Ahora bien: cuanto hay de admirable en la campaña de Italia, se renueva en la expedición de Egipto. El observador reflexivo ve que todo esto se eleva todavía a un punto más alto, a causa de las enormes dificultades que imprimen a esta expedición un carácter particular, y requieren en el jefe más recursos y creaciones; aquí todo es diferente: el clima, el terreno, los habitantes, su religión, sus costumbres, el modo de guerrear, etc.

Las *Memorias* de la campaña de Egipto establecerán datos fijos sobre varios puntos, que en aquel tiempo sólo fueron conjeturas y motivos de discusión para una gran parte de la sociedad:

1.^o La expedición de Egipto se emprendió con mucho deseo, tanto del Directorio como del general en jefe.

2.^o La toma de Malta no fué obra de inteligencias particulares, sino de la sagacidad del general en jefe. «En Mantua, gané Malta—nos decía un día el Emperador—; el modo generoso con que traté a Wurmser me valió la sumisión del gran maestro y de sus caballeros.»

3.^o La ocupación de Egipto fué calculada con tanto juicio como hábilmente ejecutada. Si San Juan de Acre hubiese abierto sus puertas al ejército francés, se realizaba una gran revolución en Oriente; el general en jefe fundaba allí un imperio, y la suerte de Francia cambiaba enteramente.

4.^o Cuando el ejército francés volvió de la campaña de Siria, casi no había perdido ninguna fuerza;

puede decirse que su situación era la más próspera y formidable.

5.º La marcha del general en jefe para Francia fué el resultado del plan más magnánimo y grandioso. Es risible la imbecilidad de los que la consideran como una fuga o deserción.

Kleber murió víctima del fanatismo musulmán. Nada puede acreditar, ni aun remotísimamente, la absurda calumnia con la cual quisieron atribuir esta catástrofe a la política de su predecesor, o a las intrigas del que le sucedió.

6.º Y, finalmente, está casi probado que el Egipto hubiera sido perpetuamente una provincia francesa si la hubiera defendido un hombre cualquiera, excepto Menou: sólo los errores groseros de este último pudieron acarrear la pérdida de aquel país, etc., etc.

Decía el Emperador que ningún ejército del mundo era menos a propósito para la expedición de Egipto que el que tenía bajo sus órdenes, que era el mismo de Italia. No es fácil pintar el disgusto, descontento, melancolía y desesperación de este ejército al principio de su llegada a Egipto. El Emperador había visto dos dragones salir de las filas y correr aceleradamente para precipitarse en el Nilo. Bertrand vió los generales más distinguidos, Lannes y Murat, en momentos de furor arrojar al suelo sus sombreros bordados y pisotearlos en presencia de los soldados.

El Emperador explicaba perfectamente estos sentimientos: «Aquel ejército—decía—había concluído ya su carrera; todos los individuos que tenían mando, estaban colmados de riquezas, grados, placeres y consideración, y, por lo mismo, ya no eran aptos para resistir las privaciones de los desiertos y las fatigas del

país, en términos que si el mando hubiese estado en otras manos que las mías, sería difícil calcular hasta qué punto hubieran llegado sus excesos.»

Más de una vez se había urdido la trama de robar las banderas, volverlas a Alejandría y otras cosas semejantes; sólo les pudo contener la influencia, el carácter y la gloria de su jefe. Un día, que Napoleón estaba de mal humor, se metió precipitadamente en un grupo de generales sediciosos, y dirigiendo la palabra a uno de ellos, muy alto de cuerpo, le dijo con mucha vehemencia: «Usted ha promovido conversaciones sediciosas; guárdese usted de que cumpla mi deber, porque sus cinco pies y diez pulgadas no le libertarán de que le mande arcabucear antes que se pasen dos horas.»

Sin embargo, por lo que respecta a su conducta en el campo de batalla, decía el Emperador que este ejército nunca dejó de ser el mismo que en Italia, siempre admirable; particularmente los que el Emperador llamaba la facción de los enamorados, nunca se dejaron guiar ni gobernar; su espíritu estaba enfermo, pasando las noches en buscar, en los reflejos de la luna, la imagen de sus ídolos, que habían dejado más allá de los mares; el jefe de éstos era Berthier. Este, tímido y sin carácter, cuando el general en jefe se hallaba en Tolón, en el momento de hacerse a la vela, salió de París en posta, corriendo día y noche para decirle que estaba enfermo, y que no podía seguirle, a pesar de ser su jefe de Estado Mayor; pero el general en jefe no hizo caso de él; Berthier, como ya no estaba a los pies de la deidad que le despechó con aquella excusa, también se embarcó; mas al llegar a Egipto le sobrecogió la tristeza, y no pudiendo resistir a sus

tiernos recuerdos, pidió y se le concedió el permiso de volver a Francia, y se despidió de Napoleón; pero pocos momentos después volvió llorando, diciendo que no quería deshonorarse, ni era posible separar su vida de la de su general.

Berthier tributaba una especie de culto a sus amores; al lado de su tienda de campaña, siempre tenía otra adornada con tanta magnificencia como el aposento más elegante, que estaba consagrada para el retrato de su querida, al cual algunas veces llegó al extremo de quemarle inciensos y otros perfumes; esta tienda se plantó hasta en los desiertos de Siria. Napoleón decía sonriéndose que, a pesar de su esmero, algunas veces habían profanado aquel templo con un culto menos puro, introduciendo furtivamente divinidades extranjeras.

El amor de Berthier ha sido tan constante, que algunas veces le ha conducido a las puertas del idiotismo. En su primera redacción de la batalla de Marengo, nombraba más de cinco veces al joven Visconti, capitán a lo más, y su edecán, en memoria de su madre; éste, le decía Napoleón, ha ganado la batalla; fué menester que el general en jefe tirara el papel a la cara del redactor.

El Emperador calculaba que durante el tiempo que estuvo consigo, le había dado más de cuarenta millones; pero creía que su carácter débil, su poco orden y su ridícula pasión había despilfarrado una gran parte.

Felizmente, los soldados del ejército de Egipto desfogaban su mal humor con chanzas insulsas y maliciosas, como sucede comúnmente a los franceses; no podían ver al general Caffarelli, porque le creían uno de los autores de la expedición; como éste tenía

una pierna de palo, porque había perdido la suya en las márgenes del Rhin, cuando le veían pasar, cojeando, decían de modo que él lo oyera: «Este se burla de todo lo que puede suceder, porque siempre está seguro de tener un pie en Francia.»

También aborrecían a los sabios, motejándoles con sus sandeces; como los borricos son muy comunes en aquel país, pocos soldados había que no tuviesen alguno a su disposición, y nunca les daban otro nombre que sus *semidoctos*.

Al salir de Francia, el general en jefe había hecho una proclama diciéndoles que iba a conducirles a un país en el cual todos se harían ricos, que les daría siete fanegas de tierra a cada uno. Los soldados, cuando se vieron en el desierto en medio de aquel mar de arenas sin límites, no se olvidaron de tratar de la generosidad de su general, diciendo que había sido muy moderado en su promesa. «¡Qué pájaro!—decían—; bien puede dárnosla a discreción y estar seguro de que no abusaremos de su liberalidad.»

En un momento de ociosidad, entreteniéndose en inspeccionar el país, el general en jefe, aprovechándose de la marea baja, atravesó el mar Rojo a pie enjuto, y pasó a la orilla opuesta (1). A su vuelta le cogió la noche y la marea creciente, y se vió a pique de perecer cual otro Faraón. «Que si esto me hubiese sucedido—decía alegremente Napoleón—hubiera proporcionado a todos los predicadores de la cristiandad un texto magnífico contra mí.»

(1) Napoleón no pudo pasar a pie enjuto más que la parte de playa que durante la marea baja queda en seco, y en manera alguna atravesar de aquel modo el mar Rojo.

A su llegada a la orilla arábiga, recibió una diputación de los cenobitas del monte Sinaí, que venían a implorar su protección, y a suplicarle se dignara inscribirse en el antiguo registro de sus privilegios, de modo que Napoleón puso su nombre a continuación de Ali, Saladino, Ibraim y algunos otros... Hablando de esto, observaba el Emperador que en el mismo año había recibido cartas de Roma y de la Meca; el Papa le llamaba su carísimo hijo, y el Sherif, protector de la Santa Kaba.

Esta extraordinaria aproximación no debe sorprender tanto, sobre todo recayendo en un hombre que ha conducido ejércitos a los abrasadores arenales del Trópico, y a las heladas lagunas del Norte, que se salvó de las olas del mar Rojo, y corrió el mayor riesgo en las llamas de Moscou, amenazando siempre las Indias por los dos puntos extremos.

El general en jefe tomaba parte en las fatigas de los soldados; algunas veces, tan grande era la necesidad, que les reducía a disputarse las cosas más diminutas sin distinción de rango; hubo tal circunstancia en el desierto, en que los soldados no hubieran cedido el lugar a su general para que pudiese mitigar su sed en un charco cenagoso. Pasando por las ruinas de Peruza le cedieron un pedazo de puerta, en donde pudo algunos instantes poner la cabeza al abrigo de los rayos abrasadores del sol «y en esto—decía—me hacían una inmensa concesión». Allí precisamente, removiéndolo algunas piedras con el pie, una casualidad bien singular le presentó una soberbia antigualla conocida entre los sabios (1).

(1) Era un camafeo de Augusto, sólo en bosquejo, pero riquísi-

Cuando el ejército francés quiso pasar a Asia, atravesó el desierto que la separa del Africa. Kleber, que mandaba la vanguardia, se equivocó de camino y se extravió en el desierto. Napoleón, que le seguía a media jornada de distancia, un día, al anochecer, cayó en medio del campamento de los turcos, no teniendo consigo más que una pequeña escolta; le persiguieron vivamente, y sólo pudo escaparse a favor de las tinieblas de la noche y del error de los turcos, que tomaron este encuentro por un ardid de guerra; pero ¿qué se había hecho del cuerpo de Kleber? La mayor parte de la noche se pasó en la más cruel incertidumbre; al fin, algunos árabes del desierto les dieron indicios, y el general en jefe corrió con su dromedario en busca de sus soldados. Hallóles en la mayor desesperación, en vísperas de perecer de sed y cansancio, y algunos soldados jóvenes habían llegado al extremo de romper sus fusiles; la presencia del general los reanimó y volvió a la vida; en efecto, Napoleón les aseguró que los víveres y agua llegarían muy en breve. «Pero aun cuando este socorro hubiese tardado mucho más tiempo—les dijo—, ¿es este un motivo para murmurar y abandonarse a la desesperación? No: soldados, aprended a morir con honor.»

La mayor parte del tiempo Napoleón viajaba montado en un dromedario, porque la dureza física de

mo. Napoleón lo regaló al general Andreosi, que era muy aficionado a las antigüedades, pero M. Denon (que entonces estaba ausente), habiendo visto posteriormente aquel camafeo, le llamó la atención su mucha semejanza con Napoleón, quien entonces lo guardó para sí; después pasó a Josefina, y M. Denon no sabe cuál será su paradero. (*Después de mi regreso a Francia, M. Denon me ha comunicado estos detalles.*)

este animal da poco que hacer para cuidarle, pues apenas come ni bebe, pero su delicadeza moral es extraordinaria, le ciega y llena de furor el menor maltrato. El Emperador decía que la incomodidad de su trote causa náuseas lo mismo que el movimiento de un barco, y hace veinte leguas en un día; formó regimientos con ellos, y su servicio militar desde luego fué la desolación de los árabes. El jinete se agacha sobre el animal y le guía por medio de un anillo que le atraviesa las narices, al cual obedece con mucha docilidad, y a cierto movimiento del jinete el animal se arrodilla para que pueda apearse fácilmente. El dromedario resiste una carga muy pesada, que no se le quita en todo el viaje; por la noche, cuando llega a la parada, se colocan unos puntales debajo de su carga, el animal se acurruca y duerme; al amanecer se levanta, la carga queda colocada y prosigue su camino. A pesar de que no sirve el dromedario para el tiro, en Siria se consiguió uncirlo a los cañones de artillería y sirvió con muy buen éxito.

Napoleón, a quien los habitantes de Egipto llamaban el Sultán Kebir (padre del fuego), se había hecho muy popular en aquel país, e inspirado un respeto especial; cuando se presentaba en cualquier parte, todos se levantaban ante él. El respeto con que trató siempre a los scheiks, la maña con que supo granjearse su estimación, le adquirieron la soberanía del Egipto, y más de una vez le salvaron la vida, porque si ellos no le hubiesen hecho revelaciones importantes, hubiera sido víctima de un puñal homicida, como Kleber; éste, muy al contrario, se enemistó con los scheiks, haciendo apalear a uno, y pereció. Casualmente Bertrand había sido uno de los jueces que condenaron al asesino, y

un día, hablando de esto en la mesa, nos dijo el Emperador: «Si los folletistas que quieren que el asesinato de Kleber fué obra mía, supieran esta circunstancia, no dejarían de decir que usted fué el asesino o su cómplice, y sacarían por consecuencia que su título de gran mariscal y su encierro en Santa Elena han sido la recompensa y el castigo de aquel crimen.»

Napoleón hablaba muy familiarmente con la gente del país, manifestándole siempre sentimientos de justicia, que le encantaban. Un día algunos árabes amigos penetraron en un pueblo de la frontera, y mataron un infeliz *fellah* (hombre del campo). El Sultán Kebir se encolerizó extraordinariamente y mandó que se persiguiese a la tribu en el desierto hasta extinguirla. Este lance pasó en presencia de los principales scheiks, y uno de ellos, sonriéndose de su cólera y determinación, le dijo:

—Sultán Kebir, mal juego tienes con esa gente; no riñas con ellos, porque vas a perder mucho más de lo que puedas ganar, y además, ¿a qué viene tanto ruido? ¿Es porque han muerto a un miserable? Qué, ¿acaso era tu primo? (Expresión proverbial en aquel país.)

—Y aún mucho más — repuso vivamente Napoleón —; todos los que están bajo mi mando son mis hijos; la divina Providencia me ha concedido el poder para defender su seguridad—. A estas palabras todos los scheiks se inclinaron profundamente y dijeron: «¡Oh, santas palabras! Hablaste como el profeta.»

La decisión de la gran Mezquita del Cairo, en favor del ejército francés, puede llamarse el *non plus ultra* de la habilidad del general; consiguió que el Sínodo de los grandes scheiks declarase por un acto público que los musulmanes podían obedecer y pagar tributo

al general francés. Desde que se estableció el Alcorán, que prohíbe someterse a los infieles, éste es el único ejemplo de tal naturaleza, cuyos preciosos detalles se encontrarán en la relación de las campañas de Egipto.

Realmente es una cosa muy extraordinaria ver a los europeos en San Juan de Acre pelear con encarnizamiento en Asia para asegurarse del dominio de una parte del Africa, y aun todavía lo es más el que los dos jefes que dirigían ambos partidos opuestos eran de la misma nación y edad, de igual clase y arma, y discípulos de la misma escuela.

En efecto: Felipeaux, a cuyo talento los ingleses y los turcos debieron la salvación de San Juan de Acre, había sido compañero de Napoleón en la Escuela militar de París, y se habían examinado juntos antes de pasar a sus respectivos regimientos. «Tenía el cuerpo de usted», me decía Napoleón luego que hubo hecho su elogio en las *Memorias*, y detallado todo el mal que le había hecho. «Señor—le respondí—todavía había más afinidad entre los dos: en la Escuela militar habíamos sido íntimos e inseparables. Pasando por Londres con sir Sydney Smith, a quien acababa de facilitar la evasión del Temple (1), me hizo buscar con mucho empeño; cuando fui a verle a su casa, no hacía aún media hora que había salido, y si lo hubiese visto, como ya no tenía nada que hacer, probablemente le hubiera seguido, porque las apariencias eran seductoras, en cuyo caso sabe Dios cuál hubiera sido mi suerte.

«Siempre he aborrecido todas las preocupaciones y he sido muy indulgente por los partidos que se han segui-

(1) Edificio de París que sirvió de cárcel a Luis XVI.

do durante nuestras convulsiones—decía Napoleón—, porque conozco cuánto puede influir una simple casualidad en nuestras determinaciones políticas; ser buen francés, o querer serlo en lo sucesivo, era lo que yo deseaba.» El Emperador comparaba la confusión de nuestras disensiones a un combate nocturno, en el cual muchas veces se hiere al amigo en vez del enemigo, y al amanecer, que se descubre la verdad, todo se perdona; y luego añadía: «Yo mismo, ¿puedo acaso asegurar que, a pesar de mi opinión natural, no hubieran podido atravesarse circunstancias que me hubiesen hecho emigrar? La inmedjación de la frontera, un amigo, la influencia de un jefe, etc. En revolución no se puede asegurar sino lo que se hace, sin que nadie pueda afirmar que no habría podido obrar diferentemente.» Para corroborar este principio citaba un ejemplo bien singular de la influencia de una casualidad sobre el destino de los hombres: Serrurier y d'Hedouville el joven iban juntos para pasar a España, cuando una patrulla les detuvo; Hedouville, que era más joven y ligero, pasó la frontera, y se creyó muy feliz de poder vegetar miserablemente en España. Serrurier, desesperado de verse en la precisión de retroceder e internarse de nuevo en Francia, ha sido mariscal. Sin embargo, he aquí lo que son los hombres con todos sus cálculos y ciencias.

En San Juan de Acre, el general en jefe tuvo la desgracia de perder a Caffarelli, a quien apreciaba mucho por sus prendas y saber; éste quería extraordinariamente a su general en jefe; en términos, que habiendo delirado varios días antes de morir, cuando le dijeron que Napoleón venía a visitarle, recobró su espíritu, habló con sensatez, volviendo a delirar en cuan-

to aquél salió; esta especie de fenómeno se renovó cuantas veces el general en jefe fué a verle.

Durante el sitio de San Juan de Acre, Napoleón recibió una prueba de afecto heroica y tierna en supremo grado: estando en la trinchera cayó una bomba junto a él, y dos granaderos que estaban allí cerca se pusieron delante, y levantando los brazos sobre su cabeza la cubrieron enteramente; felizmente la bomba respetó el grupo. Uno de estos dos valientes granaderos posteriormente ha sido el general Domeny, que perdió una pierna en la campaña de Moscou, y mandaba la plaza de Vincennes cuando la invasión de 1814. Ya hacía algunas semanas que los aliados ocupaban la capital, y Domeny se mantenía todavía firme. Su obstinación y la respuesta efectiva que daba a todas las intimaciones de rendición, era un objeto de conversación en todo París: «Cuando me volváis mi pierna — decía — yo os entregaré la plaza.»

El ejército francés adquirió en Egipto una reputación sin ejemplo y bien merecida; había dispersado y aterrorizado a los célebres mamelucos, que eran la milicia más temible del Oriente. Después de la retirada de Siria, un ejército turco desembarcó en Aboukir; y Mourat-Bey, que era el más valiente y hábil de los mamelucos, salió del alto Egipto, en donde se había refugiado; y pasando por caminos excusados, llegó al campamento de los turcos. Cuando éstos desembarcaron, los destacamentos franceses se habían replegado para concentrarse; el bajá que mandaba, envanecido de esta apariencia de temor, dijo con énfasis a Mourat-Bey, cuando se presentó: «¡Y bien!, estos franceses tan temidos, cuya presencia no has podido sostener, ¿qué se han hecho? No hago más que presentarme, y míra-

los como huyen delante de mí.» Mourat-Bey, vivamente ofendido, le respondió con una especie de furor. «Baja, da gracias al Profeta de que los franceses quieran retirarse; porque si vuelven, desaparecerás delante de ellos como el polvo impelido por un huracán.»

Realmente, fué profeta; porque a pocos días los franceses atacaron este ejército, y desapareció como una nube impelida por el viento; Mourat-Bey, que tuvo varias entrevistas con algunos de nuestros generales, no podía volver en sí de la admiración que le causaba su pequeña estatura y pocas carnes; los orientales dan mucha importancia a las formas de la naturaleza, y no pueden concebir cómo puede encontrarse tanto ingenio dentro de un cuerpo tan pequeño; sólo Kleber satisfizo su imaginación, porque tenía el cuerpo de un hércules, pero una educación muy brutal. La sagacidad de los egipcios les inducía a pensar que no era francés; en efecto, aunque natural de la Alsacia, había pasado su juventud en el ejército prusiano, y cualquiera lo hubiera tomado por un alemán. Uno de nosotros dijo entonces que en su juventud había sido genízaro; el Emperador se rió mucho de esto, y dijo que era una burla.

El gran mariscal decía al Emperador que la primera vez que se halló en su ejército e inmediato a su persona fué en la batalla de Aboukir; estaba tan poco acostumbrado—proseguía—a la audacia de sus evoluciones, que apenas entendió una palabra de cuantas órdenes oyó dar: «Principalmente, señor, cuando oí que vuestra majestad decía a un oficial de su guardia: «vamos, hércules mío, tome usted veinticinco hombres y ataque usted a esa canalla», verdaderamente creí

haber perdido el juicio; pues vuestra majestad señalaba con la mano quizá mis caballos turcos.»

No obstante, las pérdidas del ejército de Egipto distan mucho de ser tan considerables como podría presumirse en una tierra desconocida, la insalubridad del clima, la absoluta separación de todo socorro de la patria, los estragos de la peste, y sobre todo las numerosísimas batallas que inmortalizaron aquel ejército. Cuando se desembarcó se componía de 30.000 hombres, se aumentó con todos los despojos de la batalla de Aboukir y tal vez algún arribo parcial de Francia; y con todo, la pérdida total desde el principio de la campaña hasta dos meses después de haberse embarcado el general en jefe para Europa, es decir, en el espacio de veintisiete o veintiocho meses, sólo ascendió a ocho mil novecientos quince hombres, como acredita el documento oficial del ordenador en jefe de aquel ejército (1).

Ciertamente es necesario que la vida de un hombre no presente más que prodigios, para que se pare tan poco la atención en uno de aquellos hechos cuyo ejemplo no se encuentre en la Historia. Cuando César pasó el Rubicón para conquistar la soberanía, tenía un ejército y marchaba contra sus enemigos; cuando Alejandro, impelido por el ardor de la juventud y el

| | |
|---|-------|
| (1) Muertos en el campo de batalla..... | 3.614 |
| Idem de resultas de sus heridas..... | 854 |
| Idem por varios accidentes..... | 290 |
| Idem de enfermedades ordinarias..... | 2.468 |
| Idem de peste..... | 1.689 |
| | <hr/> |
| TOTAL..... | 8.915 |

En El Cairo, a 10 frimario, año IX.

Firmado, el ordenador en jefe, SARTELON.

fuego del ingenio, fué a desembarcar en Asia, para hacer el gran rey, Alejandro era hijo de un rey; él mismo lo era y corría los azares de la ambición y de la gloria al frente de las fuerzas de su reino; pero que un simple particular, cuyo nombre tres años antes era generalmente desconocido; que en aquel momento sólo tuvo algunas victorias, su nombre y el conocimiento personal de su ingenio haya osado concebir la idea de apoderarse él solo del destino de treinta millones de hombres, salvarles de sus pérdidas exteriores y de sus disensiones interiores; que conmovido con la lectura de las agitaciones que le pintaban, y con la idea de los desastres que preveía, haya exclamado: «Los charlatanes pierden la Francia, ¡ya es tiempo de salvarla!» Que haya abandonado su ejército, atravesado los mares, a pique de perder su libertad y reputación, llegado al suelo francés, volado a la capital; que haya tomado efectivamente el timón del Estado, detenido una nación embriagada de todo género de excesos; que la haya colocado súbitamente en la verdadera senda de la razón y de los principios; que desde aquel instante haya preparado a esta nación un grado de poder y gloria hasta entonces desconocido, y que todo se haya hecho sin que haya costado una lágrima o una sola gota de sangre, es lo que realmente se puede llamar la empresa más gigantesca y sublime que haya concebido el entendimiento humano, lo que llenará de pasmo y admiración a la posteridad que lo juzgue con calma y sin pasión. Sin embargo de esta grande empresa, algunos contemporáneos la calificaron de evasión desesperada e infame deserción. Con todo el ejército que dejó en Egipto, todavía dominó el país por espacio de dos años; el Emperador opinaba que nunca debía

haberse abandonado, y el mariscal Bertrand, que estuvo allí hasta el último momento, era de la misma opinión.

Después que el general en jefe se hubo embarcado para Francia, Kleber, que le sucedió, rodeado y seducido por algunos intrigantes, entró en negociación sobre la evacuación de Egipto; pero cuando la negativa de los enemigos le puso en el caso de adquirir nueva gloria y conocer mejor sus fuerzas, cambió enteramente de opinión y se hizo partidario de la ocupación del país, que ya era general en todo el ejército. Dedicóse, pues, con el mayor esmero a mantenerse allí, alejando de sí todos los intrigantes que habían dirigido su primera intención, y sólo trató con hombres de opinión contraria. Si él hubiese vivido, nunca hubiera peligrado el Egipto; su pérdida fué una consecuencia de la muerte de Kleber; el ejército se dividió en dos bandos: el uno quería a Menou, el otro a Regnier; ya no fué más que un campo de intrigas; la fuerza y el valor de los franceses siempre eran los mismos; pero el empleo o dirección que les daba el general, era detestable.

Menou era del todo incapaz; los ingleses se presentaron para atacarle con veinte mil hombres, y a pesar de que él tenía muchas más fuerzas y que el espíritu de los dos ejércitos no tenía comparación, por una ceguedad inconcebible dispersó todas sus tropas en cuanto supo la llegada de los ingleses; éstos se presentaron en masa y él los atacó separadamente. A esto decía el Emperador: «¡Véase cómo la fortuna es ciega! Obrando a la inversa, los ingleses hubieran sido destruídos infaliblemente, y entonces ¡cuán diversos hubieran sido los resultados!»

Es cierto que su desembarco fué admirable, decía el gran mariscal; en el espacio de cinco o seis minutos presentaron cinco mil quinientos hombres en batalla; pareció un movimiento mágico, que se repitió tres veces seguidas; sólo mil doscientos hombres se opusieron a este desembarco, causando mucho daño al enemigo. Poco tiempo después el general Lanusse atacó intrépidamente a aquella masa de trece a catorce mil hombres, con sólo tres mil; el cual, lleno de ambición y no desesperando salir victorioso él solo, no quiso esperar a nadie; se arrojó impetuosamente sobre el enemigo, hizo una mortandad espantosa y murió; con sólo dos o tres mil hombres más hubiera conseguido su objeto.

Los ingleses se quedaron atónitos cuando vieron por sus propios ojos cuál era nuestra situación en Egipto, considerándose muy felices del rumbo que habían tomado los negocios. El general Hutchinson, que se aprovechó de la conquista, después decía en Europa que si hubiesen conocido el verdadero estado de las cosas, nunca se hubieran atrevido a verificar el desembarco; pero que en Inglaterra se persuadieron de que los franceses no tenían más que unos seis mil hombres en Egipto; este error dimanaba de las cartas interceptadas y de las relaciones tenidas en el mismo país. Tan natural es en el carácter francés, decía el Emperador, exagerar, quejarse y desfigurarle todo al menor descontento. Todas estas relaciones, en resumen, no eran más que el resultado del mal humor o de las imaginaciones exaltadas; escribían que en Egipto no había nada para comer; que todo el ejército había perecido a cada nueva batalla; que las enfermedades habían hecho un grandísimo destrozo; que ya no quedaba nadie, etc.

Estas continuas relaciones, al cabo convencieron a Pitt. Precisamente fueron a parar a manos del primer cónsul los despachos de su sucesor Kleber, dirigidos al Directorio, y las cartas del ejército; explíquense, si se puede, las contradicciones que contenían, y luego cítense autoridades individuales para sostener la opinión; el caso es que Kleber, general en jefe, decía al Directorio que no tenía más que seis mil hombres, y dentro del mismo pliego los estados del inspector de revistas acreditaban que había más de veinte mil; decía que estaba exhausto de dinero, y las cuentas del Tesoro ascendían a sumas inmensas; decía que la artillería no consistía más que en un parque cercenado, exhausto de municiones, y los estados de este Cuerpo presentaban acopios para muchas campañas. «Por ello—decía el Emperador—, si Kleber hubiese evacuado Egipto, en virtud de la negociación que había empezado, no hubiera dejado yo de someterlo a un juicio a su llegada a Francia; pues todos aquellos documentos contradictorios ya se habían pasado al Consejo de Estado para que diese su dictamen.»

Por el contenido de las cartas de Kleber, general en jefe, júzguese qué dirían las de otros de un rango inferior y las de simples soldados. He aquí, sin embargo, lo que los ingleses interceptaban diariamente, lo que han impreso, que ha dirigido sus operaciones y que hubiera debido costarles muy caro. El Emperador decía que en todas las campañas siempre ha visto el mismo efecto de las cartas interceptadas, que algunas veces le han sido muy provechosas.

Entre las muchas cartas que entonces vinieron a parar a sus manos, halló horrores contra su persona; las cuales le fueron tanto más sensibles, cuanto muchas

de ellas eran de hombres a quienes había colmado de beneficios, tratado con mucha confianza, y por consiguiente debía creerlos enteramente adictos; uno de ellos, a quien había enriquecido, decía, entre otras cosas, que el general en jefe acababa de escaparse robando dos millones del Tesoro. Por fortuna, en los mismos pliegos venían las cuentas del pagador, que justificaban que ni tan siquiera había cobrado todo su sueldo. «Al leer esto—decía el Emperador—experimenté un verdadero horror hacia los hombres; éste fué el primer desaliento moral que he experimentado, que si no ha sido el único, al menos creo que ha sido el más vivo; en el ejército todos me creían perdido, y por lo mismo se esmeraban en adular a mi costa.» Este mismo individuo posteriormente procuró entrar en favor; el Emperador dice que no se opuso a que le emplearan como subalterno; mas no quiso verle jamás; cuando le hablaban de él toda su venganza se redujo a decir constantemente que no le conocía.

Napoleón decía y repetía continuamente que Egipto debía haber quedado para siempre bajo la dominación de Francia, como infaliblemente hubiera sucedido si lo hubiesen defendido Kleber o Desaix, que eran sus lugartenientes más distinguidos, ambos de un mérito poco común, aunque de un carácter y disposiciones muy diferentes, cual se hallan descritos en las *Memorias* de la campaña de Egipto. Kleber sólo tenía talento natural; Desaix, al contrario: educación y estudio; el ingenio de aquél sobresalía por momentos cuando le excitaba la importancia de la ocasión, y se adormecía luego en el seno de la molición y los placeres. El talento de Desaix era constante, no vivía ni respiraba sino por la ambición noble y la verdadera

gloria; era un carácter enteramente a la antigua. Decía el Emperador que su muerte fué la mayor pérdida que ha tenido, porque su conformidad de educación y principios hubieran mantenido una perfecta unión entre ambos. Desaix se hubiera contentado con ocupar un segundo rango y siempre hubiera sido afecto y fiel. Si no hubiera muerto en Marengo, el primer cónsul le hubiera dado el mando del ejército en Alemania, en lugar de dejárselo a Moreau. Una circunstancia bien extraordinaria hubo en el destino de estos dos lugartenientes de Napoleón, cual es que en el mismo día y hora en que Kleber pereció asesinado en el Cairo, Desaix murió en Marengo de una bala de cañón.

SISTEMA DE NAPOLEÓN EN SUS DICTADOS.

Del 1.º al 3 de Octubre.—El viento, el mar y la temperatura siempre eran los mismos; el Oeste, que en un principio nos había sido tan favorable, empezó a ser contrario. El Emperador todas las mañanas proseguía regularmente sus dictados, tomándoles de día en día más afecto; y por la tarde, paseándose sobre el puente, se complacía en hablar del trabajo de la mañana; como no tenía otro documento que un mal libro titulado *Guerras de los franceses en Italia*, sin motivo, objeto, ni cronología seguida, el Emperador lo pasaba y repasaba rápidamente, sirviéndole su memoria con tanta fidelidad, que con sólo ver apuntado un hecho lo detallaba con tanta facilidad como hubiera podido hacerlo el mismo día que había sucedido.

El Emperador se quejaba diariamente de que estos objetos ya los había olvidado enteramente; desconfiaba de sí mismo, diciendo que nunca podría llegar a un

resultado; entonces meditaba algunos minutos, se levantaba y empezaba a dictar. Desde este instante ya era otro hombre; todo salía de aquel manantial inagotable, hablaba como por inspiración; expresiones, lugares, fechas, nada le detenía.

En la mañana siguiente le presentaba en limpio lo que me había dictado la víspera. A la primera corrección que señalaba seguía dictando sobre el mismo asunto como si nada hubiera dicho el día anterior; la diferencia de esta segunda versión a la primera era muy grande, era más positiva, más abundante, más bien ordenada, y algunas veces presentaba diferencias materiales con la primera.

El día después se hacía la misma operación y tercer dictado, que se asemejaba a los dos primeros y los ponía acordes; pero de allí en adelante, aun cuando hubiese dictado cuarta, sexta o décima vez, que no fué sin ejemplo, siempre eran precisamente las mismas ideas, la misma coordinación y casi las mismas expresiones, por cuyo motivo no había necesidad de tomarse la molestia de escribir, porque, aunque él se hallaba presente, no lo reparaba y proseguía hasta el fin; el secretario que hubiese padecido una distracción, vanamente hubiera intentado hacerle repetir una frase: siempre proseguía; y como iba muy aprisa, hubiera sido imprudente, por miedo de atrasarse más y perder enteramente el hilo.

LLEGADA A SANTA ELENA.

15.—Al amanecer vi la isla muy cerca; su estructura me pareció bastante considerable; pero a medida que nos íbamos acercando me parecía más pequeña.

En fin, a los sesenta días de nuestra salida de Inglaterra, y ciento diez de París, dimos fondo a eso de las doce de la mañana.

El Emperador se vistió temprano, subió al puente y se arrimó al pasamanos para examinar la orilla más de cerca; se descubría un pueblo encajado entre unas peñas enormes, áridas y peladas, que se levantan hasta las nubes; cada plataforma, cada abertura, cada cresta están coronadas de cañones. El Emperador lo observaba todo con su antejo, y yo a su lado, sin perderle un instante de vista, no pude notarle la más mínima impresión; y con todo, aquello debía ser en adelante tal vez su cárcel perpetua... ¡Quizás su sepultura!... Al cabo de un rato el Emperador se retiró, me hizo llamar y trabajamos como de costumbre.

El almirante, que había ido a tierra muy temprano, volvió a las seis extraordinariamente cansado; había corrido casi toda la isla, y creía haber encontrado un paraje que podía convenir, aunque era necesario hacer muchas reparaciones, que podían retardar unos dos meses; nótese que hacía cerca de tres que estábamos en nuestro calabozo de madera, y las instrucciones terminantes de los ministros decían que se nos detuviese allí hasta que se hubiese arreglado nuestra cárcel de la isla. Debo hacer justicia al almirante diciendo que no fué capaz de semejante barbarie, pues nos dijo, manifestando una especie de satisfacción interior, que iba a desembarcarnos al día siguiente, tomando sobre sí la responsabilidad.

ESTANCIA EN BRIARS

*DESDE EL 16 DE OCTUBRE DE 1815, QUE
DESEMBARCAMOS EN SANTA ELENA,
HASTA EL 9 DE DICIEMBRE, VÍSPERA DE
LA TRASLACION A LONGWOOD*

DESEMBARCO DEL EMPERADOR EN SANTA ELENA.

16.—Después de comer, el Emperador se embarcó con el almirante y el gran mariscal para ir a tierra. Un movimiento muy notable había reunido todos los oficiales en el alcázar, y una gran parte de la tripulación en el pasamanos, observándolo con una atención que ya no era curiosidad, puesto que le estaban viendo todos los días, sino el más vivo interés.

Antes de bajar a la lancha, el Emperador mandó llamar al capitán comandante del navío, despidiéndose de él, encargándole diese gracias de su parte a todos los oficiales y a la tripulación. Estas palabras no dejaron de producir una viva agitación de ánimo a cuantos las oyeron o se las hicieron explicar por no haberlas entendido.

El resto del séquito del Emperador desembarcamos a eso de las ocho, acompañados de varios oficiales, los cuales, al separarse de nosotros, manifestaron una verdadera simpatía. Hallamos al Emperador en el salón que le habían destinado; poco rato después subió a su cuarto y nos mandó llamar: no estaba con mucha más comodidad que a bordo del navío, pues nos habían alojado en una especie de mesón o casa de posadas.

El pueblo de Santa Elena no es más que una calle muy corta, o llámesele una prolongación de casas, a

lo largo de un valle muy angosto, situado entre dos montañas escarpadas, formadas por un peñasco enteramente desnudo y estéril.

EL EMPERADOR SE ESTABLECE EN BRIARS.—DESCRIPCIÓN.—SITUACIÓN MISERABLE.

17.—A las seis de la mañana, el Emperador, el gran mariscal y el almirante montaron a caballo y fueron a visitar Longwood (bosque largo), que era una casa que habían comprado para su residencia, situada a dos o tres leguas del pueblo; y a la vuelta vieron una casita de campo en la prolongación del valle, a unas dos millas; el Emperador hubiera sentido en el alma entrar de nuevo en la casa donde había pasado la noche precedente, por haber estado en ella todavía en mayor reclusión que a bordo del navío; pues estando con centinelas a las puertas, y la calle llena de curiosos, ni tan siquiera podía asomarse a la ventana, y se veía estrictamente reducido a su cuarto; por ello le llamó la atención un pequeño pabellón inmediato y dependiente de aquella casa de campo, y el almirante convino en que, en efecto, estaría mejor allí que en el pueblo. El Emperador se quedó en el pabellón, y me mandó llamar al instante: tal era el apego que había tomado a su obra de las campañas de Italia, que no podía abandonarla.

El valle en que está situado el pueblecillo de Santa Elena se prolonga en la isla a larga distancia, culebreando entre dos cordilleras de montañas áridas, que forman sus costados y los estrechan. En todo el valle hay una hermosa carretera muy bien conservada, y después que se han andado unas dos millas,

este mismo camino está cortado en el mismo flanco derecho de la montaña, dejando a la derecha del camino un precipicio y abismos espantosos; pero luego después el terreno se ensancha por el frente y presenta una pequeña llanura, en donde hay algunas habitaciones, señales de vegetación y varios árboles: es una especie de jardín formado artificialmente entre aquellos peñascos. Allí estaba la vivienda de un honrado comerciante de la isla (M. Balcombe). A treinta o cuarenta pasos, a la derecha del edificio principal, se ve encima de un otero una especie de casita o pabellón destinado al recreo de la familia de la casa principal, para tomar el té y respirar el aire con más libertad: éste fué el reducto que alquiló el almirante para la vivienda interina del Emperador, que ya había tomado posesión de él en la misma mañana. En efecto, subiendo las sendas de la montaña, que son muy rápidas, lo vi desde lejos y estuve largo rato considerándolo. Siempre era el mismo, un poco encorvado, las manos a las espaldas, con aquel uniforme tan ligero y sencillo, aquel sombrero tan renombrado. Cuando le saludé estaba en el umbral de la puerta silbando una tonadilla.

—¡Ah! ¡Ah!, ¿ya llegó usted?—me dijo—. ¿Por qué no ha traído usted a su hijo?

—Señor—le respondí—, el respeto y la discreción no me lo han permitido.

—Vaya usted, no puedo pasar sin él; hágale usted venir.

En todas sus campañas, en todas las situaciones de su vida, seguramente que nunca tuvo el Emperador un alojamiento tan limitado ni experimentó tantas privaciones. Aquello consistía en una sola pieza en

el cuarto bajo, casi cuadrada, una puerta a cada lado opuesto, cuatro ventanas, dos a ambos lados, perpendiculares, sin cortinas, sin postigos, sin haber apenas una silla; en aquel momento el Emperador estaba sólo, pues sus dos criados habían salido para ver de prepararle una cama; quiso andar un poco, y como el otero no presentaba tierra llana por ningún costado del pabellón, pues todo eran guijarros y pedazos de peñascos, tomó mi brazo y trabó conversación muy tranquilamente. La noche se acercaba en el mayor silencio y en una absoluta soledad. ¡Qué multitud de sensaciones y sentimientos me asaltaron en aquel momento! ¡Estaba solo, mano a mano en medio de un desierto, y casi en la más íntima familiaridad con el hombre que había dominado el mundo! ¡Con Napoleón, en fin!... Lo que en mí pasaba, la conmoción que sentía, no la puedo explicar!... Pero para formarse una idea de estos sentimientos sería preciso transportarse al tiempo de su poder, al tiempo en que sólo un decreto suyo bastaba para derribar tronos y crear reyes! ¡Sería necesario penetrarse bien del efecto que causaba en Tullerías a cuantos le rodeaban; la timidez y respeto profundo con que sus ministros y oficiales se acercaban a su persona; la perplejidad, el temor de los embajadores, de los príncipes y aun de los mismos reyes! ¡Pues bien, todas estas circunstancias estaban presentes en mi memoria!

Cuando el Emperador quiso acostarse, observamos que una ventana daba de frente al lado de su cama, cabalmente en medio de la cara; la tapamos lo mejor que pudimos para preservarle del aire, porque el menor soplo bastaba para darle un resfriado o un dolor de muelas. Yo me acogí a una bohardilla, que estaba pre-

cisamente encima del aposento del Emperador, en un espacio de siete pies en cuadro, en donde no había más que la cama y una sola silla: allí fué mi vivienda y la de mi hijo, que dormía en el suelo en un colchón. ¡Podíamos quejarnos! Estábamos tan cerca del Emperador; oíamos el sonido de su voz, sus palabras. ¡Ah!...

Sus criados se acostaron en el suelo, envueltos en sus capas. Esta es la descripción literal de la primera noche que pasó Napoleón en Briars (en las *Zarzas*), que así se llamaba aquel lugar.

EL ALMIRANTE VA A VISITAR AL EMPERADOR.

El 21 por la mañana el almirante vino a hacer una visita al Emperador; llamó a la puerta, y si yo no me hubiese encontrado allí, el Emperador se hubiera visto en la precisión de abrir él mismo, o el almirante estaría todavía aguardando. Todos los miembros dispersos de nuestra pequeña colonia también vinieron del pueblo, y en un instante nos vimos todos reunidos: cada cual contó sus cuitas, que el Emperador sintió aún más vivamente que las suyas propias.

HORRORES Y MISERIAS DE NUESTRO DESTIERRO.—INDIGNACIÓN DEL EMPERADOR.

Del 22 al 24.—Los ministros ingleses, violando los derechos de la hospitalidad, a que con tanta confianza nos habíamos abandonado, parece que no habían perdonado medio para hacer esta misma violación más amarga y sensible: desterrándonos al cabo del mun-

do, en medio de las privaciones, malos tratos y toda suerte de necesidades, quisieron hacernos apurar el cáliz de amargura hasta las heces. Santa Elena es un verdadero desierto de la Siberia; la sola diferencia está en el calor, en vez de frío, y su poca extensión.

El Emperador Napoleón, que tenía tanto poder y dispuso de tantas coronas, se halló reducido a una mala choza de algunos pies en cuadro, prendida en un peñasco estéril, sin cortinas ni muebles; allí mismo debe acostarse, vestirse, comer, trabajar, vivir y salir si quiere que se la limpien; para su alimento le traían de lejos algunos platos malísimos, como a un criminal en su calabozo; falta realmente de las primeras necesidades de la vida; el pan y el vino son de muy mala calidad; el agua, el café, la manteca, el aceite y otros objetos de primera necesidad son muy raros o apenas se pueden probar; sin un baño, que es tan necesario para la salud, y sin poder pasearse un rato a caballo.

Sus compañeros, sus afectos, están a dos leguas de distancia y no pueden acercarse a su persona sin ir acompañados de un soldado; están privados de sus armas, condenados a pasar la noche en el cuerpo de guardia si vuelven un poco tarde o si se padece alguna equivocación en la orden, como sucedía muy a menudo; ¡de este modo, en la cumbre de aquel horroroso peñasco, la dureza de los hombres y los rigores de la Naturaleza se reunieron para atormentarnos! Sin embargo, muy fácil hubiera sido proporcionarnos una vivienda más cómoda y un trato más suave.

Ciertamente, si los soberanos de Europa han decidido este destierro, un odio secreto ha dirigido la eje-

cución. Si la política sola ha dictado esta medida como necesaria para convencer de ello al mundo y a la posteridad, hubieran debido usar de esmeros, respetos e indemnizaciones de toda especie en favor de la ilustre víctima, con lo cual dicen haberse visto precisados a violar los principios y las leyes.

Todos estábamos cerca del Emperador cuando recapitulaba con vehemencia estos hechos. «¡A qué infame tratamiento nos han reservado!—decía—. ¡Estas son las angustias de la muerte! ¿Por qué a la injusticia y la violencia añaden los ultrajes y un suplicio prolongado? Si yo les era perjudicial, ¿por qué no se deshacían de mí? Unas cuantas balas en el corazón o en la cabeza hubieran bastado; por lo menos este crimen hubiera probado alguna energía. Si no fuese por vosotros, y principalmente vuestras mujeres, no quisiera recibir aquí sino la ración del simple soldado. ¿Cómo esos soberanos de Europa pueden dejar profanar en mí el carácter sagrado de la soberanía? ¿No están viendo que en Santa Elena se están matando con sus propias armas? Yo he entrado vencedor en sus capitales; si hubiese tenido sentimientos como los suyos, ¿qué hubiera sido de ellos? Todos me han llamado su hermano, y llegué a serlo por la elección de los pueblos, la sanción de la victoria, el carácter de la religión y las alianzas de su política y de su sangre. ¿Creen acaso que el buen sentido de los pueblos será insensible a su moral? ¿Y qué esperan? Sin embargo, vosotros, amigos míos, haced resonar vuestras quejas, que la Europa entera las oiga y se llene de indignación. Las más humillarían mi dignidad y mi carácter; yo mando o me callo.»

BRIARS, ETC.—NECESER DE AUSTERLITZ.

GRAN NECESER DEL EMPERADOR.—SU CONTENIDO.

Del 25 al 27.—El Emperador se vestía muy temprano, se paseaba un rato por el campo y almorzábamos a las diez; se paseaba otro rato y luego nos poníamos a trabajar. Yo le leía lo que me había dictado la víspera, que mi hijo había copiado por la mañana, lo corregía y después me dictaba para el día siguiente; a eso de las cinco salíamos otra vez y volvíamos para comer a las seis, si la comida había llegado del pueblo. Los días eran muy largos y las noches mucho más; por desgracia, yo no conocía el juego de ajedrez; quise aprenderlo de noche, pero ¿cómo? Y ¿quién me lo había de enseñar? Me dediqué un poco a los cientos, pero el Emperador pronto notó mi ignorancia, agradeció mi buena intención y lo suspendió. La ociosidad le conducía algunas veces a la casa vecina, en donde las señoritas le hacían jugar al whist; otras veces se quedaba en la mesa después de comer, porque el cuarto era muy pequeño para poderse pasear en él.

Una tarde después de comer mandó que le trajesen su pequeño neceser de campaña; lo examinó detalladamente y me lo dió, diciéndome: «Mucho tiempo hace que lo tengo, pues me sirvió por la mañana del día de la batalla de Austerlitz; pasará a Manolito—proseguía, mirando a mi hijo—, y cuando tenga treinta o cuarenta años ya no existiremos, amigo mío; el objeto será entonces más curioso; él lo enseñará y dirá que el Emperador Napoleón se lo dió a su padre en Santa Elena.» Tomé el precioso regalo; lo aprecio hasta la idolatría, y lo venero como reliquia.

Pasando luego al examen de otro neceser grande, examinaba los retratos de su propia familia y otros varios que le habían regalado: había los de su madre, de la reina de Nápoles, de las hijas de José, de sus hermanos, del rey de Roma, etc.; un Augusto y una Livia de un mérito muy raro; la continencia de Scipión, y otro antiguo de mucho valor, que le había regalado el Papa; un Pedro el Grande en una caja, otra caja con un Carlos V, otra con Turena, y, en fin, otras de que diariamente se sirve, cubiertas de medallones reunidos de César, Alejandro, Sylla, Mitrídates, etc., etc. Luego seguían algunas cajas con su retrato guarnecido de brillantes; repentinamente buscó uno sin diamantes, y como no lo encontraba llamó a su ayuda de cámara para que le diera uno; desgraciadamente este retrato estaba todavía en el pueblo con el resto del equipaje; lo sentí, porque es de creer que fué una pérdida para mí

OCUPACIÓN DIARIA.—CONSEJO DE ESTADO.—CAÍDA DE PORTALIS.—DISOLUCIÓN DEL CUERPO LEGISLATIVO EN 1813.

Del 1 al 4 de Noviembre.—Nuestros días eran ya tan monótonos como los que pasábamos a bordo del navío. El Emperador todas las mañanas me mandaba llamar para desayunar con él de diez a once; acabado el almuerzo, después de una media hora de conversación, le leía lo que me había dictado la víspera, y me dictaba de nuevo para el día siguiente. Ya no se vestía temprano ni salía antes del almuerzo, porque esto le desordenaba demasiado todo el día. Se vestía a eso de las cuatro, y entonces salía para dar lugar a que le

hiciesen la cama y limpiasen el cuarto: íbamos a pasearnos al jardín, cuya soledad apetecía mucho. Hice cubrir con un toldo una especie de emparrado que había; pusieron una mesa y algunas sillas, y desde entonces allí dictaba el Emperador a los otros señores que venían del pueblo para trabajar.

Enfrente de la casa del propietario había una calle de árboles, en la cual estaban continuamente dos soldados ingleses para guardarnos; pero con el tiempo se retiraron a instancia de nuestro casero, que le incomodaba tener siempre aquellos testigos de vista. Sin embargo, continuaban rondando cerca del Emperador, ya fuese por curiosidad o por la naturaleza de las órdenes que les habían comunicado; pero al cabo desaparecieron enteramente, e insensiblemente el Emperador fué tomando posesión de aquel paseo, que verdaderamente para él fué un aumento de estados; todos los días iba allí al salir del jardín, después de haber trabajado, para esperar la hora de comer. Las dos señoritas y su madre iban a juntarse con él y le contaban las noticias corrientes. Algunos días volvía después de comer, si el tiempo lo permitía, y de este modo pasaba la velada sin necesidad de entrar en casa del vecino, sino al último extremo, y sobre todo cuando sabía que no había ningún forastero, que yo reconocía de antemano por las ventanas.

En uno de nuestros paseos el Emperador se extendió mucho hablando del Senado, del Cuerpo legislativo, y con especialidad del Consejo de Estado. En el discurso de su administración—decía—este último le había sido sumamente útil.

•El Consejo de Estado—añadió—se componía, en general, de hombres instruídos, aplicados y de buena

reputación. *Fremont y Boulay*, por ejemplo, son ciertamente muy honrados, pues a pesar de los inmensos negocios litigiosos que han dirigido, y de los pingües sueldos que disfrutaban, no me causaría ninguna novedad si me dijese que apenas tienen en el día lo suficiente para vivir con decencia.»

El Emperador empleaba individualmente los consejeros del Estado para cualquier ramo, y siempre útilmente; en masa era su verdadero Consejo y su pensamiento en deliberación, como los ministros lo eran en ejecución. Me preguntaba si en el Consejo de Estado la discusión era bien libre; si su presencia imprimía alguna sujeción en las deliberaciones. Le cité una sesión muy larga, en la cual sostuvo él solo una opinión, y por consecuencia se decidió en contra. Casualmente me acordé del asunto de que se trataba; al instante estuvo en ello: «Ciertamente—me dijo—debe ser sobre una mujer de Amsterdam, complicada en un crimen de muerte, que los tribunales imperiales habían exonerado tres veces, y el tribunal de casación reclamaba que se juzgase de nuevo.»

El Emperador quería que este feliz concurso de la ley hubiese agotado su rigor con respecto a la acusada; que esta fatalidad de circunstancias redundara en beneficio suyo. Le contestaban que tenía a su arbitrio el benéfico recurso de hacer gracia, pero que la ley era inflexible, y que, por consiguiente, debía seguir su curso. La discusión fué muy larga; M. Muraire habló mucho y bien, llevándose la opinión, y el Emperador, sin apoyo en la suya, cedió, diciendo estas palabras notables: «Señores, aquí juzga la mayoría; como soy solo en mi opinión, debo ceder; pero declaro que en mi conciencia sólo cedo por la forma; ustedes me

han reducido a guardar silencio, pero no me han convencido.»

El vulgo, que ni siquiera sabía lo que era Consejo de Estado, se persuadía que en él nadie se atrevía a pronunciar una palabra en un sentido opuesto al del Emperador. En las tertulias se sorprendían cuando yo les decía que, en una discusión bastante animada, el Emperador, interrumpido tres veces consecutivas emitiendo su opinión, dijo con mucha viveza al que tan impolíticamente le había cortado la palabra: «Señor, todavía no he acabado; le ruego que me deje continuar, pues al cabo me parece que aquí cada cual tiene derecho para manifestar su opinión.» Chiste que, a pesar del lugar y respeto debido, hizo reír a todos, incluso al mismo Emperador.

Sin embargo — le decía yo —, no era difícil conocer que los oradores procuraban acertar la opinión de Vuestra Majestad. Creíase feliz el que había acertado, lleno de confusión, si que en sentido opuesto; no obstante, una vez emitida una opinión, el amor propio y el acaloramiento la hacían sostener con el mayor empeño; tanto más, cuanto el Emperador facilitaba la mayor libertad. «No me incomoda que me contradigan — decía —, porque quiero ilustrarme; hablen ustedes con franqueza, repetía muchas veces, cuando se servían de frases oscuras o la materia era delicada; digan ustedes libremente su opinión; aquí estamos nosotros solos, en familia, y nadie nos oye.»

Me han contado que durante el consulado, o al principio del imperio, Napoleón se halló empeñado en una discusión con uno de los miembros de opinión diversa, que por el acaloramiento y obstinación de este último llegó a ser una verdadera disputa personal de las más

animadas. Napoleón se reprimió y calló; pero algunos días después, en una audiencia pública, dijo a su antagonista: «Es usted muy testarudo; ¿y si yo lo fuese tanto como usted?... ¡Sin embargo, usted ha hecho mal en probarme tanto la paciencia! No debería usted olvidar las debilidades humanas.» En otra ocasión, decía en particular a uno que también le había exasperado: «Procure usted moderar un poco sus palabras y no excitar mi mal humor, porque el último lance fué muy pesado, pues me obligó a rascarme la cabeza, que es muy mal cuando me sucede; en adelante, evite usted otro lance semejante.»

Es imponderable el interés que la presencia y las palabras del Emperador infundían en las sesiones del Consejo de Estado: mientras se hallaba en la capital presidía regularmente dos veces cada semana, y entonces ninguno de nosotros hubiera faltado por todo el oro del mundo.

No se me olvidarán dos sesiones muy especiales: la una de policía interior, muy sentimental, por haber expulsado un miembro; la otra de decisión constitucional, cuando disolvió el Cuerpo legislativo.

Un partido religioso soplaba discordias civiles, se extendían secretamente y se hacían circular bulas y cartas del Papa. Un consejero de Estado, encargado del culto, las vió; y si no las propagó él mismo, por lo menos no contuvo ni denunció su circulación. Esto se descubrió, y el Emperador le interpeló repentinamente en pleno Consejo, diciéndole:

—¿Qué motivo ha tenido usted para obrar de esta manera? Si son sus principios religiosos, ¿por qué se halla usted aquí? Yo no violento la conciencia de nadie, ni he usado de ninguna violencia para hacerle mi

consejero de Estado; es una gracia particular que usted ha solicitado; y tal vez, siendo el más joven, es usted el único que está aquí sin méritos ni títulos personales, y sí sólo como heredero de los servicios de su padre. Usted me ha prestado un juramento solemne; y ¿cómo podrá usted aliar sus sentimientos religiosos con la violación manifiesta que acaba de hacer de ellos? Con todo, hable usted; aquí todos somos miembros de una familia, y sus mismos compañeros le juzgarán. La falta que usted ha cometido es muy grande; porque una conspiración material queda paralizada en cuanto se detiene el brazo armado con el puñal, pero una conspiración moral no tiene término: es un reguero de pólvora. Por culpa de usted quizás en este momento se estén despedazando ciudades enteras.

Confuso y abochornado, el acusado no respondió: a la primera interpelación confesó el hecho. Casi todos los consejeros, atónitos con este inesperado acontecimiento, guardaron el más profundo silencio.

—¿Por qué—prosiguió el Emperador—cumpliendo con la obligación que su juramento le imponía, no vino usted a descubrirme la conjuración y el culpado? ¿Acaso cualquiera de ustedes no puede hablarme cuando quiere?

—Señor—dijo el acusado con voz balbuciente—: era mi primo.

—La falta es mucho más grave—replicó el Emperador—; este pariente obtendría indudablemente su empleo a instancia de usted, y, por lo mismo, usted cargó con toda la responsabilidad. Cuando yo considero que alguien está enteramente bajo mi vigilancia inmediata, como usted lo está aquí, cuantos le pertenecen, y por quienes se ha constituido garante, desde

aquel instante están exentos de toda policía: esta es mi máxima.

Y como el culpado guardaba un continuo silencio, díjole finalmente el Emperador:

—Los deberes de un consejero de Estado para consigo son inmensos; usted los ha violado, deje de serlo. Salga usted de aquí y no vuelva a parecer más.

Cuando salía pasó muy cerca del Emperador; éste, mirándole muy enternecido, le dijo:

—Tengo el corazón traspasado, porque me acuerdo de los servicios de su padre de usted.

Y cuando hubo salido añadió:

—Espero que semejante escena no volverá a suceder, porque me ha trastornado demasiado; y aunque no soy desconfiado, podría llegar a serlo. He reunido alrededor mío todos los partidos; he colocado cerca de mi persona hasta emigrados, soldados del ejército de Condé, a quienes hago la justicia de decir que me han sido fieles, a pesar de que se suponía que querían asesinarme; en fin, desde que estoy al frente del Gobierno, éste es el primero de mis allegados que me ha vendido.

Y volviéndose hacia M. Locré, que era secretario del Consejo, le dijo:

—Escriba usted *Trahi* (vendido). ¿Oye usted?

Cuando disolvió el Cuerpo legislativo convocó al Consejo de Estado, el último o penúltimo día del mes de Diciembre de 1813; ya sabíamos de antemano que la sesión debía ser muy interesante, aunque ignorábamos el motivo: la crisis era muy grave, pues el enemigo entraba en el territorio francés. «Señores—dijo el Emperador—, ustedes conocen la situación de las cosas, y los peligros que amenazan a la patria:

sin estar obligado a ello, he creído necesario comunicarla francamente a los diputados del Cuerpo legislativo: he querido asociarles de esta manera a sus más caros interesès; pero este acto de mi confianza, le han convertido en un arma contra mí, o, por mejor decir, contra la patria; en vez de secundarme con sus esfuerzos, entorpecen los míos: sólo nuestra firmeza bastaba para detener al enemigo, y su conducta lo llama; en vez de presentarle una frente erguida, le descubren nuestras llagas; claman por la paz, cuando el único medio de tenerla es el de volver a empezar la guerra; se quejan de mí, realzan sus cuitas, pero, ¡en qué momento! ¿No sería más prudente tratar estas materias entre nosotros, a solas, que no en presencia del enemigo? ¿Acaso he sido nunca inaccesible para ellos? ¿Me han visto jamás incapaz de discutir la razón? ¡Sin embargo, fuerza es tomar un partido: el Cuerpo legislativo, lejos de ayudarme a salvar la Francia, corre a precipitarla a su ruina: ha vendido sus deberes; yo cumplo los míos, y le disuelvo!...

Entonces nos leyó un decreto, en el cual se decía que dos quintos del Cuerpo legislativo ya habían acabado sus poderes; que el 1.º de Enero otro quinto se hallaría en el mismo caso; que entonces la mayoría del Cuerpo legislativo estaría realmente compuesta de individuos que ya no tenían derecho a estar en él, y que vistas estas circunstancias, el Cuerpo legislativo desde aquel momento quedaba prorrogado y suspendido, hasta que nuevas elecciones lo hubiesen completado. Acabada esta lectura, dijo el Emperador: «Tal es el decreto que doy; y si me aseguraran que en el día de hoy el pueblo de París ha de levantarse en masa y venirme a asesinar aquí en Tullerías, lo

firmaría de nuevo, pues éste es mi deber. Cuando el pueblo francés me confió su suerte, consideré las leyes que me daba para regir, y si no las hubiese creído suficientes, no hubiera aceptado.»

CIRCUNSTANCIA CARACTERÍSTICA.

5.—Casi todos estábamos juntos en el jardín con el Emperador; los que estaban alojados en el pueblo se quejaban mucho de lo mal que se le trataba y de las continuas vejaciones que sufríamos; el Emperador, que desde muchos días antes tenía vanamente el sistema de no tratar nada sobre este artículo sino por escrito, por ser el modo más digno, conveniente y adecuado para llegar a un resultado; que hasta había escrito una nota sobre el particular, que debía haberse entregado muchos días antes, insistió en su ejecución repetidas veces, algunas de ellas en términos bastante picantes. Todas sus palabras y observaciones indirectas se aplicaban al gran mariscal: éste, al último se picó (¡qué no puede la desgracia!), y lo dió a conocer en términos bastante enérgicos; su mujer, que estaba inmediata a la puerta, viendo que no podía conjurar la tempestad, se salió. Entonces pude observar con cuánta rapidez el Emperador manifestaba todas las impresiones que pasaban en su corazón con esta circunstancia; la razón, la lógica y hasta el sentimiento dominaron constantemente: «Que usted no haya entregado esta carta, si lo ha creído inútil — le dijo — es un deber de la amistad que usted me profesa; pero esto podía sufrir un retardo, cuando más, de veinticuatro horas; pero se han pasado más de quince días sin decir una palabra. Si este plan se ha juzgado

malo, si el contenido de la carta es defectuoso, ¿por qué no me lo han dicho, y nos hubiéramos juntado todos para discutirla?».

Todos nos habíamos quedado parados cerca del empujado, a una punta de la calle que el Emperador paseaba solo, de uno a otro cabo, yendo y viniendo. En un momento en que estaba algo lejos, el gran mariscal me dijo al oído: «Temo haber hablado en términos inconducentes, y realmente lo siento. Quédese usted con el Emperador, y muy pronto se le habrá olvidado estando solos.» Salí llevándome cuantos estaban en el jardín.

En efecto; por la tarde, hablando el Emperador conmigo de sus ocupaciones de la mañana, decía: «Fué después que hicimos paces con el gran mariscal..., era antes del acaloramiento del gran mariscal...», y otras palabras semejantes, que probaban completamente que aquella circunstancia no le había dejado ningún peso en el corazón.

SOBRE LOS GENERALES DEL EJÉRCITO DE ITALIA. —
EJÉRCITOS DE LOS ANTIGUOS, GENGIS-KAN, ETC. — IN-
VASIONES MODERNAS. — CARÁCTER DE LOS CONQUIS-
TADORES.

6.—El Emperador estuvo bastante indispuerto y trabajó mucho en su cuarto; me dictó los retratos de los generales del ejército de Italia, Massena, Augereau, Serrurier y otros; Massena era un hombre de un valor y tenacidad muy notable y cuyo talento se aumentaba con el peligro, en términos que, siendo vencido, estaba siempre dispuesto a empezar de nuevo, como si hubiese sido vencedor. Augereau, que era

de un carácter enteramente opuesto, estaba cansado y aun podría decirse desanimado en el seno mismo de la victoria; siempre tenía bastante: su estatura, sus modales y sus palabras le daban un aire de valentón que seguramente no tenía en cuanto se vió colmado de honores y riquezas, que de otra parte se adjudicaba él mismo bajo cualquier pretexto. Serrurier había conservado siempre todo el carácter y severidad de un antiguo sargento mayor de infantería, hombre honrado, lleno de probidad, pero general desgraciado, etc., etc.; estos retratos se leerán más detalladamente en la relación de las campañas de Italia.

En varios objetos de la conversación del día noté lo que el Emperador decía sobre los ejércitos antiguos; preguntábale si se debía dar crédito a los grandes ejércitos de que habla la Historia, y era de opinión que la mayor parte de aquellas citaciones eran falsas y ridículas. No creía los innumerables ejércitos de los cartagineses en Sicilia, observando que tantas tropas hubieran sido inútiles para una empresa tan mezquina; y si Cartago hubiera podido juntarlas, se hubieran visto en número más crecido en la expedición de Aníbal, que era mucho más importante, al paso que no tenía más allá de 40 a 50.000 hombres. Tampoco creía los millones de hombres de Darío y Jerjes, que hubieran cubierto toda la Grecia e indubitablemente se habrían subdividido en una multitud de ejércitos parciales: asimismo dudaba de toda esta parte brillante de la historia de la Grecia, no viendo en el resultado de aquella famosa guerra pérsica sino acciones indecisas, en las cuales cada uno se atribuía la victoria. Jerjes se volvió triunfante después de haber tomado, incendiado y destruído a Atenas; y los

griegos exaltaban su victoria por no haber sucumbido a Salamina. «En cuanto a los pomposos detalles de las victorias de los griegos y de las derrotas de sus innumerables enemigos, debe tenerse presente — observaba el Emperador— que son los griegos los que lo dicen; que éstos eran vanos e hiperbólicos, y que nunca se ha publicado ninguna crónica de Persia para asegurar nuestro juicio por medio de una discusión contradictoria.»

Pero el Emperador daba crédito a la historia romana, si no en todos sus detalles, por lo menos en sus resultados; porque son hechos tan claros y patentes como el sol. También creía a los ejércitos de Gengis-Kan y de Tamerlán por muy numerosos que se hayan supuesto, porque traían consigo pueblos enteros errantes que se iban engrosando con otros pueblos que se les iban juntando en su tránsito; «y no sería imposible—decía el Emperador—que en la Europa acabe un día de esta manera pudiendo renovarse la revolución que hicieron los Huns, cuya causa se ignora, porque se pierde en el desierto.»

La situación de la Rusia es admirable para acarrear semejante catástrofe; porque puede acopiar a su antojo innumerables hordas de auxiliares y dirigirlos contra nuestro país; encontrará todos aquellos pueblos errantes, tanto más bien dispuestos e impacientes cuanto la relación del buen éxito de sus compatriotas, que últimamente hicieron correrías tan felices y productivas en nuestro país, habrán entusiasmado su imaginación y excitado su codicia.

La conversación le condujo insensiblemente a las conquistas y conquistadores, concluyendo que para ser conquistador con buen éxito es menester ser feroz

y que si él lo hubiese sido hubiera conquistado todo el mundo. Yo me tomé la libertad de combatir estas últimas palabras, que sin duda le había arrancado la exasperación del momento, y le hice presente que él mismo era una prueba convincente contra la opinión que acababa de manifestar; porque no había sido feroz, y, sin embargo, había conquistado el mundo; que con la ferocidad y nuestras costumbres modernas nunca hubiera hecho tantos progresos. En efecto, el terror en nuestros tiempos no somete a nadie; pero sí las buenas leyes y la persuasión de un gran carácter y el conocimiento de una energía a toda prueba en el que está encargado de hacerlas ejecutar. Tales fueron, pues, las causas a que debe atribuirse la sumisión y obediencia de los pueblos a Napoleón.

Lo Convención fué feroz e inspiró terror; los pueblos doblaron la cerviz, pero no pudieron soportarla. Si hubiese sido un solo hombre, pronto hubiera dejado de existir; pero era una hidra, y aun ¡cuántas y cuántas tentativas se hicieron para derribarla! Sólo por milagro se salvó de tantos y tan repetidos peligros, y al fin se sepultó ella misma en medio de sus triunfos.

Para que un conquistador pudiese ser feroz con buen éxito, sería menester que sus soldados también lo fuesen y que mandase pueblos sin ninguna ilustración; y en cuanto a este particular, la Rusia tiene una gran ventaja sobre el resto de Europa, cual es la de tener un Gobierno civilizado y vasallos en el estado de barbarie; de manera que allí la ilustración dirige y manda, y la ignorancia ejecuta y devasta.

Un sultán turco en el día de hoy no podría mandar durante mucho tiempo a ninguna nación ilustrada de

Europa, porque el imperio de las luces sería más fuerte que su poder.

Sobre otro asunto observaba el Emperador que si nosotros, franceses, teníamos menos energía que los romanos, éramos más decentes; no nos hubiéramos matado como lo hicieron ellos bajo los primeros emperadores; pero tampoco hubiéramos manifestado toda la bajeza y servilidad que se notan bajo el reinado de los últimos. «Hasta en nuestras épocas de mayor corrupción—decía—nuestra bajeza no dejó de tener ciertos límites, y tal cortesano hubiera hecho en particular cuanto el príncipe hubiera querido, y se hubiera negado a ponerse de rodillas en una audiencia.»

CONVERSACIÓN A MEDIA NOCHE CON LA CLARIDAD DE LA LUNA, ETC.—LAS DOS EMPERATRICES.—BODA DE MARÍA LUISA.—SU CORTE.—LA DUQUESA DE MONTEBELLO.—MADAMA MONTESQUIEU.—AFECTOS DE LA CASA DE AUSTRIA PARA CON NAPOLEÓN.

Del 11 al 13.—En Briars seguíamos constantemente un sistema de vida muy arreglado: todos los días, después de haberme dictado, salía el Emperador de tres a cuatro de la tarde para ir al jardín a pasear un rato, y al mismo tiempo trabajaba con el que había venido del pueblo para escribir bajo su dictado. A las cinco y media daba la vuelta en torno de la casa de nuestros vecinos para ir al paseo inferior, que cada día le era más grato; y como en aquella hora los vecinos estaban comiendo, disfrutábamos de una entera libertad en este paseo, que se prolongaba hasta la hora de comer.

Al levantarse de la mesa el Emperador bajaba otra

vez al mismo sitio, y algunas veces tomaba allí mismo su café; mi hijo se iba a casa de los vecinos, y nosotros continuábamos nuestro paseo, que a veces se prolongaba hasta muy avanzada la noche, con la claridad de la luna. La suavidad de temperatura que disfrutábamos en aquellas horas nos recompensaba de los calores ardientes del día, y daba cierta jovialidad al Emperador; como que nunca estaba más propenso ni complaciente para contar las anécdotas de su primera juventud con el sentimiento y las ilusiones que comunmente la hermocean; en fin, los pormenores de su vida privada, desde que había empezado a representar un papel principal en el gran teatro del mundo. Ya en otra parte he hablado de este asunto. Algunas veces que le parece haber hablado demasiado detalladamente manifestando cosas minuciosas en extremo, me decía entonces: «Vamos, a su vez, cuénteme usted algo de su vida; parece que es usted poco comunicativo.» Es muy cierto que yo le interrumpía lo menos posible, temiendo perder algo de cuanto él decía, que para mí era del mayor interés.

En uno de estos paseos nocturnos dijo el Emperador que durante su vida había estado muy entusiasmado por dos mujeres, de un carácter enteramente distinto: la una era el arte y las gracias; la otra, la inocencia y la simple naturaleza, y ambas, inapreciables. La primera nunca tuvo postura o actitud que no fuese agradable y seductora; no perdonaba ninguno de cuantos recursos puede imaginar el arte para aumentar los atractivos; pero con tanto misterio y discreción, que era imposible conocerlo; la otra, al contrario, ni siquiera sospechaba que hubiese podido ganar nada valiéndose de aquellos artificios inocentes; la

primera nunca decía francamente la verdad; su primer movimiento era la negativa; la segunda no conocía la mentira, ni le era posible buscar el menor rodeo; aquélla nunca pedía nada a su marido, pero estaba cargada de deudas; y ésta, cuando no tenía, que le sucedía raramente, pedía con la mayor franqueza, porque no se hubiera atrevido a tomar nada sin pagar inmediatamente. En cuanto a lo demás, ambas eran la misma bondad, tiernas y muy amantes de su marido; cualquiera que las haya visto conocerá fácilmente que hablo de las dos Emperatrices. Decía el Emperador que siempre las había encontrado en el mismo humor y en complacencia absoluta.

El casamiento de María Luisa se verificó en Compiègne (1), inmediatamente después de su llegada. El Emperador, dejando a un lado la etiqueta de la Corte, salió a recibirla y se metió disfrazado en su coche; en cuanto ella lo vió, se sorprendió muy agradablemente, porque siempre le habían dicho que Berthier, que había ido a Viena a desposarse con ella, con poderes del Emperador, se parecía exactamente a éste, por cuya razón dijo con mucha sencillez que encontraba una diferencia bastante notable.

El Emperador quiso evitarla todos los pormenores incómodos de la etiqueta que se usa en semejantes circunstancias; ya se lo habían prevenido de antemano en Viena; y en cuanto a él, personalmente le preguntó el Emperador si sus padres le habían dado algunas instrucciones; ella le contestó ser enteramente suya y obedecerle en todo y por todo; respuesta que para el

(1) Palacio imperial, situado en un pueblo del mismo nombre, a poca distancia de París.

Emperador fué una solución de todo caso de conciencia, mas bien que las decisiones de ciertos cardenales u obispos, como lo dijeron en aquel tiempo; además, en circunstancia igual, Enrique IV había obrado idénticamente.

El casamiento con María Luisa—decía el Emperador—se propuso y concluyó en el mismo día, bajo las mismas formas y condiciones que el de María Antonia (1), cuyo contrato sirvió de modelo. Después de haberse separado de Josefina, se trataba con el Emperador de Rusia, por una hermana suya; ya se habían allanado todas las dificultades, y sólo se discutían algunos puntos concernientes a la religión, cuando el príncipe Eugenio, hablando un día con Mr. Schwartzemberg, supo de éste que el Emperador de Austria no se apartaría de darle su hija; hizolo saber al Emperador, y éste convocó un consejo para decidir cuál de las dos alianzas sería más ventajosa; Eugenio y Talleyrand opinaron por el Austria; Cambaceres habló en contra, y la mayoría se declaró a favor de una archiduquesa. Eugenio se encargó de tratar confidencialmente, y al ministro de Negocios Extranjeros se le dieron poderes para firmar en el mismo día, si la ocasión se presentaba, como, en efecto, así se hizo. La Rusia miró con disgusto esta unión, considerándose burlada; pero sin razón, porque aún no había nada de obligatorio, y por consiguiente, ambas partes quedaban enteramente libres. Los intereses de la política pudieron más que todos los respetos.

El Emperador nombró a la duquesa de Montebello dama de honor de la Emperatriz María Luisa; al con-

(1) Mujer de Luis XVI.

de de Beauharnais, caballero de honor, y al príncipe Aldobrandini, escudero; los cuales, cuando sucedieron los desastres de 1814, no correspondieron al afecto que la Emperatriz debía esperar de su parte; su escudero se ausentó sin despedirse de ella; su caballero de honor no quiso seguirla, y la dama de honor, a pesar del grande afecto que la Emperatriz la profesaba, creyó haber cumplido con su deber cuando la hubo dejado en Viena.

En aquella época, el nombramiento de la duquesa de Montebello fué una elección feliz que mereció la aprobación general; era hermosa, joven, de una conducta excelente, y viuda de un mariscal llamado *el Roldán del ejército*, que había muerto recientemente en el campo de batalla; esta elección fué muy lisonjera al ejército, tranquilizó el partido nacional, amedrentando con este casamiento al número y calidad de gentiles-hombres, como un paso hacia lo que muchos llamaban la contrarrevolución, y procuraban hacerlo considerar bajo este aspecto. En cuanto al Emperador, se había principalmente determinado, por no conocer el carácter de María Luisa, y el temor de que trajese preocupaciones de familia que pudiesen ser perjudiciales a su corte. Pero en cuanto la hubo conocido, cuando supo que se había criado en las ideas del día, sintió el Emperador no haber hecho otra elección, echando mano de la condesa de Beauveau; que, siendo una excelente señora, muy dócil e incapaz de ofender a nadie, sólo se habría conducido por los consejos de familia de sus numerosos parientes, y de este modo hubiera podido introducir una especie de tradiciones útiles y un gran número de subalternos excelentes: habría podido reunir muchos sujetos que todavía estaban separados, y

todo esto se hubiera hecho sin ningún inconveniente; como que habría sido dirigido por las combinaciones del mismo Emperador, que no se dejaba alucinar.

La Emperatriz tomó un afecto muy tierno a la duquesa de Montebello. Esta pudo ser reina de España, porque Fernando VII, desde Valencey, pidió la autorización del Emperador para casarse con la señorita Tascher, prima hermana de Josefina, imitando en esto al príncipe de Baden, que se había casado con la señorita de Beauharnais: el Emperador, que ya pensaba en separarse de la Emperatriz Josefina, se negó a ello, no queriendo complicar más dificultades con este nuevo enlace. Posteriormente, Fernando pidió la duquesa de Montebello o cualquier otra francesa que el Emperador quisiese adoptar (1). La señorita Tascher es la misma que el Emperador casó después con el duque de AreMBERG, con la intención de hacerla gobernadora de los Países Bajos, queriendo con el tiempo indemnizar a Bruselas de la pérdida de su antigua corte. El Emperador hubiera querido nombrar al conde de Narbona, que no hubiera sido extraño a la Emperatriz, en lugar del conde de Beauharnais; pero le detuvo el disgusto que manifestó María Luisa, que en la realidad sólo dimanaba de las intrigas de sus allegados, que nada recelaban de éste, al paso que temían la influencia del espíritu de aquél.

Cuando el Emperador había de hacer algún nombramiento para empleos delicados, comúnmente pedía candidatos a los que por sus destinos estaban inmediatos a su persona, y con estas listas y los informes que se procuraba meditaba en secreto la elec-

(1) Algunos dudan de la verdad de estos hechos.

ción. Nos citó varias personas que le habían propuesto para dama de honor a la princesa de Vaudemont, madama de Rochefoucault, y otras varias; y luego nos pidió que dijésemos quién le hubiéramos propuesto nosotros, con cuyo motivo pasamos en revista una gran parte de la corte. Cuando oyó madama de Montesquieu, que nombró uno de nosotros, dijo: «Ya lo creo; pero ésta estaba colocada con más utilidad. Es una señora de un mérito poco común; su piedad es sincera, sus principios excelentes, y se ha granjeado toda mi estimación y aprecio. Ojalá que yo hubiera tenido media docena como ella; todas las hubiera colocado dignamente y todavía hubiera pedido más: se ha conducido perfectamente en Viena cerca de su hijo.»

María Luisa decía francamente al Emperador que cuando empezó a tratarse de su casamiento no podía echar de sí un cierto pavor, nacido de todo el mal que había oído decir de él; sobre lo que, cuando ella manifestaba sus temores, los archidukes, sus tíos, que la instaban para que accediese a esta unión, la decían: «Que todo esto era muy acertado cuando era su enemigo; pero no ya ahora, que había dejado de serlo.»

Además, para dar una idea de la simpatía y benevolencia con que criaban aquella familia hacia nosotros, decía el Emperador que uno de los archidukes, muy niño, a menudo quemaba sus muñecos, diciendo que asaba a Napoleón. Es cierto que después decía que ya no lo asaría más, pues lo quería mucho porque daba dinero a su hermana Luisa para que le comprase juguetes.

INTERIORIDADES.

15.—Al levantarse de la mesa, el Emperador bajó al paseo inferior y tomó allí mismo su café; luego la conversación recayó sobre el amor. Probablemente estuve muy locuaz sobre este grave asunto, y me manifesté muy sentimental, porque el Emperador, echándose a reir de lo que llamaba mi gorjeo, me dijo que no entendía una palabra de mi retahila novelesca; y luego, hablando con mucha ligereza, afectó quererse manifestar más familiar con las sensaciones que con los sentimientos. Yo me tomé la libertad de observarle que hacía demasiados esfuerzos para presentarse en esta materia, aún peor que las relaciones emanadas de su mismo palacio, muy auténticas, aunque bastante secretas.

—¿Y qué decían?—repuso mirándome muy risueño.

—Señor, suponían que estando en la cumbre del poder os dejasteis imponer un yugo muy suave; que fuisteis el héroe de una novela; que en medio de una resistencia no esperada os prendasteis de una simple cortesana; que la escribisteis por lo menos una docena de cartas; que ella os redujo hasta someteros a un disfraz y a entrar solo en su casa en el centro de París.

—¿Pero cómo se supo esto?—dijo riéndose, que no era negarlo—. Y sin duda añadieron—continuó—que esta había sido la mayor imprudencia que he hecho en mi vida; pues si no hubiese sido una mujer honrada, ¿qué no pudiera haberme sucedido, estando solo y disfrazado, en medio de las circunstancias que me rodeaban? ¿Pero qué decían aún?

—Señor, suponían que vuestra posteridad no se limitaba solamente al rey de Roma, pues la crónica secreta le daba dos primogénitos: el uno de una bella extranjera, objeto de vuestros amores en país lejano, y el otro, fruto de un afecto más inmediato, en el centro mismo de vuestra capital; se pretendía que los dos fueron a veros a la Malmaison antes de marchar; que el uno lo llevó su madre, y el otro lo entró su tutor: ambos el retrato vivo de su padre.

El Emperador se reía mucho de tanto saber; y puesto ya de de buen humor, me ha contado francamente y con una entera libertad muchísimas anécdotas secretas, tanto de sus primeros años como de los posteriores.

SOBRE EL ARRABAL DE SAN GERMÁN.—EL EMPERADOR, DESPREOCUPADO, SIN HIEL, ETC.—PALABRAS CARACTERÍSTICAS.

16.—El Emperador se informó del arrabal de San Germán (1); me preguntaba sobre aquel antiguo baluarte, según él decía, de la vieja aristocracia, refugio empapado de todas las antiguas preocupaciones: *la Confederación germánica*, como él la llamaba. Le dije que antes de sus últimas desgracias, su poder había penetrado en él por todos sus poros; estaba enteramente invadido, sin quedar más que el nombre; las victorias de Austerlitz y de Jena y el triunfo de Tilsit lo habían conquistado. La gente joven y todos los corazones generosos no habían podido mirar con indiferencia el lustrè de su patria; y luego el enlace con

(1) Barrio de París, a izquierda del río Sena.

María Luisa dió el golpe mortal; pues no habían quedado otros descontentos que aquellos cuya ambición no estaba satisfecha, cosa muy común en todas las clases, o algunos viejos intratables y ciertas mujeres del otro siglo que lloraban su antigua influencia. Toda la gente razonable y sensata habíase doblado a los talentos superiores del jefe del Estado, y procuraban consolarse de sus pérdidas, con la esperanza de mejor suerte para sus hijos, punto a que se dirigían todas sus ilusiones. Agradecían la parcialidad del Emperador por los nombres antiguos, confesando que cualquiera otro en su lugar hubiera acabado de anonadarlos; apreciaban mucho la confianza que el Emperador les había manifestado, empleándoles junto a su persona, teniendo siempre presente que cuando tomó sus hijos para el ejército, les dijo: «Estos nombres pertenecen a la Francia y a la Historia; por consiguiente, yo me contituyo tutor de su gloria para que no perezca.» Estas expresiones y otras semejantes le habían creado un gran partido.

Decía el Emperador en aquel momento que quizás no se había lisonjeado bastante a este partido. «Mi sistema de reunión lo exigía imperiosamente, yo lo quería así, y aun lo había mandado; pero los ministros y los personajes intermedios nunca han satisfecho perfectamente mis intenciones en cuanto a este particular, ya fuese porque no viesen más lejos o ya porque temiesen elevar nuevos rivales en favor y disminuir sus ventajas. Sobre todo, Tallérand siempre se había opuesto a este sistema, combatiendo continuamente mis benéficas intenciones hacia la antigua nobleza.» Yo le hacía observar, sin embargo, que la mayor parte de los que había protegido se habían manifestado

muy afectos a su persona; que le habían servido de buena fe, y en general habían sido fieles hasta el momento de la crisis; el Emperador convenía en ello, y aún debo añadir que desde que empecé a conocerle con alguna intimidad, nunca le he visto ni un solo momento de cólera o animosidad contra ninguno de cuantos se han conducido mal con él. No exalta a los que han observado una conducta digna de elogio, porque en ello hicieron su deber; ni se encoleriza contra los culpados, porque en parte ya lo había creído de antemano; cedieron a su natural. Hablaba de ellos fríamente y sin ninguna amargura, atribuyendo una parte de su conducta a las circunstancias, que confesaba haber sido difíciles, y el resto a las debilidades humanas. La vanidad había perdido a Marmont; la posteridad, decía, deshonorará justamente su vida, y con todo, su corazón es mejor que la memoria que dejará. La conducta de Augereau fué efecto de su talento limitado y de las malas compañías; la de Berthier, de su poco espíritu y de su nulidad, etc., etc.

Yo le observaba que este último había dejado escapar la más bella ocasión de ilustrarse para siempre, sólo con haberse presentado al Rey, ofrecerle su sincera sumisión y suplicarle le permitiera retirarse en la soledad para llorar al que le había honrado con el título de su compañero de armas y le había llamado su amigo.

—¡Y bien!—decía el Emperador—. A pesar de la sencillez de este paso, todavía era muy superior a sus fuerzas.

—Su capacidad y limitados alcances siempre fueron un objeto de dicusión entre nosotros—dije yo—, por cuyo motivo nos causaba mucha extrañeza la elec-

ción de V. M., vuestro afecto e ilimitada confianza.

—Es que Berthier, no obstante eso—decía el Emperador—, no dejaba de tener talento, y estoy muy distante de despreciar su persona y mi elección; pero su talento y su mérito eran especiales y técnicos, y fuera de eso, sin ninguna viveza, y además tan débil...

Yo le observaba que con nosotros tenía mucha vanidad y sobrecejo.

—¿Y el título de favorito—decía el Emperador—, lo cuenta usted por nada?

Añadí que era muy soberbio y absoluto.

—¡Ay, amigo!—me decía entonces el Emperador— Nada hay más altivo que la debilidad apoyada en la fuerza, y si no, vea usted las mujeres.

El Emperador, en sus campañas, siempre llevaba a Berthier dentro de su mismo coche, porque durante el camino, hojeando los libros de órdenes y de estados de situación, tomaba sus decisiones, formaba planes y coordinaba los movimientos; Berthier tomaba nota de todo, y a la primera parada o al primer momento de descanso, ya fuese de noche o de día, expedía las órdenes y demás detalles particulares con la mayor regularidad, precisión y prontitud, para cuyo trabajo siempre estaba pronto e infatigable. «He aquí—decía el Emperador—el mérito especial de Berthier; tanto mayor y más precioso para mí, cuanto que ningún otro hubiera podido reemplazarle.»

No puedo menos de volver a tocar algunos puntos característicos del Emperador. Es muy constante que habla con frialdad, sin pasión, preocupaciones ni resentimiento, tanto de las personas como de las circunstancias que han tenido alguna influencia en su vida, y se conoce que con la mayor facilidad podría

ser aliado de sus mayores enemigos, y vivir con el hombre que más mal le ha hecho; habla de su historia pasada lo mismo que si tuviese ya tres siglos de fecha; sus narraciones y observaciones tienen el idioma de la antigüedad; es una sombra conversando en los campos Elíseos o, por mejor decir, un verdadero diálogo de difuntos. Habla de sí mismo como de una tercera persona, notando los actos del Emperador, señalando los hechos que la Historia podrá tacharle, analizando los motivos y las razones que podrían alegarse para justificarle, etc.

Nunca podrá echar ninguna falta a otro, decía, porque siempre tuvo la máxima de no seguir otra decisión que la suya, y, cuando más, sólo podría quejarse de los falsos informes, pero nunca de malos consejos. Se había rodeado de toda la ilustración posible, pero siempre se había atendido a su propio discernimiento, y estaba muy distante de arrepentirse de su sistema. «La indecisión y la anarquía en los motores—decía—acarrearán la anarquía y la debilidad en los resultados.» Para ser equitativo sobre los errores que produjo la sola decisión del Emperador sería necesario poner en equilibrio las grandes acciones que hubiera dejado de hacer y los errores que le hubieran hecho cometer, los consejos que le reprochan no haber seguido, etc.

En la complicación de circunstancias que han contribuido a su caída ve las cosas tan de lejos y en grande, que los hombres desaparecen. Nunca ha manifestado el menor asomo de animosidad contra ninguno de cuantos, al parecer, tiene motivos de quejarse; su mayor señal de reprobación contra algún individuo, he observado varias veces que es el guardar un profundo silencio cuando se habla de él. ¡Cuántas y cuántas

veces le hemos visto cortarnos la palabra si nos excedíamos en la conversación! «Ustedes no conocen a los hombres—nos decía entonces—; es muy difícil juzgarlos si se quiere ser justo. ¿Acaso ellos mismos se conocen ni se explican bien? La mayor parte de los que me han abandonado, si yo hubiese continuado siendo feliz es muy probable que ni tan siquiera hubieran sospechado que podían separarse de mí; hay vicios y virtudes que pueden llamarse de circunstancias. ¡Nuestras últimas pruebas son superiores a todas las fuerzas humanas! Además, yo aseguro que más bien me han abandonado que vendido, pues veo más debilidad que perfidia; esto ha sido *la negación de San Pedro*; quizás el arrepentimiento y las lágrimas están en la puerta. De otra parte, ¿qué hombre nos presenta la Historia que haya tenido tantos partidarios y amigos? ¿Quién fué más popular y más querido? Los reyes y príncipes aliados míos me han sido fieles hasta más no poder, porque los pueblos en masa les arrastraron, y los que estaban inmediatos a mi persona se han encontrado envueltos y atontados en medio de un torbellino irresistible... ¡No, la naturaleza humana podía manifestarse más fea, y yo más digno de lástima!...»

PROYECTOS DEL EMPERADOR DE RESERVARSE LA ISLA DE Córcega.—OPINIÓN SOBRE ROBESPIERRE.—IDEAS SOBRE LA OPINIÓN PÚBLICA.

18.—A eso de las cuatro de la tarde, después del trabajo acostumbrado, el Emperador me llevó consigo al jardín; precisamente acababa de dictarme sobre la isla de Córcega; después de haber apurado cuanto le ocurrió sobre aquella isla, Paoli, y la influencia que,

siendo aún muy joven, él mismo se granjeó allí cuando se separó de éste, añadió que últimamente estaba muy cierto de haber reunido a su favor todos los votos, opiniones y esfuerzos de sus habitantes; que si cuando salió de París se hubiese retirado allí, hubiera estado al abrigo de toda potencia extranjera; que tuvo esta idea cuando abdicó en favor de su hijo, y había casi decidido reservarse el dominio de la Córcega durante su vida, pues ningún obstáculo marítimo podía impedirle pasar a ella; pero no lo había hecho, decía, para que su abdicación fuese más franca y fructífera para la Francia. Su permanencia en el centro del Mediterráneo, en medio de Europa, y tan cerca de Francia y de Italia, podía servir de pretexto a los aliados. Aún más: por este mismo motivo, y con la misma idea, prefirió América a Inglaterra; ciertamente que no podía prever, decía, consecuente a la confianza con que se entregó, el injusto y violento destierro de Santa Elena.

Luego, examinando diversos puntos de la revolución, el Emperador habló de Robespierre: dijo que no le ha conocido; pero que no le creía talento, fuerza, ni sistema; le consideraba como el verdadero macho, emisario de la revolución, inmolado en cuanto quiso emprender el detenerla en su rápida carrera, que fué el destino de cuantos quisieron intentarlo antes del mismo Napoleón. Los terroristas y su doctrina sobrevivieron a Robespierre, y si sus excesos no se continuaron, fué porque debieron ceder a la opinión pública; todo lo han achacado a Robespierre, pero éste, antes de morir, les respondía que era inocente de los últimos suplicios, pues hacía más de seis semanas que no se había presentado a las Juntas. Napoleón confe-

saba que en el ejército de Niza había visto largas cartas que aquél escribía a su hermano, en las cuales reprobaba los horrores de los comisarios convencionales, que perdían, decía, la revolución con su tiranía y atrocidades, etc. Cambaceres, que debemos considerarlo como una autoridad, por lo que respecta a aquella época, respondió un día al Emperador, que le hacía alguna pregunta sobre la condena de Robespierre, estas notables palabras: «Señor, aquello fué un proceso juzgado, pero no litigado». Añadiendo que Robespierre tenía más consecuencia y concepción de lo que comunmente se pensaba; que su intención era restablecer el orden y la moderación después de haber derribado las facciones desenfrenadas que debía combatir. «Algún tiempo antes de su caída —añadió Cambaceres— hizo un discurso sobre el asunto, que se puede considerar como un monumento de oratoria y energía; como no lo dejaron insertar en el *Monitor* (1), no nos ha quedado el menor fragmento.

No es esta la primera vez que he oído hablar de un blanco y falta de exactitud en el *Monitor*. Hacia aquellos tiempos debe haber en las transacciones de la Asamblea una época enteramente falta de fidelidad, pues los procesos verbales se redactaron arbitrariamente por una de las Juntas.

Los que están inclinados a creer que Robespierre, viéndose cansado, harto y espantado de la revolución, había resuelto detenerla, dicen que no quiso obrar hasta después de haber leído su famoso discurso; pues le encontraba tan bello, que estaba cierto, ciertísimo, de que produciría un gran efecto en la Asamblea. Si

(1) Papel público de París, el único oficial.

es así, su error o su vanidad le costó muy cara.

Los que piensan diferentemente dicen que Danton, Camilo y Des Moulins tenían precisamente la misma idea; y, sin embargo, Robespierre les inmoló. Los primeros responden que esto no sería una razón; que Robespierre pudo inmolarnos para conservar la popularidad, cuando juzgó que todavía el momento no había llegado, o bien para no cederles la gloria de la empresa.

Como quiera que sea, cuanto más nos acercamos a los instrumentos y actores de aquella catástrofe, tropezamos con más obscuridad y misterio, que con el tiempo será todavía mayor; por ello, tanto en este punto como en otros varios, la verdad de la Historia no será probablemente lo que sucedió, sino lo que se habrá escrito.

Con respecto a este mismo Robespierre, decía el Emperador que había conocido mucho a su hermano, representante en el ejército de Italia. No decía ningún mal de él; lo había guiado al fuego, y le había inspirado mucha confianza y un gran entusiasmo; en términos que, habiéndole llamado su hermano algún tiempo antes del 9 termidor, que se preparaba secretamente, Robespierre el joven quería absolutamente llevarse Napoleón a París. Este se resistió, con mucho trabajo, y sólo pudo conseguirlo haciendo intervenir al general en jefe Dumerbion, cuya entera confianza poseía, apoyándose en que su presencia era necesaria en el ejército. «Si le hubiese seguido—decía el Emperador—¿qué diferencia tan notable podía haber habido en mi ulterior destino! No hay duda que hubieran querido emplearme, y desde aquel instante podían haberme destinado a tantear una especie de vendimiario. Pero

todavía era muy joven; entonces no tenía mis ideas fijas, como lo han sido posteriormente, y creo que no hubiera querido aceptar. Pero, en el caso contrario, y aun cuando hubiese salido victorioso, ¿qué resultados podía esperar? En vendimiario la fiebre de la revolución se había calmado enteramente; en termidor todavía estaba en su mayor vigor, en el furor de su incremento y de sus excesos, etc.»

En otra ocasión, hablando sobre otro asunto, decía «que la opinión es un poder invisible y misterioso, al cual nada puede resistir; no hay cosa más móvil, más vaga y al mismo tiempo más fuerte; y aunque caprichosa, las más de las veces es muy verdadera, justa y razonable.

»Siendo cónsul provisional, uno de los primeros actos de mi administración fué la deportación de unos cincuenta anarquistas; pero la opinión pública, que los odiaba, se declaró repentinamente a su favor, y me vi precisado a ceder; pero algún tiempo después, habiendo aquéllos tramado una conspiración, la misma opinión se declaró contra ellos y los aterró.»

TEMPERAMENTO DEL EMPERADOR. — SU SISTEMA DE MEDICINA.

26. — El Emperador todavía estaba indispuesto; como había pasado la noche muy mal, me hizo comer junto a su canapé, para acompañarle. Después de la comida tomó un libro de entre los muchos que tenía a su alrededor: su rápida imaginación y el fastidio de volver a leer lo que ya sabía le hacían tomar y dejar sucesivamente todos los libros, unos después de otros. Al cabo, se detuvo en la *Ifigenia*, de Racine, realzando sus per-

fecciones, señalando y discutiendo los pocos defectos que tiene.

Contra la opinión común, que yo también había adoptado, el Emperador está muy distante de tener una constitución fuerte; sus miembros son gruesos, pero su fibra es muy débil. A pesar de que tiene el pecho muy ancho, siempre está resfriado; la cosa más leve influye en su físico; el olor de la pintura basta para incomodarle; ciertas comidas, la más ligera humedad, inmediatamente le causan efecto; de suerte, que su cuerpo no es de hierro, como se le ha creído, pero sí su moral; sus prodigiosas fatigas exteriores y sus perpetuos trabajos interiores todo el mundo los conoce; sus ejercicios corporales están fuera de toda comparación. El más fuerte que se cita es la carrera que hizo de Valladolid a Burgos en cinco horas y media (treinta y cinco leguas de España) (1).

El Emperador se había puesto en camino con un numeroso séquito, a causa de las guerrillas; pero a cada paso se iba quedando alguno, de modo que llegó casi solo. También se cita la carrera desde Viena a Simmering (dieciocho o veinte leguas), que hizo a caballo para ir a almorzar, y volvió al levantarse de la mesa. Varias veces ha hecho cacerías de treinta y ocho leguas, y las menos eran de quince. Un oficial ruso, correo de Petersburgo, que vino en trece días, encontró al Emperador en Fontainebleau, en el momento en que iba a salir de caza, y para hacerle un obsequio le convidaron a seguir con la comitiva;

(1) Esto parecerá imposible; pero el que lo dude, fácilmente podrá verificarlo, pues todavía existen sujetos que le acompañaron.

aceptó el convite, pero cayó del caballo en medio del bosque.

En el Consejo de Estado he visto al Emperador presente, tratando los varios negocios que se discutían durante ocho y nueve horas seguidas, y levantarse de la silla con las ideas tan limpias y la cabeza tan clara como al principio; en Santa Elena le he visto leer diez y doce horas seguidas, sin que manifestara el menor cansancio. Ha resistido sin alteración los mayores sacudimientos físicos y morales que un hombre puede experimentar. A su regreso de Moscou o Leipzig, después de haber expuesto su desastre al Consejo de Estado, dijo: «Ha corrido la voz en París de que la cabeza se me ha cubierto de canas; mas ya ustedes ven que es falso, y espero que todavía tendré valor para resistir mucho más.» Pero todas estas prodigiosas pruebas podemos decir que sólo las ha resistido en fraude de su físico, que nunca se manifiesta menos susceptible que cuando la actividad del espíritu es más grande.

El Emperador come sin tener horas fijas, y en general muy parcamente; repite muy a menudo que hay peligro en comer demasiado, pero no en comer poco. Es hombre que se pasa veinticuatro horas sin comer nada, sólo por tener mejor apetito al día siguiente; todavía bebe menos, pues un solo vaso de vino de Madera o de Champaña basta para animarle y ponerle de buen humor. Duerme muy poco y sin orden, pues en cuanto se despierta se levanta para leer o trabajar y luego vuelve a acostarse para dormir otra vez. No cree en la medicina, ni toma nunca ningún remedio; su gran secreto para curarse, que decía haber seguido constantemente desde muchos años, consistía en hacer

un exceso en sentido opuesto a la costumbre presente, a lo que llamaba dar equilibrio a su naturaleza; si desde algún tiempo estaba sedentario, hacía repentinamente una carrera de sesenta millas o una cacería de todo un día. Si, por el contrario, la indisposición le sobrecogía haciendo una vida muy activa, se condenaba a un descanso absoluto durante veinticuatro horas; este sacudimiento de improviso infaliblemente le causaba una crisis interior que desde luego producía el resultado deseado; este remedio decía que nunca le había salido mal.

El Emperador tiene los humores demasiado espesos, motivo por el cual su sangre circula con dificultad. La Naturaleza le ha dotado de dos ventajas muy preciosas: la una, de dormirse cuando necesita descanso, a cualquier hora que sea, y la otra, de no poder cometer ningún exceso perjudicial en comer o beber. «Si me excediese en la menor cosa—decía—mi estómago al instante lo arrojaría.» Es muy propenso al vómito, pues una simple tos de irritación basta para hacerle arrojar cuanto ha comido.

ESCLAVO TOBÍAS.—REFLEXIONES CARACTERÍSTICAS DE NAPOLEÓN.

Del 29 al 30.—Un negro ya anciano cultivaba el jardinito de M. Balcombe, en el cual nos paseábamos muy a menudo; la primera vez que vimos al buen viejo, el Emperador, según su costumbre, quiso que yo le interrogara, y su narración nos interesó vivamente; era un indio malayo que muchos años antes la tripulación de un buque inglés lo había robado fraudulentamente de su casa y llevado a bordo, vendiéndolo después en Santa Elena, en donde había constantemen-

te arrastrado las cadenas de la esclavitud; sus palabras tenían todo el carácter de la sinceridad; su fisonomía era franca y buena; sus ojos todavía llenos de viveza; en fin, todo su porte enteramente atractivo y nada envilecido. La narración de semejante infamia nos llenó de indignación, y pocos días después el Emperador formó el proyecto de comprarlo para hacerlo restituir a su patria; en efecto, habló de ello al almirante, cuya primera respuesta en defensa de los suyos fué pretender que el viejo Tobías (que así se llamaba el esclavo) debía necesariamente ser un impostor, pues la cosa era imposible; sin embargo, se informó del hecho y resultó ser verdadero; entonces entró en nuestra indignación y prometió tomar el negocio a su cargo. Nosotros dejamos Briars, pasamos a Longwood, y el pobre Tobías, corriendo la suerte común de todas las cosas de este mundo, pronto quedó olvidado, sin que yo haya sabido cuál habrá sido su suerte.

Como quiera que sea, cuando íbamos al jardín, las más de las veces se paraba el Emperador cerca de Tobías y le hacía varias preguntas sobre su país, su juventud, su familia y su situación actual, como si quisiese estudiar sus más mínimas sensaciones, y la conversación se acababa mandándole dar un doblón de oro. Tobías nos había tomado mucho afecto; cuando llegábamos, su semblante manifestaba una tierna alegría; al instante interrumpía su trabajo y, apoyándose en su azadón, nos consideraba con un aire de satisfacción; ni entendía una palabra de nuestra lengua, pero se sonreía en cuanto yo se las traducía; nunca llamaba al Emperador por otro nombre que el *buen señor* (the good gentlemen), pues no sabía más.

Me he detenido en estos pormenores, porque cada

vez que encontrábamos a Tobías hacía el Emperador reflexiones nuevas, picantes y características. La movilidad de su espíritu es bastante conocida, motivo por el cual cada vez trataba el asunto bajo un aspecto enteramente distinto. Conténtome con anotar los siguientes:

«Este pobre Tobías—decía una vez— es un hombre robado a su familia, a su patria, a él mismo y vendido; ¿puede haber mayor tormento para él! ni mayor crimen que el de sus raptores! Si este crimen fué un acto individual del capitán inglés, seguramente que es un hombre de los más perversos; pero si lo cometió la tripulación en masa, tal vez esta maldad la cometieron hombres quizás no tan malos como podría creerse, pues la perversidad casi siempre es individual y nunca colectiva. Los hermanos de José no pudieron resolverse a quitarle la vida, y Judas, hipócrita, a sangre fría, con un sórdido cálculo de interés, entregó su Maestro al suplicio. Un filósofo ha pretendido que los hombres nacen malvados; seguramente sería un empeño muy arduo y ocioso el indagar si este aserto es verdadero; lo cierto es que la masa de la sociedad no es mala, pues si la gran mayoría quisiese ser criminal y burlarse de las leyes, ¿en dónde estaría la fuerza suficiente para contenerla o precizarla a la observancia de aquéllas? Precisamente este es el triunfo de la civilización, porque este feliz resultado sale de su centro y nace de su propia naturaleza. La mayor parte de nuestras sensaciones nos vienen por tradición; las sentimos porque otros nos las han transmitido; así es que la razón humana, su desarrollo y el de nuestras facultades constituyen toda la clave social y toda la ciencia del legislador. Sólo los que quieren engañar a

los pueblos y gobernar en provecho suyo podrán querer retenerles sumergidos en la ignorancia; porque cuanto más sean ilustrados, tanto mayor será el número de hombres convencidos de la necesidad de leyes sabias y de la urgencia de defenderlas, y la sociedad será más feliz, acomodada y próspera: y si fuese posible que en algún tiempo la ilustración sea perjudicial a la muchedumbre, sólo será cuando el Gobierno, constituyéndose en un estado hostil con los intereses del pueblo, lo estrechará en una posición violenta o reducirá la clase ínfima a la dura necesidad de perecer de miseria, pues entonces se hallaría más espíritu para defenderse o constituirse criminal.

»La sencillez de mi único Código ha hecho más bien en Francia que todas las innumerables leyes que me han precedido. Mis escuelas y la enseñanza mutua preparaban generaciones desconocidas. Así es que bajo mi reinado los crímenes han ido disminuyendo con una rapidez extraordinaria, al paso que en Inglaterra se han multiplicado de una manera espantosa. Me parece que esto basta para poder juzgar osadamente sobre el mérito respectivo de ambas administraciones» (1).

(1) Esta verdad está completamente acreditada con documentos auténticos que presentan resultados aún mayores que no se podrían imaginar. (Véase *Situación de la Inglaterra*, por M. de Montveran.)

| FRANCIA | | | INGLATERRA | |
|-------------|----------------------|-------|-------------|----------------------|
| Habitantes. | Condenados a muerte. | Años. | Habitantes. | Condenados a muerte. |
| 34.000.000 | 882 | 1801 | 16.000.000 | 3.400 |
| 42.000.000 | 392 | 1811 | 17.000.000 | 6.400 |

«Vea usted los Estados Unidos: sin fuerza aparente, sin ningún esfuerzo, todo prospera, todo el mundo allí es feliz y vive tranquilo: ¿y por qué? Porque la voluntad general y los intereses públicos son los que realmente gobiernan. Póngase el mismo gobierno en guerra con la voluntad general e intereses de todos, y al momento se verán alborotos, conmociones, confusión, y, sobre todo, multiplicación de crímenes.

»Cuando llegué a tener el supremo Poder hubieran querido que yo hubiese sido otro Washington; las palabras poco cuestan, y a buen seguro que los que lo han dicho con tanta facilidad hablaban sin conocimiento de los tiempos, de los hombres y de las cosas. Si yo me hubiese hallado en América, de muy buena gana hubiera sido también Washington, y muy poco mérito hubiera tenido en ello; pues yo no veo que razonablemente hubiese sido posible obrar diferentemente. Pero

Por este estado se ve que en Francia en 1801 hubo 26 condenados a muerte por cada millón de habitantes, y diez años después, en 1811, ya habían disminuído en dos terceras partes, pues no hubo más que nueve por cada millón de habitantes.

En Inglaterra ha sucedido muy al contrario, pues el número de condenados a muerte en 1801 fué de 212 por cada millón, aumento de más de la mitad, habiendo sido en 1811 de 379 por cada millón.

También se puede notar de paso que dichas condenaciones en Inglaterra, comparadas con las de Francia en la proporción de 9 a 376, salen a la misma proporción de 1 a 42.

Los pordioseros de Francia, comparados con los pobres que están al cargo de las parroquias de Inglaterra, todavía presentan una proporción mucho más prodigiosa, porque Francia en 1812 sobre 43 millones de habitantes, no presentaba más que 300.000 individuos, al paso que Inglaterra en el mismo año tenía la cuarta parte de su población o 4.250.000 pobres que vivían a expensas de sus parroquias (*Montveran.*)

si el mismo Washington se hubiese hallado en Francia bajo una completa disolución interior e invasión del exterior, yo le hubiera desafiado a ser el mismo héroe; o si hubiese querido serlo, hubiera sido un necio y no más, sin producir otro resultado que el prolongar los estragos. En cuanto a mí, yo no podía ser sino *un Washington coronado*, y sólo podía llegar a serlo en un Congreso de reyes y en medio de reyes convencidos o avasallados. Entonces, y no de otra manera, podía yo patentizar con fruto su moderación, su desinterés y su talento; aún más: no podía yo llegar a aquel punto con alguna probabilidad sin conseguir *la dictadura universal*. He aspirado a ella, es muy cierto; ¿se querrá suponer que fuese un crimen? ¿Quizás pensarán que el abdicarla fuese un esfuerzo más que humano? Sylla, embriagado de crímenes, viéndose perseguido por la execración pública, tuvo valor de abdicar; ¿qué motivo hubiera podido detenerme a mí, viéndome colmado de bendiciones? .. ¡Debí haber vencido en Moscou!... ¡Ah!, con el tiempo, ¡cuánto y cuánto sentirán mis desastres y mi caída!... Pero pedirme antes de tiempo lo que no estaba todavía en sazón, era una tontería vulgar; anunciarlo yo o prometerlo, lo hubieran tomado por charlatanismo, y nunca ha sido tal mi carácter... Lo repito, ¡debí haber vencido en Moscou!...

En otra ocasión, parado delante de Tobías, decía: «¡He aquí lo que es esta pobre máquina humana! No hay un exterior que se parezca, ni un interior que no difiera; ¡y por no querer convenir con la certeza de esta verdad se cometen tantos errores! Transfórmese Tobías en un Bruto, y se hubiera dado la muerte; en un Esopo, quizás en el día sería consejero del gober-

nador; en un cristiano ardiente y celoso, arrastraría sus cadenas en loor de Dios, y bendeciría las manos que se las han puesto. ¡Pero el pobre Tobías no es tan mirado, calla y trabaja inocentemente!» Y después de haberlo considerado algunos instantes en silencio, dijo alejándose: «Es muy cierto que del pobre Tobías al rey Ricardo hay una gran distancia... Sin embargo, la maldad no es menos atroz; pues al cabo este buen hombre tenía su familia, sus goces, su propia vida, y se ha cometido un crimen horroroso, trayéndolo aquí para acabar sus días bajo el duro peso de la esclavitud.» Y parándose repentinamente, me dijo: «¡Pero leo en los ojos de usted; está pensando que este ejemplo no es el único en Santa Elena!» Y sea que se viese chocado de ponerse en paralelo con Tobías, sea que creyese que mi espíritu se abatía, o, en fin, sea lo que se fuere, prosiguió con fuego y majestad: «No, amigo mío; esto no tiene comparación: si el atentado es más grandioso, también las víctimas ofrecen otros recursos en sí mismas. No nos han sometido a sufrir tormentos corporales; y si hubiesen querido probarlo, tenemos un alma capaz de burlar a nuestros tiranos!... ¡Nuestra infeliz situación tiene un cierto atractivo!... ¡El universo entero nos mira con atención!... ¡Somos mártires de una causa inmortal!... ¡Millones de hombres lloran nuestra suerte, la patria suspira, la gloria se ha cubierto de un manto lúgubre!... ¡Aquí luchamos contra la opresión de los dioses; pero las naciones se han declarado a nuestro favor!...» Y después de una breve pausa, continuó: «Mis verdaderos tormentos no, ¡no están aquí!... Si yo me considerase solo, quizás debiera alegrarme... También las desgracias tienen su parte en el heroísmo.

mo y la gloria... ¡A mi ilustre y próspera carrera le faltaba la adversidad!... ¡Si hubiese muerto en el trono, en la cumbre del poder, para muchos hubiera sido un problema: ahora, la desgracia proporciona que todo el mundo pueda juzgarme sin velo ni disfraz!

ORIGEN DE LOS GUÍAS.—OTRO RIESGO DE NAPOLEÓN.—
UN OFICIAL ALEMÁN.—UN PERRO.

Del 1.º al 3 de Diciembre.—Una multitud de objetos ocuparon estos días: omito una parte de ellos por inútiles, y callo los demás por decencia, limitándome a transcribir algunos nuevos rasgos relativos al general en jefe del ejército de Italia.

Después del paso del Mincio, habiendo Napoleón mandado todas las medidas oportunas y perseguido al enemigo en todas las direcciones, se paró en un palacio que había en la orilla izquierda del río, con un violento dolor de cabeza, y tomó un baño de pies. Estaba casi solo, cuando un destacamento enemigo, que se había extraviado, llegó remontando el río hasta las puertas del palacio: la centinela que estaba a la puerta sólo tuvo tiempo para cerrarla, gritando a *las armas*; y el general en jefe, coronado por la victoria, se vió reducido a escaparse, saltando la zanja del jardín con una bota en una pierna y la otra desnuda. Si entonces le hubiesen cogido, las hazañas con que acababa de principiar su carrera es muy probable que el vulgo no las hubiera considerado más que como un atolondramiento dichoso y reprehensible. El peligro que tan felizmente acababa de evitar, y que según su táctica podía renovarse a cada paso, originó la formación de guías, encargados de guardarle, cuyo

ejemplo posteriormente se ha seguido en otros ejércitos.

En la misma campaña Napoleón corrió otro riesgo no menos inminente: reducido Wursmsers a replegarse dentro de Mantua, y desembocando repentinamente en la llanura, supo por una vieja que un momento antes el general francés se había parado delante de su puerta casi solo y que se había escapado en cuanto vió los austriacos; al instante despachó varios destacamentos de caballería en todas direcciones, no dudando conseguir hacer tan importante presa. «Pero encargó muy encarecidamente—decía el Emperador—que no me mataran ni hicieran el menor daño.» La velocidad de su caballo, y sobre todo su buena estrella, le sacaron felizmente de este peligro.

Luego se verá que la nueva táctica de Napoleón desconcertaba todos los planes del enemigo. Apenas abrió la campaña, sus tropas inundaron toda la Lombardía y preparaban el sitio de Mantua confundidas con las del enemigo. Hallándose el general en jefe en las inmediaciones de Pizzighitone, encontró un capitán o coronel alemán, que acababa de caer prisionero; tuvo la curiosidad de hacerle algunas preguntas sin darse a conocer, y le dijo cómo iban los negocios. «¡Oh!, muy mal—respondió—; yo no sé en qué vendrá a parar todo esto; pero lo cierto es que nadie lo entiende. Nos han hecho venir para batirnos con un mozalbete que ataca a derecha, a izquierda, por delante y por detrás, sin que un hombre sepa lo que deba hacer. Este método es insoportable; y por mi parte sé decir que estoy contentísimo de haber acabado.»

Decía Napoleón que después de una sangrienta refriega en Italia atravesó el campo de batalla, que es-

taba cubierto de cadáveres: «Con la claridad de la luna, en la soledad de la noche—decía el Emperador—un perro salió de entre los vestidos de un cadáver, se abalanzó a nosotros y se volvió al instante a su escondite ladrando con un quejido doloroso; ya lamía a la cara de su amo, ya se abalanzaba de nuevo contra nosotros, como si nos pidiera socorro y al mismo tiempo quisiera vengarse. Sea disposición del momento, el lugar, la hora, el tiempo, el acto en sí mismo, o yo no sé qué, ello es cierto que en mi vida, en ningún campo de batalla, jamás he experimentado igual conmoción. Me paré involuntariamente para considerar aquel espectáculo: ¡este hombre, decía en mí mismo, tal vez tiene amigos, quizás los tiene en el campamento, en su misma compañía, y aquí yace abandonado de todos, excepto de su perro! ¡Qué lección nos da la Naturaleza por medio de este animal!

»¡He ahí lo que es el hombre! ¡Quién podrá adivinar el misterio de sus impresiones! Sin la menor conmoción yo había ordenado batallas que debían decidir de la suerte de todo un ejército; con la mayor sangre fría había visto ejecutar movimientos que podían acarrear la pérdida de millares de hombres; ¡y en aquel momento me sentí enternecido por los quejidos dolorosos de un perro!... Lo cierto es que en aquel momento hubiera sido mucho más flexible para un enemigo rendido; concebía mejor a Aquiles restituyendo al llanto de Príamo el cadáver de Héctor.»

GUERRA.—PRINCIPIOS.—APLICACIÓN.—SOBRE VARIOS GENERALES.

Del 4 al 5.—Hacía algunos días que la temperatura había variado de una manera muy sensible; de suerte

que el Emperador ya no salía las tardes, porque se resfriaba a cada instante y no descansaba bien; se vió precisado a retirarse de la tienda y comer de nuevo dentro de su cuarto: allí estaba mucho mejor, pero no podía menearse. Después de comer seguía la conversación sin levantarse de la mesa; y aquel día la entabló con el general Gourgaud, que se había quedado a comer, sobre los elementos y los primeros ejercicios de la artillería. Este, que salía de aquel cuerpo, todavía tenía las ideas frescas, y por lo mismo el examen fué muy curioso y divertido; nunca el Emperador se quedó atrás, de modo que cualquiera hubiera dicho que acababa de pasar su examen en la Escuela militar.

Luego se habló de guerra y de los grandes capitanes. «La suerte de una batalla—decía el Emperador—es el resultado de un instante, de un pensamiento: se avanza con combinaciones varias, se pelea algún tiempo, preséntase el momento decisivo, *una chispa de moral* decide, y la más pequeña reserva ejecuta.» Luego habló de las batallas de Lutzen, Bautzen. etcétera.

Después dijo el Emperador que si en la campaña de Waterlloo hubiese seguido su primera idea de dar vuelta a la derecha del enemigo, lo hubiera conseguido fácilmente; mas había preferido penetrar por el centro y separar los dos ejércitos. Pero todo fué fatal en aquella acción que, dice, tomó el colorido de una absurdidad, y no obstante debió ganar la victoria. Jamás ninguna batalla de cuantas mandó le había presentado un éxito menos dudoso, y aun ahora no puede concebir lo que sucedió. Grouchy se perdió; Ney estaba fuera de sí; en su frente se podían leer los re-

mordimientos de Fontainebleau y de Lons-le-Saulnier, entremezclados. D' Erlon se hizo inútil: en fin, ninguno fué el hombre que debía. Si en la noche del mismo día hubiese conocido la posición de Grouchy y hubiese podido juntarse con él, hubiera podido al amanecer restablecer las cosas con aquella magnífica reserva, y tal vez destruir los aliados por uno de aquellos prodigios, de aquellas vueltas de fortuna que le eran familiares, y que nadie hubiera extrañado; pero ignoraba el paradero de Grouchy, y, además, no era fácil gobernarse en medio de los destrozos de aquel ejército. Dificilmente puede pintarse éste en aquella lúgubre noche; era un torrente fuera de madre, que todo lo arrastraba.

Luego hacía observar que los riesgos de los generales de nuestros días no se pueden comparar con los de la antigüedad; porque en el día no hay una posición en la cual un general esté al abrigo de la artillería, al paso que antiguamente no corrían los generales ningún riesgo, sino cuando entraban en la pelea; y esto a César sólo le sucedió dos o tres veces.

Es muy raro y difícil, decía en otra ocasión, reunir todas las cualidades necesarias para formar un buen general. Lo que es más de desear, y que saca a un hombre de la esfera ordinaria, es que el talento esté en equilibrio con el carácter o el valor; lo que él llamaba ser cuadrado: tanta base como altura. Si el valor, continuaba, es muy superior, el general emprende viciosamente más de lo que concibe; y al contrario, no se atreve a ejecutarlo si su carácter o su valor son inferiores a su talento. Entonces citaba el virrey, cuyo único mérito consistía en este equilibrio, que sin embargo era suficiente para hacer un hombre muy distinguido.

De ahí se ha extendido al valor físico y moral, y decía que Murat y Ney era imposible que dejaran de ser valientes; pero que no se podía tener peor cabeza que las de ambos, principalmente del primero. En cuanto al valor moral, decía haber encontrado muy raramente el de las dos de la madrugada, es decir, el valor de improviso, que, a pesar de los acontecimientos más impensados y repentinos, deja la misma libertad y presencia de espíritu, discernimiento y decisión. No dudaba en afirmar que él mismo era el hombre que había encontrado con más valor de esta naturaleza, y que había visto poquísimos que no le fuesen muy inferiores.

También decía que nadie se hace una idea cabal de la fuerza de alma que se necesita para, con plena meditación de sus consecuencias, dar una de aquellas grandes batallas, de cuyo éxito va a depender la suerte de un ejército, de un país, o la posesión de un trono. Por ello, observaba, raramente se encuentran generales que se apresuren a dar una batalla: toman bien su posición, se establecen, meditan sus combinaciones; pero ahí empieza la indecisión; y con todo, nada es más difícil y más precioso que el saber decidirse en el momento oportuno.

Hablando luego de varios generales, y dignándose responder a algunas cuestiones, decía que Kleber estaba dotado de un talento superior, pero que sólo era el hombre del momento; que buscaba la gloria como el único camino que podía conducirle a los placeres; además, no era un hombre nacional, pues con la mayor facilidad hubiera servido en un ejército extranjero: había empezado su carrera con los prusianos, que le tenían embobado.

Desaix poseía en supremo grado este precioso equilibrio, que se ha definido más arriba. Moreau era un pobre hombre en la línea de los primeros generales: en él la Naturaleza no había acabado su creación, pues tenía más instinto que talento. En Lannes al principio el valor sobrepujaba al ingenio; pero luego el ingenio iba cada día en aumento para ponerse en equilibrio: era un hombre superior cuando murió. Decía el Emperador: «Le tomé pigmeo y le perdí gigante.»

En tal otro general que nombraba, el talento era superior al carácter; seguramente no se podía negar que era valiente; pero calculaba el peligro, como otros muchos.

Hablando de espíritu y valor, decía el Emperador: «No hay uno solo de mis generales, cuyos alcances no me sean conocidos. Los unos—decía—toman hasta la cintura, otros hasta el pescuezo y otros hasta por encima de la cabeza; pero el número de estos últimos aseguro a ustedés que es muy pequeño. Suchet es uno de aquellos cuyo carácter y espíritu habían tomado un extraordinario incremento. Massena había sido un hombre muy superior, que por un privilegio particular, sólo en medio del fuego poseía este equilibrio tan deseado, que le crecía a proporción que aumentaba el peligro. Los generales que parece debían elevarse en los destinos futuros eran Gerard, Clausel, Foy, Lamarque, etc., etc. Los cuales debían ser mis nuevos mariscales.»

SITUACIÓN DE LOS PRÍNCIPES DE ESPAÑA EN VALENCEY.
EL PAPA EN FONTAINEBLEAU.—REFLEXIONES, ET-
CÉTERA.

6.—Después que el Emperador me hubo dictado por la mañana, trabajó sucesivamente con los otros señores, y luego se paseó un rato con ellos. Cuando salieron, fuí a encontrarle a la calle inferior: estaba triste, silencioso, y su fisonomía manifestaba una especie de disgusto y severidad. «¡Y bien!—me dijo cuando subíamos para comer—; en Longwood tendremos centinelas frente de nuestras ventanas; quieren precisarme a tener en mi mesa y en mi salón a un oficial extranjero; no podría montar a caballo sin que éste me acompañase; en una palabra: ¡no nos sería permitido dar un paso ni hacer un movimiento sin exponernos a un ultraje!...»

Yo le contesté que esto no era una gota de hiel, añadida al cáliz amargo que debíamos apurar por su gloria y poder pasados; que de otra parte su estoicismo bastaba para desafiar a sus enemigos y hacerles avergonzar de su brutalidad a la faz de todas las naciones; me adelanté a decirle que seguramente los príncipes de España en Valencey y el papa en Fontainebleau nunca experimentaron un tratamiento semejante. «Yo lo creo—me dijo—; los príncipes en Valencey cazaban cuando querían, daban bailes y comidas sin sospechar ni aun remotamente su esclavitud; el respeto y los miramientos los rodeaban por todas partes. El buen viejo Carlos IV pasó de Compiègne a Marsella y de Marsella a Roma cuando le dió la gana; y con todo, ¡qué diferencia de este sitio a

aquéllos! El papa en Fontainebleau, aun cuando en el mundo hayan dicho lo que hayan querido, fué tratado de la misma manera; y aún nadie sabe el crecido número de personas que, a pesar de todos estos miramientos, se habían negado abiertamente a vigilarlos en tales circunstancias, negación que no me había ofendido, porque me pareció muy natural: estos empleos entran en la categoría de los escrúpulos interiores, y nuestras costumbres europeas mandan imperiosamente que el poder no exceda los límites del honor. A esto añadía que él, como hombre y oficial, no hubiera dudado en negarse a vigilar al papa, cuya traslación a Francia nunca había mandado.

Atónito me quedé al oír esta última expresión; él lo notó y me dijo: «¿Usted se admira? Es decir, que no lo sabía; sin embargo, es cierto, y tan cierto como muchas otras cosas que usted sabrá con el tiempo. Además, sería todavía necesario distinguir los actos de un soberano que obra colectivamente, de los del simple particular que no tiene la menor sujeción en su modo de pensar: la política admite y aun manda al primero lo que las más de las veces sería inexcusable en el segundo.»

La comida amenizó la conversación, suavizó la tristeza, y el buen humor salió victorioso.

El Emperador pensaba seriamente en dejar su mala choza, a pesar de los inconvenientes que de otra parte presentaba el nuevo domicilio: cuando fui en casa de nuestro huésped, me encargó le llevase una caja con su cifra y le dijese de su parte que le rogaba disimulase todas las molestias que le había causado.

SOBRE LA *Nueva Eloísa* Y EL AMOR.

7.—Tempranito el Emperador me hizo bajar a su cuarto; se puso a leer la *Nueva Eloísa*, parándose a cada instante sobre el arte y la fuerza del raciocinio, el encanto del estilo y de las expresiones; leyó más de dos horas seguidas; esta lectura producía en mi espíritu una violenta impresión, una suave melancolía mezclada de pena; no he leído una sola vez aquella obra sin conmoverme, sin despertar felices recuerdos y crear tristes duelos. El Emperador se sonrió más de una vez; y durante nuestro almuerzo, la misma obra alimentó nuestra conversación.

Juan Jacobo había sobrecargado su asunto—decía el Emperador—, pues había pintado el frenesí; el amor debería ser un placer y no tormento. Yo sostenía que Rousseau no había dicho nada que un hombre no haya podido sentir, y que el mismo tormento que el Emperador suponía, era una felicidad. «Ya veo—me decía riéndose—que usted ha caído en lo fabuloso; y esto ¿le ha hecho a usted feliz?—No me quejo de mi suerte, señor, le respondí; y si debiera empezar de nuevo, no quisiera obrar diferentemente.»

Después del almuerzo el Emperador continuó la lectura; pero a medida que iba adelantando, la suspendía de cuando en cuando; el efecto mágico al cabo le cogió a su vez; dejó el libro y nos fuimos al jardín. «En efecto—decía—, esta obra tiene mucho fuego, conmueve e inquieta.» El asunto se trató a fondo, y después de haber hecho muchísimos comentarios, sacamos por consecuencia que el amor perfecto es la felicidad ideal; que tan aéreo, fugitivo, misterioso e

inexplicable es lo uno como lo otro; y, por último, que el amor debe ser la ocupación del hombre ocioso, la distracción del guerrero y escollo del soberano.

El gran mariscal y el general Gourgaud, que venían de Longwood, se juntaron con nosotros. El almirante ya hacía algunos días que se daba mucha prisa para que nos trasladásemos allí, y el Emperador no lo deseaba menos, porque, en efecto, estaba malísimamente en Briars.

ESTABLECIMIENTO EN LONGWOOD

TRASLACIÓN A LONGWOOD.—DESCRIPCIÓN DEL CAMINO.—TOMA DE POSESIÓN.

10 de Diciembre.—El Emperador me hizo llamar a eso de las nueve para ir al jardín; tuvo que salir temprano de su cuarto, pues en la misma mañana debía cargarse todo su equipaje para trasladarlo a Longwood. Cuando llegamos al jardín, pidió su almuerzo e hizo llamar a M. Balcombe, nuestro huésped, que quiso almorzara con él; estaba de muy buen humor, y, por consiguiente, su conversación fué muy divertida.

A las dos llegó el almirante, y se presentó con un cierto aire de cortedad, porque la manera poco decorosa con que se había tratado al Emperador en Briars y las trabas que se imponían a los de su séquito que se habían quedado en el pueblo, crearon una cierta frialdad, en términos que el Emperador ya no recibía al almirante. Sin embargo, esta vez le trató con la misma afabilidad que si le hubiera visto la víspera.

En fin, dejamos Briars y tomamos el camino de Longwood; el Emperador montó un caballo que le habían mandado traer del Cabo de Buena Esperanza; todavía no lo había visto; era pequeñito, vivo, y bastante lindo. Se puso su uniforme favorito de cazador de la guardia; de manera que su gracia y buen porte de aquel día eran notables: el almirante iba a su lado, y varios oficiales ingleses se juntaron con nosotros, para formar su acompañamiento, que pasó ante una multitud de gente que se había reunido en el camino para verle.

Para ir de Briars a Longwood se retrocede un buen trecho hacia el pueblo; y luego, volviendo a la derecha, se atraviesa la cordillera que forma un costado del valle, y se sale a una llanura un poco pendiente, que subiéndola se descubre un nuevo horizonte y nuevos puntos de vista. Dejando detrás la cordillera de montañas áridas y peñascos estériles que caracterizan el costado del desembarcadero, enfrente se descubre otra cordillera transversal, cuya cumbre más elevada, que es el *Pico de Diana*, parece ser, al mismo tiempo, la clave y el punto céntrico de todas aquellas montañas; a izquierda, que es la parte oriental de la isla, o sea el lado de Longwood, el horizonte está cerrado por la cordillera, resquebrajada de peñascos pelados, que forman el circuito y la barrera de la isla; el suelo se presenta enteramente desordenado, inculto y desierto; a derecha se prolonga la vista en un terreno de bastante extensión, casajoso, pero que al menos presenta alguna vegetación, un crecido número de habitaciones y todas las señales del cultivo; debemos confesar que, por este lado, el cuadro es enteramente romántico y bastante agradable.

A medida que se va adelantando, por un camino bastante bien cuidado, se forma a izquierda un valle muy profundo, y cuando se han andado dos millas, el camino forma repentinamente un recodo hacia la izquierda, en el cual está situado *Hul's-Gate*, que es una casuca pequeña, que se había destinado para la vivienda del gran mariscal y su familia. A poca distancia, el valle de la izquierda, que se va profundizando, forma un abismo circular, cuya extensión, profundidad y conjunto gigantesco le han hecho dar el nombre de *Bol de punch del Diablo*. El camino, que en este paraje se estrecha por una eminencia, se prolonga a la derecha del precipicio, hasta que se aparta de él, dirigiéndose a Longwood, que está bastante inmediato, a la derecha del mismo camino.

A la puerta de Longwood encontramos una guardia sobre las armas, que hizo los honores prescritos al augusto cautivo; su caballo, vivo e indócil, poco acostumbrado a semejante aparato, y espantado con el ruido del tambor, se resistía obstinadamente a pasar el umbral, y sólo pudo conseguirlo el jinete a fuerza de espuelas. Entonces, varias miradas significativas se confundieron involuntariamente entre los que formaban su acompañamiento. En fin, a eso de las cuatro de la tarde entramos en nuestro nuevo domicilio.

El almirante nos enseñó detenidamente la habitación, en la cual todo se había hecho bajo su dirección, y aun ciertas cosas él mismo las había trabajado. El Emperador lo halló muy bien, manifestando en todo la mayor complacencia; cosa que celebró mucho el almirante, porque se dejaba ver en todos sus ademanes que había temido faltar en el acierto.

DESCRIPCIÓN DE LONGWOOD, ETC.

Del 11 al 14.—En fin, ya se descubría a nuestra vista una nueva porción de nuestra existencia en el espantoso peñasco de Santa Elena, pues acababan de instalarnos en nuestro futuro domicilio y señalarnos los límites de nuestra prisión agreste.

Longwood, que en el principio fué un simple cortijo de la compañía, abandonado al cabo del gobernador, está situado en uno de los puntos más elevados de la isla; el termómetro inglés señala diez grados de diferencia menos que en el valle en donde desembarcábamos; es una especie de masa bastante extendida hacia la costa oriental y muy cerca del mar; un viento perpetuo, a veces violento, y siempre en la misma dirección, barre constantemente la superficie; las nubes casi siempre la cubren, y el sol raramente se deja ver; no por esto tiene menos influencia en la atmósfera; pues si no se procura evitarlo con mucho cuidado, ataca el hígado; y las lluvias, abundantes y repentinas, acaban de impedir que se distinga ninguna estación regular (pues en Longwood no se conocen); sólo, sí, un viento continuo, nubes, humedad, siempre una temperatura regular y monótona, que al cabo tal vez presenta más fastidio que insalubridad. La yerba, a pesar de las lluvias abundantes, desaparece corroída por el viento o marchitada por el calor; el agua, que va por un conducto, es tan malsana, que el cabo gobernador que nos había precedido no hacía uso de ella ni para él, ni para su familia, sin hacerla hervir de antemano; y nosotros seguimos el mismo método. Los árboles, que de lejos presentan un aspecto agradable,

no son otra cosa más que arbustos de gomas, miserables y bastardos, que no dan la menor sombra. Una parte del horizonte presenta a lo lejos la inmensidad de los mares, y todo lo demás sólo ofrece a la vista enormes peñascos estériles, profundos abismos, valles resquebrajados, y a lo lejos la cordillera nebulosa del *Pico de Diana*. En resumen, el aspecto de Longwood sólo puede ser agradable a un viajero fatigado de una larga navegación, que cualquiera tierra le es grata. Si llega allí en un día claro y sereno, atónito con los objetos que se presentan repentinamente a su vista, podrá llegar a exclamar: ¡qué hermoso país! Pero debe notarse que este hombre no está allí sino un instante, y su falsa admiración será un nuevo suplicio para los cautivos, que se hallan condenados a vivir perpetuamente en él.

Durante dos meses habían trabajado sin cesar para poner Longwood en estado de recibirnos; pero los resultados no fueron muy satisfactorios. Se entra en la casa por una pieza nuevamente construída, que debía servirnos a la vez de recibimiento y comedor; luego de una pieza continua se había hecho salón, y una tercera pieza muy obscura, transversal a las dos precedentes, la habían destinado para colocar los libros y mapas del Emperador; a la derecha de esta pieza estaba su habitación, que se componía de dos piezas muy pequeñas y casi iguales, la una en seguida de la otra, que debían servir de gabinete y alcoba, y un corredorcillo exterior a la vuelta de estas dos piezas le servía de sala de baño. Al costado opuesto de la habitación del Emperador, al otro extremo del edificio, estaba la de madama de Montholon, su marido y su hijo, que posteriormente ha servido para la biblioteca del Emperador.

Además de todo esto había, entre varios corredorcillos informes, una piececilla cuadrada en el piso bajo, junto a la cocina, que se destinó para mí; y pasando por una abertura practicada en el techo, por una escalera de navío, se subía a una bohardilla, que servía de acogida para mi hijo; verdadero nicho que apenas tenía bastante espacio para la cama. Nuestras camas y ventanas no tenían cortinas, y los pocos muebles que teníamos es muy probable que los habitantes los habían cedido, contándose por muy satisfechos de que se les hubiese proporcionado una ocasión de venderlos con mucha ventaja, para renovarlos en la primera ocasión.

El gran mariscal, su mujer y sus hijos se quedaron dos millas detrás de nosotros, en un abrigo que en el mismo país lleva el nombre de choza (*Hut's-Gate*). El general Gourgaud, el médico (1) y el oficial nombrado para guardarnos, en el ínterin que se les arreglaban sus cuartos, que estaban construyendo apresuradamente los marineros del *Northumberland*, se alojaron en una tienda de campaña.

Alrededor del edificio había una especie de jardín; pero la falta de agua, la naturaleza del clima y el poco cuidado que podíamos tomar de su cultivo, lo ponían en estado de serlo sólo de nombre. Enfrente de

(1) Este médico era el doctor O'Meara, del *Northumberland* que viendo marchar Napoleón para Santa Elena sin médico, se ofreció generosamente, con mucho aplauso de sus conciudadanos, y el más vivo reconocimiento de parte de nosotros. Sólo los ministros ingleses parece que se irritaron, pues son públicos los ultrajes, injusticias y persecuciones que su fría y bárbara furia ha ejercido posteriormente sobre este benemérito inglés, a pesar de que no había cometido otro delito que el de honrar la Humanidad, su país y su sensible corazón.

nosotros, a una pequeña distancia, separado por una torrentera bastante profunda, estaba acampado el regimiento número 53, cuyos apostaderos coronaban las alturas inmediatas. Tal era nuestro nuevo domicilio.

ORGANIZACIÓN DE LA CASA DEL EMPERADOR.—SITUACIÓN MORAL DE LOS CAUTIVOS ENTRE SÍ.—ALGUNOS VISOS DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR.

Del 15 al 16.—Cuando salimos de Plymouth, la casa doméstica del Emperador todavía se componía de once personas, cuyos nombres transcribo con mucho placer, para tributar la justicia debida a su fidelidad y buen celo (1).

Aunque esta comitiva fuese muy numerosa, con todo podría decirse que desde que salimos de Inglaterra, durante la navegación, y después del desembarco a Santa Elena, había dejado de existir para él.

(1) Individuos que componían la servidumbre del Emperador.

CAMARA

Marchand, de París, primer ayuda de cámara.

St-Denis, llamado Aly de Versailles, ayuda de cámara.

Noverras, suizo, idem.

Santini, corso, portero de cámara.

LIBREA

Archambault mayor, de Fontainebleau, picador.

Archambault menor, idem, idem.

Gentilini, de Elba, mozo de a pic.

BOCA

Cypriani, corso, muerto en Santa Elena, mayordomo.

Pierron, de París, repostero.

Lepage, cocinero.

Rousseau, de Fontainebleau, platero.

Nuestra dispersión, la incertidumbre de nuestro establecimiento, nuestras necesidades y la irregularidad en el modo de satisfacerlas, habían necesariamente creado un desorden; en cuanto nos reunimos en Longwood, quiso el Emperador ordenar toda su casa, y para ello dió a cada uno el destino que le pareció más análogo a sus inclinaciones. Conservando el gran mariscal el mando y vigilancia de todo por mayor, encargó al general Montholon de todos los pormenores domésticos; al general Gourgaud la dirección de la caballeriza, y a mí me reservó los muebles con la administración interior de cuanto se nos entregara. Esta última parte me parecía tener un contacto tan inmediato con los detalles domésticos, al paso que la unidad en este punto debía ser muy ventajosa al bien común, que facilité para que se me despojara de mi encargo, cosa que no fué larga ni difícil.

Adoptadas estas nuevas disposiciones del Emperador, todo comenzó a correr lo menos mal posible; lo cierto es que encontramos una mejora notable. Sin embargo, a pesar de lo muy razonable de estas disposiciones, no dejaron de fomentar entre nosotros algunos síntomas de desunión, que poco a poco se iban arraigando, y de cuando en cuando se manifestaban de una manera harto visible; al uno le parecía que había perdido, el otro quería dar demasiado lustre a la parte que estaba a su cargo, otro encontraba que la repartición no era igual; en fin, no éramos miembros de una misma familia, en la cual cada uno pone todos los medios que están a su alcance sólo con el objeto de hacer prosperar la masa común; estábamos muy distantes de poner en práctica lo que nos dictaba la necesidad, y todavía nos disputábamos sobre

destrozos de algún lujo y los restos de la ambición.

Cuando el amor que profesábamos a la persona del Emperador nos congregó alrededor suyo, sólo la casualidad formó esta reunión, sin que la simpatía tuviese la menor parte; fué un conjunto puramente accidental, y no el resultado del afecto recíproco; por cuya razón en Longwood formábamos una masa más bien violenta que voluntaria; y en efecto, no podía ser de otra manera; porque casi todos éramos extraños los unos a los otros, y desgraciadamente las circunstancias, la edad y el carácter de cada cual eran otras tantas disposiciones para permanecerlo eternamente.

Estas circunstancias, aunque tenues, produjeron, sin embargo, la desagradable consecuencia de privarnos en gran parte del único consuelo que dependía de nosotros mismos, pues impidieron que se estableciese entre nosotros aquella mutua confianza, aquel desahogo, aquella unión íntima que puede suavizar y aliviar un corazón oprimido por los más crueles infortunios. Pero, en cambio, estas mismas circunstancias varias veces me han hecho conocer los movimientos interiores del corazón del Emperador. Sus invitaciones indirectas para unirnos y confundir nuestros sentimientos; su constante esmero a evitarnos todo motivo justo de celos; aquella distracción estudiada para no observar lo que no quería conocer; en fin, hasta sus correcciones paternas, que para el honor de todos en general no puedo omitir, se evitaban con tanto esmero y se recibían con tanto respeto como si saliesen del trono de las Tullerías.

¿Quién hay en el mundo que pueda lisonjearse de conocer en el Emperador el hombre privado sino yo? ¿Quién ha disfrutado de los dos meses de soledad en

Briars? ¿Quién ha gozado aquellos paseos solitarios con la claridad de la luna, pasando muchísimas horas a solas y familiarmente con él? ¿Quién ha tenido proporción y lugar para tantas conversaciones? ¿Quién ha poseído la confianza de los recuerdos de su niñez, los placeres de la juventud y la amargura de las penas modernas? Por eso creo conocer a fondo su carácter; por eso puedo explicar ahora varias circunstancias que a muchos han parecido difíciles de entender; ahora conozco perfectamente lo que tanto nos admiraba, muy particularmente en los días de su poder, y es que nunca un hombre perdió enteramente su favor; por muy ruidosa que fuese la caída, por mucho que uno se viese abatido, siempre se podía tener esperanza de recobrar su favor; pues en llegando a acercarse a su persona, cualquiera que fuese la falta que se hubiese cometido o el disgusto que se le hubiese causado, raramente sucedía que despidiese descontento al arrepentido; y esto consiste en que el Emperador poseía en grado eminente dos cualidades muy preciosas, a saber: un gran fondo de justicia y una propensión natural a tomar amistad. En cualquiera contrariedad o movimiento de cólera conserva un sentimiento de justicia, que nunca le abandonó; y siempre se puede contar con que escuchará las buenas razones que se le puedan dar; aún más: si se guarda silencio, a buen seguro que él mismo las dará si se le presentan a la imaginación. Además, nunca olvida los servicios que se le han hecho, ni tampoco los hábitos que una vez ha contraído; tarde o temprano le vienen a la memoria, se hace cargo de cuanto habrá sufrido el paciente olvidado, halla que el castigo ha durado ya bastante; entonces manda buscar, en cualquiera parte que se halle,

al individuo que todos creían olvidado, y éste se presenta de nuevo en medio de la general admiración. Varios ejemplos atestiguan este hecho.

El Emperador se aficiona realmente sin demostrarlo. En cuanto se acostumbra a alguno, no cree poderse separar de él; ve sus faltas, las condena, reprueba su misma elección, riñe con ahinco, pero no hay ningún riesgo, porque son otros tantos lazos que le atan al individuo.

Ciertamente sorprenderá el verme bosquejar con tanta sencillez estos rasgos del carácter de Napoleón; todo lo que hasta ahora se ha escrito es, comunmente, tan afectado y con un estilo tan brillante y estudiado, que parecerá mucho más extraño mi estilo liso y llano.

COSTUMBRES HABITUALES DEL EMPERADOR.—SU CONDUCTA CON LAS DOS EMPERATRICES.—POLICÍA SECRETA DE LAS CARTAS.

Del 18 al 19.—Nuestro método de vivir y las ocupaciones del día iban tomando un orden regular y fijo. El Emperador almorzaba en su cuarto a las diez de la mañana, a veces con alguno de nosotros, y la mesa común se servía a la misma hora, advirtiéndome que el Emperador nos había autorizado a convidar a quien quisiésemos. Las horas de pasear no eran fijas, porque como el calor era muy excesivo por las mañanas, y las tardes muy húmedas, se aprovechaban los momentos que parecían más templados. El Emperador trabajaba en el día, ya con uno ya con otro, reservándome ordinariamente para antes de la comida, que comunmente no se servía hasta las ocho o las nueve

de la noche; a las cinco de la tarde me hacía llamar a mi hijo, que servía de amanuense, reemplazándome en este trabajo, pues mi vista no me permitía ya escribir ni leer; escribía lo que el Emperador le dictaba, y luego yo le ayudaba a sacar en limpio su borrador, habiendo tomado tal hábito, que las más de las veces le dictaba de nuevo casi literalmente todas las palabras del Emperador.

El 19, en cuanto éste me vió, me entregó un libelo que por allí había encontrado, para que se lo tradujese; después de mil necedades llegamos a unas cartas privadas, que se suponía había escrito a la Emperatriz Josefina bajo la forma solemne de *Señora y cara Esposa*; luego se hablaba de una combinación de espías y de agentes, por medio de los cuales escudriñaba el Emperador todo lo que pasaba en el interior de todas las familias de Francia, y penetraba en el laberinto intrincado de todos los gabinetes de Europa. No quiso el Emperador que pasara más adelante, y me mandó tirar el libro, diciendo: «¡Este es un tejido de sandeces!»

Lo cierto es que Napoleón, en sus relaciones privadas, nunca dejó de escribir muy familiarmente a la Emperatriz Josefina, tratándola de *tú*, y *ma bonne petite Louise* (mi querida Luisita) a María Luisa.

La primera vez que vi letra seguida de la mano de Napoleón fué en Saint Cloud, después de la batalla de Freidlan, en manos de Josefina, que se deleitaba haciéndonosla descifrar como una especie de jeroglífico. Decía así: «Mis hijos acaban de ilustrar nuevamente mi carrera; la jornada de Freiland la Historia la inscribirá con las de Marengo, Austerlitz y Jena. Mandarás hacer una salva de artillería; Cambaçeres

hará publicar el boletín...» Posteriormente igual casualidad me proporcionó el placer de ver otra carta cuando el tratado de Tilsit, que decía: «Ciertamente la reina de Prusia es hermosa; emplea toda su afectación para seducirme, pero no tengas celos: mi corazón es como un encerado, en el cual todo resbala como el agua. Me saldría demasiado caro si quisiese hacer el galante.»

Hablando de esto entré nosotros en el salón de Josefina, se decía que el Emperador había pedido a la reina de Prusia una rosa que ésta tenía en la mano; que la reina había titubeado algunos instantes, pero luego se la había dado diciéndole: «¿Con que yo he de daros al instante lo que me pedís, y vos siempre seréis inflexible en concederme lo que os pido?» Decía esto con alusión a la plaza de Magdeburgo, que con tanto ardor había solicitado.

En cuanto al secreto de las cartas bajo el reinado de Napoleón, decía éste, que, a pesar de las vociferaciones del público, poquísimas se leían en el correo; las que se entregaban a los particulares abiertas o nuevamente cerradas, las más de las veces ni siquiera se habían leído, porque hubiera sido una obra interminable. Se empleaba este medio más bien para precaver las correspondencias peligrosas que para descubrirlas, pues las cartas que realmente se leían se abrían y cerraban con tanta precaución, que no conservaban de ello el menor vestigio. Desde el reinado de Luis XIV, decía el Emperador que existía una oficina de policía política para descubrir las relaciones con los países extranjeros. Posteriormente estos empleos han permanecido siempre en las mismas familias, transmitiéndose de padres a hijos como una

verdadera propiedad, sin que nadie haya conocido los individuos ni sus funciones; su educación se había perfeccionado con mucho costo en diversas capitales de Europa; tenían su moral particular y les repugnaba mucho examinar las cartas del interior. En el momento en que algún particular estaba inscrito en la lista de esta importante vigilancia, en la misma oficina se grababan sus armas y su sello, en términos que sus cartas, después de leídas, iban intactas a su destino sin el menor indicio de sospecha. Estas circunstancias, los graves inconvenientes que podían acarrear y los grandes resultados que podían producir, formaban el encargo más importante del director general de postas, y exigían en su persona mucha prudencia, talento y sagacidad.

Sobre este particular, el Emperador (que no era partidario de este sistema) alababa muchísimo la administración de M. Lavalette. En cuanto a los descubrimientos diplomáticos que podía proporcionar, no creía pudiesen compensar los gastos que ocasionaban, porque esta oficina costaba seis cientos mil francos anuales, y en cuanto a la vigilancia que se exigía en la correspondencia particular, la creía más nociva que ventajosa. «Raramente —decía— las conspiraciones se tratan por este conducto, y con respecto al conocimiento de las opiniones individuales que se obtiene con la inspección de las correspondencias epistolares, más bien pueden ser funestas que útiles a un príncipe, sobre todo con nuestro carácter. ¿De quién no nos quejamos con nuestra ligereza y movilidad nacional? Tal individuo, que habré maltratado ayer por la mañana, el mismo día escribirá que soy un tirano; el día anterior me habrá colmado de alabanzas, y quizás el

siguiente sacrificará su vida en defensa de la mía. En resumen: la violación del secreto de las cartas puede hacer perder a un príncipe sus mejores amigos, inspirándole solamente desconfianza y preocupaciones erróneas, con tanta más razón, cuanto que los enemigos capaces de ser peligrosos siempre son bastante astutos para no exponerse a este peligro. Hombre ha habido entre mis ministros, de quien nunca he podido sorprender una carta.»

Además, el Emperador estaba muy distante de conocer todo lo que la policía ejecutaba en su nombre, tanto con respecto a los escritos como a los individuos, pues no tenía tiempo ni medios para ello, en términos que diariamente, ya por nosotros, ya por los libelos que le venían a la mano, entraba en conocimiento de arrestos de individuos o prohibiciones que ni siquiera las había oído nombrar.

Hablando de libros espurgados o prohibidos por la policía bajo su reinado, decía que, estando ocioso, en la isla de Elba se había entretenido en examinar algunas de las tales obras, y las más de las veces no podía concebir los motivos que había tenido la policía en la mayor parte de las prohibiciones que había ordenado.

RIGOR DE LAS INSTRUCCIONES MINISTERIALES CON RESPECTO A SU PERSONA. — NUESTRAS PENAS, NUESTRAS QUEJAS. — PALABRAS DEL EMPERADOR. — RESPUESTAS BRUTALES.

Del 20 al 23.—Las instrucciones de los ministros ingleses con respecto al Emperador en Santa Elena traían el sello del rigor y del escándalo con que a la

faz de Europa han violado el sagrado derecho de gentes. Un oficial inglés debía asistir constantemente a la mesa del Emperador; medida inhumana que nos hubiera privado del dulce consuelo de considerarnos como en el seno de nuestra familia, y que sólo dejó de ejecutarse porque el Emperador nunca hubiera comido sino a solas en su aposento; quizás se arrepentía de no haberlo hecho así a bordo del *Northumberland*; tengo fundados motivos de creerlo.

Un oficial inglés debía acompañarle siempre que se pasease a caballo; sujeción bárbara cuyo objeto se dirigía a no permitirle un solo momento de distracción, tan necesaria en su infeliz situación. Renunciaron a este artículo, si no enteramente, por lo menos en el circuito de ciertos límites que fijaron, porque el Emperador había declarado que en caso contrario nunca montaría a caballo.

En tan triste situación, nuestras contrariedades aumentaban diariamente; cada día recibíamos una nueva punzada, tanto más cruel, cuanto establecía un porvenir sin término. En medio de la irritación que necesariamente debían causarnos tan repetidas vejaciones, la menor cosa excitaba nuestra sensibilidad, y con mucha más razón, cuanto que las más de las veces el insulto iba vestido con todos los coloridos de la ironía; pues las centinelas que establecían enfrente de nuestras habitaciones nos decían que eran para nuestra seguridad personal: nos impedían la libre comunicación con los habitantes, nos retenían sin comunicación y pretextaban que era para que los ociosos no importunasen al Emperador. Continuamente cambiaban las órdenes a los centinelas; de manera que vivíamos en una continua zozobra, perplejidad y expuestos a cada

paso a recibir una nueva afrenta imprevista. El Emperador, que sentía en el alma todas estas maniobras, tomó el partido de escribir al almirante por el general Montholon. Hablaba con mucha vehemencia y acompañaba sus palabras de observaciones dignas de notarse. «No espere el almirante — decía — que yo trate esta materia con él. Si mañana viniese a verme, a pesar de mi justo resentimiento no vería en mi cara la menor alteración, ni mi conversación con él sería menos insignificante que las tenidas hasta hoy; no porque hubiese disimulo por mi parte, sino por un resultado de mi experiencia; todavía me acuerdo de lord Withworth, que inundó Europa de una larga conversación conmigo, cuando apenas una docena de palabras eran ciertas; y como entonces yo tuve la culpa, bastó para hacerme más cauto y no cometer en lo sucesivo semejante imprudencia. En el día de hoy tengo demasiada experiencia en el mundo para saber que no debo entregarme a discreción de un individuo, dándole margen a que pudiera decir falsamente: *el Emperador me ha dicho tal cosa*, porque ni tan siquiera tendría yo los medios para desmetirle; un testigo vale otro, y por lo mismo es necesario que me valga de un tercero que pueda decir al primero que miente en lo que me hace decir, y que está pronto a dar la satisfacción de semejante desmentido, cosa que yo no podría hacer por mí mismo.»

A la carta de M. Montholon la respuesta fué injuriosa y brutal: *No se conocía un Emperador en Santa Elena: la justicia y la moderación del Gobierno inglés con respecto a nosotros causaría la admiración de las edades futuras, etc.* El doctor O'Meara tuvo el encargo de acompañar esta respuesta escrita de varias adicio-

nes verbales las más insultantes; y entre otras, de preguntar si el Emperador desearía que el almirante e enviase los libelos y cartas anónimas atroces que había recibido para entregarle, etc.

Cuando le di cuenta de esta respuesta, estaba trabajando con él. No pude ocultarle la extrañeza e indignación que me causaron ciertas expresiones; pero en nuestra situación, la filosofía debía ponerse en el lugar del resentimiento, pues toda especie de satisfacción estaba fuera de nuestro alcance; porque si hubiésemos dirigido una queja al príncipe regente, acaso en ello hubiéramos proporcionado una satisfacción a aquel príncipe y un título meritorio al hombre que tan bajamente nos insultaba; además, las quejas del Emperador no podían dirigirse a nadie en este mundo, pues para él no había otro tribunal que el de Dios, las naciones y la posteridad.

EL EMPERADOR HERIDO VARIAS VECES EN SUS CAMPANAS.—COSACOS.—JERUSALÉN LIBERTADA.

25.—El Emperador, que había estado algo malo la víspera, continuó en su indisposición e hizo prevenir que no podía recibir a los oficiales del regimiento 53, como lo había ofrecido. A las doce de la mañana me mandó llamar y leímos de nuevo algunos capítulos de la campaña de Italia; yo comparaba el de la batalla de Arcole a un canto de la *Iliada*.

Estando todos reunidos en su cuarto un rato antes de la hora de comer, entró un criado para avisarnos que la sopa estaba en la mesa, y como yo salía el último, me detuvo y me dijo: «Quédese usted, comeremos juntos. Somos los más viejos; dejemos ir los jóve-

nes, y nosotros nos haremos recíprocamente compañía. » Luego quiso vestirse, con intención, según decía, de pasar al salón después de haber comido.

Mientras se vestía pasaba la mano sobre su muslo izquierdo, en el cual se veía un agujero considerable; metió el dedo dentro, enseñándomelo de una manera significativa, y como notó que yo no sabía lo que era, me dijo ser el bayonetazo que recibió en el sitio de Tolón, que por poco le costó el muslo. Marchand, que le servía, se tomó la libertad de observar que nadie lo ignoraba a bordo del *Northumberland*, pues al embarcarse, un marinero le había dicho que un inglés había sido el primero que había herido a nuestro Emperador.

Tomando entonces este asunto decía que se había generalmente admirado y celebrado su rara felicidad, que le tenía como invulnerable en medio de tantas batallas. « Y estaban en error—añadió—; sólo, sí, yo tenía mucho cuidado de ocultar misteriosamente todos mis peligros. » En seguida me contó que en el sitio de Tolón le mataron tres caballos; que en las campañas de Italia le hirieron y mataron otros muchos, y tres en San Juan de Acre; que muchísimas veces había sido herido; en la batalla de Ratisbona, una bala le dió en el talón; en la de Esling o Wagram, no tengo bien presente cuál de las dos, otra bala le rasgó la bota, la media e hirió en la pierna; en 1814 perdió un caballo y su sombrero en *Arcissur-Aube* o sus inmediaciones, y después de la batalla de Brienne, entrando al anocheecer en su cuartel general, triste y meditabundo, se vió repentinamente atacado por una partida de cosacos, que habían pasado a la retaguardia del ejército; él mismo rechazó uno, y se vió precisado a echar mano

a la espada, para su defensa personal; varios cosacos murieron a su lado. «Pero lo que da mayor realce a esta circunstancia extraordinaria—decía—es que aquella escena pasó junto a un árbol que estaba considerando en aquel mismo instante, y le reconocía, por ser el mismo a cuya sombra, a la edad de doce años, había leído *Jerusalén, libertada*, en nuestras horas de recreo.» ¡Seguramente que en aquel mismo paraje, el tierno corazón de Napoleón había sentido los primeros latidos de la gloria!

El Emperador repetía que en las varias batallas que había dado, muchísimas veces se había visto en el mayor peligro; pero que siempre lo había ocultado con el mayor esmero, habiendo encargado una vez por todas que se guardara el silencio más absoluto sobre las circunstancias de esta naturaleza. ¡Qué confusión, qué desorden hubiera producido el más leve rumor, la más ligera duda sobre su existencia! Es claro, pues la suerte de un grande Imperio, toda la política y los destinos de Europa estaban pendientes del hilo de su vida.

Además, el hábito de ocultar estas circunstancias dió margen a que ni siquiera se acordase de relatarlas en sus campañas de Italia, pues que ya se le habían olvidado casi enteramente, y sólo por mera casualidad, en el curso de la conversación, podía acordarse de ellas, etc.

INGLÉS DESENGAÑADO.—VENENO DE MITRÍDATES.

* 29.—En nuestra cerca había un paraje desde el cual se descubría a lo lejos la parte de mar por donde se dejan ver los navíos que van al puerto; allí hay un

árbol, a cuya sombra puede observarse con toda comodidad. Y había contraído el hábito de ir allí algunos ratos ociosos para ver llegar, según yo decía, el buque que debía dar fin a nuestro destierro. Ya hacía algunos días que llegaban continuamente unos buques tras otros, cuando por la madrugada aparecieron tres, dos de los cuales parecían ser de guerra.

Aquel mismo día, un honrado inglés, que veíamos muy a menudo, confesaba a Napoleón, con toda la humildad de su alma y a manera de una reparación, que se arrepentía y confesaba con la mayor vergüenza que había creído firmemente todas las abominaciones y absurdidades que se habían publicado sobre su persona, sus ahogamientos, sus mortandades, sus furores, sus brutalidades; en fin, hasta las deformidades de su cuerpo «Al cabo —añadía con la mayor candidez—, ¿cómo podía dejar de creerlo, cuando todos nuestros libros no decían otra cosa y todas las lenguas lo vociferaban, sin que nadie levantase la voz para contradecirlo?— ¡Muy bien —decía el Emperador, riendo a más no poder—; a vuestros ministros debo todas estas lindezas; han inundado Europa de libelos contra mí; acaso dirán, para justificarse, que en ello no hacían más que responder a los que recibían de la misma Francia, y en esto es menester ser justo: varios franceses, que posteriormente se han visto bailar sobre las ruinas de su patria, no carecían de semejante género, y les proveían con la mayor abundancia.

• Como quiera que sea, en tiempo de mi poder, varias veces me atormentaron para que hiciese contrarrestar aquellos folletos; pero yo me negué constantemente. ¿De qué me hubiera servido la defensa? Habrían dicho que yo compraba los escritores, y me hu-

bieran desacreditado más. Una victoria, un nuevo monumento; he aquí la mejor y más verdadera respuesta, decía yo constantemente; la mentira pasa, pero la verdad siempre permanece. Los hombres sensatos, y, sobre todo, la posteridad, no juzgan sino sobre hechos, ¿y qué ha sucedido? Que ya la nube se va disipando; la luz ya rompe el velo que la cubría; todos los días voy ganando en la opinión pública, y muy luego toda la Europa se hará un deber en hacerme justicia. Los que me han sucedido tienen en su poder los archivos de mi administración, de mi policía y de los tribunales; tienen a su disposición y a su sueldo los mismos que necesariamente debieron ser mis ejecutores, los cómplices de mis atrocidades y de mis crímenes. ¡Y bien, ¿qué han publicado?, ¿qué han dado a conocer?

»Por ello, en cuanto se disipe el primer furor, los hombres juiciosos y sensatos volverán a mi partido, y no tendré más enemigos que los tontos y malvados. Ya puedo permanecer tranquilo y dejar andar la rueda; la serie de los acontecimientos, los debates de los partidos opuestos y sus producciones adversas, sacarán diariamente a la luz pública los materiales más seguros y gloriosos de mi historia. Y en resumen, ¿de qué han servido las sumas inmensas que se han gastado en libelos contra mí? Pronto no quedará el menor vestigio de ellos, al paso que mis monumentos y mis instituciones, me harán recomendable a la más remota posteridad.

»Por último, ya en el día no pueden hacer nada de nuevo contra mí; la calumnia ha apurado ya todos sus filos; no puede atropellarme, ni para mí es otra cosa que el *veneno de Mitridates*.»

SOBRE LA «HISTORIA SECRETA DEL GABINETE DE BONAPARTE», POR GOLDSMITH.—DETALLES, ETC.

15 de Enero.—A bordo del navío había oído hablar de la *Historia secreta del Gabinete de Bonaparte*, por Goldsmith, y en el primer momento libre me había venido la idea de recorrer este libro; pero me costó mucho trabajo el procurármelo, porque los ingleses se resistieron mucho tiempo, diciendo que era un libelo abominable; que no osaban enseñármelo, pues ellos mismos se avergonzaban, según decían. Tuve que insistir mucho tiempo, y repetirles varias veces que todos estábamos bien prevenidos para despreciar semejantes tonterías, y que el mismo contra quien se dirigían se reía de ellas cuando las casualidad se las ponía en la mano; a más de que, si esta obra era tan mala como decían, el autor no conseguía su objeto, y, por consiguiente, dejaba de serlo. Pregunté quién era este Goldsmith, y se me dijo que era un inglés que durante mucho tiempo había vivido en París vendiendo su patria por dinero, y que de vuelta a Inglaterra procuraba eludir el castigo y ganar dinero vilipendiando el ídolo que anteriormente había adulado. Al fin pude conseguir la tal obra: es menester convenir que no es fácil amontonar indecencias más horrorosas y ridículas que las que se leen en las primeras páginas; el estupro, el veneno, el incesto, el asesinato y todas sus consecuencias las acumula el autor sobre su héroe desde la infancia. De manera que cuando Napoleón apenas tenía diez o doce años, ya estaba dentro de las rejas de su Escuela militar, y le hace cometer atentados cuya ejecución necesitaría por lo menos

la edad viril y cierta libertad, etc. El autor le hace emprender lo que él llama sus salteamientos de Italia, al frente de ocho o diez mil presidiarios fugitivos del arsenal de Tolón; y, posteriormente, hace desertar veinte mil polacos del ejército austriaco, que pasan a reforzar las banderas del general francés, etcétera etc.

Por la mañana el Emperador me llamó a su cuarto después de almorzar; le encontré en bata, recostado sobre su canapé. La conversación le condujo a preguntarme qué leía entonces: le respondí que era un libelo de los más famosos e indecentes que se habían publicado contra él, y al instante le cité algunos dichos de los más abominables. Pasando de horrores en horrores, exclamó: «Jesús, Jesús!...» Y se persignaba, como se lo he visto hacer varias veces estando los dos a solas, cuando encuentra algunas aserciones monstruosas, insolentes o impúdicas que excitan su indignación o le sorprenden sin encolerizarle. Tomó el libro, y al paso que iba leyendo analizaba ciertos hechos, rectificaba otros puntos de los cuales el autor parecía haber tenido alguna noticia; de cuando en cuando se encogía de hombros, como apiadándose de la necedad del autor; otras veces se reía a carcajadas; pero nunca manifestó la menor señal de mal humor. Cuando leyó el artículo de sus numerosos desórdenes, las violencias y ultrajes que le achacaba, notó que el autor había indudablemente querido hacer de él un héroe bajo todos los aspectos; pero en cuanto a este particular, encargaba la respuesta a los que querían hacerle importante, para que éstos y Goldsmith se pusieran acordes entre sí, añadiendo alegremente que no todos son desgraciados como el pleiteante de

Tolosa. Sin embargo, decía, no tenía razón de atacarle sobre la moralidad de costumbres, cuando el mundo sabe que él las había mejorado notablemente. No podía ignorarse que su natural no le inclinaba al desarreglo, además de que los muchos negocios que le ocupaban no le *hubieran dejado lugar para ello*. Cuando llegó al artículo en que se habla de su madre en Marsella, pintándola bajo un aspecto el más ásqueroso y abyecto, se paró, repitiendo varias veces con el acento de la indignación y dolor: «¡Ah, querida madre!... ¡Pobre señora!... ¡Con toda su grandeza de ánimo!... ¡Si leyese esto!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

Así pasamos más de dos horas, y después empezó a vestirse. Entró el doctor O'Meara a visitarle, como era costumbre. «*Dottore*—le dijo en italiano, mientras se estaba afeitando—, acabo de leer uno de los bellos escritos que en Londres han publicado ustedes contra mí.» Los ojos del doctor preguntaban qué era. Hícele ver el libro desde lejos; precisamente él mismo me lo había prestado: estaba fuera de sí. «Tienen razón en decir que sólo la verdad ofende—continuó el Emperador—; no me ha causado la menor incomodidad, pero sí me he reído muchas veces. «El doctor quería responder, y se metía en un laberinto de palabras: era un libelo infame, asqueroso; todos lo sabían, nadie hacía caso de él; sin embargo, algunos podían creerlo por falta de haberle respondido. «¿Pero cómo se ha remediar?—decía el Emperador—; si en el día de hoy alguien se metiera en la cabeza imprimir que me ha salido pelo y que ando a cuatro patas, hombres hay que lo creerían, y dirían que Dios me ha castigado como a Nabucodonosor. ¿Acaso podría yo evitarlo? Esto no tiene remedio.» El doctor se salió atónito de la indife-

rencia, jovialidad y buen natural que acababa de presenciarse; a nosotros no nos causó la menor novedad, porque ya estábamos acostumbrados a verlos.

PRIMERA LECCIÓN DE INGLÉS, ETC.

El 17 el Emperador tomó su primera lección de inglés; y como mi principal objeto se dirigía a ponerle en estado de leer los papeles públicos, principié por hacerle conocer una gaceta inglesa, estudiando el sistema que se sigue constantemente en su composición, separando los anuncios y noticias sueltas de la parte política, y en esta última aprendiendo a discernir lo que es auténtico de las noticias vagas.

Teniendo el Emperador la constancia de sufrir diariamente el fastidio de semejantes lecciones, me obligué a que al cabo de un mes pudiese leer las gacetas por sí solo y sin el auxilio ajeno. Luego el Emperador quiso hacer algunos temas; escribía frases dictadas y las traducía en inglés con el auxilio de un estadito que le había hecho para el conocimiento de los verbos auxiliares y los artículos, y el Diccionario para otras palabras que él mismo buscaba; le explicaba las reglas de la sintaxis y de la gramática a medida que se iban presentando, y siguiendo este sistema, hizo algunas frases que le divertieron más que las traducciones que quisimos también ensayar. Acabada la lección fuimos a pasearnos al jardín.

OCUPACIONES DIARIAS.—CONVERSACIÓN CON EL GOBERNADOR WILKS.—EJÉRCITOS.—*Delphina*, DE MADAMA STAEL.—MM. NECKER, CALONNE.

Del 18 al 20.—Nuestros días iban pasando con la mayor uniformidad: el Emperador no salía en toda la

mañana; a las dos tomaba regularmente su lección de inglés; luego iba a pasearse al jardín o recibía algunas visitas, aunque raras, y después salía un rato en coche, pues ya habían llegado los caballos. Antes de comer se repasaban las campañas de Italia o de Egipto; después se leían novelas.

El día 20 recibió el Emperador al gobernador Wilks, con quien tuvo una larga conversación sobre el ejército, las ciencias, la administración y las Indias. Hablando de la organización del ejército inglés, se detuvo bastante sobre los ascensos, extrañando que en una nación que establece la igualdad de derechos se vea tan raramente que los soldados lleguen a ser oficiales. El coronel Wilks confesaba francamente que sus soldados no son muy aptos para ello, añadiendo que los ingleses se admiraban también de la gran diferencia que habían notado en el ejército francés, en el cual cada soldado presentaba elementos para formar un oficial. «Esta es una de las grandes consecuencias de la conscripción—decía el Emperador—; pues había constituido el ejército francés el más bien organizado que haya existido jamás. Era una institución eminentemente nacional, y ya muy avanzada en nuestras costumbres; sólo las madres todavía la repugnaban, y hubiera llegado la época en que una muchacha no hubiera querido a un joven que no hubiese pagado su débito a la patria, y sólo en este estado—añadía—la conscripción hubiera adquirido el último grado de perfección. Cuando el servicio militar no se presenta como un suplicio o vasallaje, sino que es un punto de honor que todos se manifiestan celosos de cumplirlo, entonces es cuando la nación es grande, gloriosa y fuerte; entonces su existencia puede desafiar los reveses, las invasiones y los siglos.»

«Además—continuaba—, también es cierto cuando se dice que todo se consigue de los franceses con el aliciente del peligro; parece que les da espíritu, y, por mejor decir, es una herencia de los galos... El valor y el amor de la gloria en los franceses es un instinto natural, una especie de sexto sentido. ¡Cuántas veces, en el calor de las batallas, me he detenido a contemplar mis jóvenes conscriptos arrojarse impetuosamente en la refriega por primera vez! ¡El honor y el valor les salían por todos sus poros!»

Delfina, de madama Stael, ocupaba entonces nuestras veladas. El Emperador analizaba sin perdonar nada de cuanto le llamaba la atención: el desorden de espíritu e imaginación que reina en toda la obra animaba su crítica; los mismos defectos—decía—en otro tiempo le habían alejado de su autor, a pesar de las prevenciones y afectuosas demostraciones de éste. En el momento que la victoria hubo coronado al general del ejército de Italia, madama de Stael, sin conocerle, y sí sólo por la simpatía de la gloria, en aquel mismo instante concibió hacia él unos sentimientos de entusiasmo dignos de su Corina: le escribía cartas muy largas y multiplicadas, llenas de espíritu, de fuego y de metafísica; le decía en ellas que sólo un error de las instituciones humanas podía haberle unido a la tierna y dulce madama Bonaparte, pues la Naturaleza, indudablemente, había destinado para un héroe como él un alma de fuego como la suya (madama Stael), etc.

El que lea las campañas de Italia verá que el ardor de madama Stael no se apagó por la falta de correspondencia. Hábil en seguir el sistema que había establecido, consiguió posteriormente entrar en conoci-

miento y hacerse admitir, usando de este privilegio, hasta ser importuna. Es muy cierto, como ha corrido en el público, que queriendo el general hacérselo sentir, se excusó un día diciendo que apenas estaba vestido, y que ella había respondido con sentimiento y viveza que esto importaba muy poco, porque el talento no tiene sexo.

Madama Stael nos ha conducido insensiblemente a hablar de su padre M. Necker. Nos contaba el Emperador que yendo a Marengo había recibido su visita en Génova, en donde dió muy neciamente a conocer el deseo que M. Calonne, su rival, posteriormente manifestó en París con la mayor ligereza. Luego después M. Necker escribió una obra muy peligrosa sobre la política de Francia, intentando probar que ya no podía ser monarquía ni república, y llamaba al primer cónsul *el hombre necesario*.

Napoleón proscribió la obra, que en aquel momento podía serle muy perjudicial, y encargó su refutación al cónsul Lebrun, que con su linda prosa—decía el Emperador—lo desempeñó a las mil maravillas. El corrillo de los Necker se incomodó; madama Stael intrigó y recibió la orden de salir de Francia; después siempre fué una enemiga ardiente y muy activa. Sin embargo, cuando el Emperador volvió de la isla de Elba, madama de Stael le escribió para expresarle a su modo todo el entusiasmo que le había causado este maravilloso acontecimiento: que se daba por vencida; que este último acto no era de un hombre, pues desde aquel instante colocaba a su autor en el Cielo. Luego concluye insinuando que si el Emperador se dignaba dejarla pagar los dos millones ya ordenados por el rey a su favor, desde aquel instante le

consagraría su pluma y sus principios. El Emperador le hizo responder que nada le lisonjearía tanto como el tener su buena opinión, pues apreciaba todo su talento, pero que a la verdad no era bastante rico para pagarlo a un precio tan excesivo.

LECTURAS DEL EMPERADOR.—MADAMA DE SEVIGNÉ.
CARLOS XII. — *Pablo y Virginia*. — VERTOT. — ROLLIN. — VELLY. — GARNIER.

Del 22 al 26.—Todos estos días llovió casi continuamente; el Emperador no pudo montar a caballo más que una sola vez por la mañana en el parque; tampoco fué posible salir en coche; fué, pues, preciso reducirse a dar algunas vueltas al jardín y entretener la tristeza del tiempo, motivo por el cual trabajamos mucho más. El Emperador pasó todas las mañanas leyendo, como tiene de costumbre; pero con tanta constancia, que a veces lee una obra entera sin soltar el libro de la mano ni cargarse la cabeza; luego me leía algunos párrafos antes de tomar su lección de inglés, que en aquellos días dió con la mayor constancia y regularidad.

Ya leía las cartas de madama de Sevigné, cuyo estilo es tan flúido y pinta tan al vivo las costumbres del siglo. Leyendo la muerte de Turenne y el proceso de Fouquet, observaba, en cuanto a este último, que el interés de madama de Sevigné era muy acalorado, muy vivo y tierno para una simple amistad.

En Carlos XII leía la defensa contra los turcos en su casa de Bender, sin dejar de reirse y repetir con ellos: *¡Cabeza de hierro! ¡Cabeza de hierro!* Preguntábame si estaban acordes sobre la manera que murió.

Yo le decía saber por el mismo Gustavo III que sus mismos soldados lo habían asesinado. Gustavo había estado a verlo en su sepulcro, y decía que la herida era de una bala de pistola disparada por detrás, etcétera, etc.

Al principio de la revolución conocí mucho a Gustavo III en los baños de Aquisgran; y aunque yo era muy joven, varias veces tuve el honor de hablar con él, y aún me había prometido un empleo en su marina si nuestros negocios de Francia tomasen mal aspecto.

Después, leyendo a madama de Maintenon, hacía el siguiente pararelo: «Su estilo, su gracia y la pureza de su idioma me encantan. Si siento una repugnancia extremada para todo lo que es malo, tengo una sensibilidad exquisita para todo lo que es bueno. Yo creo que prefiero las cartas de madama de Maintenon a las de madama de Sevigné, porque dicen más: ¡esta última siempre será el verdadero tipo, porque tiene un estilo tan encantador!... ¡Tiene tanta gracia!... Pero cuando se ha leído mucho, no queda nada. Son como el agua de cebada, que se puede beber cuanta se quiera sin miedo de embriagarse.»

Otro día tomaba *Pablo y Virginia*: realzaba todas las cláusulas que conmueven, que siempre eran las más sencillas y naturales; pero aquellas en que abunda la elocuencia oratoria, las ideas abstractas y falsas, tan de moda cuando se publicó aquella obra, todas son frías, malas y erradas. Decía el Emperador que en su juventud había estado muy encaprichado del autor; pero no le perdonaba el haber chasqueado su generosidad. «A mi regreso del ejército de Italia, Bernardino—decía—vino a verme, y casi al momento me

habló de su miseria; yo, que en mis primeros años no había soñado más que *Pablo y Virginia*, y, de otra parte, lisonjeado de una confianza que creía exclusiva, y que atribuía a mi grande celebridad, me di prisa a pagarle su visita; y dejé a un lado de su chimenea, sin que pudiese notarlo, un cartucho con veinticinco luises. Pero hartó me avergoncé cuando vi que todos se reían de la delicadeza con que me había conducido, y me dijeron que estos escrúpulos eran inútiles. No puedo negar que siempre he conservado un cierto despecho. No le ha sucedido otro tanto con mis hermanos: José le había asignado una pensión bastante fuerte, y Luis continuamente le estaba dando dinero.»

Pero si el Emperador apreciaba *Pablo y Virginia*, se reía de los *Estudios de la Naturaleza*, del mismo autor «Bernardino—decía—era un excelente literato, pero no entendía una palabra de geometría; esta última obra era tan mala, que los hombres del arte ni tan siquiera se dignaban refutarla, cosa que exasperaba al autor.»

El célebre matemático Lagrange, hablando de este asunto en el Instituto, respondía:

—Si Bernardino fuese de nuestra clase, si hablase nuestro idioma, le impondríamos silencio; pero es académico y su estilo no es de nuestro resorte.

Quejándose un día Bernardino al primer cónsul, como era su costumbre, del silencio de los sabios con respecto a él, éste le dijo:

—M. Bernardino, ¿sabe usted el cálculo diferencial?

—No.

—Pues bien, estúdielo usted y luego podrá contestarse a sí mismo.

Posteriormente, siendo Emperador, cuantas veces le veía solía decirle:

—M. Bernardino, ¿cuándo nos da usted algún *Pablo y Virgina* o *Cabaña indiana*? Usted debiera publicar una obra de esta clase cada seis meses.

Leyendo las *Revoluciones romanas*, de Vertot, que estimaba mucho, notaba que las arengas eran muy difusas. Era su queja constante en las más de las obras que leía; este es el defecto, añadía, de que él mismo adolecía en su juventud; pero, a la verdad, puede decirse que después se ha corregido enteramente, y, por lo mismo, se había entretenido en rayar todas las frases inútiles que había encontrado en el Vertot, de manera que con estas supresiones presentaba mucha más fuerza, energía y calor. «Sería ciertamente un trabajo muy precioso—decía—el de dedicarse a hacer semejantes reducciones con gusto y discernimiento en las principales obras de nuestro idioma. Creo que Montesquieu es el único que podría escaparse de esta supresión.» Muchas veces examinaba a Rollin, encontrándolo siempre difuso y demasiado simple. Crevier, su continuador, le parecía detestable; quejábase de nuestros materiales clásicos y del tiempo que la juventud perdía dedicándose a la lectura de libros tan malos. Esto consiste en que los habían escrito unos retóricos simples profesores; al paso que estos asuntos inmortales que forman la base de nuestros conocimientos, hubieran debido presentarse escritos y revisados por hombres de Estado y hombres del mundo. Sobre este asunto concebía el Emperador unas ideas muy felices, y sólo le faltó el tiempo para ponerlas en ejecución.

Todavía estaba menos satisfecho de nuestros historiadores franceses, en términos que no podía leer a

ninguno. Velly está lleno de frases y vacío de cosas; sus continuadores todavía son peores. «Nuestra historia —decía— debía estar en cuatro o cinco tomos, o en ciento.» Había conocido a Garnier, continuador de Velly y de Villaret, que vivía junto a la Malmaison; era un buen anciano octogenario, que habitaba en un entresuelo que tenía sus ventanas al camino. Admirado del celo afectuoso que manifestaba este anciano siempre que pasaba el primer cónsul, quiso éste averiguar quién era; mas, en cuanto lo supo, al instante cayó en la cuenta. «Pensaba, sin duda —decía alegremente el Emperador— que a título de historiador el primer cónsul entraba en su patrimonio; sólo sí debía extrañar encontrar cónsules en donde estaba acostumbrado a hallar reyes.» Esto le dijo el cónsul un día que le hizo llamar, y le asignó una buena pensión. «El buen hombre —decía el Emperador— en su reconocimiento, desde aquel instante hubiera escrito voluntariamente y de todo corazón cuanto se hubiese querido.»

DIFICULTAD VENCIDA. — PELIGROS PERSONALES DEL EMPERADOR EN EYLAU, JENA, ETC. — TROPAS RUSAS, AUSTRICAS Y PRUSIANAS. — GILBERT MENOR, CORBI-NEAU. — MARISCAL LANNES. — BESSIERES. — DUROC.

El 27. — Salió el Emperador, en coche, a las cinco; la tarde era hermosa; íbamos muy de prisa, y el espacio que debíamos andar era muy limitado, por cuya razón el Emperador mandó acortar el paso para prolongar el paseo. Cuando entrábamos echando la vista en el campo, del cual sólo nos separaba la torrentera, preguntó por qué no se paseaba por aquel espacio, que doblaría nuestro paseo. Respondiéronle que era

imposible, y continuábamos a entrar; pero como si esta palabra *imposible*, que varias veces ha dicho no ser francesa, le hubiese despertado repentinamente de un profundo letargo, mandó ir a reconocer el terreno; nos apeamos todos, y el coche, solo, continuó hacia el punto difícil; vímosle atravesar los obstáculos y volvimos a entrar triunfantes, como si hubiéramos duplicado nuestras posesiones.

Durante la comida, y de sobremesa, se habló de varios lances militares. El gran mariscal decía que lo que más le había admirado en la vida del Emperador fué el momento en que en Eylau, estando sólo con algunos oficiales de su Estado Mayor, se vió casi envuelto por una columna de cuatro o cinco mil rusos; El Emperador estaba en pie, y el príncipe de Neufchâtel mandó inmediatamente adelantar los caballos; el Emperador le lanzó una mirada de sobrecejo, y dió orden de avanzar un batallón de su guardia, que estaba detrás bastante lejos, y se estuvo inmóvil, repitiendo varias veces, a medida que los rusos se iban acercando: «¡Qué audacia!», «¡qué audacia!» Al ver a los granaderos de la guardia, los rusos pararon repentinamente. Ya era tiempo—decía Bertrand—; el Emperador no se había movido; pero cuantos le rodearon se habían estremecido.

El Emperador había escuchado esta narración sin hacer la menor observación; pero luego dijo que una de las más bellas maniobras de que tenía memoria era la que había ejecutado en Eckmulh. Desgraciadamente no nos explicó los detalles. «El buen éxito en la guerra—continuó—depende, en tal manera, de la perspicacia y el momento, que la batalla de Austerlitz, ganada tan completamente, se hubiera perdido si

yo hubiese atacado seis horas antes. Los rusos se manifestaron en ella cual no han sido jamás; de suerte que el ejército ruso de Austerlitz no hubiera perdido la batalla de Moscou.

«Marengo es la batalla en que los austriacos se batieron mejor: sus tropas se comportaron admirablemente; pero allí fué la sepultura del valor austriaco, que jamás han vuelto a recobrar.

»Los prusianos hicieron en Jena la resistencia que debía esperarse de su reputación. Además, los amontonamientos de 1814 y 1815 no eran más que canalla, en comparación de los verdaderos soldados de Marengo, Austerlitz y Jena.»

La víspera de la batalla de Jena, decía el Emperador que se vió en un grandísimo peligro, en términos que hubiera podido desaparecer, por decirlo así, de la faz del mundo, sin que nadie hubiese conocido a punto fijo el cómo ni el cuándo. En la oscuridad de la noche se había acercado a los vivaques enemigos para reconocerlos, no teniendo consigo más que algunos oficiales. La idea que se hacían del ejército prusiano tenía a todo el mundo alerta, pues creían que los prusianos eran inclinados a los ataques nocturnos. El Emperador, al volverse, recibió un fusilazo de la primera centinela de su campamento, que fué una señal para toda la línea; no tuvo otro recurso que tenderse a la larga en el suelo hasta que se reconociese el error, y aun su mayor temor era que la línea prusiana, que estaba muy inmediata, no hiciese otro tanto.

En Marengo los soldados austriacos se acordaban muy bien del vencedor de Castiglione, Arcole y Rivole; su nombre tenía mucha influencia en su espíritu, pero estaban distantes de creerle presente; todos

le suponían muerto, porque se había procurado persuadirles que había perecido en Egipto, y que el primer cónsul de quien se hablaba era un hermano suyo. Este rumor había tomado tanto crédito en todas partes, que en Milán, para desvanecerlo, Napoleón se vió precisado a presentarse al público.

Pasando luego el Emperador a nombrar una gran parte de oficiales y ayudantes de campo suyos, les alababa sin titubear, pues les conocía a todos a fondo. La muerte del joven Gibert y la del general Corbigneau fueron dos lances de los que mayor sensación le habían causado en el campo de batalla; en Aboukir una bala de cañón atravesó de parte a parte el cuerpo del primero, sin dejarle muerto, y Napoleón, después de haberle dirigido algunas palabras, no pudiendo resistir aquel espectáculo, se vió precisado a alejarse. El otro, en Eylau; otra bala de cañón le había cogido y hecho pedazos cerca del Emperador, en el momento mismo que éste acababa de darle una orden, etc.

También citaba el Emperador los últimos momentos del mariscal Lannes, el valiente duque de Montebello, tan justamente llamado el *Roldán* del ejército, que habiéndole visitado el Emperador en su féretro parecía olvidarse de su propia situación para no ocuparse más que del hombre que amaba sobre todas las cosas. El Emperador le amaba extraordinariamente, y decía que durante mucho tiempo había sido un acuchillador, pero que después había adquirido un talento sobresaliente. Alguno dijo entonces que sería una cosa curiosa el saber cuál hubiera sido su conducta en estos últimos tiempos. «La experiencia nos ha enseñado —nos decía el Emperador— que no podemos asegurar nada; sin embargo, yo no creo que hubiese sido

posible verle faltar a su honor y deber. Además, es presumible que no hubiera existido, porque, valiente como era, es indudable que en estos últimos tiempos se hubiera hecho matar, o por lo menos hubiera estado herido en términos de hallarse enteramente retirado y fuera del centro e influencia de los negocios. En fin, si hubiese estado disponible, era uno de aquellos hombres capaces de cambiar la faz de los negocios con su solo peso e influencia.»

Luego habló de Duroc, sobre cuyo carácter y vida privada se detuvo muy extensamente, y concluyó diciendo: «Duroc tenía pasiones vivas, tiernas y secretas, que correspondían muy poco con su frialdad exterior. Su servicio era tan exacto y regular, que tardé mucho tiempo en saberlo. Cuando mi día se había acabado, entonces empezaba el suyo, cosa que supe por una casualidad. Duroc era puro y moral, enteramente desinteresado para recibir y generoso en extremo para dar.»

Decía el Emperador que al comenzar la campaña de Dresde había perdido dos hombres muy preciosos, cuales eran Bessieres y Duroc. En aquel momento afectaba hablar de ellos con un estoicismo que se conocía visiblemente no serle natural. Cuando fué a ver a Duroc, después que éste hubo recibido su golpe mortal, procuró darle alguna esperanza; pero Duroc, que no se alucinaba, le respondió suplicándole que le mandara dar opio. El Emperador estaba demasiado afectado para poder resistir más tiempo, y se retiró, apartando la vista de un espectáculo que tanto le afligía. Entonces uno de nosotros le recordó que, habiendo vuelto junto a Duroc, se estuvo paseando solo delante de su tienda de campaña, sin que nadie se atreviese

a acercársele. Sin embargo, como se debían tomar algunas providencias esenciales para el día siguiente, se animaron a preguntarle si se colocaría la batería de la guardia. Su única respuesta fué: *mañana se verá todo*. A este recuerdo, el Emperador mudó secamente de conversación.

Duroc fué uno de aquellos hombres cuyo precio no se conoce hasta que se han perdido; tal es, después de su muerte, la frase favorita de la corte, del pueblo y el sentimiento unánime y general. Era hijo de Nancy, departamento de la Meurthe. Ya se ha visto el origen de su fortuna; Napoleón le había encontrado en el tren de artillería durante el sitio de Tolón, y desde luego le interesó. Posteriormente, cada día le iba tomando más afecto, pudiendo decirse que nunca se separaron. Ya he dicho en otra parte haber oído decir al Emperador que en toda su carrera Duroc era el único que hubiese poseído ciegamente toda su confianza, comunicándole todos sus sentimientos interiores; no era un hombre brillante, pero tenía un excelente juicio y hacía servicios esenciales, que su modestia y la naturaleza de aquéllos dejaba sepultados en el olvido. Duroc amaba al Emperador por sí mismo, es decir, que su afecto ilimitado era al hombre privado y no al monarca; recibiendo las sensaciones íntimas del príncipe, había adquirido el secreto y acaso el derecho de dulcificarlas y dirigir las; cuántas veces dijo al oído de hombres consternados por la cólera del Emperador: «dejadle; dice lo que siente, pero no lo que piensa ni lo que hará mañana». ¡Qué servidor, qué amigo, qué tesoro; cuántas publicidades ha paralizado, cuantas órdenes recibidas en un momento de acaloramiento había dejado de ejecutar, sabiendo que al

día siguiente se le agradecería su inobediencia! El Emperador se había acostumbrado a esta especie de convención tácita, por cuyo motivo se abandonaba con más libertad a aquella explosión que algunas veces arranca la Naturaleza, cuyo desahogo alivia el corazón del peso que le oprime.

Duroc pereció de la manera más infeliz en un momento bien crítico, y su muerte fué todavía una de las fatalidades de la carrera de Napoleón. El día siguiente al de la batalla de Wurchen, a la caída de la tarde, cuando acababa de terminarse el combate de Reichembach y ya había cesado enteramente el tiroteo, Duroc estaba en la cima de una eminencia hablando con el general Kirchner; observaba la retirada de las últimas líneas enemigas, cuando una bala de cañón, dirigida a aquel grupo brillante, quitó la vida a ambos generales (1).

Duroc tenía mucha más influencia que generalmente se ha creído en las determinaciones del Emperador; quizás bajo este aspecto su muerte ha sido una calamidad nacional. Hay razones muy fundadas para creer que si hubiese vivido no se hubiera firmado el armisticio de Dresde, que nos ha perdido; se hubiera adelantado hasta el Oder y aun más allá; entonces los enemigos hubieran accedido a la paz y hubiéramos evitado sus maquinaciones, sus intrigas, y sobre todo la dilatada, baja y atroz perfidia del Gabinete austriaco, que ha sido nuestra ruina.

Posteriormente, Duroc hubiera todavía influido en

(1) El general Kirchner era un oficial de ingenieros muy distinguido, cuñado del mariscal Lannes, que lo había elegido por su valor y talento.

otros grandes acontecimientos, e indudablemente hubiera hecho tomar un aspecto muy distinto a los negocios. En fin, cuando la caída de Napoleón, a buen seguro que no hubiera separado su suerte de la de éste: se hubiera encontrado con nosotros en Santa Elena; y este único socorro tal vez hubiera bastado para contrabalancear en Napoleón los horrorosos tormentos que le han afligido.

La revolución metió a Bessieres (del departamento del Lot) en la carrera de las armas; principió como simple soldado en la Guardia constitucional de Luis XVI; y siendo después oficial de cazadores, su valor personal y extraordinario llamó la atención del general en jefe del ejército de Italia, que cuando creó sus guías eligió a Bessieres para mandarlos. He aquí sus principios y el origen de su fortuna; desde aquel momento siempre se le vió al frente de la guardia del cónsul o de la Guardia imperial, en ataques de reserva, decidiendo la victoria o recogiendo sus laureles. Su nombre se ve unido noblemente en todas nuestras ilustres batallas.

Bessieres creció con el nombre que lo había distinguido, y recibió una parte abundante de los favores que éste distribuía a manos llenas; fué mariscal del Imperio, duque de Istria, coronel de la caballería de la Guardia, etc., etc.

Sus cualidades, desarrollándose con las circunstancias, siempre lo manifestaron a la elevación de su fortuna; Bessieres constantemente se presentó bueno, humano y generoso; leal y justo, a la manera de los antiguos; soldado, hombre de bien y ciudadano honrado. Muchas veces empleó el alto favor que disfrutaba, en servicio de sus amigos, a pesar de las opiniones

contrarias. ¡Yo conozco algunos individuos que si quieren ser reconocidos lo repetirán conmigo, y aun podrían certificar si tenía o no sentimientos más nobles y elevados!...

Bessieres era idolatrado de toda la Guardia, en cuya compañía pasaba su vida. En la batalla de Wagram una bala de cañón le derribó del caballo sin causarle el menor daño; toda la Guardia se estremeció dolorosamente, y por ello Napoleón, cuando lo vió, le dijo: «Bessieres, la bala que le ha derribado del caballo ha cubierto de llanto toda mi Guardia; dele usted gracias, y apréciela mucho, que lo merece.»

Menos feliz en el principio de la campaña de Sajonia, la víspera de la batalla de Lutzen, habiéndose adelantado entre los tiradores en una escaramuza bastante insignificante, una bala de cañón le cogió de medio a medio, dejándolo muerto en el mismo sitio. Había vivido como Bayard, y murió como Turenne.

Yo había tenido una larga conversación con él poco tiempo antes que sucediese este funesto acontecimiento. La casualidad nos había reunido los dos a solas en un palco del teatro, en donde, después de haber hablado largamente de los negocios públicos que le tenían conmovido, porque idolatraba la patria, su última palabra al despedirse fué que la misma noche se marchaba al ejército, y que deseaba mucho que pudiésemos volvernos a ver, «pues—añadía—en la crisis de las circunstancias presentes, y con nuestros soldados bisonos, los jefes debemos darles el ejemplo.» ¡Ah! ¡Estaba escrito que no nos volveríamos a ver!

Bessieres amaba sinceramente al Emperador; su buen afecto llegaba hasta la adoración; y a buen seguro que no hubiera abandonado su persona ni su

suerte, lo mismo que Duroc; parece que en estos últimos momentos, el hado, que se había pronunciado decididamente contra Napoleón, arrebatándole dos amigos tan verdaderos, se había complacido en negarle el placer más dulce y privar dos de sus más fieles compañeros de su título más bello de gloria, cual es el reconocimiento hacia la desgracia.

El Emperador había hecho depositar en los Inválidos de París los tristes restos de dos hombres que amaba y tanto le habían amado, reservando honores extraordinarios para sus cenizas; los acontecimientos que sobrevinieron los privaron de este honor insigne; pero la Historia, cuyas páginas son tan indelebles como el mármol y el bronce, les ha consagrado un lugar muy distinguido, grabándolos para siempre en la memoria de los hombres.

EL EMPERADOR SE ENTERA DE LA MUERTE DE MURAT.

El 7 y el 8 de Febrero. —La fragata la *Thebaida* llegó del cabo de Buena Esperanza, y nos trajo algunos diarios; yo los traducía al Emperador, paseándonos en el jardín. Uno de ellos anunciaba una gran catástrofe; leí que Murat, habiendo desembarcado en Calabria con algunos hombres, lo habían preso y arcabuceado. A estas palabras inesperadas, interrumpiéndome el Emperador, exclamó: «¡Los calabreses han sido más humanos y generosos que los que me han mandado aquí!»; y se calló. Proseguí.

Murat, hombre sin juicio verdadero, sin objeto sólido, sin carácter proporcionado a las circunstancias que le rodeaban, acababa de perecer en una tentativa evidentemente desesperada. Es muy probable que la

vuelta del Emperador de la isla de Elba le hubiese trastornado el juicio, y que quizás se prometiese renovar el mismo prodigio por su cuenta individual. ¡Así pereció miserablemente el que había contribuído de una manera tan activa a nuestras desgracias! En 1814, su valor y audacia podían sacarnos del abismo, y su traición nos precipitó en él; él inutilizó al virrey en el Pó y lo combatió, cuando los dos reunidos hubieran podido forzar las gargantas del Tirol, bajar a Alemania, y viniendo sobre Basilea y las márgenes del Rhin, colocarse detrás de los aliados, destruirlos y cortarles la retirada de Francia.

Estando el Emperador en la isla de Elba, desdeñó toda comunicación con el rey de Nápoles; pero cuando se embarcó para pasar a Francia le escribió, diciéndole que yendo a tomar de nuevo posesión de su trono, se complacía en declararle que olvidaba todo lo pasado; que le perdonaba la conducta que últimamente había observado, le volvía todo su afecto, le enviaba alguien para que le firmase la garantía de sus estados, y le encargaba muy particularmente que se mantuviese en buena inteligencia con los austriacos y se contentase con contenerlos, caso que quisiesen marchar contra Francia. Murat, en aquel momento, entregándose enteramente al sentimiento de primera juventud, no quiso garantía ni firma, diciendo que la palabra del Emperador y su amistad le bastaban; que probaría que había sido más desgraciado que culpable, y que su rendimiento y ardor le granjearían el olvido de lo pasado.

«Pero el destino de Murat—decía el Emperador—era de hacernos mal. Nos había perdido abandonándonos, y nos perdió de nuevo abrazando nuestro partido con

demasiado acaloramiento. No tomó ninguna medida. Atacó él mismo a los austriacos sin plan razonable, sin medios suficientes, y sucumbió sin batirse.»

Desembarzados los austriacos de este obstáculo, se valieron de él como un pretexto para pronosticar proyectos ambiciosos en Napoleón, que aparecía de nuevo en la escena. Esto le objetaron constantemente cuantas veces les aseguró de su moderación.

Antes de la desgraciada circunstancia de las hostilidades de Murat, el Emperador había entablado algunas negociaciones con Austria. Otros Estados inferiores, que creo inútil nombrar, le habían asegurado que podía contar con su neutralidad; por lo mismo, es indubitable que la caída del rey de Nápoles dió un curso enteramente distinto a los negocios.

Se ha querido suponer que Napoleón era un hombre terrible e implacable; lo cierto es que odiaba la venganza, y no sabía guardar animosidad por mucho mal que se le hubiese hecho. Su cólera ordinariamente se exhalaba en palabras, y nada más, como lo saben bien cuantos le han conocido; Murat le había hecho traición; acabamos de ver que dos veces le había perdido, y con todo vino a refugiarse en Tolón.

«Yo lo hubiera llevado a Waterlloo—nos decía Napoleón—; pero el ejército francés era tan patriótico y tan moral, que es muy dudoso hubiese querido tolerar el disgusto y horror que había inspirado el hombre que decía haber hecho traición y perdido a Francia. Confieso que no me creí con bastante poder para mantenerle, y con todo, tal vez nos hubiera dado la victoria; pues, ¿qué nos faltó en ciertos momentos de aquel memorable día? Romper tres o cuatro cuadros ingleses, y Murat era admirable para semejante empresa;

precisamente era a propósito para el caso; al frente de un cuerpo de caballería, nunca se ha visto un hombre más determinado, más valiente y más feliz.»

CAMPAÑAS DE ITALIA Y DE EGIPTO.—OPINIÓN DEL EMPERADOR SOBRE NUESTROS GRANDES POETAS.—TRAGEDIAS MODERNAS.—«HÉCTOR».—LOS «ESTADOS DE BLOIS».—TALMA.

Del 26 al 28.—Los más de los días eran uniformes; si en su pormenor nos parecían largos, se perdían rápidamente en lo pasado. El estudio del inglés cada día iba mejorando; el Emperador confesaba que algunos momentos le había disgustado, pues en un instante había visto evaporarse su furia francesa; pero yo le había reanimado con un método que él encontraba seguro, infalible y el mejor de todos, cual es el de leer y analizar una sola página y empezarla de nuevo hasta que se supiese imperturbablemente: las reglas gramaticales se explican de paso. De esta suerte, no hay un solo momento perdido para el estudio y la memoria. Los progresos en un principio parecen lentos, se cree adelantar poco; pero cuando se han pasado unas cincuenta páginas causa admiración el saber ya la lengua. Añadimos, pues, una página del Telémaco al final de nuestra lección, y nos salía muy bien. Además, el Emperador, aun cuando en aquella época no había tomado más que veinticinco lecciones completas, examinaba todos los libros y hubiera podido hacerse entender por escrito para todo cuanto le hubiese sido necesario. Es cierto que no comprendía todo cuanto se decía; pero ya no hubieran podido ocultarle nada, lo

que era una gran victoria, o, por mejor decir, una conquista acabada.

Ya se había concluído la campaña de Egipto, que dictaba el mariscal Bertrand en cuanto lo permitía la falta de materiales. El Emperador empezaba con uno de aquellos señores una época nueva muy preciosa, cual era su marcha de Fontainebleau hasta su retorno a París y su segunda abdicación. No tenía en su poder ningún documento sobre aquellos acontecimientos tan rápidos; pero esta misma rapidez me movía a suplicarle que emplease toda su memoria a describir unas circunstancias que los acontecimientos o el espíritu de partido podían disminuir o desnaturalizar.

El Emperador también revisaba a menudo conmigo varios capítulos de la campaña de Italia; el momento que precedía a la comida comunmente se consagraba a esta revisión. Me había encargado de dividir los capítulos de una manera regular y uniforme, indicar los párrafos convenientes, anotar y recoger los documentos justificativos, etc., etc. Es lo que él llamaba el polvo o el charlatanismo del editor.

«Esto le concierne a usted—me decía un día con una gracia y una bondad que me encantaron—; de aquí en adelante esto es de su propiedad: la campaña de Italia llevará el nombre de usted, y la de Egipto el de Bertrand. Quiero que a un mismo tiempo haga la fortuna de su bolsillo y la de su memoria. Usted bien podrá ganar con esta obra unos cien mil francos, y su nombre durará tanto como la memoria de mis batallas, etc.

Para el empleo de nuestras veladas el revesino segunda vez había perdido el favor, pues al segundo o tercer día la conversación nos hizo abandonar las car-

tas. Volvimos a darnos a la lectura; y como habíamos apurado todas nuestras novelas, las piezas dramáticas nos daban una ocupación, principalmente las tragedias; al Emperador le gustaban mucho y se deleitaba en analizarlas; las criticaba con una lógica singular y con mucho gusto; sabía una multitud de versos que no se le habían olvidado desde la edad de diez años, en cuya época, decía, todavía sabía mucho más. Estaba encantado de Racine y le encontraba delicias verdaderas; admiraba eminentemente a Corneille y hacía muy poco caso de Voltaire, lleno, decía, de palabras campanudas y de oropel, siempre falso, no conociendo los hombres ni las cosas, ni la verdad, ni la grandeza de las pasiones.

Una noche, en Saint Cloud, el Emperador analizaba la pieza que acababa de representarse: era el *Héctor*, por Luce de Lancival; esta pieza le gustaba mucho, porque tenía vehemencia y elevación; llamábala una pieza de *cartel general*, asegurando que después de haberla visto se marcharía con más ímpetu contra el enemigo; que sería necesario que hubiese muchas en este sentido, etc., etc.

Luego, pasando a los dramas, que él los llamaba *tragedias de antecámara*, decía que, cuando más, podían resistir la primera representación, pues cada día van perdiendo de su mérito, al paso que sucede lo contrario con una buena tragedia, que cada día gana. Esta, continuaba, es la escuela de los grandes hombres, y todos los soberanos deberían protegerlas y animar a sus autores; no se necesita ser poeta para juzgarlas, decía; basta conocer los hombres y las cosas, tener un espíritu elevado y ser hombre de estado; y animándose por grados, decía con vehemencia: «La tragedia

enardece el alma, eleva el corazón, puede y debe crear héroes; y bajo este aspecto, tal vez Francia debe a Corneille una gran parte de las bellas acciones que la han ilustrado: *por ello, señores, si viviese, yo le haría príncipe.*»

Otra vez también, estando en el campo, analizaba y condenaba los *Estados de Blois*, que acababan de representar por primera vez en el teatro de la Corte; y observando entre nosotros el architesorero Lebrun, literato muy distinguido, le pidió su opinión; éste, sin duda por el interés del autor, se limitó a contestarle que el asunto era malo. «Aun cuando así fuese, esta sería la primera falta de M. Renouard—replicó el Emperador—; él mismo ha escogido, nadie se lo ha mandado; además de que no hay asunto malo del cual un gran talento no pueda sacar partido; y Corneille sería indudablemente Corneille, aun en este mismo. Por lo que respecta a M. Renouard, ha errado enteramente su obra; aquí no manifiesta otro talento que el de la versificación; todo lo demás es malo: su concepción, sus detalles y su resultado son falsos; adultera la verdad de la historia, sus caracteres son falsos, su política es peligrosa, y tal vez perjudicial. Esta circunstancia me confirma en lo que, además, nadie ignora, y es que hay una enorme diferencia entre la lectura y la representación de una pieza dramática; la de que hablamos en un principio me había parecido mediana, pero esta noche he notado todos sus inconvenientes: M. Renouard ha hecho un *jefe de los diez y seis* al capuchino Chabot de la Convención. En su pieza hay pábulo para todos los partidos, para todas las pasiones; si la dejaba representar en París, tal vez un día vendrían a decirme que cincuenta personas se han dego-

llado en el patio. Además, el autor ha hecho de Enrique IV un verdadero Filinto, y del duque de Guisa un Fígaro, cosa que choca demasiado con la historia. Este fué uno de los principales personajes de su tiempo, adornado de prendas y conocimientos superiores, no faltándole más que la osadía para haber comenzado desde entonces la cuarta dinastía; además, es un pariente de la Emperatriz, un príncipe de la casa de Austria, nuestra amiga, cuyo embajador esta noche se hallaba presente a la representación. El autor varias veces ha olvidado extraordinariamente todas las atenciones debidas. En seguida, el Emperador debía convencerse, más que nunca, en la determinación que había tomado de no dejar representar una tragedia nueva en el teatro público sin haberla previamente visto y examinado en el de la Corte; en cuya consecuencia, prohibió la representación de los *Estados de Blois*. Pero lo que es muy digno de notar es que posteriormente, bajo el gobierno del Rey, esta tragedia ha vuelto a representarse solemnemente, acompañada de todo el favor que debía dar a la prescripción del Emperador; pero no ha tenido aceptación, lo que prueba cuán justo había sido el fallo de Napoleón.

El célebre trágico Talma era recibido muy a menudo por el Emperador, que apreciaba mucho su talento y le recompensaba magníficamente. Al principio de su imperio corría la voz en París que Talma le daba lecciones de compostura y traje; y como el Emperador, que nada ignoraba de cuanto se decía, se chancaba un día con Talma sobre estos rumores, éste estaba confuso y avergonzado.

—Hace usted muy mal—le dijo el Emperador—; es

cierto que yo debería hacerlo si tuviese tiempo para ello.

Y entonces, él mismo daba lecciones a Talma sobre el arte trágico.

—Racine—le decía—ha sobrecargado inoportunamente su *Orestes* de simplezas, y usted todavía lo carga más; en la *Muerte de Pompeyo* usted no representa a *César* un hombre grande; en *Británico* usted no representa a *Nerón* un tirano, etc.

Y nadie ignora que, en efecto, este grande actor posteriormente ha hecho correcciones en aquellos papeles famosos.

LOS AGENTES DE NEGOCIOS EN LA REVOLUCIÓN.—CRÉDITO DEL EMPERADOR A SU REGRESO.—SU REPUTACIÓN EN LAS OFICINAS COMO VERIFICADOR.—MINISTROS DE HACIENDA Y DEL TESORO.—CATASTRO.

El 29—A las seis el Emperador fué a pasearse al jardín; luego salimos en coche, y cuando volvimos ya había obscurecido y llovía en abundancia. Después de comer, mientras tomábamos el café, recayó la conversación sobre los *hombres de negocios* y las *fortunas colosales* adquiridas en la revolución. No había uno solo, entre todos ellos, cuyo nombre el Emperador no conociese, su familia, sus negocios y su moralidad.

Apenas fué primer cónsul tuvo una discusión con madama Recamier; su padre estaba empleado en la Administración de Correos. Napoleón, cuando se puso al frente del Gobierno, se vió precisado a firmar ciegamente y sin examen una multitud de estados, pero muy luego estableció una grande vigilancia en todos los puntos de la Administración. Descubrió una

correspondencia con los chuanes (1), que se seguía bajo sobre de M. Bernard, padre de madama Recamier; al instante lo mandó destituir, y, puesto en juicio, su vida corría peligro. Su hija se presentó inmediatamente al primer cónsul; éste le hizo gracia de la sumaria, pero fué inflexible en cuanto al resto, y madama Recamier, acostumbrada a pedir y obtener cuanto se le antojaba, no pretendía nada menos que el reintegro del padre en su empleo; tales eran las buenas costumbres de aquel tiempo. Esta severidad, de parte del primer cónsul, exasperó al correo, porque no estaban acostumbrados a ello. Madama Recamier y sus partidarios nunca se lo perdonaron.

Los asentistas y *manipuladores de negocios* eran principalmente los que el nuevo magistrado supremo miraba con más sobrecejo, llamando a esta clase el azote, la lepra de una nación. El Emperador nos hacía observar que en aquella época toda Francia no hubiera saciado los de París; que cuando entró al frente de los negocios, aquella pandilla formaba una verdadera potencia, siendo la más peligrosa para el Estado, cuyos resortes entorpecían y corrompían con sus intrigas, las de sus agentes y su numerosa clientela. Verdaderamente, no podían presentar sino recursos envenenados y ruinosos, a la manera de los judíos y usureros. Habían arruinado la consideración del Directorio, y pretendían dirigir el Consulado bajo el mismo pie; puede decirse que en aquella época ellos formaban la cabeza de la sociedad y ocupaban el primer rango.

—Uno de los mayores pasos retrógrados—decía el

(1) Nombre que se daba a los realistas de la Vendée.

Emperador—que hice saber a la sociedad, hacia su estado y costumbres pasadas, fué el de confundir de nuevo todo aquel oropel entre la muchedumbre; nunca quise elevar ninguno a la clase honorífica, porque de todas las aristócracias aquella me parecía la peor.

El Emperador hace la justicia que es debida a Lebrun, porque le fortificó especialmente en este principio. «Desde entonces—decía—este partido siempre me miró con mal ojo; pero lo que todavía me ha perdonado menòs es la fiscalización severa con que hacía examinar las cuentas que daban al Gobierno.»

Sobre este particular, decía que habían hecho un admirable uso de su Consejo de Estado, nombrando una Comisión de cuatro o cinco miembros, íntegros y hábiles; éstos le ponían su informe, y si resultaba que hubiese lugar a formarse causa, ponía al pie: *Pase al ministro de la Justicia, para que haga ejecutar las leyes.* En llegando a este punto, los complicados comúnmente se presentaban para transigir, y restitufan uno, dos, tres o cuatro millones antes de dejarse juzgar. El Emperador no ignoraba que estos hechos se contaban bajo un falso colorido en todas las reuniones de la capital, que le creaban una multitud de enemigos que tildaban su gobierno de arbitrario y tiránico; pero en ello cumplía un deber de los más sagrados en favor de la sociedad en masa, y ésta debía agradecerle semejantes medidas tomadas contra unas sanguijuelas del Estado.

«Los hombres siempre son los mismos—decía el Emperador—; desde Pharamundo, los asentistas siempre se han conducido de la misma manera, y el gobierno ha obrado idénticamente con ellos; pero en ninguna época de la monarquía se les ha atacado con

formas tan legales ni con tanta energía y franqueza como lo he hecho yo. La opinión personal de los mismos hombres de negocios era muy diferente de la de los salones; los que tenían moralidad y eran hombres de bien encontraban una nueva garantía en aquella severidad extrema, y a mi regreso de la isla de Elba se ha visto una prueba bien palpable de ello; algunas casas de Londres y Amsterdam me abrieron secretamente un crédito de ochenta a cien millones, al módico interés de siete a ocho por ciento; el dinero que depositaban en el Tesoro de París, limpio de toda comisión y descuento, se les pagaba en rentas sobre el gran libro a cincuenta, cuando en aquella época no valían en la bolsa más de cincuenta y seis o cincuenta y siete. »

Este recurso, tan útil para la marcha de los negocios en la crisis en que nos hallábamos, y tan satisfactorio y lisonjero para el que lo fomentaba, prueba la verdadera opinión que en Europa se tenía del Emperador y la confianza que inspiraba en los negocios. Esta operación, desconocida en aquel tiempo, explicaba el enigma que nadie entendía en París sobre los medios pecuniarios que el Emperador tenía a su disposición a su llegada a la capital.

El Emperador disfrutaba de una reputación singular entre los oficinistas y calculadores, porque realmente lo entendía. «Mi reputación comenzó—decía—verificando el balance de un año siendo cónsul en que encontré un error de dos millones en perjuicio de la República. M. Dufresne, hombre honradísimo, que entonces era jefe del Tesoro, al principio no quería creerlo; pero como era una duda de cálculo, no pudo menos de confesarlo. Muchos meses se pasaron en el

Tesoro antes de descubrir el error, y al cabo se encontró en una cuenta del asentista Seguín, que convino en ello en cuanto se le presentaron los documentos, y restituyó el dinero, diciendo que se había equivocado.»

Otra vez, examinando el Emperador la paga de la guarnición de París, notó un artículo de unos sesenta y tantos mil francos aplicados a un destacamento que estaba cierto que no había estado nunca en la capital. El ministro tomó nota de esto, como por mera complacencia, convencido enteramente de que el Emperador se equivocaba; con todo, la cosa salió cierta y la suma hubo de disminuirse.

La separación del Ministerio de Hacienda del Tesoro público, el Emperador la consideraba como una cosa de la mayor importancia, porque proporcionaba la separación de los objetos y creaba una especie de comprobación mutua. Bajo las órdenes de un jefe como él, el ministro del Tesoro era el hombre más importante del Imperio, no como ministro del Tesoro, sino como verificador general; todas las ordenanzas del Imperio pasaban por sus manos; podía descubrir los robos y los abusos de cualquier parte que viniesen, y hacerlos conocer secretamente al soberano, como efectivamente sucedía diariamente.

La *especialidad* era otro punto en el cual se detenía con complacencia, como uno de los resortes más felices de su administración.

Hablando del *catastro*, cual él lo había ordenado, decía que por sí solo hubiera podido considerarse como la verdadera garantía de las propiedades y la independencia segura de todos, pues en cuanto estuviese establecido y la legislación hubiese fijado el importe, cada cual podía desde luego formar su cuen-

ta sin temer la arbitrariedad de la autoridad o de los repartidores, que es el punto más sensible y el medio más seguro para forzar a la sumisión. Durante esta conversación, el Emperador emitió su opinión sobre el talento y carácter de MM. Gaudin, Mollien, Louis, bien así como de la mayor parte de sus demás ministros y consejeros de Estado, y concluyó diciendo que había conseguido crear la administración más pura y enérgica de Europa, y que él mismo conocía de tal modo todos sus pormenores, que consideraba que sólo con el auxilio de los *Monitores* se hallaría en estado de describir la historia de toda la administración de Hacienda del Imperio durante su reinado.

SOBRE LA INVASIÓN EN INGLATERRA.—DETALLES.

3 de Marzo.—El Emperador me mandó llamar a las dos: se estaba afeitando. Díjome que estaba mirando en él un hombre muerto a punto de enterrar, añadiendo que yo debía saber algo de ello, pues debía haberme despertado varias veces por la noche. En efecto, constantemente le había oído toser y estornudar; estaba terriblemente resfriado de resultas de haber recibido la noche precedente durante mucho tiempo la humedad del aire, pero hizo un firme propósito de no salir jamás después de las seis. En cuanto acabó de vestirse trabajó un rato en el inglés; lo dejó pronto, porque realmente estaba fatigado y tenía la cabeza muy cargada. Quiso que me sentara a su lado y me hizo hablar más de dos horas sobre Londres durante mi emigración. Un momento me dijo:

—En Inglaterra, ¿tuvieron mucho miedo de mi invasión? ¿Cuál era la opinión general sobre el particular?

—Señor—le respondí—, no puedo decirlo, porque en aquella época ya estaba yo en Francia. Pero en los salones de París nos reíamos del proyecto, y los ingleses que allí se encontraban hacían lo mismo; contábamos que hasta el mismo cómico Brunet se burlaba de la expedición, y que V. M. le había mandado prender porque había tenido la insolencia de chancarse en sus papeles de comedia con unas cáscaras de nueces nadando en una jofaina, lo que llamaba maniobrar su flotilla.

—Y bien—repuso el Emperador—, ustedes han podido reirse en París, pero a buen seguro que Pitt no se reía en Londres; pronto midió toda la extensión del peligro, y por ello me encajó una coalición encima en el momento que yo levantaba el brazo para herir: nunca oligarquía inglesa corrió un riesgo semejante.

»Yo me había proporcionado la posibilidad de efectuar el desembarque; tenía el mejor ejército que jamás se ha visto, cual era el de Austerlitz, y todo está dicho. Cuatro días me hubieran bastado para hallarme en Londres, en donde no hubiera entrado como conquistador, sino como libertador; habría renovado Guillermo III, pero con más generosidad y desinterés. La disciplina de mi ejército hubiera sido perfecta, pues se hubiera conducido en Londres como si hubiese estado todavía en París; ningún sacrificio, ni tan siquiera se hubieran exigido contribuciones de los ingleses; no les hubiéramos presentado vencedores, sino hermanos que íbamos a restituirles su libertad y sus derechos.

»Yo les hubiera dicho de reunirse para trabajar ellos mismos por su regeneración; que eran nuestros

mayores en cuanto a la legislación política; que no queríamos mezclarnos en nada, sino sólo para gozar en su felicidad y en su prosperidad, y digo ciertamente que hubiera obrado estrictamente de buena fe.

»De manera que, al cabo de pocos meses, estas dos naciones, tan eminentemente enemigas, no hubieran formado más que un solo pueblo, identificado para siempre por sus principios, sus máximas y sus intereses; y yo hubiera salido de allí para operar del Mediodía al Norte, bajo los colores republicanos (entonces todavía era primer cónsul), la regeneración europea, que posteriormente estuve a punto de verificar del Norte al Mediodía bajo las formas monárquicas.

»Estos dos sistemas podían ser igualmente buenos, pues ambos se dirigían a un mismo objeto, y se hubieran ejecutado con firmeza, moderación y buena fe. ¡Cuántos males que conocemos, y cuántos todavía desconocidos, se hubieran evitado a esta pobre Europa! Nunca un proyecto más grandioso en el interés de la civilización se concibió con intenciones tan generosas ni estuvo más cerca de su ejecución.

»Y lo más notable es que los obstáculos que me han hecho naufragar no han dimanado de los hombres, sino todo de los elementos: en el Mediodía, el mar me perdió; el incendio de Moscou y los hielos del invierno me perdieron en el Norte; así, el agua, el aire, el fuego, toda la Naturaleza, y ella sola.

»He aquí cuáles han sido los enemigos de una regeneración universal, mandada por la misma Naturaleza... ¡Los problemas de la Providencia son insolubles!...»

Después de algunos instantes de silencio, el Empe-

rador volvió a tomar el hilo de su discurso, manifestando su proyecto de invasión:

—Se creía—dijo—que mi invasión no era más que una vana amenaza, porque no veían ningún medio razonable de verificarla; pero ya había tomado mis medidas de muy lejos; obraba sin que nadie lo notara, y, a este efecto, había dispersado todos nuestros buques; los ingleses se veían precisados a darles caza en varios puntos del globo, y los nuestros no tenían otro objeto que el de volver improvisadamente todos a un mismo tiempo para reunirse en masa sobre nuestras costas. Yo debía reunir en la Mancha de setenta a ochenta navíos franceses o españoles, y había calculado que sería dueño de aquel canal durante unos dos meses; tenía de tres a cuatro mil embarcaciones menores que sólo esperaban la señal; mis cien mil hombres cada día se ejercitaban en el embarque y desembarque, lo mismo que en cualquier otro tiempo hacían el ejercicio; estaban llenos de ardor y buena voluntad; la empresa era muy popular entre los franceses, y una gran porción de ingleses nos esperaban con ansia. Verificado mi desembarque, no debía calcular más que una sola batalla campal, cuyo éxito no podía ser dudoso, y la victoria nos conducía a Londres; pues la localidad del país no admite una guerra de partidas: mi conducta moral hubiera hecho el resto. El pueblo inglés gemía bajo el yugo de la oligarquía; y en cuanto hubiera visto que lisonjeábamos su orgullo nacional, hubiera hecho causa común con nosotros, considerándonos como unos aliados que habíamos ido allí para darles la libertad; y, sobre todo, nos presentábamos con las palabras mágicas de *libertad e igualdad, etc., etc.*

Y después de haber explicado una multitud de detalles de ejecución, todos admirables, hizo notar cuán poco había faltado para que todo se hubiese verificado; luego, interrumpiéndose secamente, dijo:

—Vámonos a pasear un rato.

Y salimos al jardín.

LA CORTE DEL EMPERADOR; ETIQUETA.—DE LA CORTE Y DE LA CIUDAD.

El 5.—La conversación recayó sobre la Corte del Emperador y su etiqueta; he aquí lo que copié:

«En el momento de la revolución—decía—las Cortes de España y de Nápoles todavía se apoyaban en la importancia y grandeza de Luis XIV; entremezcladas con la hinchazón y la exageración de los castellanos y moros, eran tristes y ridículas. Las de Petersburgo habían tomado el colorido y las formas de los salones; en Viena se había hecho muy común, no quedando ni tan siquiera vestigios del espíritu, gracia y buen gusto de la de Versalles.»

Cuando Napoleón llegó al supremo Poder, encontró, pues, como vulgarmente se dice, *tierra rasa y casa limpia*; de manera que pudo componer una Corte enteramente a su gusto. Escudriñó un término medio razonable, queriendo aliar la dignidad del Trono con nuestras costumbres modernas, y, sobre todo, hacer servir esta creación para el mejoramiento de los modales de los grandes y para la industria del pueblo.

Se empeñó en restablecer en el exterior todo lo que podía ponerle en armonía con las demás Cortes de Europa; pero en lo interior tuvo el constante esmero

de equilibrar las formas antiguas en las costumbres modernas.

Para ello el Emperador estableció representaciones especiales cerca de su persona y admisiones a su Corte; pero, en vez de decidirse sólo por el nacimiento, no lo hizo siempre sino por la base combinada de la fortuna, la influencia y los servicios.

Creó títulos cuya calificación lindaba con la antigua feudalidad, pero sin valor real y con un objeto puramente nacional; sin prerrogativas ni privilegios, iban a pagar todos los nacimientos, todos los servicios y todas las profesiones. Llamábalos una reconciliación útil con las costumbres de la Europa antigua en el exterior, y un aliciente sencillo para muchas vanidades en el interior. Pues decía:

—¡Cuántos hombres superiores son niños, al menos una vez cada día!

Hizo desaparecer condecoraciones y distribuyó cruces y cordones; pero, lejos de limitarlos a ciertas clases especiales y exclusivas, los extendió a toda la sociedad, a toda suerte de servicios y a toda clase de talentos. Y por un privilegio, exclusivo quizás en la persona de Napoleón, cuantas más concedía más se apreciaban. Cree que acaso pasarán de veinticinco mil las condecoraciones de la Legión de Honor que ha distribuído; y el deseo de obtenerlas —decía— cada día iba aumentando; de suerte que había degenerado en una especie de furor. Después de la campaña de Wagram, la mandó al archiduque Carlos, y por una sutileza de expresión peculiar de Napoleón, le envió la cruz de plata, que es precisamente la que se daba al simple soldado.

«Se ha contraído el hábito—decía el Emperador—de

citar la influencia que el tono y modales de la Corte ejercen en los de una nación.» Pero él estaba muy distante de haber obtenido ningún resultado en este punto; el vicio estaba en las circunstancias y en varias combinaciones que no se perciben; mucho había reflexionado sobre la materia, y pensaba que con el tiempo lo hubiera conseguido.

«La Corte—continuaba—, tomada colectivamente, no ejerce semejante influencia; sólo sí sus elementos; los individuos que la componen propagan, cada uno en su esfera de actividad, lo que han tomado de la fuente común; luego el tono de la Corte no llega a la nación hasta que ha pasado por varias sociedades intermedias; pero nosotros no teníamos sociedades, ni tampoco podíamos tenerlas, porque estas reuniones encantadoras, en las cuales se disfruta de todas las ventajas de la civilización, desaparecen repentinamente ante las revoluciones, y sólo se restablecen lentamente después de la tempestad. Las bases indispensables de la sociedad son la ociosidad y el lujo; todos nosotros aún estábamos en la agitación, y las grandes fortunas todavía no se habían restablecido. Un crecido número de teatros y una multitud de establecimientos públicos presentaban por otra parte placeres más fáciles, menos incómodos y más vivos. La generación de las mujeres del día era joven; preferían corretear y presentarse en público a encerrarse en sus casas y formar un círculo limitado. Pero hubieran envejecido, decía, y con un poco de tiempo y tranquilidad las cosas hubieran vuelto a tomar su curso natural. Además, quizás sería un error juzgar de una Corte moderna por el recuerdo de las antiguas; éstas eran, verdaderamente, la potencia; se decía la Corte y la ciudad. En

el día, si quisiera hablarse con exactitud, debiera decirse la ciudad y la Corte. Los señores feudales, desde que habían perdido su poder, buscaban placeres para indemnizarse. Los mismos soberanos parecían haberse sometido a esta ley; con nuestras ideas liberales insensiblemente el trono dejaba de ser un señorío, reduciéndose puramente a una magistratura; el príncipe, no teniendo más que una representación moral, que con el tiempo es triste y fastidiosa, debía procurar abandonarla para venir como un simple ciudadano a participar de los encantos de la sociedad.»

Entre un gran número de nuevas medidas que el Emperador había proyectado para vivir con tranquilidad en lo venidero, su idea favorita había sido, después de haber obtenido la paz y conquistado el reposo, de no vivir sino para las purificaciones administrativas y mejoras locales; verse en un perpetuo paseo por los departamentos; hubiera visitado y no recorrido, acampado y no viajado; se hubiera servido de sus propios caballos, rodeado de la Emperatriz, el Rey de Roma y toda su corte. Sin embargo, hubiera querido que todo este gran séquito no hubiese sido gravoso a nadie, sino más bien un beneficio para todos; una colgadura de la fábrica de los Gobelinos y todos sus accesorios que habrían seguido su séquito, hubieran adornado sus paradas. Los demás individuos de la Corte se habrían hospedado en casa de los particulares, que hubieran recibido a sus huéspedes más bien como un beneficio que como un gravamen, porque siempre hubieran tenido la certeza de alguna ventaja o protección. «De esta manera—continuaba—hubiera podido en cada lugar prevenir los fraudes, castigar los dilapidadores, mandar construir edificios, puentes

y caminos, agotar pantanos, fertilizar tierras, etc. Si entonces el Cielo me hubiese concedido algunos años de vida, seguramente que hubiera transformado París en la capital del Universo y toda la Francia en una verdadera novela.»

EL EMPERADOR EN ESTADO DE VALERSE DE LA LENGUA INGLESA. — SOBRE LA MEDICINA. — CORVISARD. — DEFINICIÓN. — SOBRE LA PESTE. — MEDICINA DE BABILONIA.

El 8. — El Emperador no durmió en toda la noche, y estando desvelado se había entretenido en escribirme una carta en inglés, que recibí cerrada; corregí los errores que tenía y le respondí también en inglés por el mismo portador; me entendió perfectamente, convenciéndose de sus progresos con este ensayo, que le probó que, a todo rigor, ya podía en adelante seguir una correspondencia en su nuevo idioma.

Ya hacía más de quince días que el general Gourgaud estaba enfermo; su indisposición había degenerado en una disentería muy maligna, que nos daba bastante inquietud. El almirante le mandó al doctor Warens, médico del *Northumberland*; el Emperador le convidó a comer. Durante toda la comida y mucho tiempo después la conversación recayó exclusivamente sobre la Medicina, ya en sentido alegre, ya serio y profundo. El Emperador estaba de buen humor, por cuyo motivo las palabras se sucedían con mucha rapidez; abrumaba al doctor con preguntas y argumentos ingeniosos y sutiles, que le enredaban mucho.

El Emperador no creía en la Medicina, ni en sus remedios, de los cuales no hacía ningún uso. «Doc-

tor—decía—, nuestro cuerpo es una máquina para vivir; para esto está organizado y tal es su naturaleza; déjese, pues, la vida a su comodidad, que ella misma se defenderá, y hará mucho más que si se la paraliza amontonando remedios. Nuestro cuerpo es como una excelente máquina de reloj, que debe andar un cierto tiempo determinado; el relojero no tiene facultad para abrirla ni puede manosearla a tientas con los ojos vendados. Por cada uno que a puro atormentarla por medio de instrumentos chapuceros consigue hacerla bien, ¡cuántos ignorantes la destruyen, etc.!»

El Emperador no reconocía la utilidad de la Medicina sino en ciertos casos muy raros, en las enfermedades conocidas, consagradas por el tiempo y la experiencia, y entonces comparaba el arte del médico al del ingeniero en los sitios regulares, en los cuales las máximas de Vauban y las reglas de la experiencia han sometido todas las cualidades y ciertas leyes conocidas. Por ello, siguiendo estos principios, el Emperador había concebido la idea de una ley que no hubiese permitido a la masa de los médicos de Francia sino el uso de remedios simples y les prohibiese el de los remedios *heroicos*, es decir, los que pueden ocasionar la muerte, a menos que su facultad no les produjese de tres a cuatro mil francos al año, lo que ya suponía, decía, una educación, conocimientos y un cierto crédito público. «Esta medida—decía—ciertamente era muy justa y bienhechora; sin embargo, en mis circunstancias era todavía fuerte de sazón; la ilustración no había hecho bastantes progresos, y es indudable que la masa del pueblo no hubiera visto más que un acto de tiranía en una ley que le ponía al abrigo de sus más crueles verdugos.»

Varias veces el Emperador había atacado sobre la Medicina a su médico, el célebre Corvisard. Este, dejando a un lado el honor del Cuerpo y de sus colegas, le confesaba francamente que, sobre poco más o menos, profesaba las mismas opiniones, y aun las ponía en práctica. Era enemigo declarado de los remedios, y los empleaba raramente; a la Emperatriz María Luisa, que sufría mucho durante su embarazo y le atormentaba para que le proporcionase alivio, la mandaba dar maliciosamente unas píldoras hechas con migajas de pan, que, según ella decía, le hacían mucho bien.

Decía el Emperador que había obligado a Corvisard a confesarle que la Medicina era un recurso privilegiado que podía hacer mucho bien a los ricos, pero que era el azote de los pobres. «Pero—decía el Emperador—¿no cree usted que, vista la incertidumbre de la Medicina en sí misma y la ignorancia de las manos que la emplean, sus resultados, tomados en masa, son más funestos que útiles para los pueblos?» Corvisard lo confesaba francamente. «Pero usted mismo, ¿nunca ha muerto a nadie? Es decir, ¿algunos enfermos no han muerto, evidentemente, de resultados de los remedios que usted les ha administrado?» Seguramente—respondió Corvisard—; pero no debo tenerlos más sobre mi conciencia que V. M. si hubiera hecho perecer un piquete de caballería, no porque hubiese mandado un movimiento errado, sino porque en su camino se hubiese encontrado un foso o un precipicio que no se hubiese podido prever.

De ahí el Emperador pasó a varios problemas y definiciones que proponía al doctor.

—¿Qué cosa es la vida?—le decía—; cuándo y cómo

la recibimos? Todo esto, ¿es acaso otra cosa más que un misterio?

Después definía la locura inocente: un blanco o divagación del juicio entre ideas justas y su aplicación; un loco come uvas en una viña que no es suya, y responde a las quejas del propietario:

—Aquí somos dos; el sol nos alumbra a ambos; luego yo tengo derecho a comer uvas.

El loco terrible es aquel en quien este blanco o divagación del juicio se ejercita entre ideas y actos: era el que cortaba la cabeza a un hombre dormido, y luego se escondía detrás de unas ramas, para complacerse viendo el engorro del cuerpo muerto cuando se despertase.

También preguntaba al doctor cuál era la diferencia entre el sueño y la muerte, y se respondía él mismo diciendo que el sueño era la suspensión momentánea de las facultades sobre las cuales nuestra voluntad ejerce su poder, y la muerte la suspensión durable, no sólo de estas mismas facultades, sino también de aquellas sobre las cuales nuestra voluntad no tiene poder.

Luego la conversación recayó sobre la peste. El Emperador sostenía que se comunicaba por la aspiración lo mismo que por el contacto; y decía que el peligro más grande y la mayor propagación consiste en el temor; su principal sitio está en la imaginación: en Egipto morían cuantos tenían el espíritu apocado. El preservativo y remedio más cuerdo era el valor moral. El mismo, en Jaffa, había tocado impunemente varios apestados y salvado mucha gente, engañando a los soldados sobre la naturaleza del mal, por el espacio de más de dos meses; se les decía que no era

peste, sino una calentura con tumores. Además había observado que el mejor medio de preservar al ejército había sido el ponerlo en marcha y darle mucho movimiento; la distracción y el cansancio se reconoció que eran los mejores preservativos, etc. (1).

Todavía, el Emperador decía al doctor:

—Si Hipócrates entrase repentinamente en el hospital que usted dirige, ¿no se quedaría atónito? ¿Adoptaría las máximas y medidas que ustedes siguen? ¿No las reprobaría? ¿Acaso comprenderían ustedes su idioma? ¿Se entenderían ustedes uno a otro?

Y, por último, concluyó celebrando jovialmente la medicina de Babilonia, en donde exponían los enfermos a la puerta de sus casas, y los parientes, sentados junto a ellos, paraban a cuantos pasaban por la calle para preguntarles si habían visto nunca cosa semejante y qué les había curado. Por lo menos tenía la certeza—decía—de evitar los remedios que habían muerto a otros enfermos.

ENTREVISTA EN DRESDE.—SOBRE EL GENIO DE LAS MUJERES.

Del 10 al 12 de Marzo.—El mal tiempo, que conti-

(1) En las Memorias de M. Larrey se lee como un fenómeno, o, por lo menos, como una cosa muy notable, que en la retirada de San Juan de Acre la fuerza de las circunstancias, habiendo precisado reducir el alimento de los enfermos a algunas simples galletas y agua fangosa, éstos atravesaron sesenta leguas de desierto sin el menor accidente, y con una ventaja tal, que la mayor parte estaban curados cuando llegaron a Egipto. Atribuye esta especie de prodigio al ejercicio directo o indirecto, a los calores secos del desierto, y, principalmente, a la alegría de hallarse otra vez en un país que los soldados consideraban ya como una nueva patria.

nuaba imponiéndonos reclusión, no ha influido en el humor del Emperador, quien precisamente estos días ha mostrado más indiferencia de su suerte y ha hablado más que nunca, deteniéndose mucho en los minuciosos pormenores de la famosa entrevista en Dresde; he aquí lo que he extractado de ella.

Esta entrevista fué en la época de más poder de Napoleón. Allí se presentó como el *rey de los reyes*, y llegó hasta tal punto, que se vió precisado a manifestar que era conveniente se acordasen estaba entre ellos el Emperador de Austria. Ni este soberano ni el rey de Prusia tenían comitiva alguna. Alejandro tampoco la había tenido en Tilsit ni en Erfut. Tanto allí como en Dresde comían en el palacio de Napoleón. El séquito de aquellos reyes—decía éste—era mezquino; él era el que fijaba la etiqueta y daba el tono; hacía que Francisco I pase delante de él y aquél quedaba enajenado con el obsequio. El lujo de Napoleón y su magnificencia le hacían parecer un rey de Asia. Allí y en Tilsit colmó de brillantes a cuantos le rodeaban. Nosotros le dijimos que no había un soldado francés en Dresde, y que su corte había estado muchas veces en la mayor inquietud sobre su persona. No quería creernos, pero nosotros le asegurábamos que era un hecho que no había tenido otra guardia más que los guardias de Corps sajones. No obstante, nos dijo: Yo estaba entonces entre mi buena familia con gentes tan honradas, que estaba sin peligro; todos me amaban, y aun a esta hora creo que el buen rey de Sajonia rezará por mí un *Padre nuestro* y un *Ave Maria*. Yo he quitado la suerte a esa pobre y apreciable princesa Agustina e hice mal. A mi vuelta de Tilsit recibí en Marieuver a un gentilhomme del

rey de Sajonia, que me entregó una carta de su amo que decía: «Acabo de recibir una carta del Emperador de Austria que me pide a mi hija por esposa; os envió esta carta para que me digáis la respuesta que debo darle.» «Dentro de pocos días estaré en Dresde» fué la contestación del Emperador, y a su llegada desaprobo el casamiento y lo impidió. «Hice muy mal—repuso—; temí que el emperador Francisco sedujese contra mí al rey de Suecia, pero al contrario, la princesa Agustina habría reducido a mi favor a su esposo y no estaría yo aquí.»

Napoleón trabajaba mucho en Dresde, y María Luisa, ansiosa de aprovechar sus cortos descansos, apenas salía para no perderlos. El emperador Francisco, que no hacía nada y se entretenía en recorrer la ciudad, no podía comprender en qué consistía esta reclusión del matrimonio; se imaginó que sería para darse tono e importancia. La emperatriz de Austria instaba a María Luisa a que saliese pintándole su retiro como ridículo. Sin duda que habría querido usar con María Luisa del tono de madrastra, mas ésta no estaba dispuesta a sufrirlo, pues al fin eran casi de una misma edad. Venía muchas veces por la mañana al tocador de María Luisa a escudriñar y pasar revista a sus alhajas y magnificencia, y nunca salía con las manos vacías. «El reinado de María Luisa ha sido muy corto—decía el Emperador—, pero ha debido disfrutar mucho, tenía todo el mundo a sus pies.» Uno de nosotros le preguntó si era cierto que la emperatriz de Austria fuese la mayor enemiga de María Luisa. «Nada más—contestó— que un si es no es de odio cortesano: el aborrecimiento en el alma, pero disfrazado con una correspondencia

diaria de cuatro páginas de ternuras y zalamerías.»

La emperatriz de Austria obsequiaba mucho a Napoleón, y era muy remilgada en su presencia, pero no bien volvía las espaldas, se dedicaba a corromper a María Luisa con las más perversas y maliciosas insinuaciones; se desesperaba al ver que no podía adquirir ascendiente sobre ella. «Además—decía el Emperador—, tiene sagacidad y entendimiento suficiente para engañar a su marido, quien estaba convencido de que ella le miraba con indiferencia. Su figura era agradable, expresiva, y con un no sé qué particular: era una *religiosa bonita*.»

En cuanto al emperador Francisco, bien conocida es su benignidad, que le hace siempre víctima de los intrigantes.

El rey de Prusia es un hombre de bien, bondadoso y leal en su particular, pero en su capacidad política es un hombre que se dobla a la necesidad: a él se le manda en teniendo la fuerza y la espada desenvainada.

«El emperador de Rusia es un hombre superior a todos estos; tiene talento, gracia, instrucción y seduce con facilidad, pero no hay que fiarse de él; no es franco, es un verdadero *griego del bajo Imperio*. Con todo eso no deja de tener su ideología real o fingida, y quizás será el resultado de su educación y de los principios de su preceptor. ¿Quién creería—dijo el Emperador—la materia que he tenido que aclarar con él? Sostenía que el derecho de sucesión era un abuso en la soberanía, y tuve que emplear toda mi elocuencia y mi lógica para probarle que este derecho servía de base al reposo y a la dicha de los pueblos, tal vez se burlaba, pues es sutil, falso y sagaz: puede hacer

mucho. Si yo muero aquí, él será mi único heredero en Europa. Yo sólo podía detenerlo con su diluvio de tártaros. La crisis es grande y constante para el continente europeo, y sobre todo para Constantinopla; mucho me ha instado y lisonjeado sobre este punto, pero yo me he desentendido constantemente. Por destruído que suponga aquel imperio, siempre debía considerarlo yo como mi antemural respecto de Alejandro, y como el pantano que le impedía envolver mi derecho. En cuanto a la Grecia es distinto.» Y después de haber discurrido entre los asuntos de este país, dijo: «¡La Grecia espera un libertador! ¡Qué suntuosa corona de gloria! ¡Inscribiría su nombre a la posteridad con los de Homero, Platón y Epaminondas!... ¡No he estado lejos de ello!... Cuando en mi campaña de Italia me hallé a las orillas del Adriático, escribí al Directorio que tenía a mi vista al reino de Alejandro... Después entablé relaciones con Alí-Pachá, y cuando nos tomaron a Corfú, habrán debido hallar allí las municiones y armamento completo para un ejército de 40 a 50 mil hombres. Yo hice levantar los mapas de la Macedonia, de la Servia, de la Albania, etc.»

«La Grecia, el Peloponeso al menos, debe ser el lote de la potencia europea que posee el Egipto, debería ser el nuestro... Y después al Norte, un reino independiente; Constantinopla con sus provincias para servir como de portazgo a Rusia, así como se ha tratado de hacer respecto de Francia creando el reino de Belgica.»

En una de estas noches el Emperador se quejaba del genio de las mujeres, pues en ellas se descubría más —decía— la igualdad de su carácter y el constan-

te deseo de agradar que su clase, buena educación y modales. Añadía que estaban acostumbradas a demostrarse siempre dueñas de sí mismas y en una continua ficción. Sus dos mujeres observó que eran así; había una grande diferencia entre ellas respecto de sus cualidades y disposiciones, pero semejantes en este punto. Nunca había presenciado el mal humor de ninguna, ambas se dedicaron constantemente a agradarle, etc.

Uno de nosotros se atrevió a decirle que, sin embargo, María Luisa se había lisonjeado de que siempre que deseaba alguna cosa, por difícil que fuese, no tenía que hacer más que llorar. El Emperador se sonrió y dijo que eso era un descubrimiento para él, que lo habría podido sospechar de Josefina, pero que lo ignoraba respecto de María Luisa, y en seguida, dirigiéndose a las señoras de Bertrand y Montholon: «Ya ven ustedes, señoras—les dijo—, que en ciertas cosas todas ustedes son iguales.»

SUS INTENCIONES SOBRE ROMA.—*Británico.*

Del 18 al 19.—El Emperador montó a caballo a las ocho, de lo que se había abstenido hacía mucho tiempo, a causa de lo reducido del terreno que tenía a su disposición. Su salud se deterioraba visiblemente por consecuencia de la falta de ejercicio, en razón a su costumbre de hacerlo aun con demasiada violencia. A su vuelta se desayunó fuera de casa, y nos convidó a todos. Después del almuerzo recayó la conversación sobre Herculano y Pompeya, el fenómeno y la época de su destrucción, el tiempo y las casualidades de su descubrimiento moderno, los monumentos y las cu-

riosidades que nos han proporcionado después. El Emperador decía que si Roma hubiera quedado en su poder, habría salido de sus ruinas; se proponía limpiarla de todos sus escombros y restablecer lo que fuese posible, etc. No dudaba que, habiéndose fomentado el mismo espíritu en las inmediaciones, podría, en cierto modo, haberse hecho lo mismo con Herculano y Pompeya.

Acabado el desayuno, el Emperador hizo traer un tomo de Racine; empezó por la comedia de los *Pleiteantes*; mas después de una o dos escenas nos leyó *Británico*. Acabada la lectura y pagado el justo tributo de admiración, dijo que se le reprochaba a Racine en esta pieza un desenlace demasiado pronto, que no se preparaba con la debida anticipación el envenenamiento de Británico. Ha alabado mucho la exactitud del carácter de Narciso, y observó que hiriendo el amor propio de los príncipes, era como se influía en sus determinaciones.

CONJURACIÓN DE CATILINA.—LOS GRACOS.—LOS HISTORIADORES.—SUEÑO DURANTE LA BATALLA.—CÉSAR: SUS *Comentarios*.—DE LOS DIVERSOS SISTEMAS MILITARES.

Del 21 al 22.—El Emperador montó a caballo muy temprano, y nosotros dimos varias vueltas sin salir de nuestros límites; durante este paseo tomaba lección de inglés; yo iba a su lado y él pronunciaba frases inglesas, que yo traducía al mismo tiempo, palabra por palabra, lo que le servía para conocer que lo habían entendido, o bien para corregirse. Cuando terminaba su frase, se la repetía yo en inglés, a fin de

que lo entendiésemos también y se familiarizase con el acento.

El Emperador leyó luego en la *Historia Romana* la conjuración de Catilina, y no podía comprenderla tal como está concebida. «Por más perverso que fuese Catilina—observaba—debería, sin duda, tener un objeto; no podía ser el de gobernar en Roma, puesto que se le atribuía haber querido pegarle fuego por los cuatro extremos.» El Emperador creía que fuese más bien alguna nueva facción parecida a la de Mario y Sila, que, viéndose aniquilada, habría acumulado sobre su jefe, como se hace en semejantes casos, una multitud de acusaciones. Uno de nosotros dijo al Emperador que eso mismo le habría sucedido a él infaliblemente si hubiese sucumbido en vendimiario, en fructidor o en brumario, antes de haber esclarecido con tanta brillantez el obscuro horizonte que le rodeaba.

Los Gracos le inspiraban muchas más dudas y sospechas, las cuales—decía—toman el carácter de certeza cuando se comparan con los acontecimientos de nuestros días. «La Historia—continuó—presenta, en último resultado, a los Gracos como a unos sediciosos, revolucionarios y perversos, y en los pormenores deja traslucir que tenían virtudes, que eran tratables, desinteresados y de buenas costumbres; además, eran hijos del ilustre Cornelio, lo que para las grandes almas debe ser una fuerte presunción en su favor. ¿De qué podía proceder tal contraste? Claro es: de que los Gracos se habían decidido generosamente por los derechos del pueblo oprimido contra un Senado opresor, y que su gran talento y su mucho carácter pusieron en peligro a una aristocracia feroz, que, triunfante,

los degolló y deshonró. Los escritores del partido los han transmitido con este espíritu. En tiempo de los emperadores ha sido preciso decir que la sola expresión de los derechos del pueblo bajo un príncipe despótico es una blasfemia, un verdadero crimen. Lo mismo sucedió en seguida en el feudalismo, productor fecundo de déspotas subalternos; he aquí, sin duda, la fatalidad de la memoria de los Gracos. En la serie de los siglos sus virtudes no han cesado de aparecer como crímenes; pero en el día que en razón a nuestras luces nos hemos atrevido a raciocinar, los Gracos pueden y deben hallar disculpa en nuestro criterio.

»En esta lucha terrible de la aristocracia y la democracia, que acaba de reproducirse en nuestros días en esa *exasperación del terreno viejo contra la industria nueva*, que fermenta en toda Europa, no queda la menor duda que, si la aristocracia triunfara por la fuerza, no dejaría de presentar por todas partes infinitos Gracos a quienes trataran con la misma benignidad que sus antepasados.»

El Emperador añadió que, además, se echaba de ver con facilidad que los historiadores antiguos habían dejado un blanco en esta época de la Historia; que todo lo que nos presentan de ella los modernos no es, evidentemente, formado sino de *rebuscos*. En seguida habló de las faltas atribuídas al buen Rollin y a su discípulo Crévier; ambos—decía—estaban desprovistos de talento, intención y divisa. Es preciso convenir que los antiguos nos eran superiores sobre este punto; y la causa es porque entre ellos los hombres de Estado eran literatos, y los literatos, los hombres de Estado; ellos acumulaban las profesiones, al paso que

nosotros las separamos absolutamente. Esta famosa división del trabajo, que entre nosotros sirve para la perfección de las obras mecánicas, es enteramente funesta para las producciones mentales; toda obra de entendimiento es tanto más superior cuanto más universal es el que la produce. Debemos al Emperador haber tratado de establecer este principio, empleando muchas veces los mismos hombres en objetos sumamente extraños entre sí; tal era su sistema. Un día nombró de su *motu proprio* un gentilhomme suyo para ir a Iliria a liquidar la deuda austriaca; éste era un asunto considerable y muy complicado; el gentilhomme, que hasta aquel momento no estaba al alcance de negocio alguno, se estremeció; y el ministro, descontento de este nombramiento, se atrevió a hacer presente al Emperador que, habiendo recaído su elección en un individuo para quien el asunto era totalmente nuevo, era de temer que no podría desempeñarlo. «Tengo la mano feliz, señor mío—fué su respuesta—; aquellos sobre quienes la pongo son aptos para todo.»

Continuando su crítica, el Emperador condenaba mucho también lo que él llamaba *simplezas históricas*, ridículamente exageradas por los traductores y comentadores: en su origen prueban que los historiadores juzgaban mal de los hombres y de su situación. «Sin razón—decía—exageran tanto la continencia de Escipión, se pasman de la frialdad de Alejandro, de César y otros porque durmieron la víspera de una batalla; sólo un fraile malo sin mujer—decía—cuyo semblante se inflama con el nombre sólo de ella y relincha con su olor, pudiera creer que era un mérito no haber violado la que la casualidad puso en sus ma-

nos, cuando tenía mil otras a su disposición; sería lo mismo que se alabase extraordinariamente un hambriento por haber pasado cerca de una mesa ópípara sin tocar a ella.» Por lo que hace a haber dormido en el momento de una batalla, aseguró que no había soldado ni general suyo que no hubiera repetido veinte veces esta maravilla, y todo el heroísmo consistía en la fatiga de la víspera.

El gran mariscal añadió a esto que podía decir que había visto a él, Napoleón, dormir no sólo la víspera de la batalla, sino durante ella misma. «Preciso era—decía el Emperador—cuando yo daba batallas que duraban tres días: la naturaleza reclamaba sus derechos, aprovechaba el más pequeño instante, y dormía en donde y cuando podía.» El Emperador durmió en el campo de batalla de Wagram y en el de Bautzen, durante el combate y al alcance de las balas. Sobre esto decía que, además de la obligación de obedecer a la naturaleza, estos sueños ofrecían al jefe de un grande ejército la preciosa ventaja de oír con calma los partes y la concordancia de todas sus divisiones, en lugar de dejarse llevar tal vez por el único objeto que se presenta a la vista.

El Emperador decía además que hallaba en Rollin y en el mismo César circunstancias que no comprendía, sobre la guerra de las Galias. No entendía cosa alguna de la invasión de los helvéticos, del camino que tomaban, ni del objeto que se les daba; del tiempo que echaban en pasar el Saona, del viaje precipitado de César, quien tuvo lugar de ir a Italia en busca de las legiones, a una distancia como la de Aquilea, y halló aún a los invasores a su paso por el Saona, etc. Decía que no era mucho más fácil compren-

der el modo de establecer cuarteles de invierno que se extendían desde Treves a Vannes; y como ponderásemos nosotros los inmensos trabajos que los generales obligaban a hacer a los soldados, tal como los fosos, las murallas, las torres fuertes, las galerías, etcétera, el Emperador observó que entonces todos los esfuerzos se reducían a la confección de los trabajos en el mismo punto, en lugar que en nuestros días consiste en el transporte de éstos; era sin duda de opinión que aquellos soldados trabajaban más que los nuestros; y tiene el proyecto de escribir algo sobre el particular.

«Por lo demás — continuó — la historia antigua es larga, y el sistema de guerra cambiaba con frecuencia. En nuestros días no sucedía ya lo que en tiempo de Turenne y de Vauban. En el día los trabajos de campaña vienen a ser inútiles; el sistema mismo de nuestras plazas fuertes es en adelante problemático o sin efecto; la enorme cantidad de bombas y de obuses decide de todo. Ya no se defiende contra la horizontal, sino contra la curva y la evoluta; ninguna de las plazas antiguas estaría en lo sucesivo al abrigo, y dejan de ser defendibles por no ser ningún país suficientemente rico para atender a sus gastos. Las rentas de Francia no son bastantes para sus líneas de Flandes, pues las fortificaciones exteriores apenas constituyen hoy la cuarta o quinta parte de su defensa necesaria: las casamatas, los almacenes y los cuarteles a prueba de bomba son los que serían indispensables en lo sucesivo, y lo que no puede costearse».

El Emperador se quejaba del atraso de la albañilería actual: el arte de los ingenieros dijo que tenía un vicio radical sobre este objeto, y que había costado sumas inmensas infructuosamente.

Persuadido el Emperador de estas nuevas verdades, había imaginado un sistema enteramente opuesto a los axiomas sentados hasta aquí: éste era el de colocar un *calibre de modelo mayor*, prolongado hasta el otro lado de la línea magistral del enemigo, y tener la suya, al contrario, defendida por una gran porción de artillería volante, con la cual se detenía a aquél en sus ataques repentinos: de este modo el enemigo no tenía más que piezas endebles para atacar a piezas fuertes, hallándose bajo los fuegos del *modelo mayor*, en cuyo derredor estaban las piezas pequeñas en forma de grupo, para socorrer la plaza, o bien para avanzarlas delante de los tiradores, pudiendo seguir los movimientos del enemigo por la facilidad de su transporte. En tal caso necesitaba ésta artillería de sitio y abrir la brecha; así se ganaba tiempo y se cumplía el verdadero objeto de la fortificación. El Emperador ha empleado este medio con mucho éxito y con grande admiración de los ingenieros en la defensa de Viena y en la de Dresde: quería emplearlo en la de París, cuya ciudad no creía defendible sino de esta manera, no dudando de modo alguno de un feliz resultado, etc.

NOCHES DE LONGWOOD.—COMPAÑEROS DEL
EMPERADOR EN LA ARTILLERÍA.

Del 23 al 26.—El tiempo fué en parte malo aquellas mañanas: hubo chaparrones que apenas nos dejaban sacar la cabeza fuera.

En cuanto a las noches, poco nos importaba que hiciese buen o mal tiempo, que lloviese o hiciese luna; desde que se acercaba la noche nos constituíamos materialmente en unos verdaderos presos.

Una noche hablaba el Emperador de sus primeros años en la artillería y de sus compañeros de mesa: es época que cita con frecuencia y satisfacción. Le hablaron de uno de sus comensales, quien habiendo sido prefecto del mismo departamento en su tiempo y en el del rey, no había podido a su vuelta conservar el mismo empleo. Después de haber hecho memoria el Emperador, dijo que la tal persona había en cierta época perdido su suerte cerca de él; que cuando le hicieron comandante del ejército del interior, le había favorecido mucho y hécholo su ayudante de campo, teniendo la idea de hacerlo su hombre de confianza, pero que este ayudante tan favorecido había cumplido mal con él en el momento de su partida para Italia, abandonando entonces a su general por el Directorio. «Sin embargo—decía el Emperador cuando subí al trono habría podido aún mucho sobre mí si hubiera sabido hacerlo; él tenía el derecho de los primeros años, que jamás se pierde. No habría podido ciertamente resistirme a una sorpresa en una cita de caza, por ejemplo, o a cualquiera otra media hora de conversación sobre nuestra juventud; habría olvidado lo que había hecho; nada me importaba ya que hubiese sido de mi partido o no, puesto que los había reunido a todos: los que tenían la clave de mi carácter sabían esto muy bien; no ignoraban que conmigo, en cualquier disposición que me hallase respecto de ellos, sucedía como en el juego de las parejas, que ganaba al momento el tanto el que llamaba primero al punto designado. Así es que, si quería resistirme, tenía que dejar de verlos.»

Nos decía de otro antiguo compañero, que si hubiese tenido el talento y las cualidades convenientes,

habría podido mucho con él; añadió que otro tercero, con menos codicia, no lo hubiera alejado de su persona.

Nosotros nos preguntábamos si habrían sospechado este secreto y sus condiciones; si bajo otro aspecto, la elevación y lustre del Emperador les habría dejado la facultad de sacar el partido conveniente.

EXAMEN DE CONCIENCIA POLÍTICA.—IDEAS LIBERALES DEL EMPERADOR SOBRE LA DIFERENCIA DE LOS PARTIDOS.—MARMONT, MURAT, BERTHIER.

El Emperador se paseaba en el jardín con el gran mariscal y conmigo: la conversación nos condujo a hacer el examen de nuestra conciencia política.

Dijo el Emperador que en el principio de la revolución había sido muy ardiente patriota y de buena fe; que se había ido enfriando a medida que adquiría ideas más justas y más sólidas; que su patriotismo se rindió a vista de los absurdos políticos y de los monstruosos excesos civiles de nuestros legisladores. En fin, su fe republicana desapareció en la época que el Directorio violó las elecciones del pueblo, en tiempo de la batalla de Aboukir.

Por lo que hace al gran mariscal, dijo que jamás había sido republicano, pero sí muy decidido constitucional, hasta el 10 de Agosto, en que los horrores de aquel día le curaron de toda ilusión; estuvo a pique de perecer defendiendo al rey en las Tullerías.

En cuanto a mí, era notorio que había empezado por ser realista puro y de los más vehementes.

«Esto quiere decir, señores—repuso chistosamente el Emperador—, que hasta ahora el único que haya sido republicano soy yo.

—Y también Sire...—replicamos Bertrand y yo.

—Sí, republicano y patriota, señor—le observó entonces uno de nosotros—; yo también lo he sido, a pesar de mi realismo; pero para colmo de la extravagancia, no lo fui hasta la época del Imperio.

—¡Cómo, pues, picarón! ¿Se halla usted en la precisión de convenir que no siempre ha amado a su país?

—Señor, ¿no hacemos ahora nuestro examen de conciencia? Pues bien, yo no hago más que confesarme».

El Emperador pasó en seguida a una multitud de preguntas sobre la emigración, nuestro número y espíritu. Yo le decía cosas muy curiosas sobre nuestros príncipes, el duque de Brunswick y el rey de Prusia; le hice reír con la sinrazón de nuestras pretensiones, nuestra certeza del éxito, el desorden de nuestros medios, la incapacidad de los jefes, etc., etc.

En resumen, dijo el Emperador que era necesario convenir que nuestra reunión política en Santa Elena era de las más extraordinarias: que habíamos llegado a un centro común por caminos muy divergentes, y que sin embargo los habíamos seguido de buena fe; nada prueba más—decía—la especie de casualidad, la incertidumbre y la fatalidad que por lo común arrastra tras sí a las almas justas y honradas en el laberinto de las revoluciones. Nada prueba, igualmente mejor—continuó—cuán necesario es para reedificar el orden social, después de largas revoluciones, la indulgencia y la moderación. Estas consideraciones y principios—decía—son los que le habían hecho el hombre más adecuado en las circunstancias de brumario, y aún lo hacían para las actuales de Francia.

Sobre este punto no tenía ni desconfianza, ni precauciones, ni pasiones: constantemente había empleado a los hombres de todas clases, de todos los partidos, sin hacer caso de su conducta anterior, sin preguntarles lo que habían hecho ni lo que habían pensado, exigiendo solamente que marchasen en adelante de buena fe hacia el bien común, la felicidad y la gloria de todos, que se mostrasen verdaderos y buenos franceses. Nunca, principalmente, se dirigió a los jefes para ganarse los partidos; al contrario, atacó la masa de éstos, a fin de poder desdeñar a sus jefes. Tal había sido—decía—el sistema constante de su política interior; y a pesar de los últimos acontecimientos, estaba lejos de arrepentirse de él; si hubiese de comenzar de nuevo haría lo mismo. «Sin duda—añadía—, se le reprochaba que hubiese empleado a los nobles y a los emigrados; ¡imputación miserable y enteramente vulgar! El hecho es que en mi reinado no hubo en Francia más opiniones y sentimientos individuales. Los nobles y los emigrados no son los que han atraído la restauración, sino más bien que ésta ha resucitado a aquéllos: no son ellos particularmente los que más han contribuido a nuestra pérdida; los verdaderos culpables son los intrigantes de todos los colores y doctrinas. Fouché no era noble; Talleyrand no era emigrado; Augereau y Marmont no eran ni lo uno ni lo otro. En fin, ¿quieren ustedes la última prueba del error con que se denigran las clases enteras, cuando una revolución como la nuestra ha obrado sobre todas ellas? Cuenten ustedes aquí: entre cuatro hallarán ustedes dos nobles, el uno de ellos emigrado también. El apreciable M. de Segur, a pesar de su edad, se ofreció también a seguirme a mi partida; podría mul-

tiplicar mis citas a lo infinito; es infundada también la crítica de haberme desecho de personas insignificantes; yo era demasiado poderoso para no despreciar impunemente las intrigas y la inmoralidad reconocida de la mayor parte de ellos; así es que eso no es ciertamente lo que ha motivado mi caída, sino únicamente unas catástrofes imprevistas e inauditas, circunstancias violentas..., quinientos mil hombres a las puertas de la capital, una revolución todavía reciente, una crisis demasiado fuerte para las *cabezas francesas*, y, sobre todo, una dinastía aún no bastante antigua. Yo me habría recobrado del pie mismo del Pirineo, con solo *haber sido mi nieto*.

»Además, ¿de qué modo habría podido otra política impedir lo que me ha perdido? M... me ha hecho traición... ¡él, a quien yo podía llamar mi hijo, mi hechura; a quien confié mi destino en el mismo momento en que consumaba su alevosía y mi pérdida! También me ha vendido Murat, que de simple soldado le hice rey, que era marido de mi hermana. Lo mismo hizo Berthier, verdadero cuervo que me ha sacado los ojos. En el Senado se me ha hecho traición, precisamente por los del partido nacional, que me lo decían todo. Esto no estaba de ningún modo ligado con mi sistema de política interior. Sin duda podría acusármese con fundamento de haber empleado con demasiada facilidad a los antiguos enemigos, *los nobles y los emigrados*, si un Macdonal, un Valence y un Montesquieu me hubiesen vendido; pero al contrario, me han sido fieles. Si se me cita la necedad de Murat, responderé por el talento de M... No debo, pues, arrepentirme de mi sistema de política interior, etcétera.»

PALABRAS DEL EMPERADOR SOBRE SU EXPEDICIÓN
A ORIENTE.

Del 30 al 31.—El tiempo continuó muy malo, lo que nos hizo sufrir mucho a todos; además nos hallábamos materialmente infestados de ratas, pulgas y chinches, hasta el punto de no dejarnos dormir; de manera que los sufrimientos de la noche estaban en una perfecta armonía con los del día.

El tiempo se compuso, y fué muy hermoso el 31, y salimos en calesa. El curso de la conversación llevó al Emperador a estar hablando del Egipto y de la Siria, de si se hubiera apoderado de San Juan de Acre: lo que habría debido hacer causaba una revolución en el Oriente. «Las circunstancias más pequeñas producen los acontecimientos más importantes—decía—; la debilidad de un capitán de fragata, que tomó altura, en lugar de hacer fuerza de vela hacia el puerto; algunas contrariedades en los pormenores de tales o cuales lanchas o barcos pequeños, han impedido que la faz del mundo no se haya cambiado. Tomado San Juan de Acre, el ejército francés volaba sobre Damasco y Alepo; en un abrir y cerrar de ojos estaba sobre el Eufrates; los cristianos de la Siria, los drusos y los cristianos de la Armenia se habrían unido a él, y las poblaciones habrían tomado parte.» Habiendo dicho uno de nosotros que en breve se le habrían agregado cien mil hombres, repuso el Emperador: «¿quién puede calcular lo que hubiera sido? Yo habría llegado a Constantinopla y a las Indias; habría cambiado la faz del mundo».

PORMENORES MINUCIOSOS DEL ADORNO DEL EMPERADOR.

SU TRAJE.—DICHOS RIDÍCULOS Y ABSURDOS SOBRE SU PERSONA.—CONSPIRACIÓN DE GEORGES.—DE CERA-CHI.—ATENTADO DEL FANÁTICO DE SCHOENBRUN.

1 y 2 Abril.—Todo lo que tiene relación con el Emperador debe ser precioso, y así lo pensarán millares de personas; en esta suposición, voy a describir minuciosamente los pormenores de su adorno particular.

El Emperador se viste en su alcoba; cuando se desnuda, que lo hace con sus propias manos, tira al suelo cuanto se quita, si en el acto no se encuentra allí para tomarlo uno de sus ayudas de cámara. ¡Cuántas veces me he precipitado yo a recoger su cordón de la Legión de Honor cuando le veía en el suelo!

La barba es una de las últimas partes de su adorno, y viene en seguida de haberse puesto las medias y los zapatos, etc. Siempre se afeita solo, se quita la camisa y se queda con el chaleco de franela, que había dejado por los calores al paso por la línea, habiéndolo vuelto a usar en Longwood, a consecuencia de unos cólicos que padeció, y de los que se alivió por este medio.

El Emperador se afeita delante de la ventana y al lado de la chimenea; su primer ayuda de cámara le presenta el jabón y una navaja de afeitar; otro le tiene delante el espejo de su estuche, de modo que le dé la claridad en la mejilla en que se afeita; este segundo ayuda de cámara le advierte si la navaja ha dejado algo; afeitada aquella mejilla, se hace una revolución completa para hacer lo mismo con la otra, mudando todos de posición.

El Emperador se lava en seguida la cara, y con frecuencia la cabeza, en una gran jofaina de plata traída del Elíseo, puesta en uno de los rincones de la alcoba; después se limpia los dientes y se quita el chaleco de franela; está gordo, es poco velludo, tiene el cutis blanco, y presenta una cierta robustez ajena de nuestro sexo, lo que nota él mismo chistosamente algunas veces; se frota entonces el pecho y los brazos con un cepillo bastante fuerte, que da en seguida a su ayuda de cámara, para que haga lo mismo en los hombros y la espalda, repitiéndole a menudo: *«allons, fort, comme sur un âne»*. (Vamos, fuerte, como sobre un borrico.)

Acabada esta operación, se inundaba de agua de colonia mientras la tuvo; pero careció dentro de poco, y no hallándose de ella en la isla, se hubo de reducir al agua de lavanda, que ha sido una privación verdadera para él.

Cuando estaba alegre o sin precaución, le ocurría muchas veces al fin de la *fregadura* de las espaldas, así como en cada una de las evoluciones de la barba, mirar atentamente algunos segundos al ayuda de cámara de servicio, y aplicarle en seguida un buen mojicón en la oreja, acompañado de algunos chistes.

Esto es, sin duda, lo que ha dado margen a los fabricantes de libelos y folletos para decir que pegaba cruelmente a los que se hallaban a su lado, pues varias veces le sucedía con nosotros pellizarnos en la oreja o tomárnosla con toda la mano; mas, a su modo de mirar y a sus expresiones cuando decía esto, debería suponerse muy feliz en tiempo de su poder el que recibiese semejante favor.

El Emperador no salía de su gabinete hasta que estuviese vestido, y siempre con zapatos, excepto cuan-

do montaba a caballo, que se ponía botas. Al llegar a Longwood se quitó su *petit-uniforme* verde de la Guardia, y desde entonces no se puso otro vestido más que uno de los que usaba de caza, habiéndole hecho quitar el galón; le sentaba mal y empezaba a romperse, y no sabían de qué modo reemplazarlo. Además, esta no era la única necesidad que experimentaba de esta especie; nos incomodaba mucho, por ejemplo, verlo en la precisión de llevar muchos días las mismas medias de seda, y nos quejábamos al notar que se podían saber los días por el número de señales que los zapatos imprimían en ellas, de lo que se reía mucho; en el resto del vestido no hizo innovación, llevando siempre chupa y calzón de cachemir blanco y corbata negra. En fin, cuando iba a salir, cualquiera de nosotros que estuviera allí le daba su sombrerito particular, y en cierto modo identificado con su persona; ya le han robado infinitos desde que estamos en la isla, pues cualquiera que se aproxima a nosotros ansía por llevarse alguna cosa de él. ¡Cuántas veces nos hemos visto perseguidos por personas de la mayor distinción, con el objeto de obtener aun cuando no fuese más que un botón de su vestido o cualquiera otra pequeñez de la misma naturaleza!

Casi todos los días me hallaba presente a su compostura, ya fuera porque me hallase al fin de mi trabajo, o ya porque me llamase a conversar.

Un día, contemplando al Emperador en el acto de ponerse su chaleco de franela, mis facciones expresaban sin duda alguna cosa de particular.

—¿Por qué se sonríe *Vuestra Excelencia*?—expresión favorita de su buen humor—. ¿Qué piensa en este momento?

—Señor, en que acabo de leer en un folleto que vuestra majestad estaba día y noche resguardado con una coraza. En ciertos salones de París se decían cosas muy parecidas, y daban por prueba la repentina gordura de vuestra majestad, que según ellos no era natural, y pensaba en este instante que yo podía atestiguar con evidencia que la tal gordura era muy natural, pudiendo también afirmar que en Santa Elena, al menos, vuestra majestad había dejado a un lado toda precaución.

—Esa es una de las mil necedades que han escrito sobre mí. Esta es tanto más absurda cuanto que todos los que me conocen saben el poco cuidado que tenía de mi conservación. Acostumbrado desde la edad de diez y ocho años a las balas y a las batallas, y convencido de cuán inútil es quererse preservar de ellas, me entregué a mi destino. Después, cuando me vi al frente de los asuntos públicos, debí suponerme aún en medio de las batallas, cuyas balas eran las conspiraciones; he continuado en la misma persuasión, abandonándome a mi estrella y dejando a la política el cuidado de las precauciones. Yo he sido quizá el único soberano en Europa que no haya tenido guardias de Corps. Se acercaban a mí sin tener que atravesar unas salas de guardias; una vez pasado el recinto exterior de las centinelas, era libre la circulación en mi palacio. María Luisa se admiraba extraordinariamente de verme con tan poca defensa, y me decía muchas veces que su padre estaba mejor guardado, que tenía armas alrededor de él, etc. Por lo que hace a mí, estaba en las Tullerías como estoy aquí: ni aun sé dónde está mi espada... ¿La ve usted?

Independientemente de su estrella, el Emperador

atribuía su salvación a ciertas circunstancias que le eran características. Lo que le había salvado sin duda—añadía—era haber vivido de capricho, y no haber tenido nunca hábitos constantes y regulares. El exceso de trabajo lo hacía detener en su gabinete y en su aposento; no comía en ninguna parte, rara vez iba al teatro, y no se presentaba en sitio alguno sino cuando no lo esperaban, etc.

Los dos atentados que lo habían puesto más en peligro—me decía aquel día al entrar en el jardín después de vestidos—fueron los del escultor Cerachi y el fanático de Schoenbrun.

Cerachi, con otros forajidos, había resuelto la muerte del primer cónsul; debían inmolarlo en el teatro al salir de su palco: advertido el cónsul, fué allá osadamente por entre los que más se habían apresurado a ocupar sus puestos, y no se les arrestó hasta el fin de la representación.

El Emperador decía que Cerachi había en un tiempo adorado al primer cónsul; pero juró su pérdida desde que no vió en él, según creía, sino un tirano. El general Bonaparte había colmado de favores a este escultor, que había hecho su busto, y en aquel momento solicitaba por todos los medios imaginables obtener una media hora siquiera para una corrección, que decía él ser necesaria. Preservado el cónsul por su estrella, no pudo disponer de un instante; más creyendo que la necesidad fuese la verdadera causa de las continuas instancias de Cerachi, mandó que le diesen seis mil francos. ¡Se engañaba extraordinariamente; este malvado no tenía otra intención sino la de coserlo a puñaladas cuando estuviese solo con él.

La conspiración se descubrió por un capitán cóm-

plice en ella. «¡Extraña modificación del juicio humano—observaba Napoleón—; hasta qué punto llegan las combinaciones de la locura y de la necedad! Este oficial me aborrecía como cónsul, y me adoraba como general: quería que se me separase de mi empleo; pero habría sentido mucho que me quitasen la vida.» «Es preciso—decía—apoderarse de él, no hacerle mal y enviarlo al ejército, para que continúe allí batiendo al enemigo y haciendo la gloria de Francia.» Los demás conjurados se rieron de él altamente: cuando vió distribuir los puñales y que se pasaba más allá de sus intenciones, vino él mismo a denunciarlo todo al cónsul.

«El fanático de Schoenbrun—dijo el Emperador—era hijo de un ministro protestante de Erfurt, quien en tiempo de la batalla de Wagram resolvió asesinar a Napoleón en plena parada. Ya había conseguido atravesar la línea de los soldados que lo separaban del Emperador, y sido rechazado dos o tres veces cerca de él, cuando el general Rapp, queriendo nuevamente retirarlo por la mano, advirtió alguna cosa bajo su ropa; en efecto, era un cuchillo de pie y medio de largo, de dos filos y con punta. «Me estremecí al verlo—decía el Emperador—; estaba envuelto en una simple gaceta.»

Napoleón hizo traer a su gabinete al asesino; llamó a Corvisard, y le mandó que tomase el pulso al criminal mientras que él le dirigía la palabra. El asesinato permaneció constantemente sin alteración, confesando su hecho con una voz entera y citando con frecuencia la Biblia.

—¿Qué quería usted de mí—le dijo el Emperador?

—Mataros.

—¿Qué le he hecho a usted? ¿Quién le ha constituido mi juez en la tierra?

—Quería terminar la guerra.

—¿Y por qué no se dirigió usted al Emperador Francisco?

—¡A él! ¿Para qué? Sería nulo—decía el asesino—; y después, muerto él, otro le sucedería; en lugar de que con vos desaparecerían al punto de Alemania todos los franceses.

En vano trató el Emperador de conmoverlo.

—¿Se arrepiente usted—le dijo.

—No.

—¿Lo volvería usted a hacer?

—Sí.

—¿Pero si le perdonase a usted?

Aquí, no obstante, decía Napoleón que la naturaleza recobró sus derechos; el rostro y la voz del hombre se alteraron momentáneamente. «Entonces—dijo—creería que ya Dios no lo quiere.» Pero al momento volvió a toda su ferocidad: lo retiraron a parte, y lo tuvieron sin comer veinticuatro horas; el médico lo volvió a examinar, interrogándole de nuevo; todo fué inútil, permaneció siempre el mismo hombre, o, por mejor decir, una fiera, y se le abandonó a su suerte

EL PARTIDO QUE HABÍA QUE TOMAR DESPUÉS DE WATERLÓO.

Del 3.—El Emperador ha trabajado esta mañana a la sombra en el jardín: el tiempo era hermoso y el día de los más apacibles; leía la expedición de Alejandro, por Rollin, y tenía varios mapas extendidos;

se quejaba del mal gusto que advertía en la narración de los hechos, el todo sin ingenio ni objeto, y sin dar una idea justa de las grandes miras de Alejandro: le venían deseos de volver a hacer este pasaje de la Historia, etc.

A cosa de las cinco pasé a verlo al jardín, en donde se paseaba rodeado de todos. En cuanto me divisó, se dirigió a mí, diciéndome: «Venga usted a decirnos su opinión sobre un punto que discutimos hace una hora.

¿Cree usted que a mi llegada de Waterlóo a París había ya podido disolver el Cuerpo legislativo y salvar a Francia?

—No—dije yo—; el Cuerpo legislativo no se hubiera disuelto voluntariamente; habría sido preciso emplear la fuerza; protestaría, y el escándalo sería inevitable. La nación participaría de la discordancia que se hubiese suscitado en el seno de aquél, y entretanto llegaría el enemigo, y vuestra majestad habría sucumbido, acusado por toda la Europa, por los extranjeros y por nosotros mismos, con el oprobio de la maldición universal, y con toda la apariencia de un miserable jefe de aventuras y de violencias. En lugar de esto, vuestra majestad ha adquirido con su moderación el más hermoso carácter en la Historia, que por la inversa, correría el riesgo de sufrir su reprobación: es verdad que vuestra majestad ha perdido su poder; pero también lo es que ha colmado la medida de su gloria...

—Pues bien, tal es en parte mi opinión—repuso el Emperador—. ¿Pero el pueblo francés será justo conmigo? ¿No me acusará de haberle abandonado? La Historia decidirá; no temo ciertamente la invocación.

»Y yo me he preguntado muchas veces a mí mismo:

•¿He hecho por este pueblo desgraciado todo lo que tenía derecho a esperar de mí? ¡Me ha favorecido tanto! ¿Sabrá alguna vez este pueblo todo lo que me costó la víspera de mi última decisión? ¡Aquella noche de incertidumbres y de angustias!

•Dos grandes partidos me quedaban: el de salvar la patria por la violencia o el de ceder al impulso general. Debí tomar el que he seguido; los amigos y los enemigos, los bien y mal intencionados, todos estaban contra mí: me hallaba solo, debí ceder; y una vez hecho, no queda recurso; yo no soy a propósito para los paliativos; y después, la soberanía no es una cosa que se deja y se vuelve a tomar como si fuera una capa.

•El otro partido exigía un vigor extraordinario; habrían aparecido grandes criminales y hubieran sido precisos grandes castigos. Correría la sangre, y entonces, ¿quién sabe adónde nos conducirían los acontecimientos? ¿Qué escenas podrían renovarse? Yo mismo, ¿no podía mancharme, borrar mi memoria con mis propias manos en este torrente de sangre, de crímenes y de abominaciones de toda especie, que el odio, los folletos y los libelos han acumulado sobre mí? En mi opinión, ese día justificaba yo cuanto han inventado. La posteridad y la Historia me citarían como el Nerón y el Tiberio de nuestros tiempos. ¡Si aun a ese precio hubiera salvado la patria!... ¡Yo me sentía capaz de ello!... ¿Pero era cierto que lo habría conseguido? ¿Nuestros peligros venían todos de fuera, y nuestras disensiones de adentro no les eran superiores? ¿No veíamos una multitud de insensatos encarnizarse disputando sobre los matices antes de tener seguro el triunfo del color? ¿A cuál de ellos se le habría persuadido que yo no trabajaba para mí solo y por mis inte-

reses personales? ¿A quién se habría podido convencer de que yo estaba desinteresado y que no combatía sino por la patria? ¿A quién se hubiese hecho creer el cúmulo de peligros y desgracias que yo trataba de evitarle? En cuanto a mí eran visibles; pero el vulgo los ignorará siempre, si no llegan a pesar sobre él.

»Qué se hubiera respondido al que exclamase: «¡Ahí tenéis el nuevo déspota, al tirano! ¡El día siguiente al de sus juramentos los viola de nuevo!» ¿Y quién sabe si en estos momentos, en tan intrincada compilación, no hubiese yo perecido por una mano, aun francesa, en el conflicto de los ciudadanos? Y entonces, ¿qué vendría a ser la nación a los ojos de todo el universo y en la estimación de las generaciones más remotas? Pues su gloria consiste en reconocerme; yo no podría haber hecho tantas cosas por su honor y su esplendor sin ella y su despecho: ¡el pueblo francés me haría demasiado grande!... Lo repito, la Historia decidirá...»

Después de estas explicaciones pasó a las medidas y pormenores de la campaña, y se extendió con gusto en su glorioso principio, agriándose en extremo sobre el terrible desastre que la había terminado.

«Sin embargo—concluyó—, nada me parecía aún desesperado habiendo hallado la unión y auxilio que debía esperar. Nuestros únicos recursos estaban en las Cámaras; volé a París para convencerlas de esto, pero al punto se insurreccionaron contra mí bajo no sé qué pretexto de que iba a disolverlas. ¡Qué absurdo! Desde aquel instante todo se perdió (1).

»No por esto debe tal vez acusarse a la masa de es-

(1) El tiempo, que lo aclara todo, nos ha hecho saber los pequeños incidentes que produjeron uno de los más grandes resultados.

tas Cámaras—añadió el Emperador—, sino que esta es la marcha inevitable de esos cuerpos numerosos; perecen por falta de unidad, necesitan de jefes como los ejércitos; a éstos se les nombra, y los grandes talentos, los genios eminentemente superiores se apoderan de aquéllas y las gobiernan. Nosotros carecíamos de todo esto, y así es que, a despecho del mejor espíritu que podría animar a la mayoría, todo se volvió desde el momento confusión, desvarío y tumulto; la perfidia y la corrupción vinieron a establecerse en las puertas del Cuerpo legislativo; la incapacidad, el

He aquí lo que sé de la misma boca de los actores.

Cuando se supo la llegada de Napoleón al Eliseo después de la acción de Waterlóo, Fouché fué a los miembros inquietos, desconfiados y asombradizos de la Cámara. «¡A las armas!—exclamó—: el hombre viene furioso, resuelto a disolver las Cámaras y apoderarse de la dictadura.» Y en seguida fué a los amigos celosos de Napoleón. «¿Saben ustedes—les dijo—que la fermentación es extrema contra el Emperador entre ciertos diputados, y que para salvarlo no queda otro partido que el de enseñarles los dientes, el de hacerles ver toda su fuerza y cuán fácil le sería disolverlos?»

Los amigos de Napoleón, engañados fácilmente en lo más delicado de esta crisis repentina, no dejan de seguir o quizás sobrepujar las sugerencias de Fouché, quien vuelve al punto a los primeros, diciéndoles: «ya ven ustedes que sus mejores amigos convienen en que el peligro es urgente; dentro de pocas horas, si no se toma una determinación, no existirá la Cámara, y serán ustedes muy criminales en dejar escapar el solo momento de oponerse a ello.» De aquí procedió la sesión permanente de las Cámaras, la abdicación forzosa de Napoleón, y la caída de un grande imperio por las más pequeñas y subalternas intrigas a favor de algunos chismes de antesala. ¡Ah, Fouché!... ¡Fouché!... ¡Qué bien lo conocía el Emperador cuando decía que era una cosa segura encontrar siempre su feo pie manchado en los zapatos de todo el mundo!

desorden y los errores reinaron en su seno, y Francia vino a ser presa del extranjero.

»Por momentos tuve la idea de resistir—continuó—, estuve a punto de declararme en permanencia en las Tullerías en medio del Ministerio y del Consejo de Estado; llamar cerca de mí los seis mil hombres de la Guardia que tenía en París; aumentar sus filas con la parte bien intencionada de la Guardia nacional, que era numerosa, y con los federados de los arrabales; emplazar al Cuerpo legislativo en Tours o en Blois; reorganizar en París los restos del ejército y trabajar solo, así y en forma de dictadura, para salvar la patria. ¿Pero habría obedecido el Cuerpo legislativo? Yo habría podido obligarlo a ello por la fuerza, ¿pero entonces qué nueva complicación! El pueblo, ¿habría hecho causa común conmigo? En las crisis continuas, ¿no se separarían de mí? No tratarían de salvarse aun a costa mía. La idea de que tantos esfuerzos y peligros no tenían otro objeto que mi persona, ¿no sería un pretexto plausible? ¿No habrían sido inducciones decisivas para infinitas personas la política particular de los Borbones en el año anterior?

»Si he balanceado mucho tiempo—dijo el Emperador—, y pesado el pro y el contra, y como penetro con prontitud y mucha anticipación los sucesos, me persuadí definitivamente que no podía resistir la coalición extranjera a los realistas del interior, a la multitud de sectas que el cisma político del Cuerpo legislativo había creado, y a esa parte de la muchedumbre que es necesario hacer marchar por la fuerza; en fin, a aquella condenación moral que nos imputa, cuando somos desgraciados, todos los males que se ven. No me quedó absolutamente otro partido que el de la ab-

dificación; ésta lo perdió todo, a pesar mío; lo preví, lo dije, pero no tuve otra elección.

»Los aliados habían seguido siempre contra nosotros el mismo sistema; habían empezado en Praga, continuaron en Francfort, en Chatillon, en París y en Fontainebleau conduciéndose con mucho talento. Los franceses pudieron ser víctimas en 1814, pero la Historia concebirá difícilmente cómo lo fueron en 1815; afrentará para siempre a los que se dejaron engañar. Yo les dije lo que eran a mi partida para el ejército: *Nos parecemos a los griegos del bajo Imperio, que se entretenían en discutir entre sí cuando el ariete tocaba a las puertas de la ciudad.* Les dije, además, cuando me obligaron a abdicar: *Los enemigos quieren separarme del ejército; cuando lo hayan conseguido, separarán al ejército de vosotros, y entonces no seréis más que un vil rebaño presa de las fieras.*»

Preguntamos al Emperador si con la concurrencia del Cuerpo legislativo habría podido salvarse la patria. Su respuesta fué que se hubiera encargado de ello con confianza, y creía que con éxito.

«En menos de quince días—dijo—, esto es, antes que los grandes cuerpos del enemigo se aglomerasen sobre París, habría completado sus fortificaciones y reunido bajo las murallas más de ochenta mil hombres de buenas tropas de las reliquias del ejército, y trescientas piezas montadas. Al cabo de algunos días de fuego, la Guardia nacional, los federados y los vecinos de París habrían sido capaces de defender las trincheras; por lo tanto, tendría disponibles ochenta mil hombres.

»Y ya se sabe—continuó—, el partido que yo era capaz de sacar de ellos. Las jornadas de Champ-Au-

bert, Montmirail, Craone y Montereau, en 1814, recientes aun, vivían todavía en la de los que debían combatir con nosotros. Los mismos sitios les habrían hecho recordar los prodigios del año anterior: entonces me llamaban, según dicen, *los cien mil hombres*. La rapidez y el peso de nuestros golpes les habían arrancado estas palabras; el hecho es que nos habíamos mostrado admirables; jamás se obraron tantas maravillas por un puñado de valientes. Si bien es cierto que tales proezas aún se ignoran por el público en razón de nuestros desastres, no lo es menos que el enemigo las ha juzgado dignamente; ¡entonces aparecimos verdaderamente como los briareos de la fábula!...

• En pocos días; —prosiguió— París sería una plaza inexpugnable. El grito de alarma a la nación, la magnitud del peligro, la inflamación de los espíritus y la grandeza del espectáculo habrían hecho acudir a la capital millares de combatientes. Yo hubiera reunido indudablemente más de cuatrocientos mil hombres, y no creo que los aliados pasasen de quinientos mil. La crisis habría terminado por un combate singular, tan espantoso para nosotros como para el enemigo; éste hubiera titubeado y yo recobrado la confianza de la mayoría.

• A esto se añade que yo me habría rodeado y apoyado de una consulta o junta nacional elegida por mí de entre los miembros del Cuerpo legislativo, compuesta toda de nombres nacionales dignos de la confianza de todos; de este modo hubiera fortificado mi dictadura militar con toda la fuerza de la opinión civil; habría tenido mi tribuna, y ésta soplado el talismán de los principios en toda Europa. ¡Los soberanos temblarían al ver que los pueblos se contagia-

ban, y habrían accedido a un tratado o sucumbido!...»

«Pero, señor —exclamamos nosotros—, ¿por qué no ha emprendido vuestra majestad lo que infaliblemente hubiese tenido buen éxito? ¿Por qué estamos aquí?

—¡Ah!, también ustedes —repu so— me vituperan y condenan! Mas si yo les hiciera una reseña de las probabilidades contrarias, bien pronto mudarían ustedes de lenguaje, y después se harían olvidado que hemos discurrido en la hipótesis de que el Cuerpo legislativo se hubiese unido a mí, y no ignoran lo que hay en esto. Yo habría podido disolverlo, es cierto; la Francia y la Europa me lo reprochaban quizás, y la posteridad me condenará sin duda por haber tenido la debilidad de no deshacerme de él en el momento de su insurrección; yo debía sacrificarme, se dirá, en las aras del destino de un pueblo que yo lo había hecho todo por mí. ¡Pero con esta disolución yo no habría podido conseguir del enemigo más que una capitulación, y para eso —lo repito— hubiera sido preciso derramar la sangre y mostrarme tirano... Sin embargo, habría arreglado el plan en la noche del 20, y el 21 por la mañana se habrían visto disposiciones de un vigor extraordinario; cuando al amanecer, los primeros hombres de su seno en sabiduría y probidad vinieron a advertirme que no debía siquiera pensar en ello, que todos me abandonaban y que no buscaban otra cosa que su conveniencia. Pero dejemos esto; no hacemos más que recordar un asunto que causa siempre sinsabores. Lo vuelvo a repetir: la Historia decidirá...» Y el Emperador se dirigió a su aposento y me dijo que le siguiera...

.....

POLÍTICA.—ESTADO DE EUROPA.—ASCENDIENTE
IRRRESISTIBLE DE LAS IDEAS LIBERALES.

Del 9 al 10.—El 9 llegó un buque procedente de Inglaterra, con periódicos hasta el 21 de Enero. El Emperador continuó su paseo a caballo como todas las mañanas, y pasó el resto del tiempo en su habitación recorriendo los diarios.

Los últimos números que acabábamos de recibir eran más acalorados que ninguno de los llegados hasta entonces. Francia se hallaba agitada. El rey de Prusia arrestaba a los individuos de las sociedades secretas, conservando el *landwer*. Rusia hacía nuevas levas. Austria estaba en disputa con Baviera. En Inglaterra la persecución de los protestantes, y en Francia la violencia del partido que se erigía sobre las ruinas del nacional, agitaban el espíritu público y preparaban armas a la oposición; nunca se vió Europa en mayor fermentación. Después de infinitas reflexiones sobre este estado de cosas, el Emperador continuó con una vehemencia que parecía inspiración: «La contrarrevolución, aun sin combatirla, debe inevitablemente confundirse por sí misma con la revolución. Por ahora basta con la atmósfera de las ideas modernas para sofocar a los feudalistas añejos, pues no hay fuerzas humanas que puedan destruir o borrar en lo futuro los grandes principios de nuestra revolución; esas grandes e interesantes verdades quedarán grabadas para siempre por lo mucho que las hemos enlazado con monumentos, lustres y prodigios. ¡Hemos lavado las primeras manchas en el torrente de las glorias inmortales en lo venidero, emitidas en la tribuna, cimentadas con la sangre en las batallas,

adornadas con los laureles de la victoria, aplaudidas en las aclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados y las alianzas de los soberanos; familiares ya tanto a los oídos como a la boca de los reyes, ya no pueden retrogradar!...

«Estas ideas viven en la Gran Bretaña, ilustran América y se han nacionalizado en Francia. ¡He aquí el trípode de donde saldrá la luz del mundo!

«Lo regirán y vendrán a ser la fe, la religión y la moral de todos los pueblos, y esta era memorable comenzará, por más que hayan querido decir, desde mi persona, porque al fin yo he hecho brillar la antorcha del saber, consagrado los principios, y la persecución presente acaba de convertirme en un verdadero Mesías político. Amigos y enemigos, todos me llamarán el primer soldado y el gran representante.»

OPINIÓN DEL EMPERADOR SOBRE VARIOS PERSONAJES CONOCIDOS.—POZZO DI BORGIO.—METTERNICH.—BASSANO.—CLARKE.—CAMBACERES.—LEBRUN.—FOUCHÉ, ETC.

Del 11 al 12.—A las cinco dimos nuestro paseo acostumbrado en calesa; la conversación empezó sobre anécdotas ministeriales y diferentes personajes célebres en el día.

Napoleón nos contó la historia de Pozzo di Borgo, su paisano, que había sido miembro del Cuerpo legislativo. Se asegura que fué el que aconsejó al Emperador Alejandro que marchara sobre París, aunque Napoleón se echase sobre su retaguardia. «Y por este solo hecho—decía el Emperador—ha decidido del destino de Francia, del de la civilización europea y de la

suerte del mundo; por consecuencia de lo cual, tiene grande influjo en el Gabinete ruso.»

Contó también la historia de M. Capo de Istria.

De ésta pasó a la de M. Metternich. «El es—nos dijo—quien...»

Hablando después de sus propios ministros, dijo que creía a Bassano sinceramente adherido a él; que el tiempo, según su opinión, haría plena justicia a Clarke; C..., que en los últimos acontecimientos había demostrado ser poca cosa, el Emperador lo había hecho sucesivamente embajador de Viena, ministro del Interior y después de Relaciones Exteriores, etcétera, etcétera. Talleyrand—añadió—lo había juzgado en dos palabras diciendo de él que con su talento y malicia característica era un hombre apto para todos los empleos en la víspera de su nombramiento.

En seguida tocó a M. Cambaceres, quien decía Napoleón ser hombre de los abusos, con una inclinación decidida por el antiguo sistema. Lebrun—decía—tenía, por el contrario, una extremada propensión en sentido opuesto; era, según el Emperador, el hombre de las ilusiones. He aquí—decía él—los dos contrapesos entre los cuales estaba colocado el primer cónsul, que tan chistosamente se llamó en la época *el tercio consolidado*.

M. de Talleyrand y Fouché llegaron a su vez; aquí se detuvo mucho tiempo, y partió de este punto para hacer una vigorosa narración sobre la inmoralidad de los primeros funcionarios públicos y demás empleados de Francia, sobre su falta de religión política o sentimiento nacional, que los ponía en el caso de servir hoy a uno y mañana a otro. «Esta ligereza, esta inconsecuencia nos viene de lejos—decía—; siempre sere-

mos galos; así es que no valdremos todo lo que somos hasta que sustituyamos los principios a la vanidad, y sobre todo el amor de las instituciones al de los empleos.»

De todo esto deducía el Emperador que los soberanos, en consecuencia de nuestros últimos acontecimientos, debían necesariamente abrigar un secreto desprecio y encono contra un gran pueblo que se burlaba de este modo de la soberanía.

«No obstante—continuó—, la disculpa está quizás en la naturaleza de las cosas y en el imperio de las circunstancias. La democracia eleva a la soberanía, y sólo la aristocracia la conserva. La mía no había aún echado las raíces ni adquirido la virilidad que deben serle propias; en el momento de la crisis no era aún más que democracia; se había confundido entre la multitud y cedido al impulso del momento, en lugar de servirle de áncora de salvación contra la tempestad y de ilustrarle sobre su obcecación.»

He aquí lo que dijo de nuevo sobre M. de Talleyrand y M. Fouché, de quien hablaba con frecuencia; trataré de ser lo menos difuso que sea posible.

«M. de Talleyrand esperó—decía el Emperador—cuarenta y ocho horas en Viena mis plenos poderes para hacer la paz en mi nombre, pero yo me habría abochornado de prostituir de tal modo mi política y, sin embargo, puede ser que deba a esto mi destierro en Santa Elena, pues no negaré que tiene un talento raro y muy capaz de servir en cualquier tiempo de contrapeso en la balanza política.

»Talleyrand—continuó—estaba siempre en estado de traición, cuando había complicidad de intereses; su reserva es extremada; se conduce con sus amigos

como si hubiesen de ser sus enemigos, y con éstos por la inversa, como si pudieran llegar a ser sus amigos. M. de Talleyrand fué siempre contrario a mi opinión en el arrabal de San Germán. En el asunto del divorcio estuvo por la emperatriz Josefina; él fué quien aceleró la guerra de España, aunque en público tuviese el arte de mostrarse enemigo de ella.*

Por esta causa, y con toda malicia, eligió Napoleón a Valencey para la permanencia de Fernando.

«En fin—decía el Emperador—, él fué el instrumento principal y la causa activa de la muerte del duque de Enghien.»

Una célebre cómica, la señora Raucourt, lo había pintado, aseguraba Napoleón, con mucha exactitud: «Si se le pregunta—decía ella—, es una caja de hoja de lata de la que no se sacará una palabra; si al contrario, bien luego no se sabrá cómo detenerla; será una verdadera comadre.»

En efecto; la causa de haber empezado a perder la confianza del Emperador, fué una indiscreción suya.

«Yo había confiado—decía Napoleón— una cosa muy importante a M. de Talleyrand, y pocas horas después Josefina me la contó palabra por palabra. Mandé llamar al instante a este ministro para decirle que acababa de saber por la emperatriz una cosa que a nadie había confiado más que a él solo, y que el número de los que la sabían era ya de cuatro o cinco intermediarios.

»El rostro de Talleyrand es de tal modo inalterable—decía el Emperador—, que jamás podrá sacarse nada de él; así es que Lannes y Murat decían jocosamente que si al hablarme alguno le diese (a Talley-

rand), un puntapié en el trasero, no se echaría de ver por su fisonomía.»

M. de Talleyrand tenía un interior muy afable y aun interesante; sus amigos y subalternos lo amaban y le eran adictos.

En confianza se le ha oído muchas veces hablar sin rebozo de su profesión eclesiástica; desaprobaba un día cierta música que oía acerca de él: «La aborrezco, decía, porque me recuerda el tiempo en que me obligaban a aprender el canto llano y a cantar en el facistol.»

Otra vez uno de sus allegados estaba bromeando durante la comida; M. de Talleyrand, que estaba distraído, aparentaba no hacer caso de la conversación; en el intervalo de la broma se le escapó al orador, se hallaba algo alegre, el decir de alguien: *Ese es un tunante, es un clérigo-casado*; estas palabras llamaban la atención a M. Talleyrand: tomó una cuchara y la metió de pronto en la fuente que estaba en frente del tal sujeto, y le dijo con un aire amenazador: «Fulano... ¿quiere usted espinacas?» El narrador le dió las gracias; todos se echaron a reír y M. de Talleyrand como los demás.

El Emperador, en la época del Concordato, quiso hacer cardenal a M. Talleyrand y ponerlo a la cabeza de los negocios eclesiásticos; esta era su carrera, le decía, el medio de volver a entrar en su gremio y de rehabilitar su memoria, tapando la boca a los habladores. M. de Talleyrand no quiso acceder jamás: su aversión por el estado eclesiástico era invencible.

Napoleón había estado a punto de darle la embajada de Varsovia, confiada después al abate de Pradt; pero ciertas causas de agiotaje, decía, sobre las

que M. de Talleyrand era incorregible, le obligaron a renunciar a ella. Por el mismo motivo, y en virtud de las reclamaciones de muchos soberanos de Alemania, se vió también precisado a separarlo del Ministerio de Relaciones Exteriores.

«Fouché—decía el Emperador—era el Talleyrand de los clubs, y Talleyrand el Fouché de las tertulias

»La intriga—observaba Napoleón—es tan necesaria a Fouché como el alimento; intrigaba en todas las épocas y lugares de todos modos y con todo el mundo; nunca se descubría cosa alguna en que no tuviese parte; ésta era su única ocupación; su manía era de meterse en todo... *Siempre en los zapatos de todo el mundo*»: ésta era la palabra favorita del Emperador.

En la conspiración de Georges, cuando se arrestó a Moreau, Fouché no estaba ya en el Ministerio de la Política, y trataba de hacerse desear.

«¡Qué necedad!—decía él—; han arrestado a Moreau cuando volvía de su casa de campo a París, lo que podía aparentar en él una inocente confianza; al contrario, debían haberlo preso cuando iba a Gros-Bois, pues entonces era evidente que huía.»

Bien se sabe lo que dijo o lo que le han atribuído sobre la muerte del duque de Enghien; es más que un crimen, y también una falta. Semejantes rasgos pintan mejor el carácter del hombre que lo harían muchos tomos enteros.

El Emperador conocía muy bien a Fouché, y nunca se dejó engañar de él.

Mucho se le ha reprochado haberse servido de este hombre en 1815, en cuya época Fouché lo vendió indignamente. Napoleón no ignoraba su mala fe; pero

sabía también que el peligro estaba más bien en los acontecimientos que en la persona. «Si hubiese sido victorioso—decía—, Fouché habría sido fiel; es verdad que empleaba todo su conato para quedar siempre a cubierto, y, por lo tanto, me era preciso vencer.»

El Emperador tuvo conocimiento de sus manejos, y se verá en seguida que lo contemplaba poco.

Después de la vuelta del Emperador en 1815, uno de los primeros banqueros de París se le presentó en el Elíseo para prevenirle que pocos días antes un sujeto, llegado de Viena, había venido a su casa con cartas de crédito y tomado informe acerca del medio de dirigirse a M. Fouché. Fuese cavilación o presentimiento, el tal banquero juzgó mal de este individuo y vino a comunicarlo personalmente al Emperador, quien se admiró que Fouché le hubiese hecho un misterio de esto.

Dentro de pocas horas se halló al sujeto en cuestión; fué conducido al punto al Elíseo, en donde se le encerró en un gabinete, y el Emperador lo hizo llevar en seguida al jardín. «¿Me conoce usted?»—le dijo a este hombre. Este principio, y la idea que inspiraba la presencia del Emperador, conmovieron extraordinariamente al extranjero. «Yo sé todos sus manejos—continuó Napoleón con severidad—; si los confiesa usted al instante, aún le puedo perdonar; de otro modo, usted no sale de este jardín sino para ser fusilado.—Voy a decirlo todo: M. de Metternich me ha enviado aquí para proponer al señor duque de Otranto envíe un emisario a Bale; allí encontrará al que M. de Metternich ha enviado de Viena. Estos se deben reconocer por medio de signos, y son éstos—y le entregó algunos

papeles.—¿Ha cumplido usted su comisión cerca de Fouché—Sí, señor.—¿Ha enviado él su emisario.—No lo sé.»

El hombre se puso bajo llave, y una hora después una persona de confianza se puso en camino para Bale, se abocó con el emisario austriaco, y aún tuvo con él cuatro conferencias.

Entretanto, inquieto Fouché con la desaparición de su vienés, se presenta una noche al Emperador, afectando alegría y franqueza, y sin poder disimular al mismo tiempo una extremada agitación. «En la pieza donde nos paseábamos—decía el Emperador—había muchos espejos, y yo me complacía en estudiar su rostro; al descuido, su cara era horrorosa, y no sabía cómo coordinar lo que le interesaba tanto.—Señor—dijo al fin—, hace ya cuatro o cinco días que me ha sucedido una cosa de que siento no haber dado parte a vuestra majestad...; mas ¡como tengo tantos quehaceres!... ¡Estoy abrumado con tantos partes, con tantas intrigas...! Me han enviado un hombre de Viena, con proposiciones tan ridículas... Y no lo he vuelto a ver más.»

«M. Fouché—le dijo entonces el Emperador—, podría serle a usted muy funesto creer que yo era un bobo. Yo tengo en mi poder a su hombre y toda su intriga hace días. ¿Ha enviado usted alguien a Bale?—No, señor.—Muy feliz será eso para usted; si fuera de otro modo y tuviese yo la prueba de ello, perecería usted.»

Los acontecimientos posteriores han demostrado que en esto se habría obrado con justicia. Sin embargo, parece que Fouché no había enviado emisario alguno, y así la cosa quedó en tal estado.

PAPELES DE EUROPA. — POLÍTICA.

13.—El Emperador almorzó en el jardín y nos mandó llamar allí; resumió todos los papeles que habíamos recorrido en la mañana, y se extendió sobre la alta política: he aquí lo más conceptuoso que he retenido en la memoria.

«París, el 13 vendimiario, estaba enteramente disgustado de su Gobierno—decía el Emperador—; pero la totalidad de los ejércitos, la mayoría de los departamentos, la clase media y los aldeanos no eran adictos; así es que la revolución triunfó en este grande ataque de contrarrevolución, aun cuando no hacía más que cuatro o cinco años que los nuevos principios se habían proclamado: las escenas atroces y calamitosas de que acababan de ser testigos habían producido un vivo deseo de mejorar de suerte.

•¡Pero qué diferencia la de hoy!... Un soldado en todo el día y en el fastidio de los cuarteles necesita hablar de la guerra; no puede discurrir sobre Fontenoy ni Praga, porque le son desconocidos: preciso es que hable de las victorias de Marengo, de Austerlitz y de Jena, del que las ha ganado; en fin, de mí, que estoy en la boca y en la imaginación de todos.

•Semejante situación no tiene ejemplo en la Historia; bajo cualquier aspecto que se considere, no se vislumbran más que desgracias. ¿Qué resultará de todo esto? Dos pueblos en un mismo suelo, encarnizados, irreconciliables, que se acuchillarán sin intermisión, y quizás se exterminen.

•Muy luego se esparcirá el mismo furor por toda Europa, que no tardará mucho en formar dos partidos enemigos: ya no se dividirán en pueblos y territorios,

sino por el color y la opinión: ¡y pueden pronosticarse las crisis, la duración y el pormenor de tantos torbellinos! Pues el desenlace no podría ser dudoso; las luces y el siglo no retrogradarán... ¡Qué desgraciada ha sido mi caída!... Yo había conjurado la nube, y las bayonetas la han rasgado... ¡Podía marchar impávidamente a la regeneración universal, y ya no podrá operarse sino por entre las tempestades! ¡Yo amalgamaba y tal vez extirparán!>

LLEGADA DEL GOBERNADOR.

14. — La lluvia había comenzado de nuevo hacía dos días, por lo que el tiempo era detestable; descubriéndose buques a la vista, y las señales avisaron que venía en ellos el gobernador sir Hudson-Lowe.

PRIMERA VISITA DEL GOBERNADOR.—SU INTRODUCCIÓN AL DÍA SIGUIENTE.—MORTIFICACIÓN DEL ALMIRANTE.—FILIACIÓN DE SIR HUDSON-LOWE.

16 y 17.—El nuevo gobernador llegó a las diez, a pesar del mal tiempo y de la lluvia, que continuaba aún; lo acompañaba el almirante, encargado de presentarlo; sin duda que le había dicho que era la hora más adecuada.

El Emperador no lo recibió; estaba malo, y aunque hubiese estado bueno tampoco lo habría recibido. Habiéndose presentado a una hora tan indebida, faltaba a las fórmulas de la decencia más trivial; conocimos fácilmente que fué una travesura del almirante. El gobernador, que no tenía, quizás, la intención de mostrarse desagradable, se quedó muy aturdido, y nos-

otros nos refíamos interiormente. Por lo que hace al almirante, estaba muy satisfecho.

Al día siguiente el gran mariscal entró en el aposento del Emperador para anunciarle la llegada del gobernador, conducido por el almirante y acompañado de todo su Estado Mayor.

Después de algún tiempo de conversación, Bertrand quedó solo con Napoleón, y yo me dirigí a la antesala. Allí estábamos todos reunidos y en gran número, esforzándonos por articular una que otra palabra y a observarnos más bien que a hablar.

Habiendo, al cabo de media hora, pasado el Emperador a su salón, el ayuda de cámara de servicio, que se hallaba cerca de nosotros, llamó al gobernador y lo introdujo. El almirante le seguía de cerca; pero como el ayuda de cámara no hubiese oído llamar más que al gobernador, cerró rústicamente la puerta, sin admitir al almirante, quien, a pesar de sus instancias, sufrió hasta el verse empujado; se retiró, muy atolondrado, en el bastidor de una puerta.

Este criado era Noverraz, bueno y verdadero suizo, cuyo único saber—decía el Emperador—consistía en la adhesión hacia su persona.

Nosotros quedamos sobrecogidos con una circunstancia tan inesperada, que creímos fuese voluntad del Emperador, y aun cuando tuviésemos sobradas quejas del almirante, nos dirigimos a él para distraerlo de su tribulación; su situación, verdaderamente cruel, nos causaba pena. En seguida fué admitido el Estado Mayor del gobernador, acrecentándose así la mortificación del almirante. Habiendo el Emperador, al cabo de un cuarto de hora, despedido a todos, salió el gobernador, y el almirante corrió a él; se dijeron al-

gunas palabras con calor, nos saludaron y se fueron.

Nosotros nos reunimos con el Emperador en el jardín, y le hablamos de la descomposición del almirante; no sabía nada de esto. Por la más rara fatalidad, la sola casualidad había causado este accidente; pero se alegró mucho y reía a carcajadas, se frotaba las manos; su risa era la de un niño cuando engaña a su maestro.

«¡Ah! Mi buen Noverraz—dijo—, has obrado una vez con talento. ¡Ustedes verán cómo me habrá oído decir alguna vez que no podía ver al almirante, y se habrá creído precisado a echarle las puertas en la cara! ¡Muy bien hecho! Que no se ande a juegos con ese buen suizo; si yo tuviese la desgracia de decir que era necesario deshacerse del gobernador, es hombre capaz de matarlo en mi presencia. Por lo demás—continuó más gravemente el Emperador—, eso es culpa del gobernador, porque no hizo llamar al almirante; con tanta más razón cuanto que me había hecho avisar que sólo por él se me presentaría. ¿Por qué no lo hizo llamar, al menos, cuando me presentó su Estado Mayor? Esto es enteramente culpa suya. De todos modos el almirante ha ganado en ello; sin duda, porque yo no habría dejado de dirigirle la palabra en presencia de todos sus compatriotas. Le habría dicho que, por el honor del vestido militar que ambos usábamos, hacía más de cuarenta años lo compadecía a los ojos del mundo por haber degradado su ministerio, su nación y su soberano, ofendiendo sin necesidad y sin discernimiento a uno de los más antiguos soldados de Europa; le hubiera reprochado el haberme desembarcado en Santa Elena como a un presidiario de Botany-Bay, y añadido que, para un verdadero

hombre de honor, yo debía aparecer más venerable sobre una roca que sobre el trono o en medio de mis ejércitos.»

La fuerza y la naturaleza de estas palabras dieron fin a nuestra alegría y terminaron la conversación.

Pasamos más tarde a la filiación de sir Hudson-Lowe. Se le juzgó un hombre de cerca de cuarenta y cinco años; de estatura regular, delgado, flaco y seco; rojo de cara y de cabello, con pecas; ojos oblicuos, mirando de medio lado, rara vez de frente; poblado de cejas de un rubio color de fuego. «Es horrible—dijo el Emperador—; tiene la cara de un ahorcado. Pero no nos adelantemos a fallar; la moral, a pesar de todo, puede enmendar lo siniestro de su rostro; esto no sería imposible.»

CONVENIO DE LOS SOBERANOS SOBRE NAPOLEÓN, ETC.— PALABRAS NOTABLES.

18.—El tiempo ha sido horroroso de algunos días a esta parte, y hoy se ha puesto bueno; el Emperador salió temprano a pasearse en el jardín; a eso de las cuatro salió en calesa, y dió un paseo más largo que lo que tiene de costumbre. Antes de comer me mandó llamar para que le tradujese el convenio de los soberanos, relativo a su cautividad. Habiéndolo yo hecho así, me preguntó cuál era mi opinión sobre este asunto.

«Señor—le respondí—; en la posición en que nos hallamos, más bien prefiero depender de los intereses de uno solo que de la decisión complicada de cuatro. Inglaterra ha dictado, evidentemente, este tratado;

note vuestra majestad con qué cuidado estipula que ella sola responderá y dispondrá del prisionero; observo que todo su conato es afianzar en sus manos la *palanca de Arquimedes*, y no podría tener la idea de romperla.

El Emperador, sin explicar su pensamiento sobre este asunto, pasó a enumerar las diferentes casualidades que podían acarrear su salida de Santa Elena, y dijo estas palabras notables: «Si hay juicio en Europa, si el orden se establece en todas partes, entonces no valdremos ni el dinero ni los cuidados que costamos aquí: se desembarazarán de nosotros; pero esto puede todavía prolongarse algunos tres, cuatro o cinco años; por otro lado, y dejando aparte los acontecimientos fortuitos, que no es dado prever a la inteligencia humana, apenas veo más que dos grandes casualidades, muy inciertas, para salir de aquí: la necesidad que los reyes pudieran tener de mí contra los pueblos desenfrenados, o la que tuviesen los pueblos sublevados contra los reyes; pues en esta inmensa lucha del presente contra el pasado, yo soy el árbitro y el mediador natural; había aspirado a ser el juez supremo; mi gobierno interior y mi diplomacia exterior tenían por base este grande objeto; el éxito hubiera sido más fácil y pronto, pero el destino lo ha querido de otro modo. La última causa, y ésta podría ser la más probable, sería la necesidad que podrían tener de mí contra los rusos, pues en el estado actual de las cosas, antes de diez años toda la Europa puede ser *cosaca* o República; júzguese de aquí quiénes serán los hombres de Estado que me han destruido.»

VISITA DE DESPEDIDA DEL ANTIGUO GOBERNADOR. —
CONVERSACIÓN NOTABLE. — AGUDEZA DE UN VETERANO INGLÉS.

20.—El coronel Wilks, que se dirigía a Europa, llegó con su hija para despedirse del Emperador; ya he dicho que este coronel era el antiguo gobernador de la colonia por la compañía de Indias; el almirante lo había reemplazado con el mismo empleo, en nombre del rey, cuando a nuestra traslación a Santa Elena había pasado esta isla del poder de la compañía al del Gobierno.

El Emperador estaba esta mañana poseído de una alegría extraordinaria: ha conversado mucho tiempo con estas señoras; después se retiró con M. Wilks a una ventana, mandándome que les siguiera para servirles de intérprete.

El coronel Wilks, como quizás lo habré ya dicho, fué mucho tiempo agente diplomático de la compañía en la India; ha escrito una historia de aquellas regiones y posee muchos conocimientos, especialmente en química; así es que era militar, literato, diplomático y químico.

El Emperador empezó por hablarle del ejército inglés, de su organización, y, sobre todo, de su modo de avanzar, haciendo la comparación con el nuestro; repitió lo que he dicho antes sobre la excelente composición de su ejército, las ventajas de nuestra conscripción, el valor de los franceses, etc., etc.

Pasando a la política dijo: «Ustedes han perdido América por la independencia, y perderán la India por la invasión; la primera pérdida era natural: cuando los niños llegan a ser grandes hacen rancho apar-

te; pero no sucede así respecto de los indios, pues nunca crecen, permaneciendo siempre niños; así es que la catástrofe vendrá de afuera; ustedes no saben el peligro a que han estado expuestos por mis armas o negociacione, etc., etc.»

«¡Mi sistemas continental!... ¿Ustedes se habrán reído de él, quizás?»

— Señor—dijo el coronel—, hemos hecho apariencia de ello; pero todos los hombres sensatos han previsto el golpe.

—Pues bien—continuó el Emperador—, mi opinión ha sido sola sobre los asuntos del Continente; por de pronto, me fué preciso hacer uso de la violencia en todas partes. Al fin, empiezan a entenderme, ya da fruto el árbol; yo he comenzado, y el tiempo hará lo demás...

«Si yo no hubiera sucumbido, habría mudado la faz del comercio y la marcha de la industria; yo había naturalizado, dentro de nuestra propia casa, el azúcar y el añil, y hubiera hecho lo mismo con el algodón y muchas otras cosas: me habrían visto trasladar las colonias si se hubieran obstinado en no darme porción de ellas.

«La actividad en Francia era inmensa; la prosperidad y los progresos crecían prodigiosamente, y, sin embargo, sus ministros de ustedes esparcían por toda Europa que éramos miserables y volvíamos a caer en la barbarie: así es que el vulgo de los aliados ha quedado sorprendido viendo nuestro interior, y ustedes pasmados, etc., etc.

«El progreso de las luces en Francia era gigantesco; por todas partes se rectificaban y extendían las ideas, esforzándonos a hacer popular la ciencia. Me

han dicho que usted es muy inteligente en química, pues bien, no me atreveré a fallar de qué lado del mar se halla el más hábil o los más hábiles químicos...

—En Francia—dijo al punto el coronel.

—Poco importa eso—continuó el Emperador—; pero yo sostengo que en la masa francesa hay diez, o quizás cien veces más conocimientos químicos que en Inglaterra, porque los diferentes ramos industriales la aplican hoy a sus trabajos, y este era uno de los caracteres de mi escuela: si me hubieran dejado tiempo; bien pronto no habría quedado un solo oficio en Francia; todo serían artes, etc., etc. »

En fin, terminó con estas palabras notables: Inglaterra y Francia han tenido en sus manos la suerte del mundo, sobre todo el de la civilización europea: ¡Cuánto mal no hemos hecho y cuánto bien pudimos hacer!

»Conforme a las máximas de Pitt, hemos desolado el mundo, y ¿cuál ha sido el resultado? Ustedes han impuesto mil quinientos millones a Francia, exigiéndolos por medio de los cosacos; pero yo he gravado a ustedes en siete, haciéndolos sacar con sus propias manos por el Parlamento; y aun hoy mismo, después de la victoria, ¿es acaso cierto que no sucumbirán ustedes tarde o temprano bajo el peso de semejante carga?

»Con arreglo a la escuela de Fox, nos habríamos entendido, conseguido y mantenido la emancipación de los pueblos y el reinado de los príncipes; no habría habido en Europa más que una sola armada y un solo ejército; hubiéramos gobernado al mundo, fijando en todas partes el reposo y la prosperidad por la fuerza o

por la persuasión... Sí, lo repito: ¡cuánto mal hemos hecho y cuánto bien pudimos hacer!»

Nunca había estado Napoleón tan conversador; y por lo que hace al coronel, se separó de nosotros sorprendido, confundido y admirado.

MENSAJE DEL EMPERADOR AL PRÍNCIPE REGENTE.—SOBRE LOS EMBAJADORES.—M. DE NARBONNE.—EL EMPERADOR A PUNTO DE SER ARRESTADO EN ALEMANIA DESPUÉS DE MOSCOU.—CUENTA DE LA ROPA DEL EMPERADOR.—MUEBLES DE LOS PALACIOS IMPERIALES.—MODO DE COMPROBAR DEL EMPERADOR.

Del 21.—El Emperador me mandó llamar al jardín a eso de las cuatro para que sirviese de intérprete. El capitán Hamilton, comandante de la fragata *Habana*, partía al día siguiente para Europa, y había venido con todos sus oficiales a despedirse del Emperador.

Dicho capitán hablaba francés, y a mi llegada, Napoleón se expresaba con mucho ardor.

«¿Quieren saber lo que deseo?—decía—; yo pido mi libertad o un verdugo: diga usted estas palabras al príncipe regente. No pregunto por mi hijo, porque han cometido la barbarie de no responder a mis primeras preguntas.

«Yo no he sido prisionero de ustedes: los salvajes habrían usado de más atenciones conmigo. Vuestros ministros han violado indignamente en mí el sagrado derecho de la hospitalidad y contaminado para siempre a su nación.»

Habiéndose atrevido el capitán Hamilton a responder al Emperador que no era prisionero de Inglate-

rra sola, sino de todos los aliados, repuso éste con vehemencia:

«Yo no me he entregado a Rusia, que sin duda me habría recibido bien; tampoco a Austria, en donde también hubiera sido bien tratado, sino libremente y de mi propia elección a Inglaterra, porque creía en sus leyes y en su moral pública: ¡me he engañado cruelmente! ¡No obstante, existe un ser vengador, y tarde o temprano sufrirán ustedes el castigo de un atentado que los hombres afean ya!... Señor mío, repita usted esto al príncipe regente—. Y acompañando estas últimas palabras de una señal con la mano, lo despidió.

Después de la comida, el Emperador habló mucho tiempo sobre cosas pasadas; y tocante a sus embajadores, dijo que M. de Narbonne era el solo que merecía este título y hubiese desempeñado debidamente tales funciones. «No solamente por la ventaja personal de su talento, sino todavía más por la de sus costumbres de antaño, de sus modales y su nombre; pues mientras que no hay más que prescribir, cualquiera es suficiente, todos son buenos, tal vez sería preferible un ayudante de campo; pero cuando es preciso negociar es diferente: entonces a la añaaja aristocracia de las cortes de Europa sólo deben presentársele elementos de la misma clase, pues esta es también una especie de masonería. ¿Un Otto y un Andréossi introducidos en los salones de Viena? Al punto cesarían los desahogos de la opinión y los hábitos de las costumbres. Son intrusos y profanos, exclamarían; deben cerrarse los trabajos. Al contrario sucedería con M. de Narbonne, porque tiene con aquéllos afinidad, simpatía e identidad. Una señora de la antigua alcur-

nia entregaría su persona a un plebeyo antes que descubrirle los secretos de la aristocracia.»

El Emperador apreciaba mucho a M. de Narbonne; estaban muy unidos, y sintió extraordinariamente su pérdida. No lo había hecho su ayudante porque María Luisa, de resultas de una intriga de sus allegados, no lo había querido admitir como gentilhombre, empleo que le correspondía—decía Napoleón—. «Hasta la época de su embajada—repetía—habíamos sido el juguete de Austria: en menos de quince días M. de Narbonne se puso al corriente de todo, y M. de Metternich se vió muy apurado con este nombramiento.

»Sin embargo—añadió el Emperador—, ¡cuánto puede la fatalidad! El éxito mismo de M. de Narbonne tal vez me ha perdido; al menos sus conocimientos me han sido más dañosos que útiles; creyéndose adivinada, Austria se quitó la máscara y precipitó sus medidas. Con menos penetracion por nuestra parte se habría reservado más y obrado con más lentitud; hubiera prolongado aún sus naturales indecisiones, y entretanto muchas cosas podían suceder.»

Habiendo hablado alguno de los embajadores de Dresde y de Berlín, zahiriendo a nuestros agentes diplomáticos en aquellas cortes en tiempo de la crisis de la vuelta de Moscou, el Emperador respondió que el vicio en aquel momento no había estado de modo alguno en las personas, sino más bien en las cosas; que cualquiera había podido prever fácilmente lo que podría suceder; que él no lo ignoró ni un solo minuto, y que si él mismo no había querido traer el ejército a Wilna y a Alemania fué por temor de no poder él llegar a Francia. Decía que había querido evitar aquel peligro inminente con la audacia y la rapidez, atra-

vesando solo y de prisa toda Alemania. A pesar de esto, estuvo a punto de verse detenido en Silesia. «Pero felizmente—decía—los prusianos perdieron en consultas el tiempo que hubieran debido emplear en obrar. Hicieron como los Cajones con Carlos XII, quien decía chistosamente a su salida de Dresde en una ocasión semejante: «Ya verán ustedes cómo se ponen mañana a deliberar si habrían hecho bien en arrestarme hoy, etc.»

Antes de comer me hizo ir a su gabinete para hacer algunas oraciones en inglés; me dijo que acababa de arreglar la cuenta de su ropa, y que le costaba cuatro napoleones de oro (304 reales vellón) cada mes; nos hemos reído muchísimo de la inmensidad del presupuesto; me habló sobre traer sus vestidos, zapatos y botas de Francia, hechos por sus antiguos artesanos, quienes tenían sus medidas, etc. Yo hallé en esto graves inconvenientes, y el principal que no lo permitirían.

«Cosa fuerte es—dijo—hallarme sin dinero, y he de arreglar algo sobre este particular. Luego que se nos notifique el *bill* que debe fijar nuestra situación aquí, trataré de abrirme un crédito anual de siete a ocho mil napoleones sobre Eugenio. No podría rehusarse a esto, pues tiene quizá más de cuarenta millones míos, y, además, sería hacer una ofensa a sus sentimientos personales dudar de ello un solo momento. Por otro lado, tenemos grandes cuentas que ajustar; y estoy cierto que si hubiera encargado a una comisión de mi Consejo de Estado un dictamen sobre el asunto, me habría presentado el alcance al menos de diez a doce millones sobre él.»

En la comida nos ha preguntado el Emperador

cuánto era necesario para un soltero en una capital de Europa, o para una familia regular, con un trato mediano o con lujo. Le gustan mucho estas conversaciones y cálculos; los analiza con una gran sagacidad, y saca pormenores muy curiosos.

De esto pasó a la exorbitancia de los precios de los muebles para los palacios imperiales, enumerando las grandes economías que él había introducido en los suyos: nos ha hablado del precio del trono y el de los ornamentos imperiales, etc., etc. ¡Qué cosa tan curiosa la de saber por su boca estos pormenores y cuentas, y la clase de sus economías! ¡Cuánto siento no haberlos consignado en su tiempo! ¿Pero querrá saberse su modo de comprobar estas cosas? Acababa de volver a Tullerías en el momento que habían en su ausencia amueblado magníficamente aquel palacio: al punto se apresuraron a enseñárselo todo, y él se mostró muy satisfecho; mas deteniéndose delante de una ventana, pidió unas tijeras y cortó una hermosa borla de oro y se la guardó fríamente en la faltriquera, continuando su inspección, con gran sorpresa de cuantos le seguían, que trataban de adivinar el motivo.

Pocos días después, al levantarse, sacó la borla de su faltriquera, y al dársela al encargado del ajuar de palacio le dijo: «Tome usted, querido; Dios me libre de pensar que me roba usted, pero no hay duda en que le han robado: esto lo ha pagado usted una tercera parte más caro de su valor; le han tratado como a un mayordomo de gran señor; usted habría sacado mejor partido si no lo hubieran conocido.»

Napoleón, en uno de sus paseos por la mañana y disfrazado (que le sucedía muchas veces), entró en varios almacenes de la calle de San Dionisio, hizo va-

luar lo que había tomado, propuesto compras análogas, reduciendo el problema—decía—a su menor expresión. Todos tenían igual examen, y esta era la causa de su grande economía doméstica, la que, a pesar de su extraordinaria magnificencia, era al último punto exacta y regular.

EL GOBERNADOR VISITA MI HABITACIÓN.—CRÍTICA DEL «MAHOMA» DE VOLTAIRE.—DEL MAHOMA DE LA HISTORIA.

Del 22 al 25.—Desde algunos días el tiempo estuvo muy malo, por lo que el Emperador suspendió sus paseos por la mañana, y su trabajo fué más seguido y regular: todos los días dictó sobre la época de los acontecimientos de 1814.

Sir Hudson Lowe vino a visitar el establecimiento; entró en mi habitación, y permaneció en ella un cuarto de hora: djome que sentía mucho la situación en que nos hallábamos; convenía conmigo en que nuestras habitaciones más bien eran vivaques que salas, pues el papel embreado con que estaban cubiertas cedía ya al calor del clima; por manera, que cuando hacía sol me ahogaba, y cuando llovía me inundaba.

Dijo que iba a dar algunas disposiciones para mejorar esto en lo posible, y añadió, con bastante atención, que había traído consigo de mil quinientos a dos mil volúmenes franceses, y que luego que estuviesen en orden tendría mucho gusto de ponerlos a nuestra disposición.

Las noches siguientes las pasamos a costa de Racine y Voltaire, entretenidos con *Fedra* y *Atalia*, que las leyó el Emperador. Además de la satisfacción que

nos causaba el oírse las leer, sus observaciones y comentarios les daban un nuevo realce.

Mahoma fué el objeto de su más aguda crítica. «Voltaire—decía el Emperador—ha faltado en esto a la Historia y al corazón humano; ha prostituído el heroico carácter de *Mahoma* con las intrigas más viles: hace obrar a un grande hombre que ha cambiado la faz del mundo, como si fuera el más ruin malvado, digno, a lo más, de una horca. No adultera menos inoportunamente el sublime carácter de Omer, presentándolo como un valentón de sainete.

»Voltaire peca aquí sobre todo en bajeza, atribuyendo a la intriga lo que pertenece exclusivamente a la opinión. Los hombres que han mudado la faz del universo—observaba Napoleón—no han llegado nunca a este punto ganando algunos jefes, sino siempre conmoviendo a las masas. El primer medio corresponde a la intriga, y sólo produce resultados secundarios; el segundo es la marcha del ingenio y cambia la faz del mundo.»

El Emperador, pasando de esto a la verdad histórica, dudaba de cuanto se atribuía a *Mahoma*.

«Sin duda—decía—sucederá con él como con todos los jefes de sectas. Habiéndose escrito el Alcorán treinta años después de su muerte, encerrará muchos embustes. Hallándose entonces fundada y consumada ya la doctrina, misión e imperio del Profeta, pudieron y debieron hablar en su consecuencia. Sin embargo, queda aún por explicar de qué modo ha podido operarse en tan poco tiempo la conquista del mundo, de que somos testigos: cincuenta años han sido suficientes; ¿y por quién se ha hecho? Por unas hordas del desierto, poco numerosas, ignorantes, mal aguerridas, sin

disciplina ni sistema; y sin embargo, obraban contra el mundo civilizado y abundante en medios. Para esto no era suficiente el fanatismo, pues a este mismo le era preciso crearse, y la carrera de Mahoma no pasa de trece años.

El Emperador pensaba que, independientemente de las circunstancias fortuitas que causan algunas veces los prodigios, es preciso que hubiese aquí alguna cosa que ignoramos. Que Europa habría sucumbido, sin duda, de resultas de una primera causa, que aún nos es oculta; que tal vez esos pueblos, salidos de repente de los desiertos, habrían tenido entre ellos continuadas guerras civiles, en las cuales pudieron haberse formado caracteres fuertes, grandes talentos e impulsos irresistibles, o cualquiera otra causa de esta naturaleza, etc., etc.

En suma, Napoleón se separaba mucho en los asuntos de Oriente de las creencias comunes sacadas de nuestros libros. Sobre estos particulares tenía ideas enteramente suyas y no muy fijas —decía él— por consecuencia de su expedición a Egipto.

Volviendo a Voltaire, dijo que su lectura era una cosa sumamente insoportable; que cuando las galas de la locución y los prestigios de la escena dejaban de sorprender al análisis y al verdadero gusto, perdía inmediatamente mil por ciento. No querrá creerse que, en el momento de la revolución, Voltaire habría destronado a Corneille y Racine; las bellezas de éstos habían caído en olvido, y el primer cónsul las recordó.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

| | Páginas. |
|--|----------|
| EL MEMORIAL DE SANTA ELENA..... | 5 |
| Prólogo..... | 12 |
| Introducción..... | 13 |
| DIARIO DE LA ISLA DE SANTA ELENA..... | 21 |
| Abdicación..... | 22 |
| Diputación de la Cámara de los Pares.—Caulaincourt.— Fouché.—Presentan al Emperador al Gobierno interino. | 23 |
| El Emperador se ausenta del Eliseo | 24 |
| Camino.—Llegada a Rochefort..... | 25 |
| Serenidad del Emperador..... | 26 |
| Se embarca el Emperador.—Primera entrevista a bordo del navío <i>Belerofonte</i> | 27 |
| Incertidumbre del Emperador sobre el partido que debía tomar..... | 28 |
| Fondeadero en Torbay..... | 32 |
| Fondeadero en Plymouth.—Parada, etc..... | 33 |
| El almirante Keith.—Los ingleses se precipitan a la rada de Plymouth..... | 35 |
| Decisión ministerial.—Zozobras, etc..... | 36 |
| Los generales Savary y Lallemaud no pueden acompañar al Emperador | 37 |
| El Emperador me pregunta si le quiero seguir a Santa Elena..... | 38 |
| Palabras notables del Emperador..... | 40 |
| Salida de Plymouth.—Crucero en la Mancha, etc.—Pro- testa..... | 42 |
| Pruebas de confianza que me dió el Emperador..... | 44 |
| Separación.—Salida para Santa Elena..... | 45 |

| | |
|---|-----|
| Costumbres del Emperador a bordo..... | 47 |
| Navegación.—Uniformidad.—Ocupaciones.—Algunos recuerdos tocante a la familia de Napoleón.—Su origen.—Anécdotas..... | 49 |
| Islas Canarias.—Paso del Trópico.—Un hombre se arroja al mar.—Napoleón en Brienne.—Pichegru.—Napoleón en la Escuela militar.—En el Cuerpo de Artillería.—Su sociedad.—Napoleón al principio de la revolución..... | 63 |
| Isla del Cabo Verde..... | 81 |
| Tempestad.—Libelos contra el Emperador.—Examen de ellos.—Consideraciones generales..... | 108 |
| Nuestra ocupación diaria..... | 113 |
| Paso de la Línea.—Bautismo..... | 115 |
| Examen del <i>Anti-Galicano</i> .—Obras del general Wilson.—Pestíferos de Jafa..... | 116 |
| Sistema de Napoleón en sus dictados..... | 143 |
| Llegada a Santa Elena..... | 144 |
| Desembarco del Emperador en Santa Elena..... | 146 |
| El Emperador se establece en Briars..... | 147 |
| El virante va a visitar al Emperador..... | 150 |
| Horrores y miserias de nuestro destierro.—Indignación del Emperador..... | 151 |
| Briars, etc.—Neceser de Austerlitz.—Gran neceser del Emperador.—Su contenido..... | 153 |
| Ocupación diaria.—Consejo de Estado.—Caída de Portalis. Disolución del Cuerpo legislativo en 1813..... | 154 |
| Circunstancias características..... | 162 |
| Sobre los generales del ejército de Italia..... | 163 |
| Conversación a media noche con la claridad de la luna, etc. | 167 |
| Interioridades..... | 174 |
| Sobre el arrabal de San Germán..... | 175 |
| Proyecto del Emperador de reservarse la isla de Córcega. | 180 |
| Temperamento del Emperador.—Su sistema de medicina. | 184 |
| Esclavo Tobías.—Reflexiones características de Napoleón..... | 187 |
| Origen de los guías.—Otro riesgo de Napoleón.—Un oficial alemán.—Un perro..... | 194 |
| Guerra.—Principios.—Aplicación.—Sobre varios generales..... | 196 |
| Situación de los príncipes de España en Valencey.—El Papa en Fontainebleau.—Reflexiones, etc..... | 201 |

| | |
|--|-----|
| Sobre la <i>Nueva Eloisa</i> y el amor | 203 |
| Establecimiento en Longwood.—Traslación a Longwood.— Descripción del camino.—Toma de posesión..... | 204 |
| Descripción de Longwood, etc..... | 207 |
| Organización de la casa del Emperador..... | 210 |
| Costumbres habituales del Emperador..... | 214 |
| Rigor de las instrucciones ministeriales con respecto a su persona..... | 218 |
| El Emperador herido varias veces en sus campañas..... | 221 |
| Inglés desengañado.—Veneno de Mitridates..... | 223 |
| Sobre la <i>Historia secreta del Gabinete de Bonaparte</i> , por Goldsmith..... | 226 |
| Primera lección de inglés, etc..... | 229 |
| Ocupaciones diarias..... | 229 |
| Lecturas del Emperador..... | 233 |
| Dificultad vencida..... | 237 |
| El Emperador se entera de la muerte de Murat..... | 246 |
| Campañas de Italia y de Egipto..... | 249 |
| Los agentes de negocios en la revolución..... | 254 |
| Sobre la invasión en Inglaterra.—Detalles..... | 259 |
| La Corte del Emperador; etiqueta.—De la Corte y de la ciudad..... | 263 |
| El Emperador en estado de valerse de la lengua inglesa... Entrevista en Dresde..... | 267 |
| Sus intenciones sobre Roma.— <i>Británico</i> | 276 |
| Conjuración de Catilina..... | 277 |
| Noches de Longwood..... | 283 |
| Examen de conciencia política..... | 285 |
| Palabras del Emperador sobre su expedición a Oriente... Pormenores minuciosos del adorno del Emperador..... | 289 |
| El partido que había de tomar después de Waterlloo..... | 296 |
| Política.—Estado de Europa..... | 305 |
| Opinión del Emperador sobre varios personajes conocidos. Papeles de Europa..... | 306 |
| Llegada del gobernador.—Primera visita..... | 314 |
| Convenio de los soberanos sobre Napoleón..... | 318 |
| Visita de despedida del antiguo gobernador..... | 320 |
| Mensaje del Emperador al príncipe regente..... | 323 |
| El gobernador visita mi habitación..... | 328 |

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

TOMOS PUBLICADOS

ANTOLOGÍAS

- AZORÍN•.—Páginas escogidas.
ANTONIO MACHADO.—Páginas escogidas.
A. PALACIO VALDÉS.—Páginas escogidas.
L. ALAS, «CLARÍN».—Páginas escogidas.
M. DE MONTAIGNE.—Páginas escogidas.
F. DE QUEVEDO.—Páginas escogidas.
E. HEINE.—Páginas escogidas.
Pfo BAROJA.—Páginas escogidas.
J. RUIZ DE ALARCÓN.—Páginas escogidas.
ESQUILO, SÓFOCLES, EURÍPIDES.—Páginas escogidas.
MAETERLINCK.—Páginas escogidas.
VALLE-INCLÁN.—Páginas escogidas.

NOVELA

- R. PÉREZ DE AYALA.—La pata de la raposa.
JULES KENARD.—Zanahoria.
G. LEROUX.—La Esposa del Sol.
D. CIRICI VENTALLÓ.—La tragedia del diputado Aufrúns.
STENDHAL.—La Cartuja de Parma.
DON JUAN MANUEL.—El Conde Lucanor.

TEATRO Y POESÍA

- S. J. ALVAREZ QUINTERO.—Los Galeotes.
CARLOS ARNICHES.—Sainetes.
F. DE ROJAS.—La Celestina.
ARCIPRESTE DE HITA.—Libro de Buen Amor.
GARCILASO Y BOSCAN.—Obras poéticas.

- LOPE DE VEGA.—Teatro. Tomo I.
CERVANTES.—Teatro. Tomo I.
CALDERÓN.—Teatro. Tomo I.
POEMA DE MIO CID y otros monumentos primitivos de la poesía española.

CRÍTICOS Y ENSAYISTAS

- MONTESQUIEU.—Cartas persas.
BALTASAR GRACIÁN.—Tratados.
J. DE CADALSO.—Cartas matruecas.
R. GÓMEZ DE LA SERNA.—Greguerías selectas.
JUAN DE VALDÉS.—Diálogo de la lengua.
B. CASTIGLIONE.—El Cortesano.

FILÓSOFOS Y MÍSTICOS

- FRAY LUIS DE LEÓN.—Los Nombres de Cristo.
A. M. ADAM.—Platón; sus ideas morales y políticas.
F. B. JEVONS.—La idea de Dios en las religiones primitivas.

HISTORIA Y BIOGRAFÍA

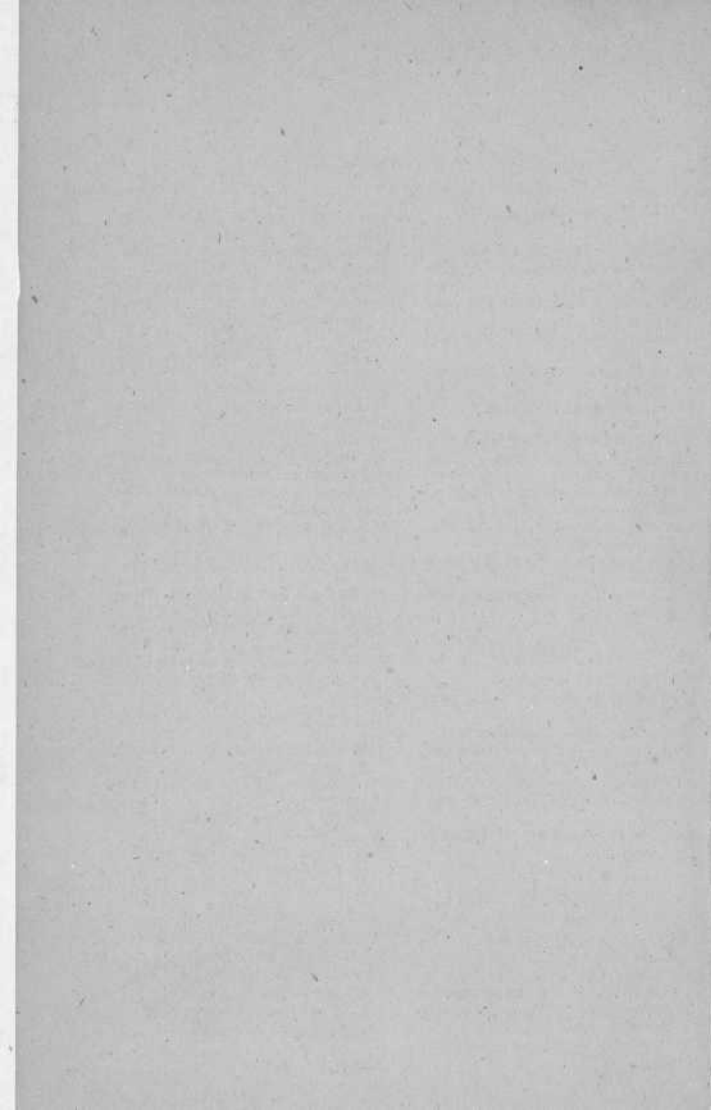
- LAS CASES.—Napoleón explicado por sí mismo.
PLUTARCO.—Vidas de hombres ilustres.
C. H. W. JOHNS.—Asiria.
C. H. W. JOHNS.—Babilonia.
J. D. ANDERSON.—Los pueblos de la India.

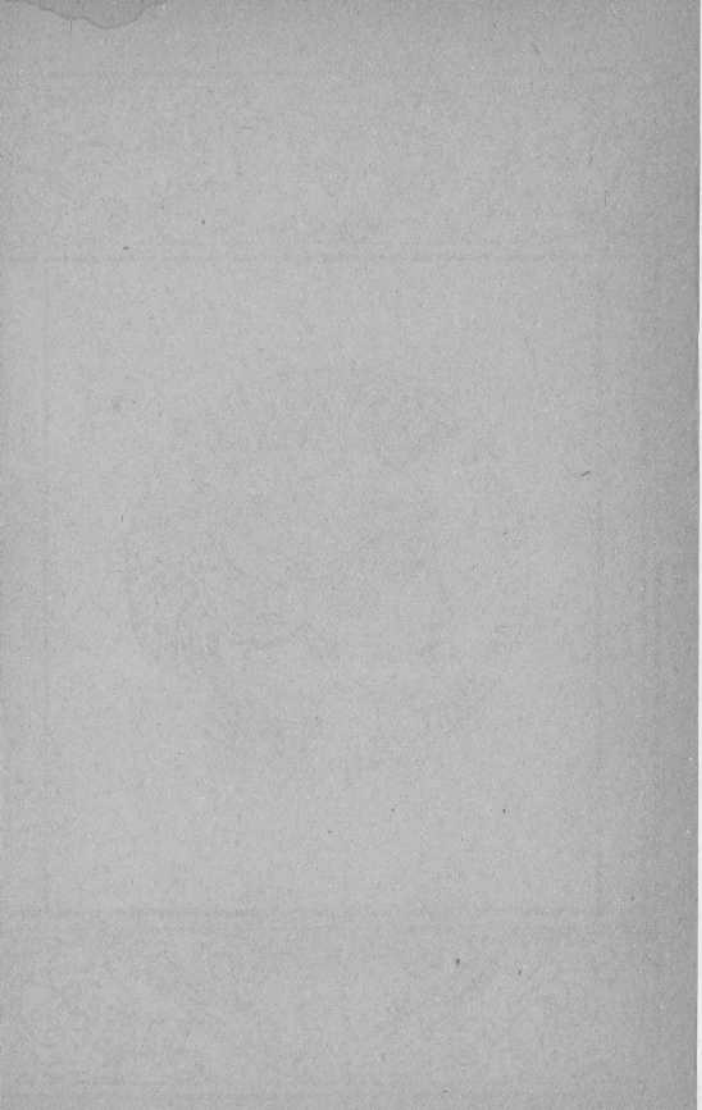
VIAJES

- E. GÓMEZ CARRILLO.—La sonrisa de la Esfinge.
RICARDO FORD.—El país de lo imprevisto.

LITERATURA PÓPULAR

- CALILA Y DIMNA.









B.P. de Soria



61168496

DR 2068



2

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

WADSWORTH

DR

2068